

A portrait of Pedro Pablo Barnola, a military leader, standing on a rocky outcrop. He is wearing a dark military uniform with a red and gold breastplate and epaulettes. The background is a blue sky with light clouds.

# Pedro Pablo Barnola

AL ENCUENTRO DE BOLÍVAR

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**200**  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Pedro Pablo Barnola** Sacerdote jesuita, escritor y educador caraqueño, nació en 1908. Formado como religioso en España, obtuvo el doctorado en Filosofía en la Universidad de Lovaina, Bélgica, y en Filosofía y Letras en la Javeriana de Bogotá. Fue rector de la Universidad Católica Andrés Bello y miembro de la Academia Venezolana de la Lengua. En 1973 recibió el Premio Nacional de Literatura. De su numerosa obra, destacan *Raíz y sustancia de la civilización latinoamericana* (1953), *El bellissimo que necesitamos* (1957) *A propósitos* (1965), *Alto relieve de la literatura venezolana* (1970), *Afirmaciones de cultura* (1973), *Senderos de patria* (1979), *Tiempo logrado* (1981), *Postigos al pasado: letras* (1984). Murió en Caracas en 1986.

« *Bolívar en el Chimborazo*

F. Den Haag Loss

1965

Óleo sobre tela

Colección PdVsa



**167**

**Al encuentro de Bolívar**

PEDRO PABLO BARNOLA



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**



# Al encuentro de Bolívar

PEDRO PABLO BARNOLA





# Índice

- 11 Por qué Bolívar
- 43 Su gloria más pura, la póstuma
- 67 Nobleza pide lealtad
- 79 “He aquí el tercer período de la República”. (Bolívar)
- 95 Entre Boyacá y Carabobo
- 107 Ejemplaridad de nuestra génesis nacionalista
- 121 Símbolo y realidad de una llama sagrada
- 133 Necesaria y fecunda perennidad supra-histórica de Bolívar
- 147 Bolívar y las misiones
- 157 Tumba de prosapia
- 161 El populismo del Libertador
- 167 Primer Congreso Internacional de Sociedades Bolivarianas
- 171 Afianzamiento del interamericanismo bolivariano
- 179 1813/14 de octubre
- 183 Vigésimo quinto aniversario de la creación de  
la Sociedad Bolivariana de Venezuela
- 187 La casa natal del Libertador
- 193 La Plaza Bolívar de Caracas
- 197 Bolívar en Antofagasta
- 201 Bolivariano ilustre
- 209 Don Tulio Febres Cordero, bolivariano ejemplar
- 217 Un cantor latino de Bolívar
- 225 La lengua de Bolívar

- 235 Una biografía
- 239 Útil monografía
- 245 Bolívar murió cristianamente
- 255 Apoteosis del Padre de la Patria en 1842
- 269 Brillantes festejos centenarios
- 277 El Padre José A. Espinosa  
Orador de las Honras Fúnebres de 1842
- 289 Relieves Bolivarianos. La instalación del Centro  
de Estudios Bolivarianos del Colegio San  
Ignacio y un discurso del Padre Barnola

# Por qué Bolívar\*

## EVOCACIÓN DE UN SÍMBOLO

El 19 de abril de 1951 tenía lugar en nuestra Patria un hecho que, aun cuando pequeño en su manifestación externa, encerraba un innegable simbolismo de íntima, recia y trascendental significación y enseñanza, tal vez no previsto ni imaginado entonces por quienes lo realizaban.

El lugar era lejano e inaccesible, y tanto que se cuentan sólo por decenas los esporádicos y audaces que rara y ocasionalmente logran posar su planta sobre aquel pedazo casi inviolable del territorio nacional.

En la mañana de ese 19 de abril —hace nueve años— un grupo de jóvenes valientes, de seguros pulmones y tensa musculatura, pero sobre todo de corazón borboteante de cálido patriotismo y de mente prendida en fulgores del

---

[\*]\_ Discurso leído en el acto solemne de inauguración de la nueva sede de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, situada al lado de la Casa Natal de Bolívar, el día 19 de abril de 1960, fecha conmemorativa del Sesquicentenario del 19 de abril de 1810. Asistieron al acto el ciudadano Presidente Constitucional de la República, representantes del Cuerpo Diplomático, de los Poderes Nacionales, el Excmo. Sr. Vicario Capitular del Arzobispado, y representantes de las Fuerzas Armadas, de las Academias Nacionales, y de las Sociedades Bolivarianas de países hermanos y de Centros del interior de Venezuela, así como también numeroso público.

más plausible de los ideales, jadeaban decididos por las empinadas laderas, y desafiaban impertérritos los riscos y ventisqueros de la Sierra Nevada de Mérida. Las huellas que formando estela sobre el vellón de nieve que arropa aquellas cumbres, señalaban la ruta hacia el picacho más excelso de la crestería, eran, al mismo tiempo como el signo que refrendaba a cada instante la realización tesonera e indeficiente de una noble empresa, que tras de largos afanes y dificultades, veían al fin a punto de definitiva consecución.

Como en remotos siglos, de entre las ruinas de la incendiada Ilión, al salir sus indomables moradores rumbo a otras playas donde fundar la nueva ciudad, llevaban a hombros, con reverente emoción los íconos de los dioses penates, así con parecida emoción nuestros esforzados andinistas iban ahora, por entre breñas y despeñaderos colosales, cargando sobre sus hombros, cual sagrado emblema de nuestro patriotismo, un busto de la efigie del Padre de la Patria.

Y, exactamente, según lo previsto, a las once de aquella mañana, una hora antes de que el sol, en mitad de su esplendor, cercara con el propileo de sus mejores rayos el pico más alto de la orografía nacional que se encumbra orgulloso a cinco mil seis metros con el nombre inmarcesible de Bolívar, a esa hora precisa las manos temblorosas —más por la emoción que por el desfallecimiento de la fatigosa jornada— erigían sobre aquella arriscada cumbre el busto venerado del Libertador. Resonaron con vibraciones de incontenible fervor las notas de nuestro Himno Nacional, flotó en seguida al aire purísimo y regocijado el tricolor patrio saludando con el ondear de sus pliegues al Héroe y a la Nación, y las manos ateridas pero prontas para el entusiasmo, palmotearon en un aplauso enardecido que debieron recoger y amplificar en un como diálogo de ecos, en cadena y sin fin, las peñas y gargantas de la serranía.

Para los decididos autores de aquella escena, allí concluía, embellecida con el triunfo, la empresa mucho tiempo soñada. Y para quien sólo reparase en el aspecto patriótico-deportivo y juvenil, aquello era nada más que un bonito episodio, quizás una aventura gallarda en su intención, encomiable por su

espíritu perseverante, y merecedora de un fácil aplauso por haber obtenido el éxito más satisfactorio.

Pero, señores, os decía al principio de mis palabras que semejante gesto entrañaba, tal vez sin haberlo pretendido así expresamente sus realizadores, denso meollo de significación y de palpitante enseñanza para la vida nacional, y para la firmeza y perseverancia de nuestro verdadero patriotismo, y de nuestra consistencia republicana.

Porque al ser colocada sobre la más alta cumbre del territorio patrio la efigie del Libertador, se estaba cumpliendo en el orden natural del destino de la Nación —y guardadas las debidas proporciones— la enseñanza de ática sencillez que un día resonó, hace veinte siglos, al pie de las bucólicas montañas palestineses: «Toda luz debe ser colocada en la altura para que desde allí ilumine a los hombres; y nadie enciende un candil para ocultarlo debajo de un recipiente»; palabras que brotaron de los labios divinos del Maestro de los maestros, que no sólo atendía a enseñar el camino de las relaciones del hombre desde acá en la tierra con su Padre de allá en los cielos, sino también de las prudentes, humanas y seguras relaciones de los hombres entre sí, para su felicidad temporal a su paso por el mundo, para que en vez de valle lágrimas pudiéramos convertirlo en valle de justicia, de armonía, paz y de amor.

Toda luz debe ser puesta, sí, en lo más alto. Y porque Bolívar, para nosotros que fuimos engendrados al civismo bajo el calor vivificante de su acción liberadora, y de la luz ejemplar de sus ideales y enseñanzas, es faro cuyos resplandores, lejos de extinguirse con los años, antes crecen en permanente mediodía de irradiación fulgurante, por eso el símbolo evocador de su figura, plasmada en piedra o en bronce, debe alzarse en el más empinado candelabro de nuestra geografía, para que atalaye con el brillar permanente de su recuerdo, la marcha de los destinos de estas tierras americanas, donde un día lo colocó, no sin admirable previsión, la mano sabia y poderosa de la Providencia.

No podía estar en mejor sitio que en el proto-pico de nuestras montañas, la figura de Bolívar, dominando toda la extensión del territorio patrio; desde

las estribaciones del gran espinazo de nuestra cordillera andina, por sobre el llano inmenso, y las selvas, y el litoral norteño, hasta allá «donde el caudaloso Orinoco paga su tributo al dios de las aguas» en el lejano horizonte: todo lo abarca aquella su mirada aquilina; y firme sobre su pedestal granítico, alfombrado de nieve y frailejones, orlada su frente pensadora por el aleteo de las águilas que en vuelo acompasado y vigoroso rasgan sobre su cabeza el reino de los espacios, esa imagen hogaño llevada en hombros por un puñado de jóvenes decididos, que en algo recuerdan a las legiones de otros jóvenes que lo acompañaron intrépidos y fieles por todos los caminos azarosos de la Patria, sembrando y cosechando el fruto de la libertad; esa imagen desde allí es, y para todos deberá ser siempre, como faro intermitente que trace, ilumine y guíe los pasos de esta Patria chica, Venezuela, y los de esta otra Patria americana, tan querida de su noble corazón de Libertador.

Pero toda idea de cima de un monte como que despierta espontáneamente el pensamiento de mirador o atalaya sobre una perspectiva de pasados y de futuros, que allá en la cumbre son como vivencias presentes y constantes; toda cima es como un polarizador continuo de auroras en serie, donde siempre la última luz viene anunciando de nuevo la primera, con incesante jugueteo de resplandores. Vayamos, pues, como en espíritu, a esa cumbre simbólica a arremansarnos unos momentos apiñados en torno al pedestal del Héroe, y demos lugar a la reflexión serena y provechosa, mediante el recuerdo de algunas verdades de incontrastable y duradera enseñanza para cuantos anhelamos vivir un patriotismo sincero, al margen de toda equivocación o soborno. Corren tiempos en los que la consideración y vivencia de esas verdades pueden ser factor decisivo para la salvaguarda misma del tesoro de nuestra nacionalidad.

### **Vislumbres de grandeza**

La patria empieza en estos mismos días a vestirse de gala y a conmovirse con crecido fervor, ante el recuerdo y conmemoración de los hechos

gloriosísimos que tuvieron lugar un 19 de abril y un 5 de julio, ahora hace ciento cincuenta años.

Bolívar es en aquellos momentos un joven oficial, entre los 27 y 28 años de edad. Apenas ocurridos los sucesos del 19 de abril, depuesto el Capitán General Emparan y establecido el régimen de la Suprema Junta de Caracas, ese joven oficial —bien lo sabemos todos— es enviado con López Méndez y Andrés Bello en misión diplomática a Inglaterra, para gestionar la ayuda de aquella nación en pro del nuevo orden político venezolano.

A causa de su misma juventud, frente a la madurez de los graves patricios y hombres de leyes de aquella hora, y por su misma ausencia inmediata en Inglaterra, Bolívar no toma parte activa ninguna en las difíciles y trascendentales tareas de aquellos primeros meses de la revolución caraqueña.

A su regreso, en diciembre de 1810, aparece en seguida como uno de los adalides más resueltos de la juvenil y entusiástica Sociedad Patriótica. Tampoco ahora forma parte de la suprema representación nacional entre los miembros del Primer Congreso Constituyente de 1811. Pero el aguilucho que, sin sospecharlo entonces, encarnaba ya el espíritu total de la prodigiosa gesta libertadora en cierne, pugnaba reprimido por desprenderse en vuelo hacia alturas de generosidad que vislumbraba nítidas y atrayentes; y tan ágiles y tan vibrantes debieron ser los intentos de sus primeros aletazos sacudidos allá en el seno de aquella Sociedad Patriótica, que en seguida resonaron con firmeza en el ámbito de las sesiones del Congreso Constituyente, cuando el 4 de julio, en medio de los discursos desesperantes con que se demoraba la resolución trascendental de declarar la independencia absoluta, llegó el eco de las enardecidas frases —primer discurso conocido de Bolívar— que decía: *...¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! ¡Trescientos años de calma no bastan?... Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdernos.* Cual impulsados por la voz de un conjuro, y ante el espilonazo de esas palabras, casi por unanimidad los congresistas desisten de toda nueva discusión, y antes de veinticuatro horas han acordado la declaración solemne

de la independencia. Y la primera república hispanoamericana abre sus ojos a la luz de una gloriosa e inextinguible existencia, bajo el arco triunfal de siete radiantes estrellas. Esa república se llama Venezuela. ¡Era el 5 de julio de 1811!

Pero aquel gesto decisivo y aquellas palabras terminantes pronunciadas en la Sociedad Patriótica, no fueron en manera alguna simple exabrupto de lúcida y bien aprovechada ocasión, por un espíritu en trance de incontenible efervescencia revolucionaria.

Aquello fue una manifestación intrépida y responsable, que con férrea lógica cerraba la primera etapa de un proceso razonado y efectivo que venía operándose en el espíritu del joven Bolívar. Esas frases del 4 de julio guardan entronque irrompible de consecuencia necesaria con las frases y el gesto que seis años atrás, en 1805, tuvieron lugar en la altura de una colina histórica, cuando frente a la Roma gloriosa de los latinos y del Cristianismo, a la hora del maravilloso espectáculo del crepúsculo vespertino, que todo lo envuelve en torrentes de luz opalescente, un maestro y su discípulo preferido dialogaban en recíproca intimidad. Y de pronto, enardecido por las palabras alentadoras y luminosas del maestro, y transido de emoción ante aquel panorama de fuego y oro, de un sol que al hundirse en occidente parecía siluetear allá en el horizonte las tierras del continente americano, el discípulo se yergue solemnemente, extiende su brazo, fija la mirada escrutadora en el poniente, y trémula la voz y como lo imaginó el poeta lanza esta interrogación:

—Si en esa fragata homérica yo arrojara mi alma que es de hierro y de oro, ¿qué surgiría, maestro?

—¡La libertad de América!— le responde al punto su maestro.

Y al punto también el discípulo, el futuro Libertador de América, hace el juramento solemne de dedicar de ahí en adelante su persona, su fortuna y su vida toda a la causa de la libertad de su Patria y de América. Y que ese juramento no fue tampoco mera escena lírica, de palabras que el viento se llevara entre los arreboles de un atardecer, acabamos de comprobarlo al escuchar las otras frases con que el mismo discípulo ha logrado poner en

pie de vida nueva, los destinos de su Patria. Aquel sol que desde el Monte Sacro de Roma se hundía en un ocaso fulgurante de rojo y amarillo sobre el azul del mar, como bosquejando los colores de una nueva bandera, era el presagio de esa nueva aurora y nuevo amanecer, aun mucho más resplandeciente y seductor en las alturas del monte Ávila y en el valle de Caracas el 5 de julio de 1811.

Las suertes estaban echadas. Y la trayectoria del camino aparecía trazada con rasgos firmes e inequívocos. Pero el camino no existía. Había que hacerlo. La decisión es una e irrevocable; la firmeza y constancia en cumplirla será también una y de sorprendente eficacia. Los que sí serán múltiples y desconcertantes son los recursos de la voluntad, una de las más férreas que han trotado este universo en pos de prodigiosas realizaciones difícilmente inigualables.

### **El toque de gracia**

Y bien pronto iba a presentarse la ocasión de declarar sin rodeos la verdad de aquella insoslayable e impostergradable determinación hecha bajo juramento solemne.

Todavía no ha transcurrido un año desde el 5 de julio, cuando en los vaivenes iniciales de la joven república, que ya empieza a teñirse de sangre, ocurre uno de los tantos fenómenos sísmicos a que está acostumbrada la ciudad y provincia de Caracas y otras partes del territorio venezolano. El 26 de marzo de 1812 Caracas y otras muchas ciudades y pueblos se estremecen y desploman con pavoroso terremoto. La tremenda consternación general que el suceso produce, en momentos cuando todavía hay grandes sectores de la población criolla que no tienen concepto claro de lo que significa el nuevo orden político, y el goce de las libertades legítimas, de una nación que ha hecho uso del derecho inalienable de su autodeterminación; y cuando todavía está reciente el recuerdo del estado de cosas anterior, en el que la figura del Monarca peninsular y la rendida sumisión a su régimen y autoridad, habían creado la falsa conciencia colectiva de que, ante Dios y ante los hombres sólo

era lírico y conveniente a los americanos seguir siempre sometidos a aquel régimen; cuando todo esto ocurría —decimos— nada extraño resultaba que más de una persona influyente, tanto en el orden cívico como en el religioso, se persuadiera, y creyese su deber persuadir a las gentes, de que aquel desastre sísmico era como un aviso claro de Dios mismo, que permitía que la naturaleza estremeciéndose manifestara a los venezolanos que se habían equivocado de camino, y que debían volver a la antigua fidelidad al Monarca de las Españas.

Y he aquí cómo la historia, en uno de esos juegos paradójicos que con frecuencia ha solido hacer, se encargó de recoger un episodio que iba a convertirse en algo como punto trascendental de partida para la incontenible y definitiva floración de la epopeya más brillante y heroica que ha conocido el mundo moderno, y que dejaría como saldo la transformación radical de media América hispano-realista y colonial en un arracimado conjunto de altivas y soberanas repúblicas.

El episodio no lo escribió ninguna pluma de patriota que intentase halagar el sentimiento de los criollos noblemente insubordinados. Lo redactó mano alevosa, que pensó con ello arrojar pellada de vilipendio sobre la intrépida figura de quien iba a inmortalizar su nombre entre los grandes nombres de la historia del mundo.

Fuese el hecho cierto o no, cuenta el malhablado cronista antipatriota que, entre los escombros del terremoto y frente al hoy desaparecido templo de San Jacinto, en la esquina caraqueña de ese nombre, se apiñaba un grupo de gentes sencillas y atemorizadas, a las que un fraile exhortaba haciéndoles creer que aquel fenómeno de la naturaleza era un manifiesto castigo de Dios, por el pecado de infidelidad de los venezolanos contra el legítimo soberano español. Bolívar, que a la sazón vivía no en la casa de su nacimiento, sino en su nueva residencia —también hoy desaparecida— del ángulo sureste de las Gradillas, se entera del caso; y con la vibrátil rapidez y decisión que siempre lo distinguieron, sale de su casa, camina una cuadra hacia el Este, y apenas localiza sobre el macabro púlpito de escombros la figura del equivocado predicador, se

llega hasta él, lo mide resuelto con aquella su mirada flamígera, lo hace callar, y vuelto a los circunstancias, con el más breve pero también con el más emotivo y convencido de sus discursos, exclamó: *¡Si la naturaleza se opone a nuestro designio, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca!*

La frase no era ninguna blasfemia ni iba dirigida en son de soberbio desacato contra la soberanía de Dios, como malignamente la han interpretado los enemigos de nuestras glorias, y como parece haber sido la impresión que el malévolo cronista Díaz quiso despertar en sus lectores interpretarla en tan mal sentido equivale a decir que también Bolívar miraba el terremoto como obra directa de Dios; y éste era cabalmente el falso concepto que quería borrar de las mentes de aquel público ansioso de una palabra de aliento y de esperanza en medio de su explicable consternación. No era Bolívar tan mal cristiano ni tan escaso de luces, como para lanzar la ridícula baladronada de un reto a Dios.

### **Vértice decisivo**

Pero el caso y la frase vinieron de perlas en un momento decisivo y trascendental. Estamos en el vértice o conjunción de las dos grandes líneas que en el lapso de breves años juveniles acababan de abrirse, como dos grandes brazos, que en proyección ilimitada abarcaban en su seno toda la sorprendente y denodada empresa que constituiría la vida del Libertador. Sus palabras en la *Sociedad Patriótica* el 4 de julio, y su juramento en Roma, son a manera de premisas de una tesis, que es su programa de acción. Pero ambos enunciados habían quedado como en avizora expectativa de un punto de conjunción y del instante propicio para transformarse de ideal en realidad de la vida misma de quien así había hablado. Y he aquí que la hora de las realizaciones ha sonado; la hora en que un espíritu del temple y de la gallardía de Bolívar, va a cerciorarnos de que su juramento en Roma y su apóstrofe en la *Sociedad Patriótica*, no fueron jamás simple jugarreta frívola, ni gesto de palabras bellas

y oportunistas. En el ámbito de aquellos dos brazos así proyectados frente al porvenir de Venezuela y de América, se encerraba palpitante el ideal supremo de la libertad, causa y condición necesaria de todo otro derecho y prerrogativa de unos pueblos que aspiraban al goce pleno de su dignidad, y al logro de toda su posible grandeza. Y ahora, en el instante de la frase pronunciada entre los escombros del terremoto, aquel ideal se ratifica en preuncio de realidad ya en marcha, y queda rasgado el velo de toda posible duda, porque la conjunción de aquellos dos brazos se acaba de realizar, como en vértice maravilloso, en el corazón magnánimo y decidido de Bolívar. Que eso y no otra cosa fue —y así debe admirarse— la vibrante exclamación salida del corazón y lanzada frente a todo posible obstáculo de la naturaleza. Aquello fue como el refrendado y ratificación, preciso y consciente del juramento Romano. Pocas veces juramento alguno fue tomado más a pecho. Pocas veces juramento alguno en los fastos de la historia pudo encerrar compromiso más amplio y trascendental. Pero pocas veces también juramento de tal categoría encontró molde y calor donde fraguar con tan acabada seguridad como en el corazón del esforzado hijo de Caracas.

Si se buscara una palabra y una idea con las que expresar en síntesis cabal y fúlgida la vida y la obra de Bolívar, ninguna más exacta que la palabra *libertad*. Bolívar fue el hombre-libertad. Fue el apóstol que con la palabra y la acción se adelanta, audaz e incontenible, a hacer realidad en buena parte del Nuevo Mundo, la verdad que en el mundo siempre es nueva, porque siendo un don cuasi divino, otorgado por Dios a todos los hombres de todos los tiempos y latitudes, jamás envejece: el don sagrado de la libertad.

Convencido de la misión a la cual lo llama un destino que, sin él saberlo, es providencial; y sintiendo el golpetear acelerado de su ardiente corazón, tanto más vigoroso cuanto más y mayores intuye los obstáculos que han de salirle al paso, brinda su persona, sus haberes y su vida toda —sin resguardo ni limitaciones, para mientras dure su existencia— a la empresa de buscar la libertad para su patria América; y una vez lograda, afianzarla

tan firmemente y legarla a sus hermanos tan asentada sobre bases sólidas y definitivas, como para que jamás este Nuevo Mundo pudiera, en el correr de los años, correr también el riesgo de perder ese don supremo, que es sustancia de inmanente juventud.

Y como lo concibió y planeó, así lo realizó. Y así como afirmamos ya, pocas veces juramento alguno ciñó con tanta firmeza la voluntad de algún ser humano, como en el caso de Bolívar; diremos también que pocas veces voluntad alguna responsable ante un sagrado juramento, se vio tan cercada y abrumada de obstáculos y resistencias, que a lo largo del resto de su vida, de casi veinte años más, no cejaron de alzarse con desafiante y pertinaz resistencia.

Paréceme que por alguna semejanza con la fe y ardimiento del héroe semilegendario de Vivar, a quien la inspirada estrofa hizo decir:

Por necesidad batallo  
y una vez puesto en mi silla  
se va ensanchando Castilla  
al paso de mi caballo,

también en el caso de nuestro Héroe, que por necesidad batallaba, se iría ensanchando la América libre al paso de su caballo.

«Si la naturaleza se opone...», dicen que dijo; pero dijéralo o no, en cambio la naturaleza sí pareció haber hablado con los hechos, para oponerse ferozmente a los designios de quien salía a campo abierto flameando en los pliegues de su bandera la consigna refulgente de la libertad. Y la respuesta a tanta oposición fue siempre una e invariable.

### ***¡Lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca!***

Y naturaleza que se opone no fue solamente la naturaleza física de una geografía, maravillosa en su extensión casi ilímite, variada con todos sus climas, desde el llano tórrido y calcinante hasta las cumbres de helados ventisqueros; de ríos caudalosos como mares, y de serranías abruptas, y de selvas

enmarañadas por donde parecía temeridad lanzarse con huestes de bisoños y mal provistos combatientes.

Naturaleza que se opone era, sobre todo, la naturaleza más difícil no de vencer sino de conducir, de aunar para la empresa común, de persuadir para la acción disciplinada y obediente. Fue la naturaleza humana, la de aquellos mismos hombres enardecidos ante el ideal de libertad y de patria; fue entre las mismas filas de los patriotas donde con lastimosa frecuencia hubo de encontrar el Jefe Supremo de la revolución, ruda resistencia, capaz en más de una ocasión, de clavar en su espíritu la tentación casi invencible del desaliento y del fracaso. Y a todo esto, añádase el furor de las represalias de la otra naturaleza también humana, la del enemigo de la libertad, la de los defensores del viejo orden de cosas, que validos de todo recurso, ciegos y a la desesperada, creyeron con equivocada temeridad que si los ríos de agua o los troncos de los árboles no eran obstáculo para detener el avance arrollador de las banderas de la insubordinación, las detendrían con ríos de sangre y con troncos de cadáveres de quienes se llamaban patriotas.

### **Se abre el escenario**

Más, mucho más que el fenómeno atemorizante y devastador de la naturaleza física sacudiéndose en el terremoto de marzo de 1812, fue el terremoto de las fuerzas humanas que por contrapuesta acción, decisiva y sin retorno, sacudió de uno a otro extremo de Venezuela y de toda la América hispana, la estructura política de aquel colosal imperio que tesoneramente levantado por los Austrias, se hallaba al cabo de tres siglos mal apuntalado por la incapacidad de los últimos Borbones.

La amenaza de caída y ruina total era inminente. Ya el estruendo de los primeros desplomes ocurridos precisamente allá en la península antes dominadora, habían lanzado sus estridentes ecos por sobre el Atlántico, y habían resonado en los acantilados de la costa americana. Y como donde está el cuerpo

agonizante, hacia allí revolotean pronto las aves de presa, así también sobre la España peninsular tendieron su vuelo y sobre ella posaron sus garras inmisericordes las águilas del audaz y afortunado corso, que de la nada había subido a sentarse, cetro en mano y coronada la testa, en el tronco plurisecular de los Enriques y los Luises.

Y antes de que aquellas águilas alentadas por su primera fácil victoria, y espoleadas por nuevas ansias de mayores conquistas, avizorasen el horizonte hacia el poniente, y abatiesen sus alas negras en viaje de rapiña por sobre el mismo océano donde antaño cruzaron a ras de las olas, en aventura feliz las tres blancas gaviotas del genovés descubridor, ya aquende las aguas, en este paciente y sumiso hemisferio nuestros abuelos habían hecho estremecerse pueblos y ciudades, provincias y gobernaciones, al grito denodado de libertad. Bastaban ya trescientos años de esperar en sujeción, había clamado Bolívar. La espera había tocado a su fin.

Y sucedió entonces el otro fenómeno, semejante en su manifestación inmediata al desastre sísmico, pero no como aquél imprevisto y ajeno a toda voluntad humana, sino al contrario, fruto de la esforzada voluntad común; y aunque de consecuencias de momento aparentemente destructoras, hecho con intención y resultados de una inmediata y nueva reconstrucción, sustancialmente distinta de la anterior existencia.

Caracas primero y Venezuela luego, y en seguida Hispanoamérica toda, se sacuden y conmueven de parte a parte en su estructura política; y el tricentenario imperio de Austrias y Borbones se resquebraja en cien pedazos; vuelan hechos astillas troncos de virreyes, y se desgarran los cortinajes de los fastuosos palacios de Gobernadores y Capitanes Generales, y saltan los eslabones y caen en pedazos las prolongadas cadenas de la secular dominación. Pero al punto, sobre lo que sólo parecen las ruinas de irreparable pérdida, y ante las miradas atónitas aun de los propios causantes del sorprendente suceso, se verá surgir vigoroso, cual de mitológica ave fénix, un nuevo orden de cosas, una nueva estructura continental americana, pautada sobre

lineamientos republicanos, y aireada por el ondear glorioso y alegre de la bandera de la libertad.

Había sido necesario destruir para poder construir; la proposición parecería paradójica, pero encerraba positiva y satisfactoria realidad. Tal vez de momento no lo llegaron a ver así, en toda su trascendental importancia, aun muchos de los mismos patriotas iniciadores y factores de aquel movimiento precursor que en la Caracas de 1810 y 1811 dan como la pauta para toda Hispanoamérica. Tal vez su madura formación jurídica y su elevado espíritu de moderación, les hacían concebir planes, sí de absoluta transformación del viejo orden de cosas, más para realizarlos con lo que juzgaban necesaria prudencia, sin los radicalismos y precipitaciones de una conflagración general.

¿Qué hubiera ocurrido, de adoptarse y llevarse a la práctica semejante actitud, en momentos tan decisivos y cruciales como los que vivía América, sobre cuyas playas proyectaban ya las miradas codiciosas otras potencias, cuando aniquilada España por sus propios problemas intestinos —aunque superados luego, de momento— quedaría largo tiempo extenuada e impotente para atender a los problemas de esta gran porción de su feudo aquende el Atlántico? Como quiera que hubiese sido, aun en el mejor de los casos, lo que entonces pudiera ocurrir, nunca habría resultado ni mejor ni preferible a lo que hoy disfrutamos; y menos habría sido comparable a la dignidad y soberanía que desde entonces posee este racimo de naciones «que aún habla en español y aún reza a Jesucristo», al amparo de su bien ganada libertad.

### **Sobre la marcha**

Y he aquí cómo Bolívar, sin haber tomado parte directa ni inmediata entre los gestores de las dos grandes fechas genésicas de nuestra soberanía, el 19 de abril y el 5 de julio, surge en seguida, como la expresión máxima del ideal entonces proclamado; porque el sustrato de aquel ideal era la libertad; y así cuando se produce luego la crisis fatal, aunque conveniente, de sangre y de muerte,

con que se nos quiso reconquistar, entonces entra él en acción, para no cesar más, hasta establecer definitivamente el triunfo del ideal alumbrado en aquellas dos grandes fechas desde entonces inmortalizadas en nuestra historia.

«¡Príncipe de la Libertad!», llamó Martí con frase feliz, como todas las suyas, al Libertador. Y al pasar emocionada revista a los hechos con que hizo honor a título tan decoroso y envidiable, atina bien al decir que, el mérito de Bolívar «más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ella sus elementos desemejantes y hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia...».

Y ésta no es mera y elegante afirmación literaria, sino síntesis cierta de todo el proceso de la vida de generosidades, ideales y prácticas, del hombre que hizo a América. Porque desde que un día Bolívar, tintineándole las espuelas sobre las recias botas de campaña, salió con garbosa resolución por última vez del reposo de su casona caraqueña, y asentado con firmeza sobre su cabalgadura la enrumbó sin titubeos hacia los mil caminos de Venezuela y de América, fue decidido a no darse descanso mientras no viera consumada la tremenda obra, que la voz interna de su conciencia le conminaba a realizar con doble y contrapuesta consecuencia: la del derrumbamiento total de la opresión, y la del troquelado de una imperecedera libertad.

Todo lo cual, señores, parece darnos pie, en última instancia, para plantearnos y responder sin ambages ni retóricas, esta casi áspera pregunta, que no ha faltado quien antes la hiciera. ¿Por qué Bolívar? O en otros términos: ¿Cuál es la razón final y causal de toda esa compleja, vigorosa e indeficiente persuasión que nos ha hecho colocar a Bolívar en punto de insustituible e indiscutida preeminencia en los destinos trascendentales de Venezuela y de América, no sólo de ayer sino también de hoy y del futuro? ¿Por qué Bolívar? ¿No será ésta una especie de ceguera fanática, o de ingenuo aferramiento emotivo que se esparce y se contagia sutilmente al favor de complacencias y compromisos de dudosa sinceridad y de pretendida pero inconsistente objetividad? ¿Por qué Bolívar? No temamos a la insistencia; antes salgárnosle de frente. ¿No fue su

persona y su obra, se dirá, la de un jefe de tropas, si denodado y audaz, no menos afortunado; y la de un político y estadista ilusionado y vehemente, con algunos rasgos de acierto, que al socaire de sus numerosos y también denodados colaboradores, corrió la buena fortuna de figurar en puesto de superior importancia, pero nada más?

No, señores; no es por ahí, ni puede serlo jamás el camino por donde se va a la respuesta definitiva y convincente. Hay que ahondar mucho más; hasta el fondo del alma de aquel que fue un convencido de irrestañables luces y energías, para la obra que vio que debía realizar, y que en efecto realizó, y nos legó tan lograda, que hoy al cabo de ciento cincuenta años permanece tan entera y tan igual como él nos la entregó el día que por última vez sacó el pie de los estribos, se descalzó las espuelas, y desteñido el talabarte de su espada, se tumbó a morir.

Y si a alguien pareciera que lo que aquí vamos diciendo en esta hora de reflexiones y de conmemoración —una más en la larga e ininterrumpida serie que empezó hace más de siglo y cuarto— es un simple golpeteo del aire con palabras que el mismo aire tendría luego que llevarse, no demos crédito a éstas ni o otras palabras, y traigamos más bien a colación, cual testimonio de imparcial e irrecusable valía un hecho patente, e impresionante por ser el resultado acumulativo de mil otros hechos de la más diversa especie, y por el contenido y el valor trascendental de su significación intrínseca. Ese hecho está a la vista de todos; no lo inventa nuestra fantasía ni lo disfraza de grandeza la palabra más o menos entusiasmada de escritores o de oradores de turno.

¿Y cuál es ese hecho? Recórranse los nombres de los más grandes personajes de la historia de la humanidad, de siglos remotos o modernos, y se verá con serena y meridiana claridad que no hay nombre alguno que al presente siga conservando y despertando tanta admiración, y tanto interés y curiosidad, en América y aun fuera de ella, como el nombre de Bolívar. Más aun: ese interés no es de bagatela ocasional, sino algo muy serio y reflexivo; y esa admiración se traduce en hechos de igual categoría a los mayores con que los hombres y las naciones rinden sus

homenajes a las figuras más importantes de la humanidad. Ese interés y esa admiración —repetimos— en el caso de Bolívar, no ha sido explosión pirotécnica de unos cuantos años de febril entusiasmo más o menos duradero, pero al que luego se haya seguido como en el caso de otros personajes —una general disminución y casi total apagamiento. No así es el caso de Bolívar; muy al contrario; cada nuevo año que su nombre se distancia en la inexorable cronología de la historia y de lo pasado, tanto mayor perspectiva y relieve va cobrando en las vivencias del presente. Ciego sería hoy quien esto no viera. Y sordo estaría quien no percibiese la solemne polifonía de mil voces que parecen confluír cada vez más y más de cerca, buscándose y entrelazándose en un como *crescendo* grandioso y continuado, cuyos compases finales aún no se vislumbran ni en la más remota lejanía; de tal manera que resulta hoy profética y visionaria la frase de aquel brillante escritor que un día, tal vez creyendo sólo que forjaba una bella figura literaria, como inspirado en Choquehuanca, afirmó sin rebozo:

Tu gloria, oh Bolívar, durará como dura la luz del sol, cuando al pe-  
recer se hunde en el horizonte para tornar siempre a reaparecer con  
nuevos fulgores.

Pero pareceme como si se reflejara en los rostros de mis gentiles oyentes la expresión interrogativa —muy puesta en razón— que me inquiere: ¿y cuáles son, algunas al menos de las razones que justifican la tajante y casi arriesgada afirmación, que no nos es lícito retractar de que ninguna figura de la historia logra, como Bolívar en nuestros días, conservar y aun acrecentar más y más la admiración, el culto, y cuando no, al menos la curiosidad de buena parte de las naciones más importantes del mundo?

## **Hablan los hechos**

Bien patente y al alcance de la mayoría del público están no pocas de estas razones. Recordemos, sin ánimo de agotarlos, y para no cansarnos, siquiera algunos hechos.

De ningún otro personaje, de ninguna época o nación, está ocurriendo hace años el espectáculo, que tanto significa, de la erección de monumentos públicos, en plazas y avenidas de las más importantes capitales, y de ciudades y aun pueblos de las Américas y de Europa. Por la diversidad de esas naciones; por el espíritu de espontaneidad y de sincera admiración con que han procedido; y por los matices de uno u otro orden con que en cada caso se acompañan las erecciones e inauguraciones de esos monumentos —circunstancias que son más de notarse cuando se trata de países de fuera de la órbita bolivariana— bien podemos afirmar que tantos y tan continuos homenajes de tal índole jamás los ha recibido, en forma tan universal, ningún héroe. Ni aun el mismo iluminado descubridor genovés que un día rasgó con sus naves las brumas que ocultaban un nuevo continente, puede en esto compararse con el iluminado Libertador que con la punta de su espada y de su pluma rasgó, tres siglos más tarde, las tinieblas que cercaban también la libertad de este mismo continente. Se diría que la siembra generosa de la semilla de aquella libertad ha venido germinando de día a día y de ella nacen, como árboles de tronco vigoroso que forman un tupido bosque, todos esos monumentos, a cuya sombra bienhechora buscan abrigo, seguridad y estímulo, los pueblos, en su continuo anhelo de grandeza y de estabilidad nacionales.

Pero ni es solamente que el nombre de Bolívar sea traído y llevado con honor a la continua, como patronímico ejemplar para monumentos, avenidas y centros de educación. Es que además tampoco hallamos personaje alguno de quien en nuestros días, y en forma rápidamente creciente, se haya ido formando una tan extensa, tan variada y tan documentada y valiosa literatura, que va desde las buenas revistas exclusivamente dedicadas al culto de su vida y de su obra, hasta los graves y ponderados volúmenes —a veces en serie— con que los historiadores y ensayistas de la más acreditada nombradía intelectual, de casi todo el mundo, han fatigado las prensas de todas las lenguas modernas. Y a tal punto llega este interés y atractivo de tantos escritores, que parece no quedar aspecto alguno que no aguijonee su talento. Y así los vemos con

frecuencia hasta dedicar acuciosos estudios en la investigación de puntos que en cualquier otro personaje nos parecerían de innecesaria significación. Recordemos, al azar, entre otros el caso de uno de nuestros más ilustres historiadores que en años recientes sacó a la luz, tras de pacientes averiguaciones, un bello libro para demostrar cuál era el nombre de aquel ciudadano a quien Bolívar dirigió su famosa carta —con razón llamada profética— en la isla de Jamaica.

Y a su vez, y como armonizando ese conjunto, aedos y dramaturgos, maestros del pentagrama y del pincel, no cesan de expandir los vuelos de su fantasía en múltiples creaciones que han brotado al calor de ese astro radioso, que hace más de siglo y medio rueda sin ocaso por la órbita de la historia.

Pero hay algo más. No es solamente el recuerdo admirado e inextinguible de su persona y de su obra, lo que pone en juego los talentos y las plumas de tantos serios autores.

Además de su vida y de su labor guerrera y libertadora, Bolívar nos legó en el acervo de los miles de páginas salidas de su pluma, todo un cuerpo perfectamente organizable de doctrina política, que cubre las complejas y sustanciales relaciones de esta ciencia y de esta práctica con las necesidades educativas, económicas, sociales y aun religiosas de los pueblos que hizo libres.

Y aquí surge con caracteres tan sorprendentes que pudieran decirse únicos en la historia de personaje alguno, y en la historia de muchos siglos, un caso que nos comprueba que Bolívar no es una figura más del pasado, ni un mito forjado por nuestra fantasía tropical, sino una realidad muy actual y muy presente en la consideración de quienes se preocupan por los destinos libres, seguros y dignos de las naciones. Porque no son solamente Sociedades, Academias o Congresos constituidos expresamente bajo su nombre e inspiración, o en su honor, quienes tienen a gala o miran como un deber primordial el estudio y la difusión del pensamiento político bolivariana, y que sus principios sirvan de enseñanza e influjo para la debida organización de nuestros países americanos. Sino que hay más. Hoy son los centros de alta cultura universitaria los que cada día con mayor interés abren cátedras en las que se exponen aquellos principios

y enseñanzas que saltan de entre las ricas páginas de sus cartas, mensajes y discursos, como toques de luz, que buscan la ocasión de brindar toda su influencia doctora en los problemas políticos que hoy preocupan a las naciones. Y esto no ocurre solamente aquende los límites de América. En estos mismos días acaba de abrirse, en una importante universidad alemana, una de esas cátedras. Y no hace aún muchos meses persona distinguida de una institución norteamericana nos informaba de cómo sus miembros se dedicaban regularmente, en sus reuniones, a la lectura y análisis de los escritos de Bolívar, y de cuán profundamente les impresionaba encontrar en ellos tal caudal de doctrina política, tan sabia, tan para nuestros días, y expuesta en forma brillante y convincente.

### **El saldo positivo**

Ahora bien, señores: Si Bolívar, por las circunstancias casi únicas —y quizás de las más excepcionales que, tomadas en conjunto, han rodeado la vida de personaje alguno de la historia moderna— hubo de multiplicar su actividad, y de desdoblar su talento y su voluntad para enfrentarse a problemas gravísimos de toda índole y buscarles adecuada solución, nada tiene de extraño que en ocasiones, el mismo vaivén de aquella marejada proteica que le envolvía, desvirtuase algún tanto, o hiciese menos eficaz alguna de sus muchas y necesariamente rápidas determinaciones. Esto entre humanos es natural que ocurra. Y sin duda hubo de ocurrirle a él alguna vez. Cárguense en tales casos cuanto se quiera, las tintas, como algunos gustan a veces de hacerlo; y ello no obstante, a la hora del balance, entonces como ahora, lo mismo en 1813 ó 19, ó 21 ó 24 que en 1960, nos encontramos con un saldo no sólo positivo y verdadero, sino también tan consistente que no sólo no ofrece el más leve motivo de preocupación razonable, antes bien se acendra y robustece con el correr de los años y de la vida política de América.

¿Y en qué consiste —me diréis, señores— ese saldo tan positivo y firme, genial conquista y feliz herencia del Libertador para los pueblos que un día se

entregaron confiados a la égida de su talento audaz y de su voluntad de torbellinos en trance de realizaciones que parecerían temerarias?

Hemos llegado al ápice de nuestro proceso ascendente, y la respuesta la hallaremos volviendo nuestra mirada a aquel plan inicial y a aquel arranque solemne con que el héroe, llena la conciencia de la responsabilidad que juzgó su deber, se lanzó a cumplirlo con solemne juramento, y con decisión de luchar cuanto fuera necesario contra las resistencias de la naturaleza y vencerlas.

Todos recordamos las grandes etapas y acciones de su vida, guerreras o políticas, de legislador o de gobernante: sus creaciones y sus fracasos; sus aciertos visionarios o sus posibles equivocaciones, su soñada República de Colombia y su avance decisivo a libertar al Perú; su Poder Moral y su Senado hereditario en Angostura; su admisión teórica por el federalismo y su convicción práctica, por entonces, de centralizar el poder por algún tiempo, y otras muchas que sería prolijo seguir enumerando. Nada de eso es lo que nos importa en estos momentos; ninguno de esos pasos, ni aisladamente ni en un conjunto, han de servirnos como clave para daros la respuesta propia y razonable a aquella justificada pregunta que hace rato flota en este ambiente.

Pero todo aquel conjunto impresionante de hechos tan diversos y tan nervudos, en los que se manifestó la vida de Bolívar, y que forman buena parte de ella, aun cuando respondan a circunstancias y motivos de muy variada índole, tienen sin embargo un denominador común, una razón primordial, de la cual como de honda y bien saturada raíz, se nutrían cuantas acciones y planes realizó, de manera avasallante y tenaz, en brevísimo lapso, su impertérrita voluntad.

Y esa raíz, señores, de inagotable reserva espiritual, para una empresa que en su vasta complejidad suponía la lucha contra casi toda la naturaleza; esa raíz fue, sin duda, el concepto claro, vivísimo, de la libertad, en su más genuina y noble significación, concepto asimilado por Bolívar con ardorosa sed, convertido en su propio jugo y sangre, transfundido luego con una generosidad de la que hay pocos ejemplos en la historia.

Ahí, en esa vivencia del concepto de libertad, plasmado en doctrina y convertido en empresa y en práctica, está como en recapitulación vibrante y luminosa, la razón y respuesta final a toda la vida de Bolívar. Tornemos de nuevo la mirada al juramentó de Roma: libertar a América; reoigamos al joven de la Sociedad Patriótica que exclama: «pongamos la piedra fundamental de la libertad suramericana»; y recordemos por última vez la convencida consigna con que ratifica y pone en marcha tan solemnes afirmaciones: «lucharemos con la naturaleza y la haremos que nos obedezca», y nos encontramos con que desde 1824 —terminada la acción de Ayacucho— hasta el presente, hasta esta hora en que tengo la honra de hablaros, ha sido y sigue siendo la primera y más tangible realidad consustanciada con nuestra América por la acción de Bolívar, el arraigo y el entronizamiento supremo en ella de la libertad.

### **Su gesta única**

Su apóstol epónimo no se equivocó jamás de destino ni de ruta, ni defraudó en un solo punto a los pueblos que se fiaron de su acción y de su heroísmo. Hasta su aparición en las páginas de la historia, se sabía de hombres fuertes y audaces cuya gesta tristemente extraordinaria, había consistido en avanzar al frente de ejércitos, a través de fronteras y de pueblos, al impulso de ambiciones desbordadas que daban por resultado la conquista inmisericorde de naciones en las que se arriaba y pisoteaba la bandera sagrada de la libertad. El último ejemplo de semejante casta de así llamados héroes, acaba de perpetrar uno de esos tremendos latrocinios, allá en la iluminada y sabia Europa, casi en los mismos días en que acá en la mestiza y colonial América, un joven criollo invadía también las fronteras venezolanas, y en un lapso relámpago de seis meses de una campaña, con razón llamada «admirable», se apoderaba de Venezuela, y entraba desplegadas las banderas del triunfo por la libertad en esta ciudad capital, que le aclama su Libertador.

Cuán equivocados van quienes tratan de descubrir semejanzas a pretendidas imitaciones entre los hechos de aquel guerrero europeo y los del prócer americano, cuando lo que salta con más violento relieve, es precisamente la esencial diferencia entre los planes y finalidades del uno y del otro, pues mientras las conquistas y triunfos del primero anunciaban con lúgubres notas la noche de la sujeción y esclavitud para los pueblos conquistados, los avances y victorias de Bolívar venían repicando, cual alegre concierto, los aleluyas de la mañana radiosa de la libertad.

Aquellos once años centrales de la vida de Bolívar —del 1813 al 24— con repetido cruzar de fronteras e invadir, al redoble de tambores, nuevos territorios, desde Guayana hasta el Alto Perú, fueron y siguen siendo —antes y después de Bolívar— quizás el primero y único caso en la historia en que con proporciones semejantes, se haya conducido una guerra llena de heroicidades, con el único objeto sustancial de dejar sembrado a todo lo largo y ancho de aquellos territorios conquistados el árbol generoso de la independencia. Y tanto lo entendieron así esos pueblos, que desde la primera vez, a su paso triunfal por Mérida, hasta concluir en la Lima virreinal, uno fue en todo momento el grito unánime con que los pueblos y ciudades aclamaban al Capitán que les traía la buena nueva de su liberación: ¡Viva el Libertador!

Empero lo más importante de aquella empresa, que parecía legendaria, no consistió tanto en lo extenso de su radio de acción, ni en lo rápido y tenaz de su ejecución, ni en los caudales de heroísmo de que hizo gala. Aquellos triunfos y vítores no fueron escenas emotivas de duración circunstancial, luces de bengala de cuyo fulgor luego a luego iba sólo a quedar un recuerdo para la historia o la epopeya. No iba a ser un mero símbolo oportuno el hecho de que el pabellón nacional de todas las nuevas repúblicas bolivarianas ostentase una franja roja recordatoria de la sangre del sacrificio libertador. Porque esa viva franja roja, además de gritar el testimonio de la mucha sangre que regó los caminos y montañas, y las calles y las plazas de nuestras naciones nos está gritando al mismo tiempo que si tal ha sido el precio de nuestra independencia,

jamás por jamás nuestras patrias habrían de poner en contingencia mercenaria o desidiosa la sagrada herencia que nos legaron nuestros mayores. Ese rojo de nuestras banderas es sangre, sí; pero es también fuego latente que ha de sostener en perpetuo ardor las fibras nobles de nuestro bien entendido, sereno y cumplidor patriotismo.

Es cierto, con toda certeza histórica, que las circunstancias con que se encontró Bolívar para cumplir su sagrado juramento, no le dejaron lugar a alternativa alguna, si había de lograrse la total y definitiva independencia de América. El caso era extremo y decisivo, como era recia y contumaz la actitud de las autoridades realistas por sostener y continuar su dominación. Bastaría para comprobarlo recordar cómo por primera vez en la historia del mundo, se llegó a ver un alarde tan impresionante como el que representó sobre la ruta inmensa del Atlántico aquella expedición en convoy de 65 embarcaciones, que en vez de lucir a bordo, como antes tantas otras veces, aunque en menor escala, los grupos de abnegados misioneros, que crucifijo al pecho venían en son de paz a predicar en nuestras tierras el manso evangelio de Jesucristo, ahora en contraste aterrador venían atestadas con 15.000 soldados diestros en cien combates, comandados por expertos capitanes, y que armados de cañones, fusiles y bayonetas, esperaban el momento de saltar a tierra en son de guerra, para restablecer la soberanía del Rey de España sobre un trono tropical, aun cuando éste hubiese de asentarse entre cadáveres y sangre de los criollos de América. Frente a determinación tan clara y terminante del poderío español, no quedaba, pues, alternativa alguna. La guerra se contestaría con la guerra. Y bien nos consta, por desdicha, cuán dura y horrorosa fue aquella guerra de doce años. Pero dado que las cosas tuvieran que ir por ese camino, nadie podrá desconocer que fue el espíritu de Bolívar el que logró, en medio de circunstancias difícilísimas, imprimirle sello y carácter de epopeya a la casi desesperada sangría que se desbordó por llanos y montañas de esta mitad norte de Sur América. Parece como si el pensamiento y determinación del Libertador hubiesen sido éstos: puesto que el árbol de la libertad, para que prenda y

arraigue exige riego generoso de sangre, démosle generosamente ese riego tan necesario, y empápese esta tierra de tal suerte que el recuerdo de sacrificio tan costoso, jamás lo olviden nuestros hijos, y los hijos de sus hijos, por generaciones sin fin para que nunca dejen perder el bien soberano de esta santa libertad. Y se diría que, desde entonces, como que él rojo de nuestras banderas tiene más púrpura, y el de nuestros crepúsculos refleja brillos más sanguíneos; y que hasta el árbol frondoso y popular de nuestros bosques y alamedas, el bucare, al remozarse cada año con nueva floración, parece que se embandera todo con pétalos de un rojo más vivo y palpitante para entonar un himno silente a nuestra libertad, porque sus raíces se nutren en una tierra eritrínea, fecundada con sangre generosa de patriotas.

### **Lo que no pasa ni muere**

Y ahí está el hecho clave y síntesis de toda nuestra vida nacional desde que terminó la gesta de aquel hombre que puso su mayor timbre de gloria en su bien ganado título de Libertador. ¿Cuál es ese hecho, evidente e indiscutible?

Hojéense nuestros anales de casi siglo y medio desde la independencia de Hispano América. No es infrecuente que observadores que nos juzgan desde puntos de vista políticos, o sociales, o económicos, o de cualquier otro contenido, hayan lanzado contra nuestras naciones críticas y reproches, porque la marcha de sus instituciones, por causas complejas o extrañas, aunque explicables, no siempre se ha encuadrado dentro de las normas que los tratadistas han establecido como ejemplares para la vida institucional de los pueblos bien organizados. Demos de barato que pueda en muchos casos haber fundamento para tales reproches o críticas. Somos los primeros en reconocer que hemos cometido errores —¿qué nación no los ha cometido?— que a veces nuestros países han dado el triste espectáculo de la anarquía, de las contiendas armadas internacionales que al fin de cuentas son rencillas entre hermanos; que hemos jugado a revoluciones internas, a golpes de fuerza, a cambios de gobierno

como de constituciones; que se nos han instaurado una tras otra feas dictaduras; que el peculado y el aprovechamiento personal por diversos modos, de los proventos del Estado, han crecido como planta casi autóctona en nuestros medios; que... podríamos seguir fatigándonos, señores, con la mención de otras muchas manifestaciones que han deslustrado el régimen ideal de nuestras repúblicas; y ello desde los días mismos del propio Libertador, quien hubo de gustar amargamente no pocos de estos ingratos acaecimientos.

Pero dígase cuanto se quiera, recárguese el cuadro con los tonos más sombríos; y sin embargo, por encima de todo eso que ha servido como de argumento para dar viso de verosimilitud a frases como éstas: América ha fracasado; América ha defraudado a la historia moderna de las naciones; la obra de Bolívar fue un error, ¿para qué la guerra de la independencia? Por encima de todo eso, señores, queda el hecho consistente, esplendoroso, de que, con todos sus defectos o errores, estas naciones americanas tienen sobre todo, conciencia clara y vigorosa de su libertad; de su libertad individual y colectiva, nacional y continental. En esto ningún americano genuinamente tal, tiene dudas ni titubeos; ante el derecho y el deber de esta libertad sagrada, todos nos estrechamos en abrazo irrestricto de hermandad nacional, y ante esta realidad resulta cortísima la frase de nuestro himno nacional con proyección continental: «América toda existe en nación». Y a la luz de esta realidad basta un ligero análisis para entender que precisamente, aun aquellas sombras y fallas que aparecen en nuestra vida republicana, tienen en muchos casos por raíz íntima y común, un deseo y una búsqueda afanosa de esa misma libertad. Los caminos o medios habrán sido equivocados muchas veces, pero la tendencia no ha sido otra que la de hacer más efectivo y real el disfrute del beneficio de existir libres.

### **Si el grano no muere**

Ahora, tras de estas sencillas reflexiones, con las que hemos querido desenrañar algo de la médula de aquellas primeras manifestaciones del genio en

cierno de Bolívar, que aun cuando juveniles probaron bien toda su esencia trascendental, henos de nuevo casi como por un juego malabarista, tocando y comprobando la misma realidad que contemplábamos al principio de nuestra jornada. Porque entonces encontramos al futuro Libertador asomado a los bordes de aquella inmensa y organizada unidad continental que era el imperio colonial español de América; y apenas entra él en acción con juveniles bríos de héroe, aquella colosal estructura se va conmoviendo y desgajando en pedazos, como agitada por violento terremoto político, que se dijera iba a dejar sólo ruinas inconexas, mal trabadas y por ende inservibles para nada, y peor aún, en condiciones fáciles para ser presa de quien primero se decidiera a conquistarlas. Pero aquella aparente destrucción —¿quién lo dijera entonces?— no era obra que se hacía a locas, ni tenía por meta bastardas intenciones utilitarias; ni menos aún se movía al impulso de un inconsciente orgullo de lucimiento personalista, cosas que no ha faltado quien erradamente las afirmara aun en nuestros días. Aquella destrucción y asolación casi total del viejo orden de cosas, era fenómeno necesario y en algo semejante al que la misma madre naturaleza nos enseña todos los días con el eglógico y silencioso ejemplo de la semilla que si no cae en tierra y muere y se desintegra, no llega jamás a producir de nuevo la planta y a multiplicarse en ciento por uno en la unidad de cada bella espiga que habrá de mecerse esbelta al sol y al viento. De aquel como despedazamiento de la unidad del continente colonial, iba a surgir luego y surgió —como para asombro de la propia España y de Europa— otra nueva unidad, si menos aparente en sus vínculos externos que la imperial, sostenida con recias coyundas de absolutismo opresor, en cambio mucho más noble y duradera cual lo es la actual unidad continental hispanoamericana de tantas naciones autónomas, que sin necesidad de convenios, congresos ni tratados, se sienten solidarias y religadas bajo el deber universal e indiscutible de gozar y sostener, cada una y mancomunadamente, el legado precioso de nuestra libertad. Si ya el poeta romano había comprimido en verso de oro la tesis de toda humana dignidad al decir: *«Non bene pro toto libertas venditur auro»* (no se paga con todo el oro

el precio de la libertad), igual apotegma rige para las naciones que aspiran a la categoría de tales. Ni riqueza, ni industria, ni progreso alguno material, ni aun la más meticulosa organización política o administrativa, podrán jamás engrandecer y hacer digna a una nación que mira encadenada o postergada su libertad. Y al contrario, cuando un pueblo —aunque privado de grandes recursos y adelantos, y hasta sumido a veces en sus propias internas alternativas y desarreglos políticos o económicos y sociales— es dueño absoluto de sus destinos y sabe preservar incólume el prestigio de su libertad, nadie osará negar que ese pueblo es merecedor de todo respeto y de toda admiración.

No importa cuál haya sido hasta hoy ni cuál pueda ser en lo futuro el acacer de la vida de nuestras naciones americanas. Tenemos un principio solidísimo de unidad continental, de verdadera hermandad —no inventada con fraseología de inoperante oportunismo fiestero— sino que arranca de la génesis misma de nuestra estructura independiente. Ese principio de unidad es ni más ni menos, aun cuando el término parezca de pronto como contradictorio, el principio de nuestra libertad y soberanía, como naciones y como continente. Y en el vértice mismo de esa unión por una libertad, y para una libertad conquistada en casi simultáneo y mancomunado esfuerzo —podemos proclamarlo con vibrante pero objetiva emoción— están un hombre y una figura únicos: Bolívar, El Libertador.

Esa figura es realidad y es símbolo a la vez; es estímulo y paradigma; es luz y es fuego sagrado, que han de servir, determinadamente para conservar y acrecer en nuestras naciones, aquel principio sustancial y primordial de toda estabilidad nacional. No creemos equivocarnos si afirmamos que de ahí ha partido, ante todo, ese sorprendente entusiasmo, sin paralelo en la historia, con que las naciones de este y de otros continentes, en forma cada vez más enfática y manifiesta, miran, estudian y exaltan la figura de nuestro Héroe Máximo. Y aún cabe afirmar algo más: el conocimiento adecuado y el culto perseverante que practiquen nuestros pueblos respecto al espíritu del Libertador, será siempre, y sobre todo si llegaren horas de graves crisis o amenaza

para nuestra libertad nacional y continental, el termómetro que señala el estado de nuestras reservas institucionales, que no habrán de consistir tanto en el número de nuestros soldados, ni en el arsenal de nuestros armamentos, ni en la firmeza de nuestra economía, cuanto en la integridad moral de nuestro civismo nacionalista dentro de la gran hermandad y unidad americanas.

### **La lección permanente**

Y por esto, hoy como ayer y como siempre, resultará verdadera la sustanciosa y oportuna frase martiana: «Bolívar tiene qué hacer en América todavía».

Pobres de nuestras naciones y pobrecita sobre todo nuestra patria y la del Héroe, Venezuela, el día —que ojalá nunca llegue ni siquiera se vislumbren indicios de que pueda llegar— cuando nuestros niños y jóvenes, por no haber recibido de maestros que debieran ser siempre insospechadamente nacionalistas y americanistas, una diligente, bien orientada y entusiástica enseñanza de la historia y del espíritu bolivarianos, se fueran acostumbrando a concebir una idea vulgar y hasta errónea de lo que fue y lo que debe significar para nosotros la personalidad y la obra de Bolívar. Y con honda tristeza hemos de declarar paladinamente que no puede menos de alarmarnos el hecho, nada infrecuente en nuestros días de alumnos de toda edad, que saben al dedillo y comentan con desenfado todos aquellos puntos que la calumnia o la falsa historia han acumulado en desdoro de la vida militar y política del Padre de la Patria, y los tienen y defienden como verdades inconcusas; y en cambio se muestran apáticos, cuando no hasta contrarios a aceptar y exaltar con sincero patriotismo los méritos únicos y la gloria exclusiva que ornan la frente del Libertador. Malos síntomas son esos, que denuncian una grave situación que sin remedio habría de llevarnos primero al debilitamiento y luego a la pérdida de nuestra soberanía y libertad, por haberse secado el cauce generoso del fervor bolivariano que las alimentaba, y que un día las fecundó con su heroísmo y su sacrificio.

Qué poco sabe del significado de esta labor prototípica de Bolívar quien no advierte ni pondera la frecuencia obsesionante, como de indispensable estribillo, con que casi en cada importante carta o documento público que salía de su pluma agita Bolívar la idea suprema de la libertad. Baste recordar a manera de ejemplo, entre muchos cientos, la declaración que hace desde Angostura, en 1818 —casi tres años antes de Carabobo— al saber que España procuraba la intervención de las potencias europeas para que la ayudaran a restablecer su perdido dominio en las colonias de América. Después de terminantes y vigorosas consideraciones, y de concretar en seis puntos la más resuelta declaración de rechazo a todo intento de nueva dominación, concluye con este séptimo punto:

Últimamente declara la República de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces, y cuanto es caro y sagrado entre los hombres, por recobrar sus derechos soberanos; y que por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se lo ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo, se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

### **Todavía tiene que hacer**

Y ahora de nuevo la pregunta: ¿Por qué Bolívar? Porque todavía —repetimos con Martí— y quizás como nunca en la actual encrucijada de la vida del mundo, todavía tiene que hacer en América. Porque hoy, como ayer y como mañana, el recuerdo y el ejemplo vivos de su persona, de su obra y de su pensamiento, tienen que servirnos de estímulo ardoroso para que nuestra América siga siendo América, una en la unidad que trasciende toda frontera y toda división política: la unidad de la libertad frente a todo peligro o intento de sumisión y esclavitud a cualquier yugo extranjero, que daría al traste con la soberanía republicana y cristiana de nuestro continente.

Por eso, Bolívar. Y por eso la necesidad urgente del apostolado patriótico de nuestras Sociedades Bolivarianas. Por eso esta sede y esta casa. Esto no es una academia más para la historia o la cultura, y menos un centro de pasatiempo anodino donde unos hombres, por mera afición, dedican un rato de sus ocios a pensar y hablar apaciblemente sobre temas bolivarianos. Más que una escuela militar donde se forman en estrategia y en espíritu de santo patriotismo los defensores de la integridad nacional; y más que los cuarteles donde los hijos de la patria, sin distinción, aportan con orgullo su cuota de servicio a ese mismo noble fin, más, mucho más importante es mantener en plena y creciente actividad esta casa en donde se conserva y aviva el fuego sagrado y el culto de la unidad y de la libertad, que con tan encendido heroísmo y generosa voluntad nos legó —como supremo bien— el Libertador. Y por eso esta casa no podía estar en sitio más cónsono y adecuado que aquí, pared por medio con el recinto sagrado que fue cuna del Héroe; para que pegados a esa reliquia veneradísima, sintiendo como el calor emocionante de esos muros que el tiempo no logra enfriar ni envejecer, oreadas por el perfume simbólico de su patio de evocadores granados, y como presintiendo a cada paso el palpitar invisible de aquel gran corazón que aquí cerca aprendió a sentir y a amar a Venezuela y a América como hay pocos ejemplos, podamos cuantos somos bendecidos con la alta dignidad de trabajadores de esta responsabilísima empresa, rendir en ella nuestro deber con acierto, con perseverancia, y con el más genuino y sincero patriotismo.

Felicitémonos todos y felicitemos a la Patria, no simplemente porque un nuevo edificio queda desde hoy inaugurado, sino porque los personeros del gobierno de la Patria a la hora presente, han tenido visión clara y responsable para entender, aplaudir y promover la labor trascendentalísima que debe cumplir la Sociedad Bolivariana de Venezuela. La entrega e inauguración de esta nueva sede es el espaldarazo consagratorio que así lo proclama a la faz de la nación y de América.



# Su gloria más pura, la póstuma\*

## Vencedor ante el olvido

Desconcertante a la vez que sombrío es en las páginas de nuestra historia el relato de las postrimerías del Libertador, dadas las penosas circunstancias políticas que en parte aceleraron su prematura muerte.

Pero en cambio, cuán sorprendente y confortador es el hecho de la resurrección espiritual e histórica, por la cual se reinstala de nuevo y para siempre, en estrado de verdad, de justicia y de gloria el nombre del Padre de la Patria.

Pocas veces, ni en tan corto lapso, personaje alguno de la historia se ha alzado del polvo de su sepulcro con tan refulgente aureola de inmortalidad, como aquel héroe, que un día, pobre y proscrito, exhaló el último aliento con la palabra de perdón en los labios, y en su corazón un único anhelo: la felicidad de la Patria.

Cuantas personas trataron de cerca a Bolívar, y de veras lo conocieron —no sólo el grupo de sus fieles amigos de siempre, sino también el de aquellos

---

[\*]\_ Discurso de orden leído en el acto solemne con que la Sociedad Bolivariana de Venezuela clausuró los festejos conmemorativos del XXV aniversario de su creación oficial. Dicho acto tuvo lugar en el Auditorio de la misma Sociedad el día 19 de abril de 1963.

que un día cegados por la pasión cayeron en el error de ultrajarlo y proscribirlo— todas, pasada aquella hora de tremenda confusión, serenados los ánimos y vuelta la reflexión hacia una realidad que se les imponía con fuerza irresistible, fresca aún la tierra de aquel sepulcro glorioso, se entregan casi de inmediato, con perfecto sentido de equidad, a proclamar la vigencia de los méritos, la grandeza y la gloria de quien, por encima de todo humano error o defecto, ciertamente había alcanzado en buena lid los títulos de Libertador y Padre de la Patria.

Nadie como los testigos contemporáneos y los coautores de la gesta independentista pudo conocer mejor los hechos políticos y militares que durante más de tres lustros tuvieron como supremo director a Bolívar. Nadie mejor que ellos, especialmente entre el sector de los díscolos o inconformes, para haber sometido a revisión crítica y a juicio esclarecedor la realidad y valía de tan variados como complejos y aun discutidos hechos, en los que algunos de esos mismos testigos habían tomado parte importantísima. Muerto Bolívar, y supuestas las circunstancias tan adversas concitadas contra su nombre y su gloria, quedaba el camino expedito, para que cuantos lo creyeran un deber de patriotismo y de honradez ante la historia, informaran de la verdad, rebajaran a justa medida los elogios, descubrieran lo falso y, en fin, dejaran a Bolívar despojado de cuanto fuera gloria y méritos indebidos.

Y sin embargo, ¿qué ocurre apenas cerrada la tumba del Libertador? Sin que sea nuestro intento recontar ahora en todas sus partes los hechos admirables y aleccionadores que a partir de la muerte de Bolívar, giran durante una década en torno a su tumba de proscrito, séanos —empero— oportuno retrotraer nuestra mente a algunos de aquellos hechos de un momento ingrato y tempestuoso de nuestra vida política; si bien con la anticipada alegría de encontrar allí el germen fecundo en que se gestaba ya entonces, y como en promesa, la vida de esta hoy adulta Sociedad Bolivariana, que tras la oscuridad de días de tormenta, vino a nacer de entre los raudales de nueva luz anunciadores de una era inmarcesible de gloria para el Padre de la Patria.

## Libertar, libertar...

Entre las diversas y complicadas circunstancias en que se desarrolló y vino a feliz término la independencia de las colonias hispanoamericanas, ha llamado siempre la atención del historiador, el hecho de la rapidez casi vertiginosa con que en todo momento, favorable o adverso, actuaron los patriotas. Poseídos de un espíritu ardoroso, infatigable y tenaz, que centuplicaba energías y aun soluciones, no se fijaron plazos progresivos, ni metas parciales, para ir afianzando en forma gradual la nueva organización política en las tierras conquistadas para la soberanía americana.

Este aspecto particular, tal vez único en su forma y proporciones en la historia universal, quizás no haya sido aún suficientemente estudiado por los historiadores.

En el centro de aquel gran torbellino revolucionario, y como motor poderoso de una acción más centrífuga que centrípeta, se destacaba por su talento, voluntad e intrepidez sorprendente, la figura de Bolívar. Su actividad se despliega con afán que no da respiro, durante tres escasos lustros, en forma directa en la vasta zona de medio continente suramericano; a la vez que en forma indirecta, y mediante la proyección estimulante de su ejemplo y de su luz, que ayudaba al triunfo de los mismos ideales libertadores en otras regiones hispanoamericanas no sujetas a su intervención personal.

Sabido es que solamente dos nobles y legítimas ambiciones movían con ritmo tan acelerado y agotante el corazón del Héroe: implantar y ver triunfante la libertad en América, y saborear la gloria de tan alta empresa. De ahí que bien le cuadran los títulos de príncipe de la libertad y predestinado de la gloria, con que ilustres escritores lo han apellidado.

Nadie habría podido predecir que aquella tricenaria y poderosa organización política y administrativa del imperio español en Hispanoamérica, en menos de dos decenios iba a venirse estrepitosamente al suelo, y a desaparecer totalmente de tres de sus más ricas y extensas zonas, cuales eran el Virreinato

del Perú, el de Santa Fe o Nueva Granada y la Gran Capitanía General de Venezuela, triple escenario donde se movió el Libertador.

Aquel hecho que resultara impredecible y aun dudoso en 1810, era realidad consumada al finalizar el año 1824. Mas si el ideal bolivariano de sembrar la libertad, cuajó definitivamente en árbol cuyas raíces cada día ahondarían más y más en el suelo americano; no ocurrió igual cosa entonces con el ideal de la gloria, tan candorosa y decididamente buscado por el hijo de Caracas. Es cierto que a sus labios física y espiritualmente sedientos sintió el acercarse en muchas ocasiones la copa rebosante del triunfo, como anticipo parcial de aquella gloria suprema. Saboreó momentos de indecible emoción, ante los pueblos que le rendían homenaje de admiración y gratitud. Y en sus oídos resonó muchas veces exultante el título más expresivo y para él más amado entre todos, el de Libertador.

Y sin embargo, cuando pasados esos momentos de apoteosis, sostenida su macerada salud como por milagro hasta el momento en que ya no hubo más enemigos contra quienes abrir nuevas operaciones bélicas, vio consumada su obra libertadora; en vez del descanso y de la glorificación definitiva, aquel irreconocible «predestinado de la gloria», tocado ya de mortal enfermedad, tiene que retirarse con la tristeza de sus últimos días a paladear, gota a gota, el amargo cáliz de la incomprensión. Pareció por un momento que el ángel de la gloria de otros días se alejaba definitivamente de su protegido. Pero no había tal. Solamente plegó sus alas por un breve lapso, mientras en torno soplabla la tormenta. Pero pronto las abriría de nuevo, para ya nunca más abandonarlo; y entonces aun los mismos momentos que otrora fueron de tristeza y congoja, refulgirían con brillos de predestinación sobre la frente del hijo de la gloria.

### **La hora crítica**

¿Qué había pasado en aquellas horas de oscuridad y de parcial abandono?  
¿Cómo se pudo llegar a ese amargo intermedio, que aun cuando pasajero, todavía hoy su solo recuerdo nos conturba?

La respuesta podríamos buscarla precisamente en el hecho que al principio recordábamos. Aquella celeridad arrolladora con que Bolívar se lanzó con todo cuanto él era y podía a completar de una sola vez y sin descanso la obra de la independencia, hubo forzosamente de limitar en buena parte la otra no menos importante tarea de asentar y fortalecer políticamente el nuevo orden republicano que iba surgiendo en las regiones libertadas en sus avances de guerrero victorioso.

El mismo creyó siempre —y así lo confesaba— que su puesto y actividad estaban sólo en el campo de las armas. Cuando las circunstancias lo requirieron, prestó también sus mejores esfuerzos al de la política. Y probó en esos casos que su capacidad era también allí admirable, al igual que en el de las actividades guerreras. Pero prefirió siempre, con tenaz insistencia y buena fe, dejar las labores políticas en manos distintas de las suyas, porque así lo pedía el orden natural de las cosas, y también porque así desvirtuaba toda posible sospecha de ambición personal.

Empero el disfrute de una tan rápida aunque heroica y bien ganada libertad, resultó tal vez cual licor demasiado capitoso para pueblos cuya constitución política necesariamente se resentía de los naturales defectos de precocidad. De ahí que, casi sin extinguirse aún el eco de los últimos disparos de la gesta libertadora, de uno a otro extremo del inmenso campo de las hazañas guerreras de Bolívar, empezando por nuestra propia Venezuela, brotaran como a competencia alteraciones del orden público imperante, que apenas prendido todavía como con alfileres, difícilmente podría soportar los tirones que de una y otra parte se le daban.

Difícil a la vez que importante es este período en nuestra historia americana de los últimos años de vida del Libertador. Período acerca del cual nos parece que todavía hay mucho que estudiar y que aclarar. Tal vez haya algo de cierto en la inculpación comúnmente hecha de rivalidad y de ambiciones personales o de grupo, al ocurrir las primeras contiendas civiles en vida del propio Bolívar, y luego en la desmembración de la gran república colombiana.

Pero siempre hemos creído ver en aquellos sucesos, por encima de posibles ambiciones personalistas, la manifestación natural de cierto espíritu liberador, que terminada la independencia, al sentirse como reprimido, aún buscó manera de desfogar sus impulsos en nuevas acciones guerreras o políticas. Y como ya no había enemigo común contra el cual dirigirse, surgió la rivalidad y la contienda entre los propios vencedores. Y entonces, como justificativo sin duda sincero y real en algunos casos, aparece el deseo de cambiar —para mejorarlo— el orden político establecido; y en otros casos, ese mismo deseo fue planteado en la forma más radical y siempre efectista de un nacionalismo regional exacerbado.

Sean cuales fueren los verdaderos motivos de unas y otras perturbaciones en las tierras recién libertadas, el hecho cierto era que sus autores y ejecutores estaban convencidos de que el único serio obstáculo que les cerraría el paso, y que podría desvirtuar sus intentos, era Bolívar. Sabían que su nombre y su prestigio lo llenaban todo. Y en el fondo reconocían que a Bolívar lo debían también todo. Y por empecinados que se hallaran en sus nuevos planes, no podían reprimir en lo íntimo los sentimientos de admiración y de gratitud para con el héroe que se había dado por entero —tranquilidad, fortuna, talento y salud— por el bien de todos. ¡Tremenda lucha, sin duda, la de quienes no podían dejar de querer a Bolívar, y ahora querían no quererlo! Era caso parecido al del hijo que no puede menos de amar a su padre, a quien lo debe todo; pero si éste se opone a sus deseos o caprichos, se porta como rebelde y muestra con sus actos no amarlo, aunque le cueste.

### **Pasada la tormenta**

Cada vez nos parece más cierto que, salvo contadas excepciones —que no hemos comprobado— el Libertador no tuvo verdaderos enemigos personales que negaran su obra ni la gloria que de ella le redundaba; y esto aun en el caso de que ambas cosas despertaran una mezcla explicable de emulación, recelo y envidia.

Y si es cierto y doloroso que fueron muchos, hasta en la misma Venezuela, los que injuriaron el nombre de Bolívar, decretaron su proscripción y contribuyeron a abreviar su vida con las más inmerecidas amarguras, es cierto igualmente que todo aquello fue producto de un estado transitorio de desbordada pasión política, que no mirando sino al triunfo de sus planes, quería quitar de en medio a quien juzgaban su mayor oponente, aun cuando ese oponente fuera el mismo creador de la independencia nacional y Padre de la Patria.

Pero si bien suele decirse que la historia a larga distancia nunca se niega a sí misma, antes ratifica sus propios hechos valederos, pruébase esta tesis en el caso que ahora nos ocupa. Porque ningún verdadero y grande héroe alcanza los honores de la inmortalidad sino cuando, como el oro en el crisol, pasa por la prueba de fuego de la crítica y de la persecución, que de momento lo liquida y aun parece consumirlo. En esa prueba, si el metal es vil, queda reducido a escoria; pero si es fino, se acendra y cobra valía que luego el tiempo se encarga de afianzar y acrecentar.

Y así fue como aquel gesto transitorio de ceguera e ingratitud colectiva, que por un momento emborronó nuestra historia, vino a servir en el destino de la gloria del Libertador, como de crisol que apurase el metal fino de su personalidad y de su obra. Si hasta nosotros hubiera llegado sin contradicción alguna, solamente por tranquila tradición histórica, el retrato de un Libertador siempre victorioso, aceptado y aclamado, que jamás conociera la malevolencia y aun el rechazo de sus propios compatriotas, se nos podría decir hoy que glorificábamos a un héroe de dudosa consistencia, puesto que si su genio y su gesta fueron cual lo refiere la historia, debían asimismo haber experimentado la enemiga, que como unción consagratoria signa la personalidad de los grandes héroes de la historia universal. Jamás pensaron los gratuitos y obcecados detractores de 1830 que las piedras que entonces lanzaban para derribar la figura del héroe, habrían de servir muy luego precisamente para reforzar los cimientos del sólido pedestal que a su gloria se alzaría al sonar la hora en que la historia volviese por sus fueros a ratificar la verdad de sus enseñanzas.

Si el Dios de Colombia, tantas veces invocado por Bolívar, fue providente para acoger a éste en su regazo eterno antes de que sus perseguidores perpetrasen el crimen del extrañamiento, sin duda que de igual manera providencial hizo pronto sentir en las conciencias de los culpables, a la vez que en el afecto de los fieles, por contrapuestas razones, pero con idéntica finalidad, el deseo de realizar la obra reparadora y de exaltación a los más altos honores en pro de quien por su solo título de libertador los tenía tan legítimamente merecidos.

### Los dos patriotas

Y entramos en un bello momento de dramático interés, en el que la acción se mueve con un *pathos* propio de grandes hechos. Muerto Sucre, dos eran —entre los venezolanos— los más esclarecidos albaceas de la epopeya libertadora: el fidelísimo Urdaneta y el arrojado aunque levantisco Páez. Y he aquí que colocados como al azar, en extremos casi contrapuestos, a la hora trágica de la disolución de Colombia y muerte del Padre de la Patria, les va a tocar a ambos —en los designios admirables de la historia— jugar el papel más determinante de la empresa restauradora de la dignidad nacional. La distancia moral y casi diríamos física que separa a manera de frontera a aquellos dos grandes hombres, es un cadáver recién sepulto, un puñado de tierra, que se creyera tierra de nadie. ¡Pero es tierra de todos! Apenas puesta la losa del sepulcro de Santa Marta, el 16 de enero de 1831 Urdaneta, conmovido, informa a Páez de la muerte del Libertador; y con palabra enardecida le dice

Mientras la gratitud nacional sea tenida en algo en el universo, el nombre de Bolívar será célebre y respetable a los ojos de la posteridad. Así es de esperarse que los venezolanos, y V.E. el primero, honren y veneren su memoria [...].

Estas palabras son como el toque de diana que prenuncia la alborada del día sin ocaso que desde entonces mismo brillaría sobre la memoria del Libertador.

La respuesta de Páez, cuya sinceridad a nadie le es lícito poner en duda, vibra al unísono con la emoción de Urdaneta, pues no otra cosa que una extroversión de sus sentimientos son estas palabras referidas a Bolívar:

[...] su conducta particular para conmigo me lo hizo colocar en la clase de un amigo, sus obras como hombre público me lo hicieron ver como un hombre extraordinario, y no he podido saber de su fallecimiento sino con un sentimiento profundo. Nunca se me llegó el caso de que yo hubiera podido acreditarle, bien fuese con mis bienes, o de otro modo particular, todo el aprecio, respeto y consideración que le tenía; se alejó de mí para siempre, y le aseguro que al sentir su muerte, mi mayor sentimiento consiste en no haberle dado una prueba de amigo como yo deseaba.

Y el párrafo se cierra con estas precisas frases:

Su fama es una propiedad pública y la razón común pronunciará su juicio.

En esas dos cartas se declara el mismo pensamiento de admiración bolivariana. Son ellas los dos primeros documentos que un día habrán de servir de punto de partida para un libro que ya reclama autor, y que bien podría titularse: *Biografía de la gloria póstuma del Libertador*.

El derecho a esa gloria y fama estaba tan bien cimentado, que toda la violencia de un momento de pasiones políticas, sólo podía calificarse de pasajera, aunque lamentable escaramuza antibolivariana, de todos bien conocida. Muy poco tiempo bastó para que el fulgor de la personalidad del Héroe, se impusiese ante la conciencia nacional. Y hubo de venir la necesaria rectificación de lo pasado.

Grata tarea, aunque imposible en estos momentos, sería la de seguir desde sus hilos iniciales la formación, cada vez mayor, de la nueva corriente de opinión nacional que a partir ya desde los días mismos del ocaso en San Pedro Alejandrino fue logrando que por sobre la algarabía de los contrarios, se alzara la voz de la reflexión, de la justicia y de la gratitud, para hacer que la vista se

fijase allende nuestras recién trazadas fronteras nacionales, sobre el pedazo de tierra hermana, donde los restos venerados de un hijo de Caracas, con voz que el tiempo hacía cada año más patética y potente, clamaban por el cumplimiento de aquella última y legítima voluntad de ser enterrados en la ciudad de su nacimiento.

Especial significación tiene por su valentía y tenacidad, la labor que desde 1831 se impuso Juan V. González de consagrar su acerada y emotiva pluma a evocar cada año, ora en prosa, ora en verso, en páginas que llamó «Exequias», la memoria del Libertador; y no cejar hasta que, tras una perseverancia de doce años consecutivos, ve logrados sus anhelos al presenciar la apoteosis con que Caracas recibe las ilustres cenizas de Bolívar.

Ni por limitado que deba ser este espacio de recordaciones similares, podría omitirse aquel otro tan significativo gesto, el primero en su clase en toda la América, cuando nuestra antigua Provincia de Mérida, bajo la gobernación del ilustre prócer Don Gabriel Picón, decretó en 1840 la erección del primer monumento público a la gloria del Libertador, todavía dos años antes del retorno de sus restos a la Patria.

Tanto la conducta de González, y la del Gobernador Picón, como la de otros muchos que ahora nos es imposible mencionar indican claramente cuán pronto el sentir nacional —pasada la tormenta separatista de los años 29 y 30— fue gradualmente cediendo paso a la serenidad; y en una como toma de conciencia se aprestó a deshacer un entuerto, que por serlo, nada bueno había aportado a la edificación y solidez de la nacionalidad. La piedra angular de nuestra libertad y estructura republicana, era Bolívar Y aquella piedra, un día ciegamente rechazada por los constructores de la nueva Patria, forzosamente dejaba un vacío imposible de llenar. Bien pronto hubieron de experimentar legisladores y gobernantes de los dos primeros lustros de la vida venezolana que por ley inexorable de la historia, era necesario, a cada paso y cuanto más avanzaba la nación en busca de su destino político volver la mirada a sus orígenes republicanos, a los hechos

y enseñanzas de quienes más se señalaron en la gesta creadora de nuestra soberanía y libertad. ¿Y qué hecho, ni qué documento ni qué tradición de nuestras primeras conquistas republicanas podrían hallarse en los que forzosamente no se topa siempre con el nombre de Bolívar? Hubiera sido querer cerrar los ojos a la luz Y perderse en el caos. Y quitar los cimientos naturales sobre los que la Patria se había edificado.

No obstante otras interpretaciones que hayan querido darse, creemos que en verdad bien comprendió al caso quien por sus experiencias de hombre eje en la vida venezolana de aquellos años decisivos, mejor pudo expresar el sentir de la Patria: el General Páez.

De ahí que apenas cumplidos dos años de la muerte del Libertador, Páez —con la intrepidez propia de su carácter— no duda de concluir su Mensaje Presidencial de enero de 1833 con un enardecido párrafo en el que señala el deber que tiene Venezuela de rendir los máximos honores a Bolívar y traer sus restos a Caracas. Al punto la mayoría del Senado aplaude esas palabras de Páez y además elabora un proyecto de Decreto en el que

[...] después de nueve *considerandos* todos verídicos y honoríficos para el ilustre muerto, se le ratificaban los títulos de honores que los Congresos de Venezuela y de Colombia le habían discernido, se le daba a Caracas el nombre de Ciudad Bolívar se mandaba a erigir en Caracas la estatua ecuestre que le decreto el 1.º de marzo de 1825 la Municipalidad de aquella ciudad, se reputaba como aciago el 17 de diciembre, día en que había fallecido el Padre de la Patria, y se disponía que sus restos fuesen trasladados a Caracas, a cuyo efecto el Ejecutivo dictaría todas las medidas necesarias. [F. González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela*, II, p. 303].

Es cierto que las circunstancias políticas internas no facilitaron de momento la aprobación de tal proyecto, que si tropezó con viva oposición en la mayoría de la Cámara Baja, fue porque —aunque parezca paradójico— en ella figuraban muchas personas que durante la guerra de independencia habían sido opositores declarados de la causa patriótica.

Por aquel mismo año 33 se completa en las prensas caraqueñas la primera gran colección de documentos relativos a la vida del Libertador, en 22 volúmenes, compilados por los próceres Cristóbal Mendoza y Francisco J. Yanes. Es éste, sin duda, el primer monumento bolivariano de excepcional valía, puesto que en vez de la figura corporal y externa del Héroe, presentaba al mundo la figura espiritual de quien tan diestro como con la espada y la acción, lo había sido con la pluma y el pensamiento. Mas a propósito de esa obra, y en abono a lo que al principio apuntamos de que en Venezuela más que enemistad personal contra Bolívar, lo que había en 1830 era un hipertrofiado aunque explicable separatismo; bien vale recordar que este mismo prócer Yanes, que se ocupa —muerto Mendoza en 1829— de la impresión de los últimos volúmenes de documentos del Libertador, es el mismo Yanes que como presidente del Congreso separatista de 1830 firmó el infeliz documento enviado al Congreso de Bogotá, por el cual se declaraba que Venezuela no entraría en negociación alguna con Colombia, mientras permaneciera Bolívar en alguna parte del territorio colombiano. Y sabemos que entre las penas morales que contribuyeron a acortar en sus últimos meses la vida de Bolívar, una de las más graves fue la lectura de ese documento que manos poco discretas procuraron hacerle llegar. Habremos pues de decir, que la conclusión y entrega al público de esa colección de documentos, quería ser —y en efecto lo fue— como una poderosa voz reparadora, eco de una tumba lejana, que traía a convivir de nuevo entre nosotros, para nunca más perderlo, al espíritu del Padre de la Patria, a través de aquella multitud de páginas donde palpitan sus ideales, sus sacrificios y sus enseñanzas libertadoras.

### **Apunta la luz de un nuevo día**

La diversa labor de los González, Picón, Yanes y Mendoza —para no citar nuevos nombres— además de cumplir una función noble y plenamente justificada en el orden histórico, revelaba un estado creciente de conciencia

nacional, en el que por sobre los sentimientos e intereses políticos opuestos a los defendidos por Bolívar, los venezolanos sabían distinguir y expresar los otros sentimientos, aún más firmes y profundos, cuáles eran los del corazón, los del afecto a la persona del más esforzado hijo de Venezuela, del creador indiscutible de la independencia, del Libertador y Padre de la Patria.

Y prueba de esto fue que cuando, pasado un decenio, estabilizada Venezuela como república soberana, Páez recuerda de nuevo al Congreso su anterior propuesta de honores al Libertador y de la repatriación de sus venerandos restos, asienta estas terminantes expresiones:

En toda ocasión y en todas partes se han presentado las más expresivas demostraciones de un convencimiento general del mérito eminente de Bolívar, y de un sentimiento profundo de amor y gratitud a este Héroe, bienhechor magnánimo de nuestra patria.

Aquí no invoca Páez —como la primera vez— el deseo vehemente de su corazón. Ahora presenta una como fotografía del ambiente, y se hace portavoz del convencimiento y del sentir general, que se han volcado en las más expresivas demostraciones bolivarianas en toda la nación.

Que las palabras de Páez eran fiel trasunto de la realidad, lo demostró el hecho del apoteótico entusiasmo absoluto con que la Patria recibió el 17 de diciembre de 1842 la urna que traía las cenizas de quien muerto al cuerpo, venía resplandeciente con la vida de la inmortalidad. Tales debieron ser aquellos honores, y sobre todo las demostraciones del fervor nacional, que ciudadano tan ejemplar y de tan bien tajada pluma como Fermín Toro, cronista de aquellos actos, abre su escrito declarando que se enfrenta a una tarea acaso imposible.

## **Recuerdos jubilares**

Paréceme que al llegar a este punto, el respetable auditorio que me honra con su atención, habrá ya descubierto el enlace que ese recuerdo de la última y más gloriosa entrada de Bolívar a su tierra natal, tiene con este acto en que se

clausuran los festejos conmemorativos del XXV aniversario del decreto por el cual se elevó a rango oficial en la vida pública de la nación a la Sociedad Bolivariana. Tal Decreto además de su evidente sentido patriótico, venía en apoyo y ratificación de un hecho histórico de raíces entonces casi centenarias, puesto que desde hacía noventa y seis años ya había sido plantado aquí este árbol de la Sociedad Bolivariana. Y si bien las agitadas circunstancias nacionales de todo orden durante la segunda mitad del pasado siglo, no siempre fueron ambiente propicio para el normal desarrollo de las actividades propias de la Sociedad, sin embargo tan hondas fueron sus raíces y tan buena su semilla, que lejos de extinguirse la especie, al serenarse de nuevo los tiempos, reavivó sus latentes energías con tal pujanza que pronto atrajo las miradas de quienes al frente de los destinos nacionales comprendieron que era un deber de su alto cargo reconocer y declarar a esta Sociedad como entidad cultural necesaria para la conservación, fomento y difusión de los más altos ideales patrióticos.

El decreto dictado por el muy digno Señor Presidente Constitucional de la República, General Eleazar López Contreras, en 23 de marzo de 1938, fecha cuyo vigésimo quinto aniversario ya celebramos solemnemente en esta misma casa, es el documento por el cual Venezuela sancionó la existencia de la misma Sociedad que con el nombre antes en uso de *Boliviana* había nacido en 1842.

Fue aquel año de innegable importancia en los anales de la Patria, no sólo por lo que significó el hecho de una república joven que se encuentra a sí misma al reencontrarse y restablecer nexos esenciales con su Padre y Libertador, sino también por los beneficios que en proyección futura y a larga distancia traería ese reencuentro, para la unidad y firmeza de la república.

Y henos aquí de nuevo con aquellos mismos dos distinguidos próceres venezolanos que enfrentados políticamente al decidirse los destinos inmediatos de Colombia y Venezuela el año 30, los vimos en cambio patrióticamente identificados en igualdad de sentimientos ante la recién cerrada tumba de Bolívar; henos aquí de nuevo con Páez y Urdaneta, a quienes al correr de pocos años los vuelve a encontrar la historia emparejados en unísona acción con la

que han de probar lo sinceras que eran en uno y otro aquellas expresiones de admiración y de lealtad bolivarianas de su correspondencia antes citada.

Porque si a Páez le toca por entero el crédito de haber rescatado y exaltado oficialmente el nombre de Bolívar y haber traído con los máximos honores sus sagrados restos, para que colocados en el centro político de la nación fuesen inspiración y guía segura para las instituciones públicas; a Urdaneta corresponde igualmente el mérito de haber dado forma práctica a una sociedad que recogiese las palpitations y el entusiasmo general dé los días finales de 1842, cuando todos los corazones, sin distinción, se fundían en un solo corazón, que era el de la Patria, y de ese corazón salía un solo grito de júbilo, de noble orgullo y de gratitud: ¡Bolívar!

Esa obra tan oportuna y atinadamente concebida y creada por Urdaneta fue la Sociedad Bolivariana. Su primer Reglamento (o Estatuto), que con emoción hemos revisado en un ejemplar rarísimo de la época, dice en su Artículo 1.º que dicha Sociedad se compondría de nacionales y extranjeros admiradores de las glorias del Libertador Simón Bolívar; y a éste se le llama en el Artículo 2.º «ilustre caudillo de la libertad Sudamericana»; y luego en el Artículo 3.º se establece que el fin propio de la Sociedad es

[...] contribuir a la popularidad de su nombre y fama (de Bolívar), ya erigiendo monumentos públicos y eternos; ya celebrando el aniversario de la entrada de sus venerados restos a esta capital, como el triunfo de la paz y de la justicia nacional.

No es posible citar y oír estas frases solamente en actitud como de mera recordación histórica de un viejo documento. Esas palabras son historia; pero son mucho más. Son el alma misma de nuestra actual Sociedad Bolivariana, que las ha recibido y las conserva como legado precioso que exige a cada generación la responsabilidad de cumplirlo y de transmitirlo incólume a las siguientes. Pero todavía son algo más esas palabras; porque en ellas se encierra como el credo y la expresión íntima de quienes como el propio Urdaneta, y como Páez, y como Soubllette, y como O'Leary, y como toda la generación de heroicos forjadores de

nuestra independencia, tuvieron un vivo convencimiento respecto de los ciertos e indestructibles méritos, grandeza y gloria de Bolívar, cuya personalidad de jefe y de conmitón tan bien conocieron en toda clase de circunstancias, gratas o adversas, y de quien si algunos de ellos mismos llegaron a distanciarse luego temporalmente, por diferencias políticas, ni aun entonces le perdieron el afecto y la admiración especialísima que siempre le habían profesado.

### **Los que sí sabían**

Nadie con mayor conocimiento de la verdad de las cosas que aquellos próceres, militares o civiles, de tan diversa condición, que durante casi veinte años, bajo la dirección de Bolívar realizaron la obra suprema de la independencia. Nadie como ellos pudo más autorizada y libremente someter a crisis sus convicciones y sentimientos personales, cuando pasada la ardorosa refriega política que tantos cambios produjo, ya el Libertador yacía en el sepulcro. ¿Y qué surgió tras de aquel examen crítico, cuando en circunstancias plenamente libres, cada cual podía con objetiva llaneza y espontaneidad expresar qué sentía y pensaba respecto de aquel muerto poco antes execrado, y cuya espada, «terror en otro tiempo del enemigo no podía ya herir», como con irreprimido apostrofe se desahogaba el bolivarianísimo Juan V. González? La respuesta ya la sabemos: en la voz y en los hechos no sólo de los fieles de siempre, sino —lo que es aún más significativo— también en la de los pródigos un día alejados, uno solo fue el sentimiento y una sola la afirmación con que todos ratificaron la grandeza, méritos y gloria de Bolívar. Y como para que nada faltase, allí estaba también el consenso general del pueblo, a quien Fermín Toro, que tanto lo conocía, se refiere con estas palabras, que a la vez son un acabado análisis de aquel momento histórico:

Los honores públicos [dice] decretados por la Representación Nacional a la memoria del Libertador, y la inefable efusión de sentimientos exaltados y generosos que esto ha producido en las masas populares,

confirman por la experiencia dos verdades que la razón anticipa. La primera, que el mérito eminente de un individuo trasciende todos los rangos de la sociedad, ofreciendo en el concierto de admiración, respeto y amor que infunde, el más hermoso símbolo de la armonía de las leyes morales y de su perfecta unidad; la segunda, que los grandes hombres jamás son ellos mismos oídos en el tribunal que los juzga; su voz es la fama; su defensa sus hechos y su gloria más pura, la póstuma. [Fermín Toro: *Descripción de las honras...*, edic. de 1941, pp. 206-207].

¡La gloria más pura del Libertador, la póstuma! Así lo debió entender y sentir el fiel Urdaneta, en la aurora de aquella glorificación que empezaba en 1842 con el último viaje de Bolívar a su Patria, desde el sepulcro de Santa Marta. ¡Cómo palparía de indecibles emociones su corazón bolivariano, cuando vestido de los mejores arreos militares de General en Jefe, de sus brillantes días de acción libertadora, desfiló con su más gallarda marcialidad como Comandante General de todas las tropas que hicieron escolta y rindieron honores al Libertador que de nuevo entraba triunfalmente a su ciudad natal, donde viviría ahora para siempre con la vida inmortal del espíritu presente en su ejemplo, sus enseñanzas, su sacrificio y su amor a la Patria! Para Urdaneta, como militar y como viejo oficial de Bolívar, no había más que desear. Su carrera de hombre de uniforme militar, tenía que concluir en aquel día. Su espada y su dormán se habían irisado a los reflejos tan cercanos de la gloria de aquel 17 de diciembre inolvidable. Ninguna otra luz habría de posarse de nuevo sobre esa espada y ese uniforme, porque allí resolvió no usarlos nunca más. Y para que así se cumpliera, al regresar a su casa, luego del desfile, él mismo desprende los brocados de charreteras y bocamangas, y los manda guardar como trofeo recordatorio de la hora más feliz de su larga carrera militar, concluida en posición de firme al lado de su Jefe supremo.

Pero no por eso iba a separarse de su lado. Antes al contrario, trajeado ahora con su atuendo civil, ya ha puesto en marcha, con ejemplar actividad, en Caracas y en diversas ciudades y pueblos de la república, esta Sociedad, que

nacida en los momentos de justificado y desbordante entusiasmo con que toda la nación celebró el retorno y la resurrección histórica del más grande de sus héroes, había de convertirse en abanderada permanente de su gloriosa memoria. Pero mal entendería el fin de esta Sociedad quien la tuviese como centro adoratorio, donde con irrazonable fanatismo se pretendiese convertir a Bolívar en ente ideal y cuasimitológico, cuya vida, acciones y múltiples escritos hubieran de considerarse al margen de todo análisis y de toda verdadera crítica. Todo lo contrario: esta Sociedad es ante todo palestra de estudio de crítica y clarificación de la verdad histórica: porque sabe que con mentiras, disimulos o elogios inconsistentes y apañados, no va a sostenerse en pie monumento alguno digno de la grandeza de nuestro personaje. Ni se le tiene aquí miedo a la verdad cualquiera que ella sea, pero siempre que sea tal y no se trate de pretendidas interpretaciones a base de teorías de un historicismo sectario. Si los puentes se prueban pisándolos, ya son más de 130 años de pisadura y de correr las aguas bajo el puente tendido por la historia y la crítica entre la realidad de la vida extraordinaria de Bolívar, y la idéntica realidad que desde Páez y Urdaneta y tantos otros ha llegado hasta nuestros días, sin que en ningún momento los embates de tirios y troyanos le hayan causado mengua ni desdoro, antes han contribuido a acentuar más su prestancia y su firmeza. ¿Se quiere prueba más convincente de este último aserto, que los ya recordados sucesos de los años anterior y posteriormente inmediatos a la muerte de Bolívar? ¿Puede haber momento alguno, ni circunstancias más propicias, ni personajes más enterados y duchos que los que se conjugaron entonces para una faena hipercrítica enderezada a destruir hasta el nombre del perseguido de Santa Marta? Todo se puso en juego, con vesania o con frialdad dignas de mejor causa. Y pasado aquel estruendo de pisaduras frenéticas, ¿cuáles fueron los efectos casi inmediatos? Muy poco tiempo bastó para que del polvo de su sepulcro se alzara de nuevo, serena y como transfigurada la figura del perseguido, ante cuya señera personalidad esos mismos detractores de ayer, al verse apabullados y aislados, hubieron de venir luego, con cabizbajo disimulo o con

fachendosa actitud a llamarse ellos también bolivarianos; hecho este último que con explicable desagrado contaba en 1842 el General Salom en carta al General O'Leary.

## Queremos la luz

Y porque el credo bolivariano no rechaza la luz, ni la investigación, ni la crítica, antes las profesa y las busca, porque con ellas sale la verdad cada vez más radiante y convincente, por eso ya desde los días mismos de aquella prueba de fuego cuando el ocaso y muerte del Libertador, los testigos más abonados de su vida se dedicaron con diligencia ejemplar, no a ocultar, sino a compilar, imprimir y divulgar cuantos escritos de toda clase habían salido de la activa pluma o del dictado del Héroe, porque el pensamiento, las enseñanzas y el espíritu de tales escritos ofrecían la más fehaciente biografía de su genio extraordinario.

Ya hacía tiempo, desde los días mismos de la guerra de la independencia, que espíritus resentidos, como Hippiusley Ducoudray-Holstein y otros, se habían dado a la tarea de divulgar en Europa toda clase de inventos y chismorreos contra la fama de Bolívar. Lo cual indica que no es nuevo el empeño —que persiste en nuestros días— por rebajar u oscurecer aquella fama. Variará el motivo y la intención en escritores europeos, como el español Madariaga o el ruso Lavrestky; o en americanos impulsados por celoso nacionalismo; o aun en venezolanos que estiman que hacer historia crítica es destruir todo lo pasado e interpretar los hechos según los cánones dogmatistas de un materialismo histórico o económico. Pero todos persiguen un mismo viejo intento nunca logrado ni logable.

Ninguna mejor respuesta a tales diatribas o conatos, que la que el propio acusado puede dar generosamente, ahora como antaño, desde las miles de páginas con que jalonó los actos de su polifacética existencia.

Nada más objetivo para una crítica sincera que esas nutridas ediciones documentales bolivarianas, que empezadas por los ya citados próceres Yanes y

Mendoza todavía en vida del Libertador, cobran nuevo impulso a raíz de su muerte con la monumental colección que durante casi 24 años compiló en 32 tomos el autorizado O'Leary, con el título de *Memorias*, y cuya publicación se empieza al año siguiente de haber salido de las prensas la otra no menos valiosa colección en 14 grandes tomos en folio de *documentos para la Vida del Libertador*, preparada por Blanco y Azpúrua.

De esta manera entendían la defensa del nombre de Bolívar quienes habiéndolo conocido de cerca, eran como los legatarios de su fama y de su gloria. No intentaron la apología a base de afirmaciones generales y rotundas. Buscaron afanosos la luz que a raudales emana de los documentos, y dejaron que con ella se proyectara la verdad. Y tal era la sinceridad crítica de semejante labor, que resulta admirable leer estas palabras que O'Leary, ya en pleno trabajo, le escribe a su cuñado Soublette:

Quiero que mis noticias sobre la vida del Libertador sean correctas e imparciales. No pretendo ser relator de cuentos y romances. Conozco los defectos del carácter del General Bolívar y no pienso ocultarlos. Si *non errasset faceret ille minus* nunca fue más aplicable que al Libertador. Dejaré sus hechos públicos hablar por sí mismos sin enredarlos con observaciones que quizás los envolverían en misterios y que le perjudicarían. Por lo demás defenderé su memoria y me suscribiré con gusto a la opinión pública que le ha designado como un Gran Hombre. Él ha muerto pero Colombia, Perú y Bolivia están independientes, y esta verdad dice más que volúmenes.

Esto lo escribe en 1831.

Y dos años más tarde, informando de nuevo al mismo Soublette sobre la narración de los primeros años de la independencia, le dice que aun cuando los hechos que refiere son ciertos, evita opinar sobre ellos por peligro de equivocaciones, pero que sí da las opiniones del Libertador. Y añade:

Tampoco me ha arrogado el oficio de censor porque ahora que todo el mundo encuentra errores de concepto, faltas políticas, poco juicio y menos cálculo en la conducta del Libertador, confieso que no encuentro

sino genio, grandes talentos y sublimes pensamientos y sobre todo, muchas y espléndidas virtudes. Uno creería que cuando se investiga tan de cerca las acciones y motivos de un hombre, se debe encontrar más que reprochar que admirar; tal es la fragilidad de la especie humana; pero sepa Ud. que no me ha sucedido así con respecto al Libertador. Yo sujetaría al Libertador a un examen que muy pocos escogerían por ser juzgados, el de su correspondencia particular, y dudo que ninguno, aunque fuera menos franco y exaltado que lo fue el General Bolívar, saldría tan puro como él de semejante ordalía si se puede usar de la expresión en este sentido. [F. O'Leary: *Cartas en Memorias... (Narración)*, edic. de 1952, t. I, pp. XXII y XXVII].

Referencias como éstas, que forman rica antología —muestran bien cual es el espíritu de severo más auténtico bolivarianismo que nos legaron nuestros mayores. Y por su especial significación, es grato recordar un caso más: el de Páez, quien en su retirada vejez se impone la ardua tarea de escribir su Autobiografía, movido por el deber como lo afirma— de dejar constancia expresa de la admiración y aprecio que siempre profesó al Libertador, en cuya defensa escribe algunas de las más vibrantes páginas.

### **Sobre los mismos pasos**

La Sociedad Bolivariana, por razón del momento histórico en que fue creada, por el nombre ejemplar de su fundador y por el fin que le señala su Estatuto, tiene a mucha honra dedicarse con inquebrantable lealtad y sin desviaciones a la obra, hoy tan necesaria como antaño, de contribuir a la guarda y aumento del tesoro espiritual de la nacionalidad que es el bolivarianismo.

De entre las diversas actividades que comprueban esta dedicación, sea oportuno referirnos siquiera a una que está en línea de perfecta continuidad con la de ilustres bolivarianos de otros tiempos, en lo que respecta al estudio y divulgación del pensamiento escrito del Libertador. Y como ejemplo de las muchas obras editadas y profusamente divulgadas, creemos de singular importancia mencionar la última, en tres densos tomos con un total de más de mil seiscientos

páginas, en la que por primera vez se hallan compilados todos los Decretos de Bolívar de que se pudo tener noticia hasta el momento de la impresión.

La constancia y competencia demostradas por la Sociedad en sus publicaciones, ha merecido la máxima prueba de confianza por parte de la propia nación, al designarla ésta, por Decreto oficial, para que prepare y publique la edición crítica —ahora en proceso— de todos los escritos del Libertador, cuya colección documental puede ya anunciarse que por lo menos triplicará el total de todo lo publicado hasta hoy en todas las anteriores colecciones, incluidas las del ilustre y siempre recordado Doctor Vicente Lecuna. Con empresa de tanta categoría y trascendencia comenzó la Sociedad los actos conmemorativos de su XXV aniversario, pues fue ella quien propuso la obra al Gobierno Nacional, como el mejor homenaje que podrá ofrendarse a Caracas, en el próximo IV Centenario de su fundación, en la persona del más ilustre de sus hijos.

Y también, como un ejemplo de su interés en otro orden más amplio para la divulgación bolivariana, como es la que se realiza a través de la prensa periódica, diarios, revistas y otros medios de gran alcance popular, se ha querido reconocer y estimular a esas empresas que contribuyen al mismo ideal patriótico; y con tal fin se creó, y hoy se otorga por primera vez, el Premio anual «Sociedad Bolivariana». Y es muy satisfactorio ver que dicho premio, en su primer otorgamiento, lo ha merecido el diario decano de la prensa nacional: *La Religión*; el cual demuestra así que no se contenta con lucir un decanato por mera circunstancia de cronología, sino sobre todo porque tiene conciencia del ejemplo que debe dar del cumplimiento de ese deber sagrado que tiene todo periódico de contribuir con sus páginas a formar y conservar en los lectores el sentido de la nacionalidad mediante el conocimiento, el amor y la glorificación de los heroicos forjadores de la Patria.

### **¿Con quién vamos?**

Estos ciento veintiún años de vida de la Sociedad Bolivariana, y estos veinticinco de su elevación a entidad de carácter oficial, lejos de significar ahora

descanso, o de auspiciar una inerte satisfacción porque ya se ha hecho bastante, sirven más bien para avivar el sentido de responsabilidad que no entiende sino de nuevas superaciones ante lo noble de la empresa. Como estímulo de esta labor —siempre tenaz y no pocas veces dura— y como garantía de que no vamos equivocados, nos basta con mirar hacia atrás. Desde un ayer remoto o cercano, pero siempre presente, nos acompañan un Páez insospechable en su gesto de repatriar a Bolívar y restaurarlo a la vida nacional con los máximos honores que le eran debidos; un Urdaneta, el perfecto bolivariano que da forma adecuada y permanente al entusiasmo público de 1842; un Yanes y un Mendoza, un Soubllette y un O'Leary; un Juan V. González y un Vargas; un Baralt y un José F. Blanco; un Cecilio Acosta y un Fermín Toro; un Mariano Talavera y un Guzmán; un Tovar y Tovar y un Michelena; un Tulio Febres Cordero; un Blanco Fombona y un Key Ayala; un Lecuna, un Briceño-Iragorri, un Navarro, una Teresa de la Parra... ¿Para qué seguir? Todo lo más valioso y representativo del pensamiento, de la acción y del arte nacional, nutre las filas del bolivarianismo, en proceso que jamás se rompe ni se amengua. En compañía de todos ellos y con su mismo espíritu ha marchado siempre la Sociedad Bolivariana. ¿Se equivoca ella de camino y de meta al dedicarse al estudio, fomento y difusión de los ideales y enseñanzas del Libertador y a la glorificación de su nombre? Entonces habría que decir que se equivocaron también todos los más heroicos, sabios y próceres hijos de Venezuela. La nación entera, incluido el pueblo todo, con su tradicional y arraigado amor por Bolívar, durante casi siglo y medio, resultaría también la gran equivocada. Si así fuere, enhorabuenas mil a la Sociedad Bolivariana de ayer, de hoy y de siempre, que puesta a escoger ha acertado, sin dubitación alguna, a colocarse del lado de todos aquéllos que sin gastarse en sutilezas y distinciones de un criticismo estéril, suscriben y hacen propia esta frase inmortal lanzada sin rebozo por patriota tan íntegro como Fermín Toro.

Los honores a Bolívar son honores a la Patria.

Señores.



## Nobleza pide lealtad\*

---

Con razón podría afirmarse —puesto el índice sobre las páginas de nuestra guerra de independencia— que los reveses sufridos en tantas ocasiones por los ejércitos patriotas, lejos de amilantar sus bríos, les sirvieron de nuevo estímulo, porque al frente de aquella empresa libertadora se encontraba un jefe como Bolívar, en quien cada nuevo contratiempo actuaba como acicate de su voluntad bien templada para todo esfuerzo, y de su corazón puesto todo al servicio de una Patria sedienta de libertad.

Bien demostró esas cualidades, propias de héroe, el joven Coronel de 29 años, al primer traspie que puso a prueba sus bisoños entusiasmos de militar que busca la gloria. No recobrado aún de la traición y desastre que ha sufrido en Puerto Cabello en junio de 1812, se encuentra de pronto no sólo herido en su pundonor, sino expulsado, sin dinero ni equipaje, en la isla de Curazao. Pero no al acaso, ni por mero cumplimiento literario, había escrito poco antes

---

[\*]\_ Discurso leído en el Palacio de Gobierno del Estado Mérida, al celebrarse el acto solemne de homenaje y gratitud a la República de Colombia, en presencia de su Excmo. Señor Embajador, como recordación del total apoyo prestado por la Nueva Granada a Bolívar para la Campaña Admirable del año 1813, y en conmemoración del Sesquicentenario de dicha Campaña. Mérida, 22 de mayo de 1963.

de su destierro, aquella dramática frase: «El honor y mi Patria me llaman en su socorro».

Nadie hubiera sospechado que ese joven militar, de sombrío entrecejo y conturbado espíritu, que a regañadientes aborda la nave que ha de alejarlo de su tierra nativa, apenas transcurrido un año menos veinte días, estaría nuevamente de regreso, entrando caballero victorioso por las calles de Caracas, entre el júbilo de una población que a porfía lo aclama como su Libertador.

Tan rápida y encadenadamente se desarrollaron las cosas precedentes a este regreso triunfal, que de no existir tan abundante y válida documentación al respecto, se hubiera sospechado que los historiadores contemporáneos y posteriores a los hechos que narran, habrían lucubrado el inverosímil relato de aquel periplo glorioso, de miles de leguas por mar, ríos, montañas y llanos, que desde la postrada Caracas y el destierro en Curazao, se va jalonando en Cartagena, Tenerife, Mompo, Ocaña, Cúcuta, San Cristóbal, Mérida, Trujillo, Guanare, San Carlos, Barquisimeto, Valencia y La Victoria, hasta cerrarse con el arribo de nuevo a Caracas.

Esa como inmensa elipse geográfica en cuya mayor parte, en el lapso de apenas ocho meses, se ha paseado triunfante al viento de la libertad la enseña tricolor de dos patrias hermanas, es la primera demostración palmaria de cómo los inevitables fracasos de un día, servían a Bolívar al día siguiente de punto inmediato de partida para emprender y realizar nuevas acciones gloriosas. Ese mismo conturbado Coronelito que vimos alejarse de las costas venezolanas, sin más pertenencias que un quemante pasaporte firmado por la autoridad española que lo lanza al destierro, es el mismo que ahora retorna sin más pasaporte en mano que la espada reluciente con que ha conducido una vertiginosa campaña de triunfos, y con la que el proscrito de ayer ha rubricado el resonante título de Libertador dado espontáneamente por los pueblos que ha libertado.

Si tal fue, en rápido bosquejo, la tesonera y sorprendente actuación militar llevada a feliz término por Bolívar en unos cuantos meses del año 1813, no

menos ponderable y eficaz fue el hecho providencial del que absolutamente dependió la posible realización de los planes libertadores que habían germinado en su mente y corazón de patriota. Aquel hecho providencial fue la presencia y la intervención directa de un hombre de talento perspicaz a la vez que prudente; patriota insigne, a quien cupo la gloria de ser el primero en darse cuenta cabal de las cualidades extraordinarias y la capacidad de conductor genial que había en aquel joven militar venezolano, proponente de una empresa cuyos planes y ejecución muchos miraban como aspiraciones imposibles, o tal vez hasta desvaríos de un soñador temerario.

Fue aquel varón insigne —más tarde mártir de la causa neogranadina— Don Camilo Torres, apellidado «el héroe del civismo», y quien por entonces ejercía la Presidencia de las Provincias federadas del centro y occidente del Nuevo Reino.

¿Quién era Bolívar y con qué contaba al presentarse —«hijo de la infeliz Caracas»— a las puertas de Cartagena a fines de 1812? Aunque sin más título que el de Coronel del ejército venezolano, traía hondas convicciones republicanas, generosa voluntad de servicio, y mente nutrida de nobles ideas que sabía expresar de palabra y por escrito con personalísimo estilo que contagiaba entusiasmo. Ya había hecho públicos en 27 de noviembre y en 15 de diciembre sendos mensajes al Soberano Congreso y a los ciudadanos de la Nueva Granada, en solicitud de ayuda para reiniciar la liberación de Venezuela, clave de la seguridad de la misma Nueva Granada y de la independencia de Suramérica. Pero si estos escritos exponen con viva y férrea lógica la teoría de la empresa anhelada, Bolívar quiere además demostrar que no ha venido solamente a exhibir su destreza en el manejo de la pluma, sino también en el manejo de la espada, que virgen aún de combates, le tintinea impaciente al cinto, con ansias de emplearse frente a tantos enemigos de la libertad.

Ofrece sus servicios y le son aceptados, al principio como simple oficial subalterno en el ejército de Cartagena. En dos meses de campaña, desde el pueblo de Barranca, y otros del Magdalena, se le ve pronto remontarse a Ocaña y

llegar a Cúcuta, en una serie de acciones, nunca hasta entonces realizadas en América por un jefe criollo, y en las que no se sabría qué admirar más: si la rapidez en su ejecución, o la desproporción entre los efectivos empleados y los objetivos logrados, según lo expresa en nuestros días el distinguido militar e historiador colombiano Lozano Cleves.

Con esta esforzada y brillante campaña muestra Bolívar que no es un mero teorizante de temas político-militares, sino que además el campo de su natural vocación y aptitud es el de las armas. Pero es a nuestra hermana la Nueva Granada de entonces a quien debió el futuro Libertador, que se le hubiesen brindado ocasión y escenario para por primera vez exhibir sus dotes de comandante de un ejército, y a la vez destruir la desfavorable opinión que sin duda lo acompañaba después de los tristes sucesos de Puerto Cabello.

Ahora sí cree tener credenciales con las que puede reiterar sus deseos y presentar expresa petición de permiso al gobierno neogranadino, para desde su frontera —ya libre de enemigos— organizar un ejército y con él llevar la guerra y la independencia a las provincias venezolanas, de donde cada día llegaban más angustiosos los clamores de los patriotas víctimas de una desatada persecución, violadas como fueron las cláusulas de amnistía de la capitulación de 1812.

En circunstancias tan críticas y decisivas, se escribe para la historia de América la primera página —y una de las más gloriosas— que consagra el principio de lealtad fraternal y de mancomunado esfuerzo para el logro y defensa de la libertad, entre países limítrofes. Esa página la escribe Nueva Granada con el gesto que, en representación de sus provincias hizo su Presidente de 1813, Don Camilo Torres. Su claro talento y su nobleza de sentimientos, le hicieron reconocer en Bolívar al hombre a quien podía confiarse la liberación de las provincias hermanas de aquende los Andes.

Y así, después de haberlo ascendido al grado de Brigadier de los ejércitos neogranadinos y de darle el honroso título de Ciudadano de aquella Unión, concluida la memorable campaña del Magdalena y Cúcuta, le envía a principios

de marzo la autorización tan esperada, amén de ayudas de todo género, para invadir el territorio venezolano.

Nada más justo y satisfactorio para Don Camilo Torres que haber podido comprobar muy luego, que no se había equivocado al poner en manos de Bolívar tan gigantesca al par que arriesgada empresa. ¡Con qué complacido orgullo lo vemos ratificarse a sí mismo, en enero de 1815, cuando caída de nuevo la segunda república de Venezuela, en mensaje dirigido a Bolívar le justifica de todas sus acciones y declara de nuevo la confianza que en él tiene depositada!

Por mí [le dice] confieso que jamás dudé un momento que V.E. era el Libertador que la Providencia destinaba a Venezuela, y que no podía ponerse un jefe más digno a la cabeza de esta empresa: que mis esperanzas no han sido burladas, y que nunca he tenido que arrepentirme de este concepto. Declaro a la faz de la Nueva Granada que, en medio de los triunfos y de la gloria que rodeaban a V. E. en la reconquista de su Patria, nada admiré más que la consideración y respeto con que trató siempre al Congreso de la Nueva Granada; pues aun revestido de todo el poder de Venezuela, no hubo un paso de que V.E. no le enterase, en que no diese cuenta de sus medidas y de sus operaciones, y pidiese sus órdenes disculpando lo que no habían permitido ejecutar las instrucciones, los inevitables accidentes de la guerra y el estado en que a su entrada se hallaba la República, y a que fueron consiguientes las contestaciones.

Y luego el gran patricio granadino añade estas emocionadas al par que pro-féticas palabras, que se dijera son una semblanza en síntesis de la personalidad del Libertador:

Que perdida nuevamente Venezuela, el que contesta creyó que ella existía en el General Bolívar, sentimiento que no perderá mientras viva; sin que le hubiese pasado por la imaginación hacerle cargo de un accidente de la guerra, que ninguno habría evitado mejor que él, si hubiere sido posible; pues ninguno ha manifestado más consagración, ni ha sido capaz de hacer más heroicos sacrificios por ella.

¡Que Venezuela existía en el General Bolívar! He ahí una frase inmortal, símbolo y expresión de la realidad. Porque cuantas veces Venezuela sucumbió y pareció perdida sin remedio, fue Bolívar quien con su espíritu y su brazo la sacó de nuevo a la libertad.

Y el primer caso que confirmó la verdad de ese apotegma, fue precisamente la Campaña, con razón llamada *admirable*, de 1813 cuyo sesquicentenario estamos celebrando. Pero jamás debe olvidar Venezuela que también es éste, a la par, el sesquicentenario de la generosa y decidida intervención —sin la cual nada se habría hecho— con que las fraternas provincias neogranadinas, por medio de su Congreso y su Gobierno, cuya voz autorizada era Torres, aprestaron tropas, armamento y dinero para la esforzada empresa. Y paréceme estar viendo la gallardía juvenil con que a una palabra invitadora de Bolívar, dieron un paso adelante, y contestaron *¡Presente!, mi General!*: Ricaurte, Girardot, D'Eluyar y tantos otros, flor de la oficialidad neogranadina, cuya sangre parecía hervir en ansias por ser los primeros en arrebatárles al tiempo y a la historia el laurel de los triunfos y la palma inmortal del sacrificio.

Nada nuevo ni mejor puede hoy añadir Venezuela, en reconocimiento y gratitud a la heroica nación hermana, como recordar lo que desde aquellos mismos días gloriosos han dicho y hecho en tal sentido nuestros compatriotas de todo tiempo.

Y el primero, el propio Bolívar. A los dos días de llegado a Caracas, notifica del hecho al Congreso de la Nueva Granada; y dice en sus primeras líneas:

Los habitantes de Venezuela se hallan penetrados del más tierno reconocimiento, y no cesan de bendecir la benéfica generosidad con que el Supremo Congreso, atendiendo a sus lamentos les envió sus huestes salvadoras para que los repusiese a su dignidad de hombres [...].

Y seis días más tarde, en mensaje al Presidente del mismo Congreso, expresa:

Caracas mira a la Nueva Granada como su libertadora. Ve sus cadenas rotas por el esfuerzo granadino y salir del sepulcro a la vida conducida por V.E. Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos

los exaltados sentimientos de los caraqueños por los granadinos. Este pueblo generoso y ardiente no perdona testimonios de su viva sensibilidad y los explica por demostraciones las más dignas de su ilustración.

Muchos otros parecidos testimonios podríamos espigar. Pero añadamos uno más, porque indica que aún pasados los días inmediatos de la campaña de los años 13 y 14, jamás dejó Bolívar de recordar a los insignes bienhechores de su Patria. Y así, cuando el año 1818 anuncia los preparativos de la campaña con que al año siguiente tramontará los Andes para llevar la libertad a la Nueva Granada, entonces de nuevo bajo el dominio español, dice en ardorosa proclama a los granadinos:

Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela.

Ni fueron sólo palabras. ¡Cómo se esforzó por tributar a los valerosos oficiales granadinos los más dignos honores a que se habían hecho acreedores! El caso de Girardot basta como ejemplo bien expresivo. ¡Qué carta —bien calificada de antológica— la que le escribe al padre del héroe de Bárbula! ¡Qué decreto-ley de honores, y qué desfile sacrocívico, triunfal, para la traída del corazón de dicho héroe hasta la Capital! Nunca hizo Bolívar mayores demostraciones públicas en memoria de héroe alguno, como las que honraron a Girardot.

Y respecto de Don Camilo Torres, a quien toda su vida guardó un afecto inmarcesible, tuvo el gesto de ordenar que de su propio sueldo se le descontaran mil pesos anuales, con los que atender a la penuria de Doña Francisca Prieto de Torres, «la viuda —dice— del más respetable ciudadano de la antigua república de la Nueva Granada».

Del Libertador y Padre de la Patria heredó Venezuela desde entonces, por tradición ininterrumpida, los mismos sentimientos de gratitud hacia la hermana república, a la que hace ciento cincuenta años debimos la implantación de nuestra segunda etapa republicana.

Revisense las obras de nuestros historiadores, desde los días mismos de la independencia, y en todas ellas encontraremos constancia expresa, no sólo de los hechos objetivos, sino también del reconocimiento a la actitud comprensiva y salvadora con que la Nueva Granada auspició los planes audaces del futuro Libertador.

Es de lamentar que el manuscrito de la *Relación Histórica* de testigo tan fidedigno como el General Briceño Méndez, haya llegado hasta nosotros incompleto, precisamente en la parte que corresponde a los sucesos iniciales de la Campaña Admirable.

Pero historiadores también contemporáneos de dichos sucesos, como F. Javier Yanes, José F. Blanco, José Austria, Feliciano Montenegro y Colón, nombres todos de excepcional importancia en nuestra historiografía de la independencia, hacen la debida y grata atestación de aquellos hechos en los que Bolívar, tras lo que pudiéramos llamar la dolorosa vela de sus armas allende la frontera, queda armado caballero para la hazaña libertadora, por obra y gracia del Congreso y Gobierno de la Unión granadina.

Austria transcribe íntegra la proclama que Camilo Torres, a nombre del Congreso, dirigió a los venezolanos; y dice este historiador que dicha proclama, eminentemente patriótica y persuasiva, era capaz «de inflamar el pecho helado del más envejecido esclavo».

Yanes se refiere al mismo documento, y lo resume en un sustancioso párrafo. Por su parte José F. Blanco, después de referirse a la campaña del Magdalena, concluida con victoria total en San José de Cúcuta, dice:

El primer paso tan notable como acertado de Bolívar fue someter su espada y sus triunfos al gobierno supremo de Nueva Granada e implorar de él protección para emprender la libertad de su patria oprimida. Sea dicho [continúa Blanco] en loor eterno del Ilustre Presidente de la Confederación Don Camilo Torres, que como amigo de los venezolanos y admirador de Bolívar puso por lo pronto a disposición de éste todas las tropas que mandaba; le auxilió con todos los elementos

posibles y con jefes y oficiales [...]; le honró con el diploma de General de Brigada del ejército de la Unión; y más que todo con la noble confianza de que su misma espada fuese la redentora de su Patria, y muy poco después lo reforzó con otra pequeña columna de granadinos armados y municionados, que a las órdenes del Coronel José F. Ribas vino desde Bogotá a reunírsele en Cúcuta.

Las cifras podrían continuarse. Pero ellas tienen su confirmación y refrendado en otros no menos elocuentes testimonios de la gratitud venezolana hacia los héroes hermanos que un día fundieron su sangre con la nuestra en aras de un ideal común.

El viajero que saliendo de Caracas toma la ruta del suroeste, Por la amplia avenida Nueva Granada, se halla al final de ésta —como en pórtico que ha de introducirlo al paseo de los Próceres y de la Nacionalidad— con dos sobrios monumentos, uno al eximió Don Camilo Torres, y el otro a los heroicos militares Girardot y Ricaurte, como acertada evocación de quienes contribuyeron de la manera más decisiva y generosa a la reconquista de nuestra nacionalidad. Y cuando camino adelante, dominada la serranía, se cruza el abra que da acceso a los fértiles valles de Aragua, nos sale al paso desde un abrupto repecho, para hacer que nos detengamos, la figura en bronce del impertérrito Ricaurte; y al recuerdo de su sin igual denuedo, presas de sagrada emoción penetramos al cercano recinto donde el silencio de sus ruinas que con veneración conserva la Patria intactas, nos habla con ruda elocuencia del improvisado fortín que un día fue testigo del holocausto con que aquel jefe granadino no dudó de ofrendarse en aras de nuestra libertad. Y cuando embargado aún nuestro ánimo en tan patrióticos recuerdos, dejamos que el camino glorioso de los libertadores siga conduciéndonos por el campo de sus heroísmos, de nuevo nos sorprenderá, cual perenne saludo épico, desde los risueños verdores de la apacible colina de Bárbula, el monumento que pregona nuestra constante gratitud a la sangre hermana que del pecho abaleado de Girardot salió sin mezquindad a humedecer esta tierra sedienta de independencia.

Y entretanto que la noticia de tales heroísmos despertaba admiración no sólo en el Nuevo sino también en el Viejo Mundo, allá en la lejana Londres, entre

añoranzas de Patria y regocijos íntimos por las proezas de los libertadores, el futuro patriarca de nuestras letras y máximo Maestro de América, Andrés Bello, se apresura a empuñar su bien tajada pluma, que cargada de emociones, pero con la serena majestad del espíritu clásico, ensaya un canto a la epopeya americana, y entre sus estancias guarda sitio especial para decirle a la diosa poesía, que en el coro de los hombres inmortales que el mundo celebra,

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte  
vivirá, mientras hagan el humano  
pecho latir la libertad, la gloria;

y sintiéndose el propio poeta fuente de tales latidos ante la figura del otro héroe neogranadino, exclama poco después:

Tu nombre Girardot, también la fama  
Hará sonar con inmortales cantos,  
que del Santo Domingo en las orillas  
dejas de tu valor indicios tantos.  
¿Por qué con fin temprano el curso alegre  
cortó de tus hazañas la fortuna?  
Caíste, sí; mas vencedor caíste;  
y de la patria el pabellón triunfante  
sombra te dio al morir, enarbolado  
sobre las conquistadas baterías,  
de los usurpadores sepultura.  
Puerto Cabello vio acabar tus días  
mas tu memoria no, que eterna dura.

Empero estos recuerdos de gratitud no han sido tan sólo en momentos dispersos de nuestra historia. Pasan de una a otra generación. Forman vivencias nacionales que jamás se extinguen. Y llegado el momento oportuno vuelven a vibrar con renovado vigor y sentimiento.

No otro es el espíritu que alienta en las páginas inmortales de nuestro homérico cantor en prosa Eduardo Blanco, cuando describe y narra con incontentido

estro el episodio de San Mateo, «que de tumba en tumba se hace cuna», como al leerlo lo juzgó Martí. Ni es otro el espíritu que un día puso en juego los geniales pinceles del más bravío y atormentado de nuestros grandes pintores, Cristóbal Rojas, cuando con firmes rasgos dramáticos trazó aquel como arco de triunfo con la enseña tricolor, en el instante en que al alzarla victorioso Girardot, desplómase herido mortalmente para agonizar arrebujado entre aquellos pliegues sagrados, como si el destino señalara que era ésa la más digna mortaja para el héroe dignísimo de Bárbula. Y fue ese mismo espíritu también el que de la paleta siempre serena y delicada de Herrera Toro, logró arrancar aquel contrastado e impresionante drama de luz y de sombra, donde desde un primer plano que es el rincón de la pólvora, la figura impertérrita de Ricaurte al observar el patio todo claridad asaltado ya por los enemigos, vuelto de espaldas a la sombra y al punto de consumir su sacrificio, adelante un paso firme hacia la luz, como en seguro gesto simbólico de que para él la negrura de la muerte ya inmediata, era apenas un paso hacia la claridad de una gloria inmortal, con la que tanto había soñado.

Si siempre es grato recordar como lección constante de civismo y de amor patrio, las muestras de fraterno reconocimiento nacional hacia la hermana nación con quien en nuestros orígenes republicanos estuvimos tan unidos por el dolor y por la gloria de la gesta emancipadora; al conmemorar hoy los ciento cincuenta años de aquel primer abrazo con que Nueva Granada se nos hermanó para la reconquista de nuestra independencia, es ocasión oportuna para rememorar también algunas de esas pruebas de nuestro fiel e imperecedero agradecimiento. No hemos pretendido hacer un recuento exhaustivo de aquéllas. Otras mejores y mejor dichas cosas habrían satisfecho más —señores— vuestra amable atención, si otro orador hubiese sido encargado de este grave compromiso. Mas en mi disculpa, por haber aceptado hablar en tan alta ocasión, séame permitido declarar sin rebozo, que todo lo que tan gentilmente habéis escuchado, más que pensarlo con académica reflexión lo he sentido con las más viva y sincera emoción de quien en nombre de sus compatriotas debía

unir su palabra a los actos de este homenaje de justicia y lealtad debido a nuestra nación hermana. Recibidlo así Excmo. Señor Embajador de Colombia, y olvidado de lo que tienen de pobreza mis palabras, interpretad lo que ellas querrían expresar como eco fiel de las lecciones de gratitud que nos enseñó el Padre de la Patria.

Y a vosotros, merideños, miembros de la Junta organizadora de este acto, en representación de los poderes públicos de esta región, gracias por la honrosa cuanto inmerecida designación que de mí hicisteis, para que en este día, víspera de la fecha sesquicentenario de la entrada triunfal de Bolívar a esta procerca ciudad, matriz del título de Libertador, y de tan abnegada generosidad en los anales de nuestra emancipación, fuese mi voz —la de un hijo de Caracas—, la que en nombre de los venezolanos dijera a nuestra hermana Colombia la única y más elocuente de todas las palabras: ¡Gracias!

# “He aquí el tercer período de la República” (Bolívar)\*

## **Pesares y esperanzas**

Difícil en extremo y a todas luces desconsolador en su conjunto aparecería el panorama político del continente americano a comienzos del año 1816.

Si limitamos nuestra observación a sólo el territorio de las provincias de Venezuela y de Nueva Granada —desde temprana hora hermanadas en un destino común de independencia— la situación no podía ser más desalentadora, dado el cúmulo de circunstancias que parecían sofocar, con creciente poderío, los afanes independentistas de tantos esforzados patriotas de aquende y allende los Andes.

Del Orinoco hasta más allá del Cauca, y de Caracas y Cartagena hasta los llanos de Barinas o de Casanare, en una superficie muy sobre los dos millones de kilómetros, y más de tres mil de sólo costas marítimas, se afina con impresionante vehemencia el dominio militar español. Esa dura resistencia,

---

[\*]\_ Discurso pronunciado en el histórico templo de Santa Ana de la Villa del Norte, Margarita, en la sesión solemne con que la Sociedad Bolivariana de Venezuela conmemoró el Sesquicentenario de habersele conferido al Libertador el doble cargo y título de Jefe Supremo de Venezuela y de sus Ejércitos, al reunirse en dicho templo la asamblea popular representativa de civiles y militares, el día 6 de mayo de 1816.

si bien quebrantada por el indomable ardor de los soldados patriotas en la relampagueante campaña «admirable» del año 13, retoma la iniciativa con furor inaudito en el siguiente y trágico año 14, hasta dejar extenuados y dispersos los restos, mal proveídos del ejército patriota. Y a todas estas, veníase ya a todo navegar, contra nuestras costas, el bien equipado y curtido ejército de doce a quince mil soldados a las órdenes de Morillo. Llegar esas tropas y entrar en acción fue todo uno; y con ello hubiérase dicho que no les quedaba a los patriotas más que lanzar de sí toda esperanza inmediata de recuperación y de libertad.

Cierto que bajo los escombros de aquella asoladora conflagración nacional, por entre aquel como inmenso rescoldo, el tuero de la patria chisporroteaba con inquietudes promisoras, que sólo esperaban una dirección competente que las encauzara para la actividad eficaz. Allí estaba la estirpe denodada de nuestros patriotas, que si bien duramente diezmada, lejos de extinguirse mantenía con altivez, donde pudiera y a como costase, la consigna de la libertad. No importaba que por segunda vez la república se hubiera ahogado en su propia sangre. De ese riego cruento, que nutre y fecunda, brotará nueva y pujante cosecha de heroísmo patriota. Ya lo iban probando entre forzadas limitaciones, Monagas y Zaraza en incesantes correrías por los llanos centrales; y de manera semejante Cedeño en los confines guayaneses y Bermúdez con bravas escaramuzas por tierras del extremo oriental; mientras también allá, hacia el sur de la llanura ilímite, que se recorta al vaivén de cimbreantes morichales, sembraban temor entre los realistas las huestes cuasi de salvajía que comandaba el audaz y fornido Páez. Con éstos y otros esfuerzos va formándose un como inquietante remolino de acción útil, libertadora y patriota, en varias de nuestras extensas provincias de tierra firme. Pero la historia, en una de esas sorprendentes revueltas de su curso, que nunca son acaso, reservaba primacía de destino y de honor a la más pequeña y no continental de tales provincias venezolanas. A la hora en que por tercera vez, y ésta será la definitiva, la Patria se estremecerá en los dolores de gestación y futuro alumbramiento de su independencia, aquí

en Margarita, en esta isla donde en los albores del descubrimiento empezó a existir Venezuela; aquí será el lugar de convergencia de respetable hornada de patriotas a quienes un sentido de viva e irrecusable responsabilidad parece arrebatarnos con fuerza centrípeta que ellos mismos no saben explicarse ni menos resistir. Es que en este vital pedazo del territorio patrio, hace siglos que se hizo tradición, y parece siempre resonar, aquella lección de intrepidez de su primer poblador Villalobos, quien pese a sus maduros años, afirma briosamente, allá en los rudos azares de la empresa de fundación, que él «no era menos deseoso de intentar cosas grandes, que los otros». Enseñanza ésta que vertida a términos de presente, y dado el cambio de circunstancias, pero conservando entre los margariteños la misma esencia y temple espiritual de los fundadores, la expresó ahora el prócer Arismendi, con estas palabras, en su altivo mensaje al gobernador realista Urreizteta: «nuestro pueblo montante a más de siete mil almas está resuelto y decidido a morir primero junto con las demás tropas de mi mando, que a dejar de seguir la empresa que ha tomado a su cargo hasta verla realizada». Y que no eran éstas meras palabras sobre el papel, lo confirmó entre otros el caso del desesperado, aunque adverso, asalto contra los realistas del Castillo de Santa Rosa, «última prueba de lo que es el valor marcial, animado del sentimiento del patriotismo» dice con desbordada emoción el mismo Arismendi, al recordar a sus conterráneos que «en aquel día, después de rechazados, heridos y maltratados, os transportaban vuestros compañeros de armas a los brazos de vuestra familia que allí se hallaban, y que al tiempo de traspasaros de unos brazos a otros, la palabra sagrada y de paso era, *Viva la Patria*, escena que han visto las madres, esposas, amigos y deudos con la mayor complacencia, porque el sacrificio era el ídolo de la patria». Y porque la Independencia de la Patria equivalía a redimirla, hacía falta el sacrificio. Sin sacrificio no hay redención. Y la víctima sacrificada debe ser pura e inocente. Y Venezuela tuvo en esos mismos días tal víctima, muerta inocente a los pocos días de nacida, inmolada sobre las duras piedras de frío y oscuro calabozo, y sangre del propio prócer margariteño Arismendi, la hija de su

ejemplar esposa, la heroína Doña Luisa Cáceres de Arismendi, prisionera por la Patria en el momento de su alumbramiento. ¡La hora de la redención de la Patria había sonado, señores!

### **Necesaria unidad**

Sobran, pues, motivos para que el terruño margariteño, en los destinos de la nación que desesperadamente busca la luz de un nuevo día, viniese a servir de escenario para resoluciones que iban a ser trascendentales y a la postre definitivas. Y la fundamental entre todas las urgencias del momento, era la de la unión de todas las fuerzas y la jerarquización de los deberes y responsabilidades. Porque todo el denodado esfuerzo de tantos valientes patriotas dispersos y desarticulados, por acá y por allá, en la extensión del país, aun con escaramuzas y victorias locales muy meritorias, nada o poco podrían alcanzar en orden a una integración nacional. Faltaba el factor esencial, la cabeza dirigente, que vinculase todos aquellos esfuerzos y los engranase en un plan de conjunto; y no sólo en el orden de lo militar y de la lucha armada, sino a la vez en el político y el administrativo. Tal necesidad por todos sentida, no podía menos de correr el peligro —que ya había asomado— de que entre los jefes militares de más señalada actuación se mantuviera una explicable anarquía de acción, o peor aún, una espontánea rivalidad de aspiraciones que mataría en germen todo intento de unidad.

Y no obstante esas comprensibles rivalidades, la mayoría —por no decir todos— entre aquellos próceres, veían claramente —dijéranlo o no— que había entre ellos quien sin opacar los méritos y cualidades personales bien demostradas por los demás, tenía personalidad y dotes excepcionales de dirigente, además de una preparación cultural y política muy superior, ya demostrada en parte; si bien sujeto —como humano— a posibles errores; y como joven, a la necesidad de esa mayor madurez que sólo se obtiene con los años y las experiencias. Ese compañero de armas era Bolívar. Ellos lo conocían

bien; y sabían de sus extraordinarias y brillantes proezas, no rivalizadas por ninguno de ellos en iguales lapso y circunstancias. De bisoño coronelito que a la primera empresa militar que se le asigna en 1812 en Puerto Cabello, víctima de una traición, sale herido en su pundonor militar y patriótico. Pero bien pronto se le encuentra elevado a jefe de confianza de los patriotas neogranadinos, que por dos veces le confían importantes comisiones militares que ponen de relieve su capacidad de mando y de esfuerzo. Y fue la Nueva Granada la que le confió poderes para la fulgurante campaña libertadora del año 13 en Venezuela, que vino a dar al traste con la feroz dictadura de Monteverde. Y contra el posible equívoco de identificar cosas tan distintas como ser héroe y ser vencedor, quiso sin duda adelantarse aquel insigne patricio Don Camilo Torres, Presidente de las provincias neogranadinas; pues cuando derrotados Bolívar y los suyos al año 14 y perdida por segunda vez la república de Venezuela, Torres contesta al informe que le presenta el jefe venezolano vencido, lejos de tomarle cuentas, lo declara héroe, y aún más que eso, pues afirma Torres que para él Venezuela existiría siempre en el General Bolívar, sentimiento que jamás perdería mientras viviese. Y algo más tarde, al confiarle nuevamente el mando de los ejércitos neogranadinos, le confiere el grado supremo de Capitán General.

Y perdida parecía Venezuela, para largo tiempo, subyugada en su mayor parte —como ya indicamos— por el poderío realista del año 15, grandemente aumentado ahora con el arribo de la expedición de Morillo.

### **El héroe inquebrantable**

¿Y entretanto qué hacía Bolívar? ¿Dónde reposaba? —si cabe hablar así— aquel inquieto espíritu a quien el mismo patriota Torres, en la ocasión antes recordada, no dudó en decirle:

—General: vuestra Patria no ha perecido mientras exista vuestra espada.

¿Por ventura enmohecíase ahora en alguna panoplia aquella espada gloriosa?

Al acercarse uno a revisar esta etapa de la vida del Libertador, es tal y tan complejo el conjunto de circunstancias en que se mueve esa vida; de un dramatismo tan intenso y casi sagrado, que el historiador se sobrecoge en muda y reverente admiración.

Dejemos, enhoramala, que haya quienes agucen hasta el extremo su mirada mezquina, que busca sorprender en todos los actos de Bolívar, calladas y torcidas intenciones, tan burdas como las de deseo de bienes y comodidades propias de un burgués egoísta; o las de sed de mando y de figuración, u otras de parecida índole. Pero toda la malevolencia de tales pretendidas críticas contra su personalidad histórica, no podrán disminuir jamás un ápice de esta verdad incontrastable que salta clarísimamente de entre las páginas de numerosísimos documentos de la época, a saber: que Bolívar se entregó con tesonera e ilimitada generosidad, con cuanto era y tenía, a la conquista del ideal al que un día juró consagrarse, y que ratificó alcanzar aun luchando contra la misma naturaleza de los sucesos que le fueran adversos. De sus dos bienes más personales: salud y fortuna, al cabo de menos de veinte años no le quedaría sino la figura cadavérica de pobre tuberculoso que agonizaba en una hamaca en Santa Marta, y los rastrojos perdidos de lo que fueron sus prósperas fincas, pero de las que nunca más hubo de ocuparse, mientras la Patria requirió sus servicios.

Y que esta entrega ilímite fue una realidad ya desde los primeros años de su empresa libertadora, nos lo prueban precisamente esos años del 15 y el 16, que al respecto de lo dicho nos parecen de un dramatismo conmovedor y aleccionante.

¿Dónde estaba Bolívar —preguntamos de nuevo— mientras en él pensaban los heroicos margariteños que comandaba Arismendi aquí en la Villa del Norte? Pero mejor, preguntemos antes: ¿Dónde podría haber estado, si así lo hubiera querido, él, el joven aristócrata, el burguesito bien parecido, amigo del buen vivir, con holgada fortuna para proporcionárselo todo y disfrutar a sus anchas de una existencia regalada? Allá podría haber estado ahora; allá podía haberse quedado, a la sombra de los frondosos mangos y samanes de su

meliflua hacienda de San Mateo, y alternando a ratos esa grata vida apacible de campo, con los días de refinado solaz en los salones mantuanos de la pizpireta Caracas.

Pero hacía tiempo que todo eso se había quedado muy atrás; o mejor dicho, lo había él renunciado sin miramiento ni resquemor alguno, y tal vez —como de hecho ocurrió— para siempre.

¿Y ahora, dónde estaba? Donde menos lo deseaba. Porque nada más ingrato que ser y sentirse uno un ausente. Y Bolívar lo era. Era un ausente de la patria. No un huido. Estaba a distancia, como el atleta que se coloca muy atrás, a tomar carrera de impulso para el salto de altura, seguro de triunfar. Esa distancia fueron Jamaica y Haití; y escenario de experiencias tan dolorosas como decisivas. A este triunfar de ahora en perspectiva y en esperanzas, hará eco —años más adelante— la frase célebre de Pativilca.

### **En la intimidad del sacrificio**

Bien está que Jamaica haya despertado siempre interés en cuanto que vino a ser como escritorio donde Bolívar pudo redactar la ponderada carta política de 1815. Y también porque allí, por medios muy sencillos y naturales, como los suele usar la Providencia divina, se salvó de uno de esos planes homicidas que tantas veces asediaron la generosa existencia del héroe. Pero Bolívar, cuya vida, y todo cuanto en ella había de pensamiento, de acción y de esfuerzo y sacrificio, se proyectaba en un solo y único sentido, hacia una sola ambición e ideal: la independenciam de Venezuela y de América; tiene que pasar en esos días de Jamaica por una prueba de sufrimiento, que aunque inmediatamente de orden material, había de repercutir en forma sensibilísima y casi vergonzosa, en su moral, en su dignidad personal.

El, que podía tenerlo todo, y que pudiera en estos momentos estar disfrutando de aquellas comodidades voluntariamente renunciadas de su San Mateo y su Caracas —esta última, siempre tan añorada— se encuentra allá en Kingston

padeciendo la más increíble penuria. Desde el mes de julio, por lo menos, del año 15, no dispone de un centavo. Ha vendido ya las pocas cositas de algún valor que le quedaban para así poder pagar la modestísima pieza que una pobre mujer le ha alquilado. Pero esa patrona, en vista del largo retraso en los pagos de la pensión, no sólo lo vilipendia en todas formas, noche y día, y le hace la vida insufrible, sino le amenaza con el escándalo de una demanda pública. ¡Qué sentiría el Padre de la Patria en semejante situación! El caso era tan desesperante que hasta pensamientos de suicidio le asaltan —así lo escribió— ante la contingencia de un deshonor. Imaginémos por un momento al héroe en su soledad y monólogo interior, devorado por la vergüenza, él, que habiéndolo tenido todo, se ve ahora no ya en la absoluta indigencia, como un nadie, las manos en los bolsillos, sino forzado a lo que para uno como él tenía que resultarle aún más amargo: a tener que pedir prestado, tener que buscarse, como de limosna, lo necesario para poder subsistir y no verse con su ropa en la calle. ¿Cómo estaría conturbado su espíritu? ¿Quién sería capaz de reconocer allí al mismo joven que apenas hace diez años prodigaba a gusto sus bienes en las principales capitales de Europa? ¿Dónde está ahora aquel apuesto militar a quien apenas hace dos años todo Mérida y Caracas vitoreaba como Libertador? ¡Ese Libertador es ahora prisionero y juguete malmirado de una patrona, consecuencia de su propia y voluntaria indigencia! Por tan áspero sendero de humillación debía de marchar a su destino el predestinado de la gloria. Quiso ser Libertador, y tendría que apurar ahora hasta el fin su cáliz de amargura.

Bien hacemos al entusiasmarnos con las páginas de ágil y concienzuda disertación histórico-política de esa carta, por antonomasia llamada «de Jamaica», y de otros documentos de parecida naturaleza, con que —cambiada momentáneamente en estos días la espada por la pluma— Bolívar trabaja desde la lejanía por la libertad de América. Y bien hacemos en admirar la actividad tesonera, aunque ingrata, que nos revelan esas cartas con que en tono suplicante, aunque digno, pide a su generoso amigo Hyslop, ayuda monetaria para menesteres relacionados directamente con la continuación de sus planes políticos y militares en Venezuela.

Pero hemos de confesar, señores, que ninguno de esos documentos tiene valor tan dramático y tan conmovedor como esa penosísima carta al mismo Hyslop, de fecha 4 de diciembre de 1815, en la que Bolívar implora el favor de unos pocos reales para no verse echado a la calle y avergonzado como un malapaga. ¡El caballero Bolívar en semejante trance! ¡Cómo le quemaría la pluma entre los dedos, mientras con ruborosa angustia rasgaba sobre el papel las líneas de esa carta! Si siempre lamentaremos que se hayan perdido tantas cartas y papeles del Libertador, mucho consuela —en cambio— que se haya salvado esta carta, que como pocas es de extraordinario valor apologético para la vida pública del héroe. Esa no será jamás una carta que lo avergüence ni lo rebaje, antes, forma irrompible unidad con los demás documentos de tan decisivo momento histórico. Nunca más grande Bolívar que cuando en su ciegame generosa determinación de darse a su destino de libertador, echa en el platillo del rescate la última y más acariciada moneda del tesoro de su personalidad: la altivez de su alcurnia, trocada ahora en el gesto de la mano extendida del que pide prestado. Más épica y aleccionadora en su esencia psicológica y humanista que la figura de Bolívar, espada en mano sobre brioso corcel, o desplegando las banderas triunfales sobre el Potosí, es este Bolívar que a pie y cabizbajo, por escondidas callejuelas de Kingston, y cargado con un atadizo de sus pertenencias, va como escapado en busca de un modesto albergue. Todo esto y más que fuere necesario está dispuesto a hacerlo y padecerlo cuantas veces lo requiera el bien de la Patria. ¡Así se cimentaba el pedestal de su gloria futura de Libertador!

### **La verdad de sus escritos**

Esto no era sino poner en práctica lo que con frases tan vigorosas como todas las suyas, va repitiendo en sus diversos escritos de estos años. «Formemos una patria a toda costa y todo lo demás será tolerable», le dice resueltamente a Brión (2 de enero, 1816). Y antes, terminada la acción de Bogotá, al despedirse del Congreso, y ante la amenaza inminente de los realistas, poderosos en todas

partes, con una serenidad que pasma, dice nada más: «pero no importa, yo volveré» (O’Leary, *Narrac. I*, p. 259). A los cuatro años, los clarines de Boyacá anuncian que el Libertador había cumplido su palabra. Y al Presidente de las Provincias de Nueva Granada le escribe desde Cartagena (8 de mayo 1815):

Cualquiera que sea mi suerte en lo adelante, mi último suspiro será siempre por mi país [...]. Aseguro a V.E. que cualesquiera que sean los días que la Providencia me tenga aún destinados, todos hasta el último serán empleados en servicio de la América.

Y de nuevo, días más tarde, al mismo Presidente:

Mi constancia y mis deseos por el bien de la patria me harán emprenderlo todo, y trabajar incesantemente por él, sin reparar dificultades.

Y, ¿qué valor público más evidente y acendrado no tiene esta confesión que ya a fines de julio del 15, hace en carta a su parienta doña Gertrudis Toro?:

Yo no tengo nada, lo poco que traje lo he repartido entre mis compañeros de suerte [...] pero tengo un corazón que no teme a los ataques de la fortuna.

Pero hay algo que añadía esencial importancia, como motivación, al temple espiritual que en todas esas frases se nos revela. No obstante los graves reveses que le han ocurrido, ni sus propios errores y humanas debilidades —cosas éstas que sirven de menguado solaz a ruines escritores— Bolívar tiene plena confianza y seguridad de que a la hora decisiva —y ya había sonado— sus compañeros y amigos estarían con él. Así se lo confiesa al amigo Hyslop: «Yo no abandonaré nunca la causa de mi país y creo que mis amigos tienen bastante carácter para no abandonarme» (26 diciembre 1815).

### **Todos lo esperaban**

Los compañeros de armas que con él comparten estos anhelosos días de Jamaica y de Haití, han depuesto sus posibles rivalidades y desavenencias; y han experimentado cómo se ha desvelado por atenderlos y compartídoles su escaso

pan, ese compañero que entre ellos muestra superiores dotes y capacidad para organizarlos y dirigirlos: Bolívar. Y por el otro lado, aquí en Margarita, Arismendi y su grupo de oficiales y tropa —que en heroísmo se diría legión— tienen la absoluta convicción de que a nada definitivo llegarán tantos esfuerzos generosos, mientras a la cabeza de todos no se ponga Bolívar. ¿No era acaso reflejo vivo de este mismo sentir, lo que había ocurrido algún tiempo antes con las tropas de Urdaneta en Nueva Granada, que al mero saber por sorpresa en Pamplona, que llegaba Bolívar, rompen toda disciplina y como fuera de sí, en vez de la formación militar para rendirle honores en una calle, se salieron en tropel y sin armas, para ir a su encuentro, y llevarle a hombros hasta la plaza, entre atronadores gritos de «Viva el Libertador» y «Viva Venezuela»? (Lecuna, *Crónica Raz...* I, p. 355). ¿No era eso lo que borbotaba en el ánimo de Urdaneta cuando, tiempo después, sin saber del paradero de Bolívar, precisamente en los mismos días de la llegada de éste aquí a Margarita, habiéndose corrido la voz allá en Nueva Granada que el Libertador estaba en aquel territorio, le escribe una efusiva carta desde Pore, deseoso de que tal noticia fuese verdad, y esperando el momento de encontrarse con él? (*Gaceta de Caracas*, 1816, p. 708).

Todos sabemos bien cómo se llevó a cabo esa audaz expedición que llamamos de Los Cayos; empresa que alguien habría tildado de casi quijotesca, de no conocer la dosis de inquebrantable heroísmo de sus componentes, así como de los que aquí la esperaban, y sobre todo la de quien desde ahora comandaría a unos y otros. Entusiasmos iniciales, acrecentados con la primera hazaña contra el bergantín *Intrépido* (perpetuada en magistral lienzo de Tito Salas); acciones diversas en Costa Firme; reveses en Ocumare y otros puntos; nueva disgregación momentánea de fuerzas, no lograda aún la necesaria jerarquización de mando; generosidad bien probada del Presidente Petión, como antes de Mister Hyslop, y colaboración fidelísima y competente de quien figura como nuestro primer almirante, Brión: éstos y otros hechos y aspectos de la empresa libertadora entre esos años 1815 a 1817, no obstante su diversidad y aun a veces, su contrapuesta naturaleza y categoría, forman —como siempre ocurre— el curso normal a la vez

que sorprendente de la historia. Pero de todo ello, y por sobre otras posibles consecuencias, una fue la más trascendental de todas: la que brotó del acto y del acta solemnes que aquí mismo tuvieron lugar, y cuyo siglo y medio hasta hoy transcurrido hemos venido a conmemorar. En forma expresa, pública y unánime, representantes civiles y militares, aquí en oriente, en toda esta gran porción del territorio nacional, la Patria de nuevo naciente libre sobre el terruño margariteño, en cabildo abierto o asamblea popular, y a la sombra providente de estos muros sagrados, confíérole a Bolívar el doble cargo y título de Jefe Supremo de Venezuela, en lo político y en lo militar, y queda asimismo designado por segundo en tal categoría el General Mariño. Y fue el General Arismendi quien con palabra firme, respaldada de experiencias y del heroísmo, no sólo enardece las voluntades para tan necesaria designación en la persona de Bolívar, sino que además —para de una vez por todas asentar el principio de unidad nacional, sin reservas regionalistas y suicidas para la Patria— se eleva al plano de un clarividente estadista, y persuade a todos los presentes a la votación y firma —como lo hicieron— del Acta que sanciona que la república es «una e indivisible, con desconocimiento de la anterior división de Oriente y Occidente». Seguramente tal resolución fue al punto saludada con el sonar sagrado de los bronces de este templo.

### **Hasta el triunfo definitivo**

Desde ese momento, ya para siempre y bajo la égida de Bolívar, Venezuela y con ella la Nueva Granada, aseguran su destino de nación libre y soberana. El historiador Yanes, contemporáneo de los hechos, afirma expresamente que la llegada de la expedición de Los Cayos fue el hecho que «puso los fundamentos de la República de Colombia», la gran república que ya bullía en la mente del Libertador.

Quedaba aún —es cierto— casi todo por hacer; y un duro y largo camino que recorrer. Pero ninguna adversidad, ni venida de los contrarios, ni surgida entre las filas de sus mismos copartidarios, abatirá el ánimo del Jefe Supremo,

antes le hará aferrarse más denodadamente a su deber y a su responsabilidad ante la Patria.

Y sin duda, entre todas las dificultades que lo han de asediar, ninguna para él más dolorosa que los malentendidos y resquemores entre sus más allegados y prestigiosos hombres de armas. Él tuvo un don maravilloso. Sabía conocer bien a los hombres; y sopesar las cualidades, valía y méritos de cada quien. A causa de esto, cuánto sentiría que jefes de gran prestigio se dejaran fácilmente seducir por resentimientos, rivalidades y envidiejas. Y que como consecuencia se deteriorara o entorpeciese le obra trascendental de la independencia. Pero tales sucesos no le caían de sorpresa. Ya de antes había tenido y observado experiencias semejantes. Y con qué realismo de pensamiento y de frase aludió en 1815 a este mal de las discordias e incomprensiones entre los propios patriotas. En su discurso de dicho año ante el Congreso de Nueva Granada, explicaba así las lamentables divisiones que ensombrecían la libertad recién alcanzada por los pueblos de América: «Creado el nuevo mundo —decía— bajo el fatal imperio de la servidumbre, no ha podido arrancarse las cadenas sin despedazar sus miembros».

Las situaciones tan ásperas y peligrosas que llegaron a plantearse por la actitud de hombres tan señalados como Mariño, Piar, Bermúdez y otros, jamás habrían llegado a términos de apaciguamiento en bien de la unidad institucional del ejército libertador, si no se hubiera hallado de Jefe Supremo un hombre como Bolívar, con talento, aguante y discreción admirables para actuar según convenía en cada caso a los intereses de la Patria. Si mucho hubo de dominarse, en cambio nunca cedió ni abdicó las prerrogativas y deberes de su alto cargo. Y porque actuó siempre así, en éstas como en todas las demás circunstancias, el pacto y resolución hechos en esta Villa del Norte mantuvieron su vigencia, y se logró su trascendental finalidad para la implantación definitiva de la independencia.

No pocos ni leves son, sin embargo, los sacrificios que hace por ello el Libertador en estos meses decisivos; incluso toma la radical resolución de retirarse de nuevo, momentáneamente, de la escena, yéndose otra vez a Haití; para

dar así ocasión a que se calmaran los graves altercados personalistas ocurridos en Güiría. Pero se decide a ausentarse, porque ya tenía bien tomado el pulso a la situación. Se va, pues, sabiendo que lo han de llamar de nuevo y pronto. Habrán de llamarlo, como escribiría más tarde en su Historia el General Austria, para que venga a dar la vida a lo que parecía que iba a morir para siempre. Muy presentes tenía, además, los mensajes de aprobación y agrado que acababan de enviarle generales tan activos como Monagas, Zaraza y otros, impacientes ya porque Bolívar se pusiese al frente de todo como Jefe Supremo.

### **Del oriente vino la luz...**

Pero ya se veía que el impulso de lo acordado aquí en Margarita, nadie lo habría de detener. Y cuando Bolívar, de nuevo en Haití, acude una vez más al generoso Presidente Petión, éste no sólo le facilita los medios que le hacen falta, sino que los acompaña de un mensaje tan comprensivo como casi profético, del cual son estas alentadoras frases:

Si la fortuna inconstante ha burlado por segunda vez las esperanzas de Vuestra Excelencia, en la tercera puede serle favorable; yo, a lo menos, tengo ese presentimiento.

Y el presagio se cumplió. Mientras allá en Caracas, el resentido y difamador realista José D. Díaz llena el periódico la *Gaceta* de mentiras y burlas de mal gusto, al enterarse de lo que está ocurriendo en oriente; aquí los patriotas —con el Libertador de nuevo a la cabeza, y ahora para siempre— en poco más de un año de inauditos esfuerzos y proezas, logran reconquistar todas las provincias orientales y la Guayana, a la vez que los realistas se ven forzados a abandonar su último refugio margariteño. Lo que parecía muerto, está recobrando la vida. Por algo temía tanto Morillo —y así lo escribía el 7 de marzo del 16— que llegase Bolívar a encargarse otra vez del mando general.

De ahí en adelante, como lo escribió el mismo Bolívar a Hyslop, los acontecimientos «debido a la protección divina, han continuado favoreciendo a las armas de la república».

Y así fue como de Margarita, de este oriente insular, vino la luz y empezó el nuevo día para la Patria. Y esta isla bendita que fue la primera Venezuela de la conquista y de los fundadores, a los 300 años, exactamente, también se adelanta a ser la primera Venezuela de nuestra reconquista y de los libertadores. De esta isla de las perlas hubo de venir, valioso como la más fina perla de nuestra historia, el hecho trascendental que hoy hemos querido conmemorar, y del cual, en fin de cuentas, iba a depender y seguirse toda la larga y gloriosa acción de nuestros libertadores: Boyacá, Carabobo, Junín, Ayacucho, son como la fronda exuberante de bien cuajado árbol, cuya semilla fue sembrada un 6 de mayo de 1816, en la mejor tierra; en esta próspera tierra margariteña, que tan bien regada había sido con las lágrimas y la sangre de sus incontables hijos, que en su heroísmo evocaron el noble linaje de los espartanos. Y a fe que nadie mejor que esta isla pudiera decir con el poeta que loor a Bolívar:

Yo vi la Patria desangrada y muerta  
en el más duro oprobio sepultada...

Mas, de pronto, tu voz clamó alentada,  
igual que Cristo a Lázaro; ¡Despierta!...

Y al golpear su tumba con tu espada,  
se abrió la tumba, y de su tumba abierta  
volvió a surgir la patria inmaculada,  
en un nuevo y feraz resurgimiento  
de libertad, de amor y primavera,  
desplegando a las ráfagas del viento  
la gloria tricolor de su bandera...

(F. V.)

**Señores.**



## Entre Boyacá y Carabobo\*

---

Era el 3 de octubre. Dentro de poco más de dos meses se cumplirán 147 años del importante hecho que aquel día tuvo por teatro el ámbito de esta Villa de El Rosario, sede, entre los años 1820 y 21, de los más altos poderes de la nación que con el nombre de Colombia recibiría aquí existencia constitucional, dádale por el Congreso General de representantes de veinte provincias de la Nueva Granada y Venezuela.

A las once de la mañana se hallan reunidos en sesión solemne los setenta representantes del Congreso. Por el grave continente de todos ellos, deduce el público presente la importancia y dignidad del acto que en seguida tendrá lugar. Y qué hombres y qué nombres tan ilustres se cuentan entre los miembros de aquella asamblea: allí están Don Félix Restrepo y Don José Manuel Restrepo; Don Diego B. Urbaneja y Don Gaspar Marcano; allí Don Ignacio Márquez y Don Miguel Santamaría; allí Don Pedro Gual y Don Fernando Peñalver, y tantos otros; y con ellos allí también, con igual representación

---

[\*]\_ Discurso leído en el acto solemne celebrado en el templo histórico de la Villa del Rosario, de Cúcuta, el día 22 de julio de 1968, como homenaje de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, al reunirse en la ciudad de San Cristóbal la Asamblea Anual de la Sociedad Bolivariana. El acto fue auspiciado por el Señor Gobernador del Departamento Norte de Santander y por el Centro de Historia del mismo Departamento.

parlamentaria, aquel discreto y manso pastor, único Obispo sobreviviente, por entonces, en este lado de la república, Don Rafael Lasso de la Vega, y aquellos dos ilustres sacerdotes, ambos futuros Arzobispos de Caracas: Don Ramón Ignacio Méndez y Don Ignacio Fernández Peña.

A una señal, toda la asamblea, puesta en pie, guarda absoluto silencio. De pronto, afuera rompe los aires la nítida clarinada de un toque militar, y resuenan luego voces de mando. Una sola mirada compacta, la de todos los presentes, se proyecta al punto, hacia la entrada del salón. Allí acababa de perfilarse la enjuta pero marcial figura del Libertador. Con la naturalidad señal de quien sabe bien desenvolverse en ocasiones tan solemnes como la presente, avanza a paso lento, precedido de sus ministros y de la comisión congresil de rigor, y seguido por los edecanes, ocupa en seguida su asiento al lado del Presidente del Congreso. La pequeña figura del grande hombre polariza todas las miradas. De cerca se advierten mejor las huellas de las rudas campañas de los últimos años. ¡Válgame Dios, y cómo le han puesto!, exclamaría más de uno, por lo bajo. El dormán y arreos militares de su alta jerarquía, que sabe vestir con garbo natural, no disimulan lo magro de sus carnes, ni lo bronceado y reseco de la piel de rostro y manos. Pero conserva la gentileza y prestancia de siempre, el porte nervioso, ágil el gesto y la mirada perspicaz y alerta.

Con voz firme, que en el timbre y entonación indican el señorío de quien habla, contesta al juramento de ley, de ejecutar y hacer ejecutar, como Presidente, la Constitución y las leyes de la República.

Y luego, en breve y expresivo discurso, dice entre otras estas palabras, cuya verdad y sinceridad quedarían demostradas sobradamente en los nueve años de vida que nada más le quedaban:

La gratitud que debo a los representantes del Pueblo, me impone (además) la agradable obligación de continuar mis servicios por defender, con mis bienes, con mi sangre y con mi honor, esta Constitución que encierra los derechos de dos pueblos hermanos, ligados por la libertad, por el bien y por la gloria. La Constitución de Colombia será junto

con la Independencia el ara santa, en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé a las extremidades de Colombia a romper las cadenas de los hijos del Ecuador, a convidarlos con Colombia, después de hacerlos libres.

¡Bolívar, siempre Bolívar! ¡Qué hombre para mantener en todo momento la misma indeclinable línea de conducta y de aspiración, a la cual se consagró con tan sorprendente constancia, desde los albores de su vida pública! ¿Quién no descubre en las frases que hemos citado de su discurso, una nueva glosa que reafirma?, ahora a los 38 años de edad el juramento hecho a los 22 en la colina de Roma: «Juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor; juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen»

Y para la fecha del presente juramento, ya había roto algunas. Y aún seguirá rompiendo otras muchas.

¿Por qué su presencia en esta ocasión solemne aquí en El Rosario de Cúcuta? ¿Qué significaba? ¿De dónde y de qué venía Bolívar; y a dónde iba a seguir inmediatamente luego de nombrado ahora Presidente de la gran república proclamada bajo el nombre de Colombia?

En cumplimiento de la disposición del Congreso de Angostura, la sede del gobierno republicano había quedado establecida en esta ciudad, como zona más céntrica y equidistante, desde donde mejor atender a los extensos territorios que aún había que rescatar del dominio de las tropas españolas.

No era, a la verdad, como para entusiasmarse mucho, el panorama que en estos momentos se ofrecía a los gobernantes y libertadores de la república decretada en Angostura. Nada para entusiasmar —decimos— a espíritus corrientes, aunque generosos, pero dispuestos sólo a la acción en condiciones menos difíciles. Pero para aquel espíritu todo vigor y planes, siempre distendido en proyección ardorosa hacia cuanto haya aún por hacer, retador de dificultades —que tal era el espíritu de Bolívar— las circunstancias extremas más bien le aguijoneaban la voluntad y retemplaban su generoso corazón. Bolívar hacía rato, hacía media docena de años, que venía lanzado en vértigo arrollador,

que se desplazaba en una órbita territorial y existencial casi imposible de comprender, y en la que nadie más sino él sabía moverse con perfecta adaptación a las circunstancias, por difíciles o inesperadas que surgieran. Cuando todos los demás ilustres y abnegados jefes de la revolución, actuaban con plausible heroísmo, pero con uno como sentido provinciano, limitados a zonas y a problemas de parcial proyección, solamente Bolívar era quien, atendiendo y comandando a todos, desplegaba una actividad general y a la vez particular, en planes, órdenes y previsiones, con mirada clarividente e indubitable convencimiento, abarcando el asombroso espacio que iba desde Margarita y Cumaná, hasta Quito y luego Lima y el Alto Perú; medio continente suramericano; y aún le quedaban esfuerzo y ensueños para ofrecer su ayuda y servicios a los confines de la otra mitad meridional del continente.

Aquella acción que, desde Cartagena lo lleva victorioso, en campaña relámpago hasta Bogotá; para de allí devolverse en rodeo de entrada a Venezuela por el occidente, y correrse en seis meses de la Campaña Admirable hasta entrar triunfador a Caracas, no es sino parte inicial de todo un vastísimo plan que ha puesto a marchar, y que ya no parará, ni nadie lo podrá detener, hasta que un día de 1825 se hayan puesto a ondear triunfan sobre la cima del Potosí peruano las banderas heroicas de la libertad. Y por eso, no importará la nueva caída de Caracas, y emigración a Oriente el año 14, ni importarán los días; negros y de extrema pobreza en Jamaica y Haití. Porque si la trayectoria libertadora fue antes de occidente a oriente, viene en seguida la retoma de la misma por el oriente venezolano, que con otro rodeo acertadísimo alcanza a fijar zona de nuevo arranque en Guayana, en las márgenes del Orinoco, de ese Orinoco que en adelante será siempre punto obligado de emocionada referencia por Bolívar, en la marcha ahora definitivamente ininterrumpida de los ejércitos que dirige su brazo de auténtico Libertador. Y como antaño aquellos mensajeros de la fe y de la cultura, los santos misioneros, sabiamente supieron valerse como de las mejores vías de penetración y expansión —cual de carreteras naturales— de los grandes ríos americanos; llegaba también ahora el momento

—y Bolívar lo señaló— en que los mensajeros de la libertad harían de esos ríos Orinoco, Apure, Meta, Arauca y otros, las vías de una buena parte de su acción; a la vez que con el dominio de sus márgenes se aseguraba en muchas leguas todo un flanco sur de defensa natural, como el propio Bolívar lo informaba expresamente en 1817.

Con Guayana, extremo sur-oriental venezolano asegurada ya para siempre en manos patriotas, como asimismo el Orinoco; allí se afincará desde ese año 17, el avasallante empuje libertador, que irá avanzando, siempre avanzando, hacia allá, hacia occidente y sur, a Nueva Granada, a Pasto, a Quito y Guayaquil, hasta rematar en el Alto Perú.

Y en esta planificación y avance estratégico, le toca al Libertador tener su Cuartel General y sede del gobierno, durante buena parte de 1820, aquí en El Rosario, donde instalado al año siguiente el Congreso General, acabamos de verlo prestando el juramento constitucional de Presidente de la República.

Y al encontrarnos con él ahora, nos hemos preguntado: ¿de dónde y de qué viene, y adónde va, quien como él, y como nadie, es el hombre ubicuo, que con previsiva presencia y movilidad, comparte su tiempo en largas horas entre la silla de montar y la —para él— menos grata silla de su despacho?

Bien puede decirse que de hombres como Bolívar nunca se podrá escribir una verdadera biografía. Por mucha extensión que quiera dársele, siempre resultará poco y pálido cuanto se escriba, frente a la múltiple y compleja realidad de una vida tan rica en pensamiento, en acción y en voluntad incansable de servicio ante un ideal de proporciones gigantescas. La verdad de una vida como la de Bolívar, sólo logra vislumbrarse en algo de su grandeza, cuando uno se sumerge en la lectura atenta y seguida de sus escritos.

Os ruego, señores, que seáis indulgentes con lo que ahora voy a narraros, si os pareciere menos discreto. Invitado a hablar en este día de nuestra Asamblea, y en esta Villa y lugar de tan histórica cuanto veneranda significación, busqué ante todo entonar mi espíritu mediante el contacto directo con el espíritu del Libertador, palpitante en aquellos escritos suyos de las varias veces que por

aquí anduvo, y sobre todo de aquellos de los años decisivos de 1820 y 21. Solamente del primero de estos años son cerca de cien los papeles, entre cartas y oficios, fechados aquí en la Villa de El Rosario, cifra que bien puede suponerse sería doble o más, dado que muchos otros de sus documentos, como ocurría entonces o después, debieron perderse. Aquí, ante este paisaje, que según relatan viajeros de la época, era todo bucólico y risueño, pero se hallaba a la vez contrastado por el ambiente de las preocupaciones urgentes de la guerra y la política, aquí Bolívar no da descanso a su acción ni a su pluma. De esta última pendía, en buena parte, la gesta libertadora. Si como él mismo lo dice por entonces, tiene agotado a uno de sus secretarios por tantos días de intenso escribir, no es fácil suponer cuál sería el esfuerzo de su mente alimentadora de aquellas páginas, que a la continua llevaban los jinetes, en volandas por todas las veredas de la inmensa república. Durante muchos meses aquí en El Rosario, capital provisional de Colombia y sede del Cuartel General, en el proceso de la independencia hacia occidente, la cabeza organizadora de Bolívar —la única reconocida eficaz y necesaria, por las dotes y voluntad que poseía para la ingente, riesgosa y nada grata empresa por realizar— preveía y ordenaba todo, desde los cambios de mando de tropas, o movilización de ejércitos, hasta la provisión de plátanos para los soldados o la tela para los uniformes.

En nuestro deseo de ambientarnos mejor respecto de este lapso tan importante de la actividad del Libertador en esta Villa, adelantamos nuestra lectura de sus documentos a los años precedentes, desde 1818 en Angostura, y la prolongamos hasta entrado el 1822, cuando va está en marcha para Quito. Me enfrenté, pues, a no menos de cuatrocientos documentos, en su mayor parte epistolares, largos, y por lo muy personales dictados directa y totalmente por el Libertador, en aquel estilo tan suyo, tan ágil e inconfundible. Fueron no menos de quinientas páginas las que pasaron por entre mis dedos y bajo mis ojos ávidos de tal lectura. Creía, con candor casi infantil, en lo fácil, además de grato, que iba a resultarme tomar las notas de que habría de servirme luego para inspiración y documentación de mi escrito de hoy. ¡Pobre aleteo el

del tordo que incautamente trata de revolotear cerca del cóndor andino que con natural majestad, a un simple agitar de sus poderosas alas remonta en un instante los espacios y va a mecerse sereno sobre las nubes! En condición semejante a la de la débilavecilla hube de sentirme, a poco de avanzar en mi lectura y toma de notas sobre aquellos documentos. Créaseme, señores. Lejos de mí todo ditirambo patriotero. Pero no me sonroja confesaros que en la presente ocasión, como no recuerdo otra parecida, he pasado por una abrumadora experiencia: la de sentirme sobrecogido —no de admiración, que esto dice poco— sino de algo como de impotente anonadamiento, cuando tras la lectura y estudio cuidadoso, página tras página, de los documentos el período antes indicado, quise llegar —mediante mis notas— a trazar una semblanza de la actividad del Libertador en aquellos días, tal vez los más decisivos y trascendentales de su compromiso con los pueblos que había jurado libertar.

Pero como he confesado lo anterior, debo también afirmar que, no obstante aquello, mi experiencia no fue toda de fracaso; antes al contrario, fue extraordinariamente positiva. Antes había indicado que no hay posible biografía completa de un personaje como Bolívar, puesto que nunca podría reducirse a síntesis todo aquel mundo suyo de acción y de pensamiento que se nos muestra —como en soberbio altorelieve— en los miles de páginas que nos legó. Quien quiera saber si es verdad eso de la talla de gigante del Libertador, que trate seriamente de adentrarse en la lectura de escritos como los de este período de tremenda responsabilidad. Avergüenza entonces pensar en la pobreza de esos espíritus —todavía los hay— que ante un árbol de inmensa estructura y desbordante sazónada fructificación, sólo saben alarmarse porque esporádicamente algún posible fruto no llegó a lograrse en una cosecha de millares.

Es gloria histórica de esta Villa el hecho múltiple de haber sido pensados y redactados aquí numerosos documentos que, por las graves circunstancias del momento, y complementados para mayor unidad con otros inmediatamente anteriores y posteriores al año del Congreso, nos prueban de la manera más convincente y vivísima, que no se equivocaban políticos y legisladores y militares,

cuando una y otra vez ratificaban a Bolívar en el cargo de conductor supremo de los destinos de la nación. Ni las brillantes cualidades y esfuerzos de otros jefes; ni tampoco las posibles fricciones o desacuerdos personales que inevitablemente ocurrían una u otra vez; nada de eso, en ningún sentido podía bajar ni igualar a nivel con los demás la estatura descollante que en todos los problemas demostraba el Libertador. Y sobre todo, en la universalidad y la claridad del pensamiento respecto de la obra total de la independencia, y en la ilimitada voluntad de asumir todos los deberes y atenciones de su cargo, con la única mirada en el bien de la Patria, nadie como él mostraba personalidad tan relevante. Se pregunta uno, qué habría sido de la Independencia, si aquí en la capital interina y casi ambulante de la república aún por lograrse, no se hubiera hallado con el cargo supremo de sus destinos Simón Bolívar. Aquí afianzó él en forma más real lo ganado en Angostura. En sus manos, la Patria en gestación recibe aquí en El Rosario, nuevo impulso y nuevas prendas de estabilidad. Aquí viene —en romería y parada necesaria hacia el Occidente y Sur— como antes vino a Angostura, el taller de imprenta de donde saldrá la *Gaceta de Colombia*. Aquí se estudian y escriben las importantes comunicaciones que preparan para el encomiable lapso y convenio de armisticio y sobre todo para el tratado de regularización de la guerra, la cual en adelante se hará bajo normas humanísimas que harán olvidar los horrores del anterior inevitable decreto de Trujillo. Aquí, por primera vez en nuestra ya larga guerra, el Libertador recibe comunicaciones oficiales de los Jefes españoles, por las que de hecho y de derecho se reconoce la soberanía de los territorios ocupados por las fuerzas patriotas. Aquí brilla, a cada paso, con rasgos magníficos, el grado de madurez y moderación que Bolívar ha alcanzado como mandatario, cuya intención, dice en una carta «es no aventurar nada, nada, nada»; y en otra en la que da orden a unas fuerzas de «reunirse y obrar de firme con audacia en el plan y con prudencia en la ejecución» que es —dice— mi máxima favorita en el día. La falta continua y terrible de dinero no le arredra; ni por eso nada se detiene en sus planes. Y como es humano, y de temperamento sensibilísimo,

pasa ratos de espantosa angustia. Y no siempre sabe, a la primera, qué resolución deberá tomar. En su continua y amigabilísima correspondencia de este tiempo con Santander —gloria de El Rosario— le confía en alguna ocasión: «mi incertidumbre es tal que me desvelo todas las noches sin Poder fijarme una resolución». Pero a la mañana siguiente, está en su despacho, resolviendo mil y un asuntos de urgencia. Su salud se resiente más de una vez. En mayo del año 20 tuvo que ir a San Cristóbal, y allí se puso muy malo; ni se supo lo que tenía; pero para mejorarse se volvió para acá, pues le probaba bien este clima, y así lo escribió. Pero todo va adelante. Sus esfuerzos supremos se encaminan a adunar las partes todas de la gran nación, para que aquella unión y grandeza demostrara, primeramente, ante España, la voluntad general de estos pueblos de asegurar su absoluta independencia; luego, para mostrar ante las otras naciones, indiferentes muchas, codiciosas —tal vez— otras, que nuestra revolución no sólo no estaba estacionaria, sino se afianzaba y solidarizaba en un bloque poderoso, jurídicamente constituido; y finalmente, para que aquella unión grancolombiana de entonces—fuera de ella lo que fuere, más adelante—presentara ya tal garantía de mutua seguridad entre todas las partes integrantes frente al enemigo común, que a la vez estimulase a las otras partes que, no siendo aún libres, podrían mediante la adhesión alcanzar y asegurar también y definitivamente su independencia. Este fue el gran acierto de Bolívar en su empeño unificador, como consecuencia natural de su amplio concepto de la libertad de América; y ésta fue, por sobre toda otra consideración, la importancia esencial del Congreso de 1821.

Pero a esta Villa de El Rosario, en zona cucuteña, le estaba reservada, como capital de la república en 1821 y sede del despacho del Libertador, la gloria primigenia de un hecho trascendental y nobilísimo. Cuando en 1819 Nueva Granada gemía bajo la dura opresión realista, sus ayes tramontaron la cordillera, y al resonar en Angostura, pusieron al punto al Libertador sobre su caballo; y con pasmo de todos, ante la audacia de su plan, lleva a cabo la hazaña jamás sospechada por el enemigo, de una invasión a través de la defensa

natural de los Andes. En dos meses y medio de campaña, coronada con el rotundo triunfo de Boyacá, Bolívar llega con tropas venezolanas a restaurar, entre vítores, la libertad de Nueva Granada. Vuelve luego a Angostura. Y algo más tarde, la caravana de la liberación —como podríamos llamar a su Cuartel General—, ya está de nuevo en marcha. Y asienta ahora sus reales aquí en territorio neogranadino. Entre tanto en Venezuela muestran aún su amenazante poderío los disciplinados ejércitos españoles. Bolívar, desde su despacho aquí en El Rosario, y en sus frecuentes recorridos por diversas zonas, comprende la necesidad de abrir una campaña de gran alcance, para poner término a aquella tenaz resistencia realista.

¿Cuántas horas —la mano en la frente y el índice discuriendo por el mapa militar— debió consumir en el estudio y preparación de un plan que, la crítica militar ha considerado siempre como la obra maestra del genio militar de Bolívar! Fue una labor de largos meses de revisar datos de toda especie y de observar al enemigo. Y luego procede a la gradual movilización de las fuerzas patriotas, ya él mismo en marcha sobre el terreno. El resultado fue brillantísimo. El 24 de junio de 1821 la fulminante acción en el campo de Carabobo, aseguraba definitivamente la independencia de Venezuela. Aquella victoria venía a ser como la contraparte fraternal de Boyacá. Como de Angostura había salido la liberación de Nueva Granada, bien puede afirmarse que de El Rosario había también salido ahora, en su gestación inicial, la liberación de Venezuela. Esta era la verdadera hermandad entre ambos pueblos, que unidos marcharían en adelante a compartir nuevos esfuerzos a favor de otros pueblos americanos que aún esperaban su redención.

¿De dónde venía Bolívar —preguntábamos— aquel 3 de octubre de 1821, cuando a las once de la mañana prestaba su juramento de Presidente? Venía de Angostura, venía de Boyacá, venía —casi recién llegaba— de Carabobo: venía de su gloria; de la gloria, sí, de todos aquellos triunfos ganados por el esfuerzo generoso y la dedicación total de su vida a la causa de la Patria, de lo cual fue tanto tiempo testigo bien abonado esta Villa de El Rosario. Venía de

hacer efectivo el juramento de Roma. Más no era aquella una gloria frívola, de oropel y fanfarrias, sino la gloria que legítimamente redundaba en lo íntimo de su ser, al sentirse honradamente merecedor del título que más apreciaba: el de *Buen Ciudadano*.

¿Y adónde va Bolívar, cuando su cargo de conductor de los ejércitos lo lleva otra vez en marcha por sobre el espinazo abrupto de los Andes, rumbo al sur? Sale de El Rosario por última vez; ya no volverá más; pero de aquí sale de nuevo también para la gloria; para los arduos trabajos de buen ciudadano; y porque lo era de veras en medio de tantos pueblos por él libertados, y en circunstancias tan diversas y difíciles, ya no será él quien busque la gloria, antes bien, a la postre, fue la gloria total y definitiva la que le salió a su encuentro, al encuentro de su nombre, para apellidarle no ya Libertador, ni sólo Buen Ciudadano, sino Padre de la Patria en medio continente que le debe su existencia libre y soberana.

Y por eso, ¡oh Bolívar!, cuando en esta iglesia, al concluir el solemne. Te Deum de acción de gracias al Todopoderoso por la conclusión del Congreso, fueron echadas a vuelo sus campanas —permitidme que os rectifique la frase que se dice que vos dijisteis entonces: «están doblando por la muerte de Colombia»—, no estaban doblando, porque aun cuando aquella unión política —necesaria durante los años de lucha mancomunada— fuera luego a desaparecer, como al fin ocurrió, no por ello desapareció ni desaparecerá jamás lo que fue la verdadera esencia de vuestro pensamiento y de vuestros inenarrables desvelos, aquí en El Rosario, como antes y después: la libertad de estos pueblos de América, por vos tan amados. Esas campanas repicaron con sagaz anticipo y alegría por el triunfo final y definitivo de vuestro supremo ideal, porque era seguro que lo habríais de obtener, y nosotros conservarlo.

Un 17 de diciembre el Congreso de Angostura sancionó la Ley Fundamental de Colombia. Once años más tarde, un luctuoso 17 de diciembre, terminaba vuestra vida terrena, y con ella terminaba también la estructura externa de vuestra creación política, Colombia. Pero como tu muerte no fue sino el

comienzo de la inmortalidad de tu nombre y de tu gloria, también al amparo de ese nombre y al calor de esa gloria los pueblos por ti libertados reafirmarán siempre lo esencial de aquella unión y solidaridad a que los obliga el bien común de la existencia libre y soberana que tú nos regalaste, ¡oh *PADRE Y CREADOR DE VIRGENES NACIONES!* (J. V. González).

# Ejemplaridad de nuestra génesis nacionalista\*

## Ejemplaridad de nuestra génesis nacionalista

El pórtico que da acceso en la historia al templo de nuestras glorias republicanas, si bien se alza entre luces de heroísmo, no menos aparece entenebrecido con escenas de uno de los más dolorosos cuanto macabros espectáculos que esta nación haya jamás presenciado.

Con pinceladas magistrales, que parecían inspiradas en las galerías del Dante, pero que sin duda recogen el testimonio auténtico de quienes fueron testigos de la tragedia, nos la describió en páginas que todos los venezolanos sabemos casi de memoria, el ardoroso escritor Juan Vicente González, en el más leído, quizás, de sus libros.

En el centro de la Plaza Mayor (hoy Plaza Bolívar) de Caracas, capital de la Gran Capitanía General de Venezuela, el 8 de mayo de 1799 se veía enclavado en tierra alto y grueso palo, con lazo corredizo, patíbulo público que esperaba estrujar entre sus garras a una víctima, por el único delito de haber anhelado la independencia para su terruño nativo. Pronto el fatídico mandato de la pena

---

[\*]\_ Discurso leído en el solemne acto académico-patriótico en conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia, celebrado en el Colegio San José, de Mérida, el día 22 de mayo de 1960.

capital estuvo cumplido, y el cuerpo amoratado y exánime del llamado «reo de alta traición» apareció allí, ante la atemorizada muchedumbre, colgado y bamboleándose tras los estertores de una muerte crudelísima.

Y mientras las campanas de los templos lanzaban sus más tristes dobles, y las gentes en medio de un silencio, doloroso e impresionante, se retiraban musitando entre labios las postreras plegarias fúnebres, las autoridades coloniales daban por bien concluido un episodio que juzgaron tal vez de ejemplar escarmiento para la seguridad y permanencia del dominio español en esta parte de su feudo imperial americano. España acababa de sacrificar a España; pues por impensada y terrible ironía de la historia, España por medio de sus autoridades había segado la vida de José María España, el primer venezolano que sellaba con el lacre de su sangre, regada allí en el centro mismo de la capital de la futura nación venezolana, el mensaje y el testimonio altivo de los deseos de un pueblo que buscaba romper las ataduras de su libertad.

Pero aquella sangre no había caído en vano en la tierra de la Plaza Mayor caraqueña, ni aquel palo infamante de la horca fue mero tronco seco que pasara sin más historia que la de haber servido de patíbulo para el primer mártir de nuestra nacionalidad. A aquel tronco, diríase que muy pronto le iba a brotar un vástago vigoroso, fecundado con la sangre del heroico ajusticiado.

No habían pasado doce años, cuando una mañana, cálida y luminosa, del mes de julio de 1811, en aquel mismo lugar todavía sombrío por el recuerdo de la pasada tragedia, los habitantes de Caracas vieron alzarse, cual renuevo del viejo tronco patibulario, un asta esbelta que apuntaba airosa hacia el azul del firmamento. Y pronto también esta vez, pero por manera muy diversa, se vio trepar a su tope, entre el jugueteo de una cuerda tirada por manos juveniles, un abigarrado atadizo, que al recibir los primeros embates de la brisa avileña, desplegó en gráciles ondas, por primera vez, a la luz del sol caraqueño, las franjas del tricolor nacional, de la Patria libre y soberana, cuya Independencia habían firmado y proclamado, pocos días antes, nuestros primeros congresistas el 5 de julio. Y si años atrás el palo infamatorio había sostenido el cuerpo

exánime del heroico España, ahora las manos que sostienen con gallardía la primera asta del primer pabellón venezolano no podían ser otras que las del hijo de aquel mismo sacrificado héroe de nuestra naciente república, Don José María España.

Y no es una mera ilusión poética descifrar en el símbolo de aquellos tres vivos colores, el significado de toda una maciza realidad que desde entonces ampara bajo sus pliegues el devenir de nuestra vida nacional. Porque en el amarillo-oro de la primera franja, bien podemos adivinar, como en el color del más fino metal, el ideal invalorable del más puro patriotismo; y en la tercera franja, el precio generoso y sin regateos con que se canjeó ese ideal, precio que fue de sangre; y uniendo aquellas dos franjas, la de oro, ideal de patriotismo; y la roja, precio de sangre; está la franja azul, símbolo de rebeldía a toda sujeción de la libertad, como en el azul del mar siempre libre; y símbolo de perennidad imbatible, como es perenne el firmamento azul que cobija el territorio de la Patria.

Y si fue al calor de estas ideas, y en torno a símbolo tan sagrado, como nació la Patria entre un 19 de abril y un 5 de julio —hace ahora ciento cincuenta años— no lo fue como mero episodio histórico, de significación momentánea y coincidente, sino como punto de partida y centro de inspiración y de aliento, donde se forjaron los héroes innumerables que luego tuvieron que aprestarse decididos a la consolidación de aquella dura empresa de crearnos una Patria libre y soberana. Porque, no hemos de olvidarlo: la conmemoración emocionada que hemos de ir haciendo a lo largo del presente sesquicentenario de fechas tan trascendentales, debe avivar en todos nosotros, no un simple recuerdo pasajero de la hermosa gesta emancipadora; sino además y sobre todo despertar el sentido real, presente y obligante, de nuestra responsabilidad, en la conservación del tesoro invalorable y único de la nacionalidad, que nuestros mayores nos legaron forjada entre los resplandores de una de las más heroicas epopeyas que engalanan las páginas de la historia universal.

Fue la libertad —don divino con que Dios dotó al hombre y a los pueblos al colocarlos en un orden temporal y racional, para la mejor consecución de su

destino trascendental y eterno— fue la libertad, el dogma natural que nutrió y enardeció las mentes y voluntades de todos nuestros héroes patrios de hace siglo y medio, cuando con ímpetu arrollador e incontenible, se lanzaron a la gesta fragosa de la Independencia.

Hombres de la libertad, bien podríamos llamar a nuestros próceres más que por el hecho estupendo de sus realizaciones, por el convencimiento nítido de sus mentes y por la entereza y decisión de sus voluntades. Y lo que en un comienzo fueron aquellos primeros gobernantes y legisladores de 1810 y 1811, que dan el paso inicial, y roturan el terreno donde echaron la semilla primera de la emancipación; eso mismo, pero elevado a la categoría de la más pasmosa de las epopeyas de la historia moderna, fue lo que arremolinó en torno a su extraordinaria personalidad, con características de héroe cuasi prodigioso, el genio de Bolívar, al quedar constituido en los albores primeros de la revolución en Jefe supremo de cuantos entraron a servirla.

Cuando todo parecía perdido, después de aquel amanecer glorioso de 1811; cuando hasta desterrado se hallaba de la Patria en vecina isla de las Antillas, Bolívar es quien varonil y decidido en gesto que entonces pareciera audacia quijotesca, reasume la causa de la libertad, y ante el pasmo de propios y de extraños, y llegando por territorio neogranadino, penetra incontenible por la frontera venezolana por éste su extremo más occidental, y en una campaña casi relámpago de apenas seis meses, cruza los Andes, salta torrentes, parece beberse los ríos, galopa sabanas, destroza ejércitos realistas; y el que hacía apenas un año saliera desterrado y al parecer desalentado de Caracas, entra de nuevo, ahora triunfador en su ciudad natal, acogido con los vítores delirantes de un pueblo que lo aclama con el título que ya jamás perderá, ni en vida ni después de muerto, el título antonomástico de Libertador.

Pero hay más. Cuando entre los reveses de la resistencia hispanorealista, que pone en juego los más extraordinarios recursos de una guerra sin cuartel, parece perdida la república y la independencia por segunda y aun casi por tercera vez, no son capaces tales y tantas adversidades, ni siquiera tampoco las mismas

humanas incomprensiones o momentáneas desavenencias con sus propios jefes subalternos, para hacer flaquear la mano firme que más que la misma espada vibrante y gloriosa en cien heroicos combates, parece empuñar sobre todo el asta sagrada en la que flamea esplendoroso el tricolor de la libertad.

Todo el ardor de su patriotismo, todo el esfuerzo de su voluntad imbatible, no en vano enraizada en vieja stirpe vizcaína, todo el claro talento político demostrado en tan diversos como valiosos y actualísimos documentos salidos de su pluma irrestañable, toda esa pasmosa actividad de guerrero y de estadista, que agota en menos de veinte años la existencia prodigiosa del Libertador, halla su cabal y razonada explicación —no obstante las difíciles y encontradas situaciones que lo asedian— en la vivencia y como consubstanciación o especial naturaleza que en él formó espíritu de la libertad. Suprimamos por un momento, con la imaginación la importancia preponderante y casi única que este espíritu ejerce en la vida de Bolívar, y lo habremos despersonalizado, y lo veríamos reducido a la categoría de un ente humano común, y quizás aun casi absurdo en sus realizaciones, que nos resultarían extrañas, cuando no hasta paradójicas.

Y tan pujante era en él esa naturaleza libertadora, y tan claro el sentido de responsabilidad que lo impulsaba a actuar sin demora ni descanso; y tan amplio el escenario que necesitaba para una acción a la que lo empujaba un destino providencial, que por eso no pudo limitar su horizonte a solas las fronteras patrias. «Mi patria es América» había dicho con frase perfecta, no por literaria, sino por significativa de la magnanimidad de su corazón; y mientras pudo sostenerse calzadas las espuelas y espada en mano sobre su caballo de campaña, siempre lo hallaron nuevas auroras en marcha por los derroteros de medio Sur América, desde Angostura (hoy Ciudad Bolívar), por Boyacá y Bogotá y Quito y Lima, hasta los extremos del Alto Perú, donde quedaría inmortalizado su nombre con la creación de la nueva república de Bolivia, y donde en la altura del majestuoso pedestal de plata del Potosí, «el asombro y envidia del Universo», pudo darse el gusto de detenerse un momento a desplegar en gesto de gallardo triunfador,

como en inmenso abanico multicolor, las banderas de todas las naciones que acababan de conquistar su independencia. Allí se completaba en aquel momento el arco triunfal de su gesta libertadora, que descansaba por uno y otro extremo sobre puntos que hoy se honran con su nombre prodigioso e inmortal. Ciudad Bolívar y Bolivia. Y fue ciertamente ese mismo espíritu, el que por contagio poderoso aunó y mantuvo en estrecha conformidad a tantos valientes y gloriosos jefes políticos y militares que lo acompañaron como subalternos en las variadas circunstancias de triunfos y reveses, rivalidades y discrepancias, nada extrañas en obra tan compleja y sacrificada.

Un 19 de abril de 1810 Venezuela había dicho resueltamente que quería ser libre de la dominación francesa con que ya se sentía amenazada tras de los triunfos momentáneamente arrolladores de Napoleón sobre España. Un 5 de julio de 1811, Venezuela declara paladinamente que el verdadero sentido del paso dado el 19 de abril era conquistar su absoluta soberanía de nación independiente, aun de la coyunda hispana que había durado trescientos años; y acto seguido proclama en firme y ratifica su independencia. Y dos años más tarde, cuando todo parecía perdido tras de la capitulación de Miranda y el hartazgo de sangre con que Monteverde aniquila nuestra primera república, desde un peñón del Caribe, frente a las costas de Cartagena, se oye resonar la voz de Bolívar que dice que Venezuela y toda América hispana deben ser y serán libres. Y entra en acción, y arrastra a todos a la lucha, para no descansar más, ni un momento, hasta dejar realizado el ideal noble y supremo de la independencia de media América meridional.

Por sobre toda otra consideración histórica o política que pueda hacerse en torno a la obra del Libertador y de sus fieles y eximios colaboradores, hay una suprema y necesaria, que no tiene el simple valor de un recuerdo episódico, ni de algo pasado que hubiera de quedar como mero dato consignado en la historia. Y es ésta: la independencia y libertad que América logró hace siglo y medio, fue entonces mientras se lograba en la gesta guerrera contra un enemigo común y poderoso el resorte eficaz e indiscutible que asoció y Hermanó

a todas las regiones y gentes del mundo hispano-americano. Todos fuimos hermanos en la aspiración y en el esfuerzo común por lograr una libertad que no queríamos con egoísmos partidistas, sino con sentido y realidad continentales. Jefes neogranadinos se inmolan gloriosamente el año 13 en campos venezolanos; y huesos de venezolanos van a blanquear las cumbres de los Andes quiteños y peruanos; y así por doquiera, en recíproca actitud de comprensión universalista, toda América se siente una en su aporte por la causa común de su independencia.

No importa que luego, consumada la obra esencial, circunstancias naturales, muy en razón, determinasen la formación de diversas entidades políticas, que hoy forman el más bello, homogéneo y bien arracimado conjunto de repúblicas que el mundo haya conocido. Ni siquiera importa que el sueño ambicioso y noble de Bolívar con la creación transitoria de la gran república de Colombia, no lograra la cristalización definitiva que él hubiera deseado. Pero es un hecho innegable y satisfactorio para su gloria y su heroísmo de Libertador de América, que ni fronteras naturales y políticas, ni derechos sagrados de cada una de estas repúblicas, ni siquiera las humanas divergencias o roces internacionales que ocasionalmente han podido ocurrir, nada de esto ha logrado —ni deberá lograr jamás— romper ni destruir la estupenda y casi sorprendente unidad continental americana, con que todas estas naciones se sienten solidarias y mancomunadas en un mismo destino, del que en última instancia dependerá precisamente la seguridad y la independencia de cada una de estas mismas repúblicas hispanoamericanas.

Esa unidad, ese vínculo maravilloso que no está consignado en convenios ni tratados, no es otro que el concepto y el sentido de libertad, hondamente asimilado y hecho substancia de nuestras nacionalidades. Gracias a ese espíritu, resulta realidad realísima la frase de nuestro himno nacional: «América existe en nación». Porque cuando se trata de la libertad continental en Hispanoamérica, nuestra común tradición ha sido —y ojalá siempre lo siga siendo— olvidar gentilicios nacionales, y sentirnos todos sin distinción de

fronteras, hermanos en una misma patria, América; y en un mismo destino: el de nuestra soberanía e independencia sagradas.

Dígase cuanto se quiera por ensayistas políticos, o por historiadores o sociólogos, respecto de posibles errores en la acción, o en los cálculos, quizás, en algunos aspectos idealistas, de nuestros libertadores; júzguese con la más aguda crítica, o píntese con los más severos tonos el proceso evolutivo de las nacionalidades americanas a lo largo de este siglo y medio desde su independencia; admítase que —como en el caso de cualesquiera otras naciones del orbe—, también en las nuestras hayan páginas de errores o desviaciones, aunque transitorias, siempre dolorosas. Y sin embargo, por encima de todo eso, queda siempre patente, poderoso e irrefragable un hecho substancial, base firmísima de nuestro origen republicano, y punto esencial de arranque y de orientación de nuestro destino nacional y continental: ese hecho es el que podemos llamar de nuestra conciencia de continente y de naciones libres y soberanas, frente a todo vislumbre o amenaza de una nueva dominación o esclavitud, a manos de cualquier fuerza extraña a nuestro propio continente.

La siembra de este ideal hecho realidad, y el fruto de este espíritu fue —sin lugar a dudas— obra primordialmente atribuible al genio de la libertad americana, Bolívar. Su espada y su pluma, su verbo y su acción, a eso se consagraron por entero durante una vida irreprochable en toda suerte de riesgos, afanes y generosidades. El riego abundoso de sacrificios y de sangre, en una guerra en la que forzosamente hubo de jugarse el todo por el todo, fecundó aquella siembra que al poco tiempo creció y se tupió como bosque de esbelto arbolado en las mil y mil astas de banderas patrias, que alzaron alegres los tricolores gloriosos y esforzados, de la libertad de las nuevas repúblicas americanas.

Y esa es nuestra herencia; herencia que cuanto más sagrada y valiosa, más obliga nuestra responsabilidad de hoy, de mañana y de siempre; y tanto más cuanto en una u otra forma, según los tiempos y el embate de malignas doctrinas, se vislumbre la amenaza o el peligro contra la soberanía, integridad y absoluta libertad de nuestro continente.

Y para que el sentido de esa responsabilidad se mantenga en el grado de eficacia que cada circunstancia exija, jamás deberíamos perder de vista, ni olvidar o soslayar con equívocos que serían suicidas, todo el valor de enseñanza y de ejemplaridad con que a la hora de sus responsabilidades supieron actuar el Libertador y cuantos con él nos conquistaron la libertad e independencia. Porque Bolívar, y a su ejemplo Sucre y Urdaneta, y toda la pléyade brillante de héroes de la emancipación, ante el llamado de la Patria —de América— y ante el llamado de su propia conciencia, respondieron con una generosidad de espíritu y de acción en nada inferior a las de los más admirados héroes de otras edades o gestas famosas. Nada los detuvo, y todo lo entregaron para mientras les durara la vida, y la Patria los necesitara. Hogar y fortuna; descanso y salud y conveniencias personales, todo entró como en almoneda de idealismo por el rescate de la libertad. Bien lo podía confesar así Bolívar, sin frívolo alarde, a la hora de las grandes verdades, a un paso de la muerte, cuando en su última proclama, siete días antes de cerrar para siempre sus ojos mortales, dictó aquellas frases: «He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad» por plantar la libertad y por lograr su consolidación y la unión de todos, bajo esa misma sagrada libertad. Y quince años más tarde, se oye también la voz de despedida del fiel Urdaneta, que en una de las más bellas cartas del epistolario de venezolanos, escribe, cercano a su muerte: «Nada dejo en el mundo, sino una viuda y once hijos en la mayor pobreza».

Muy menguada y carente de trascendencia sería la conmemoración de estas fechas sesquicentenarias de la génesis de nuestra independencia, si sólo se limitara al recuerdo momentáneo y episódico de los sucesos de entonces, y de la labor maravillosa con que Bolívar plasmó en realidad definitiva la resolución sagrada que un día juraron los firmantes del Acta de esa misma Independencia.

Porque esta Independencia fue tan costosa y tan sagrada, no es un hecho del pasado, que yace muerto en las páginas amarillas de la historia. Si fue como un árbol nacido de óptima semilla y regado con riego generoso de sangre de hermanos, ese árbol debe preservarse en pie, en plena lozanía, siempre exuberante

de flores y de frutos. Hubo un tiempo cuando el centenario e histórico samán de Güere, a cuya fronda refiere la tradición que se acogió en cierta ocasión el Libertador con parte de su ejército, se conservaba en plena frondosidad, por el cuidado diligente que se le dispensaba. Hoy triste y macilento, con rictus de ruina que parece anunciar su lenta pero segura desaparición, inspira lástima a los pocos transeúntes que todavía se paran un momento a dirigirle una mirada de simpatía. Que no sea jamás ese árbol venerando en su lamentable estado actual, símbolo que en manera alguna presagie igual destino al árbol sagrado y esencial de los ideales de independencia, grandeza y libertad, bajo el cual quiso Bolívar que se cobijase perennemente nuestra nación y toda América. En las manos, y en las voluntades y corazones de cada generación de sinceros, y genuinos y desprendidos patriotas, está el destino de la herencia que nos legaron nuestros libertadores. A todos nos toca, colectiva y personalmente, una parte de esa responsabilidad obligante y honrosa.

Es hora de exultación ante el recuerdo de fechas gloriosísimas. Pero sobre todo «es la hora de la conciencia y del pensar profundo», como diría nuestro primer gran poeta y maestro Andrés Bello. Es la hora de la reflexión, y del estímulo que urja y mantenga en vela nuestros espíritus y nuestras voluntades; porque hoy como hace siglo y medio es también hora de peligros y amenazas para América, y aun mayores que entonces, puesto que hoy el riesgo no es solamente la libertad, sino aun para la misma civilización cristiana que es la esencia de nuestra tradición y de nuestra vida americana.

Pero además de todo esto, una última y gravísima consideración. En la encrucijada actual de doctrinas y fuerzas disolventes que amenazan la libertad y la civilización cristiana del mundo, y por ende también de nuestro continente, sería irreparable el mal que hoy nos abatiría y sepultaría en la más degradante esclavitud, si diéramos lugar a que poco a poco y casi insensiblemente se nos fuera debilitando y resquebrajando esta maciza, gloriosa y envidiable unidad hispanoamericana que durante siglo y medio nos ha mantenido como bloque granítico de naciones que fueron engendradas a la libertad individual y colectiva

por el sacrificio común y simultáneo de la heroica gesta independentista. Muchos males y peligros pueden aquejar hoy a nuestras naciones; cada una conoce los suyos propios, y cada cual también como en otros momentos de su historia, tendrá reservas espirituales y patrióticas para superarlos a su manera y reorientar su vida institucional republicana. Pero el peor de todos nuestros males sería que las circunstancias particulares, por graves que parezcan, por las que puedan atravesar en estos momentos algunas de las naciones hermanas, llegarán a crear un estado de disensión y de rompimiento entre unas y otras, de manera que creyendo de buena fe que se estaba así vindicando principios substanciales de dignidad y entereza republicanas, se estuviera al mismo tiempo abriendo peligrosas y tal vez irreparables brechas a nuestra unidad y solidaridad continentales, por donde artera y decididamente trataría —si no está ya tratando— de metérsenos el enemigo, que a no tardar mucho habría de someternos a horrible y aplastante esclavitud, semejante a la que a esta misma hora padecen tantas amordazadas naciones de la vieja Europa y aun de otros continentes, en las que ha clavado sus cascos la moderna bestia roja que presagiara el Apocalipsis.

Solamente mediante el esfuerzo hermanado por entendernos, aun en el peor de los casos, para sostener la unidad de nuestra América, podrá preservarse y afianzarse la libertad individual de cada república, de la misma manera como hace siglo y medio aquella misma unidad, predicada y sostenida por Bolívar, logró conquistarnos a todos la libertad de que aún podemos ufanarnos.

Y nada puede invitarnos mejor a estas necesarias reflexiones, y estimulantes al esfuerzo salvador, como la grata circunstancia de estar recordando estas cosas tan bellas y sustanciales, en esta noble ciudad, por tantos títulos, y tan especiales y únicos, identificadas con las glorias más puras de nuestra civilización. «Academia de la libertad» sería un título que yo consideraría tal vez adecuado para enaltecer a esta Mérida que por boca del viejo Rivas Dávila fue la primera ciudad que graduó a Bolívar —mañana se cumplen exactamente 147 años— con el título de Libertador, apenas empezada su gloriosa campaña

del año 13; a esta Mérida que casi treinta años más tarde entrega un como público diploma de tal título, forjado en piedra y bronce, al erigir sobre el más bello de sus balcones naturales, el primer monumento que en el mundo se dedicó a la gloria del Libertador, abriendo así, como un heraldo, el desfile universal, y cada día creciente de otros incontables monumentos; a esta Mérida que eleva y corona el pico más alto de su orografía y de la Patria con el nombre y la efigie de quien como el Libertador tiene sobrados títulos para encumbrarse en la más excelsa cima del territorio nacional; a esta Mérida, en fin, que cuando lo hubo dado todo, con generosidad sin límites, hombres y dinero, armas y bastimentos, entusiasmo y heroísmo, en seguimiento de las banderas del Libertador, cuando no tuvo más que darle, todavía tuvo el gesto campechano de complacer un capricho humanísimo del Héroe, y le obsequió, sacado de un típico rincón montañoso de la provincia, a *Nevado*, el perrazo de armiño, fiel y cariñoso, que acompañará a su nuevo amo hasta el triunfo de Carabobo, donde al morir de un salvaje lanzazo enemigo, arrancara al Libertador una irreprimible lágrima, en la que sin duda iba encerrada la gratitud de un recuerdo para la señera provincia que de entre las nieves de su Sierra le había obsequiado como símbolo de fidelidad la blancura de *Nevado*.

Sean de gratitud también mis palabras finales, para el R. P. Rector de este Colegio por haberme hecho la invitación, que tanto me honra, de venir a pronunciar estos mal hilvanados párrafos, que la premura del tiempo no me permitió aderezar como fuera mi deseo y como la circunstancia lo demandaba. Y gracias muy sinceras al honorable y distinguido público que tan gentil y pacientemente me ha prestado su atención.

Y que el Dios Todopoderoso invocado por nuestros patricios del 5 de julio en el Acta solemne de nuestra Independencia; el Dios de las naciones en quien Bolívar y todos nuestros héroes creyeron con fe inquebrantable y a quien adoraron con rendida sinceridad, siga iluminando y guiando, hoy como hace ciento cincuenta años, los destinos cristiano-republicanos de Venezuela, nuestra Patria chica, y de América, nuestra Patria grande, para la

conservación de la libertad y de la unidad, bases seguras de nuestro engrandecimiento y prosperidad, por las que todos nos comprometemos a trabajar siempre, siguiendo la enseñanza y ejemplaridad de nuestros libertadores, en la génesis de nuestra nacionalidad.

Señores.



# Símbolo y realidad de una llama sagrada\*

## Una pregunta

Paradójico resultaría, además de ingrato, si en medio de la solemnidad y emoción de este acto, alguien osase ofender nuestros oídos profiriendo esta inesperada cuanto áspera pregunta: ¿Y para qué este Centro Bolivariano en Carabobo y en su capital Valencia?

Y no obstante lo desatinado, y por lo menos lo inoportuno que, por su sonsonete literario nos parezca dicha frase, debo confesaros con la mayor sinceridad que a pesar de haberme interesado tanto en esta fundación y haberla ahora aplaudido con el mismo entusiasmo que mis distinguidos colegas de Caracas, sin embargo, desde el momento en que ellos con su bien conocida gentileza, me hicieron el honor inmerecido de designarme para que en nombre de nuestra Junta Directiva pronunciara estas palabras, y correspondiese así a la muy cortés invitación de la honorable Junta Directiva de este Centro; apenas me di a buscar y pensar algunas ideas con las que ocupar este rato de vuestra amable atención, no ha dejado de ponerseme

---

[\*]\_ Discurso leído en el acto solemne de instalación del Centro Bolivariano de Valencia, que tuvo lugar en el Teatro Municipal de dicha ciudad, el día 24 de junio de 1960, aniversario CXXXIX de la Batalla de Carabobo.

delante, y de cosquillearme la mente todo el tiempo, precisamente ésa que hemos llamado inoportuna y paradójica pregunta: ¿Por qué un Centro Bolivariano aquí en Valencia?

Pero, señores, el sentido íntimo de mi pregunta, y la raíz genuina de donde arranca, claro está que en ningún caso puede ser ni la extrañeza, ni menos el rechazo, ante algo que se creyera innecesario, o injustificado y como fuera de ocasión. Esa pregunta que a mí mismo he venido haciéndome, y que me ha proporcionado de antemano la satisfacción de saborear la más conmovedora y real de las respuestas; esa pregunta —digo— tiene en mis labios el sentido y proyección de quien contempla y afirma la redundancia, por duplicidad, al ver crearse ahora este Centro, aquí donde ha existido y existe desde años muy remotos, el centro bolivariano de más auténtica estirpe, de más honrosa trayectoria, y de más heroico y brillante espíritu patriótico.

—¿Y cuál es ese Centro?, —me diréis.

Pero antes de daros cumplida y razonada respuesta, séame concedido hacer también esta otra pregunta: ¿Y qué es un Centro Bolivariano? Pregunta que sin duda parece baladí, a esta hora y en esta ocasión, cuando acaba de constituirse este Centro, cuyos organizadores y dirigentes saben muy clara y sentidamente lo que han hecho, y el fin que con ello se proponen. Y ello no obstante, me permito sostener la pregunta, para extraer de ella, como en síntesis necesaria, lo más sustancial y pertinente, para con ello poder daros la otra y más primordial respuesta que adeudo a vuestra paciente atención. Es el caso que, reducido a su más noble y legítima definición, un Centro o una Sociedad Bolivariana es la agrupación de personas que convencida y decididamente se resuelven a aceptar los ideales de Bolívar, a seguir sus imprescriptibles enseñanzas, y a trabajar —bajo su nombre e inspiración— por el triunfo y cabal realización de los planes y anhelos perspicaces y nobilísimos de quien como el Padre de la Patria, probó con su vida, con su obra y con su muerte, cuánto amaba libertad, la soberanía y la grandeza de su terruño nativo, Venezuela, y de su gran patria, América.

## El más glorioso Centro

Si tal es, o debe ser, en resumen, el espíritu de todos los Centros auténticamente bolivarianos, éstos merecerán con tanta más razón y verdad tan honroso patronímico, cuanto más cumplidamente hagan realidad aquel bello y altísimo propósito de nuestro héroe máximo.

Y si esto es así, nada es más fácil que poder afirmar, en pura verdad, que tal vez nunca en la historia de Venezuela ha existido un núcleo tan compacto, tan numeroso, tan representativo y tan actuante de «bolivarianos», venidos de todas partes de la Patria, y aun de fuera de ella, como lo fueron aquellos hombres que —hoy hace ciento treinta y nueve años justos— aquí mismo, como quien dice a pocas cuerdas de esta ciudad, apiñados férreamente como piezas en perfecto engranaje, en torno a la figura señera, fulgurante y heroica de Bolívar, pero al mismo tiempo con el más consciente sentido del deber, llevaron a cabo la hazaña más gloriosa de nuestra gesta libertadora, al consumir y sellar, con derroche de generosidad, en la llanura de Carabobo, el 24 de junio 1821, aquella independencia que desde hacía diez años venía siendo la suprema aspiración inmediata del ideal bolivariano. Toda Venezuela estaba representada en la acción decisiva de aquel día; y aun más, buena parte de América, que iba a deber luego, en parte no exigua, su liberación al hecho de armas de tan fausta fecha; porque el terrible descalabro sufrido en lo más selecto y numeroso de las fuerzas realistas, no sólo dejaba a éstas gravemente diezmadas y moralmente apabulladas, sino además convencidas de que adonde quiera que marcharan nuestros ejércitos, y donde quiera que hiciese acto de presencia aquel núcleo de tenaces y animosos bolivarianos —no importaban distancias ni dificultades de todo género— como iban decididos a hacer realidad las consignas y las órdenes de su jefe, domeñarían los corcoveos de las circunstancias, y el triunfo irresistiblemente sería de ellos, como en efecto lo fueron probando poco después, en apenas tres años más de brillante y arrolladora marcha guerrera, por la crestería de los Andes hasta escalar el Alto Perú.

Parecería como si tantos esfuerzos patrióticos, tantas campañas esforzadísimas, con victorias y reveses, por todo el territorio patrio, durante casi diez años, hubieran sido los tanteos y conatos de los bolivarianos, que al fin vinieron a confluír determinadamente a un como gran centro común, que fue Carabobo, y declararse una vez por todas, constituidos en entidad compacta y robusta, cuya solemne instalación tuvo lugar entre redobles de tambores, tronar de artillería y flamear de banderas, en aquel mediodía de un 24 de junio, el más decisivo y señalado de nuestra historia.

Y porque así fue, la Patria hubo de reconocerlo y perpetuarlo para la posteridad, consagrando con honores especiales ese lugar, centro de reunión y de acción de nuestra primera y permanente sociedad bolivariana, y alzando bajo arco triunfal las efigies de aquella selecta plana mayor de sus dirigentes, entre los que se destaca, elevada en la perennidad del mármol y del bronce la figura eximia de su primero y legítimo Presidente, Bolívar.

### **No es mero recuerdo**

Pero, señores, muy fallido me consideraría en mis deseos e intento de probaros el aserto inicial que había planteado, si con lo dicho hasta aquí hubiera logrado solamente que se aceptaran mis palabras como un juego retórico, como un malabarismo literario, que pudiera hasta pareceros rebuscado o ingenioso, y tal vez perdonable sólo en gracia de la oportunidad o del buen deseo de regalar vuestro espíritu con el recuerdo de una acción y de una fecha tan evocadoras para los venezolanos, y de manera especial para los carabobeños.

No, señores; lejos de mí —en ocasión tan solemne como ésta, y que considero cargada de responsabilidad— presentarme simplemente a agitar el aire con ocurrencias graciosas y con frases de oropel; y ni siquiera haber querido traer a cuento nada más que el agradable *recuerdo* de glorias pasadas, aunque muy legítimas y honrosas. Y de intento he pronunciado con énfasis esa palabra *recuerdo*, porque nada hay más peligroso y aun deletéreo como el empleo

indiscriminado y casi inconsciente de los recuerdos patrios, cuando se adoptan como sustituto suficiente y final en el devenir histórico de las sociedades y de las naciones, en la cómoda persuasión de que con recordar ya se ha hecho todo. Quizás haya sido éste, en no pocos casos, uno de nuestros grandes errores nacionales: haber vivido muchos momentos de nuestra historia satisfechos con el simple recuerdo, inerte e inoperante, de nuestras glorias, de nuestros grandes hombres, de los hechos notables de la vida nacional, de las efemérides patrias...

¡Triste y fatal destino el de las naciones que se acostumbran a vivir —o a dormir como en *dolce far niente*— del recuerdo de lo que fueron! Cuando el recuerdo es sólo eso, recuerdo dice nada más que relación a lo pasado; y de lo pasado como tal, no se nutre sino el reino de la muerte. Y nación que se nutre de muerte, será nación muerta, sin vigor, sin espíritu, sin soberanía; en una palabra, sin nacionalidad, que es el adefesio de la contradicción de términos.

### **Lo que debe ser**

Empero, cuando el recuerdo es lo que debe ser, o sea entelequia —que quiere decir cosa real que lleva en sí el germen o principio de su acción— entonces, bendita mil veces la nación rica en grandes recuerdos, y que llegado el momento sabe convertirlos en pujantes entelequias que revigorizan su existencia, remodelan su fisonomía a tono con el ejemplar príncipe, de un pasado que fue digno y glorioso. ¡Dichosa la nación que al contacto con sus más caros y valiosos recuerdos, cobra —como Anteo en contacto con la madre tierra— nuevas fuerzas, y se conserva así en perpetua entereza y fecundidad para nuevas y grandes acciones!

De algunos años a esta parte, el visitante que regularmente ha podido acercarse al monumento de Carabobo, habrá advertido que en su centro arde día y noche, en permanente alerta, una llama, a la que suele darse el nombre de llama simbólica. No recordamos a quién se debe el buen acuerdo de mantener

allí esa llama que nunca se extingue. Pero sea de quien fuere el mérito de tal acierto, debe reconocerse y proclamarse sin reservas que, superado todo rutinario convencionalismo, debe darse a ese hecho un significado de permanente enseñanza cívica, con proyección nacionalista tal vez no debidamente advertida. Porque aun cuando con esa llama se haya querido inicialmente repetir aquí el símbolo universalmente usado para recordar a ese héroe anónimo, que llamamos «el soldado desconocido»; bien puede asimismo considerarse a manera como de un ex-voto u homenaje viviente de admiración y gratitud hacia los héroes de nuestra Independencia. Pero hoy algo más; pues creemos que nada empieza, sino antes al contrario existe una perfecta congruencia, para que en el titileo de esa llama que parece expresar anhelos de grandeza, y que en sus ondulaciones hacia la altura parece dibujar rutas de idealismo puro y ardoroso, veamos sobre todo, no el símbolo y recuerdo de los desconocidos y de los que ya murieron, sino de la realidad tangible de lo que vive; porque, como el artista que crea, se gasta y se destruye, y cuando muere no muere, porque se sobrevive con inmarcesible lozanía en la realidad de su obra, y en ella está presente, y en ella alienta su espíritu; de parigual manera, pero en plano de muy superior grandeza, cuando los héroes de la epopeya patria se gastan con manirrota prodigalidad, y cumplido lo que juzgaron su deber mueren, tampoco mueren, porque les sobrevive la obra esforzada de su pundonoroso heroísmo. Y por eso los héroes de Carabobo, y de toda la gesta libertadora, los del primero y más genuino *centro bolivariano* de Venezuela, con su eximio Presidente a la cabeza, tampoco han muerto, porque vaciaron el torrente de sus vidas denodadas y lo transfundieron para dar vida a la obra de sus anhelos, a esta Patria que jamás deberá morir, ni languidecer, ni degenerar de la noble sangre y estirpe en que un día fue engendrada para una existencia libre, digna y soberana. Y por eso también, aquella llama que en su rojez pareciera latir con pulsaciones como de sangre rica y bullente, no puede ser el símbolo de los que murieron hace casi siglo y medio; sino el símbolo como de un gran corazón en el que se fundieron en uno solo todos los corazones de aquellos héroes, como

de hecho se habían ya fundido en un solo y enorme anhelo común, cuando en vida se compactaron en aquella acción bizarra y decisiva con la que consumaron la Independencia, y nos dejaron creada su obra inmortal la República de Venezuela, nuestra Patria. Esos héroes no están muertos; viven, porque su obra, la Patria, vive.

### **El deber de hoy**

Ved ahora, señores, cómo no eran simples frases de oratoria oportunista las que al principio pronuncié para deciros que en esta tierra carabobeña, corazón genesiaco de la Patria independiente, existía y existe, desde luengos años, un auténtico centro bolivariano, el de los bolivarianos de la sabana sagrada de Carabobo.

Más, si según el apotegma, nobleza obliga; y si no puede darse honor sin que sobrevenga la respectiva carga de responsabilidad, síguese que en porción del territorio patrio a la que cabe honor tan señalado de convivir con tan antiguos y acreditados bolivarianos como los del 24 de junio de 1821, fuera mengua casi afrentosa no incorporarse a aquel mismo ideal bolivariano por ellos hecho realidad. De ahí la imperiosa obligación moral de hacerse los moradores de esta tierra, continuadores genuinos y diligentes de aquel espíritu. Y a eso viene este Centro que hoy —como el caso lo exigía— está siendo tan solemnemente instaurado. Este Centro debe ser de hoy para siempre —con legítimo orgullo— como la prolongación y continuación de ese otro centro viviente e insustituible cuyo corazón hecho llama late y arde sin morirse en Carabobo. De allí ha de venirle inspiración, de allí ha de nutrirse con sustancia de auténtico bolivarianismo, que es libertad, que es civismo, que es sacrificio por el bien común de la Patria.

Bien lo saben, y mejor que yo lo han comprendido así las distinguidas personas que, precisamente por eso, no han dudado de sumar sus nombres y su patriótico espíritu a este trabajo de continuar y de sostener en todo

su brillo y grandeza los ideales supremos del Libertador y de sus fieles compañeros bolivarianos.

### **Herencia gloriosa**

Ni podía ser de otro modo. Porque al hacerlo así está demostrando el estado Carabobo y su procerca capital Valencia, que está muy lejos esta porción bella y sagrada de la Patria, primera capital efectiva de la república, de haberse adormecido muellemente, cabe el rumor apacible de su irisado lago, sobre los muchos laureles de su pasado estupendo; ese pasado que cuenta entre sus prístinas glorias la de haber sido la Municipalidad de Puerto Cabello la primera en toda Venezuela que aceptó y suscribió el 9 de julio de 1811 la declaración de la Independencia proclamada en Caracas cuatro días antes; y haber sido ese mismo Puerto Cabello la cuna de hombres que fueron en todo momento columnas sólidas del edificio de nuestra república en construcción, como aquel sensato jurista y sabio mentor el Licenciado Miguel José Sanz, y aquellos dos denodados y capaces militares que luego de ser héroes en la jornada de Carabobo, todavía necesitaron mayor expansión para sus ímpetus, y fueron a poner muy en alto el prestigio del ejército venezolano, uno el General Juan José Flores, gloria adoptiva y primer Presidente del Ecuador; y el otro, el General Bartolomé Salom, que tiene la gloria de sellar la independencia del Perú, tras de Ayacucho, al conquistar el recio reducto de El Callao, donde con toda justicia debía alzarse, desde hace años, el gran monumento de su estatua, que mirando al Pacífico se envolviera cada tarde con las luces oro y sangre del último crepúsculo vespertino, como en emblema que evocase la última bandera arrebatada en lid valiente al último resto del poderío hispano. Y de ese pasado es también la gloria de haberse forjado en esta ciudad valenciana, en nuestro primer Congreso Constituyente, la nueva república soberana y autónoma de Venezuela; y fue aquí mismo, donde casi treinta años más tarde, resonó el verbo elocuente —cuyos ecos parece como si aún perduraran— de nuestro nunca

superado orador parlamentario e impoluto hombre público, Fermín Toro; y para abreviar, de esta tierra salió también, entre una pléyade de notables políticos, profesionales y artistas de la palabra, y del verso, y del pentagrama, aquel artista por excelencia, alma delicada como sus pinceles, espíritu vigoroso como su dibujo y entusiástico como los colores de su paleta, aquel Arturo Michelena que después de apresar sobre el lienzo, con férvida fe bolivariana, la reposada figura ecuestre del Libertador, aún puso en juego nuevas líneas y colores para sugerimos la gloria inmortal de nuestros héroes máximos, en la clásica serenidad del lienzo que tituló «El Panteón de los Próceres».

### **Digamos, ¡presente!**

Nada de toda esa envidiable gloria es aquí, ni habrá de ser nunca, mero recuerdo inerte, o simple cronología de datos episódicos. La constitución de este Centro, bajo la inspiración y estímulo de quien no sólo es raíz y recapitulación de todas nuestras glorias, sino sobre todo razón y basamento de nuestra nacionalidad, nos está diciendo de manera vigorosa y expresiva que Carabobo y Valencia han tocado a diana en un amanecer de renovados entusiasmos de responsabilidad, por compromiso de una larga tradición de hechos enaltecidos de la Patria y han dicho presente, en esta hora cuando amenazadoras corrientes de doctrinas extrañas y antinacionales que ya han engendrado amargos frutos de moderna esclavitud en otras latitudes, pretenden suplantar el árbol sagrado de nuestra libertad y soberanía nacionales que un día sembraron con inmenso sacrificio y regaron con sangre generosa nuestros heroicos hermanos del campo de Carabobo. Y que tan maléfico intento es decidido en la forma como negro en la intención, lo prueba con evidencia el hecho doloroso y ofensivo en grado sumo, de que el amago y los golpes a ese árbol van directa y repetidamente —ante la paciencia, o no sé si diga la apatía de los venezolanos— contra la raíz misma de nuestra consolidación republicana, que es Bolívar, a quien todos los genuinos venezolanos llamamos con razón y

con emoción el Padre de la Patria. ¿Qué otra cosa son, sino malignos intentos, todos esos artículos, discursos, alusiones y hasta grabados, que repetida y arteramente pululan en nuestros días, reptan hasta anidar en las columnas mismas de publicaciones pagadas por el erario nacional, y desde allí con sobra de irrespeto y falta absoluta de patriotismo, se injuria al Libertador, se intenta deslustrar su gloria y se rechaza su primacía exclusiva como guía e inspiración de nuestra auténtica vida republicana? Esos son, no lo dudemos, golpes audazmente dirigidos a la raíz misma de nuestra nacionalidad. Dejáramos impasibles y apáticos que esos golpes menudearan, que nuestra juventud mal adoctrinada en historia patria por maestros de ideología no venezolanista, se formara sin un concepto elevadísimo, razonado y ferviente acerca de lo que representa para el ser y vida de la Patria, la figura del Padre de la Patria; y más pronto de lo que pudiera creerse —y ojalá que ya el mal no hubiese empezado a roernos— nos encontraríamos con que la Patria amenazaba ruina, a pesar de sus muchas riquezas materiales, porque dañada la raíz, el árbol fenecía y se viene a tierra; y así ocurriría irremisiblemente con el árbol de nuestra existencia de nación libre y soberana, que sucumbiría hecha despojo, esclava y ludibrio de extraña y despiadada tiranía extranjeriza.

Ante tal situación, presente y de hecho, con todas sus diversas y sutiles implicaciones, están llamados a abocarse, con todo empeño y responsabilidad, la Sociedad Bolivariana y los Centros estatales, como sin duda es la consigna de este Centro de Valencia. Defendamos el nombre y la gloria de Bolívar, vivamos sus ideales, divulguemos y hagamos realidad sus enseñanzas, ganemos en torno suyo nuevas batallas como la de Carabobo, con las armas de la idea, del civismo, de la responsabilidad honesta hasta el sacrificio, y ofreceremos así la mejor contribución para la estabilidad, soberanía y felicidad de la Patria.

Reciban todos los distinguidos dirigentes y Centro la más efusiva felicitación, que en nombre y por inmerecida designación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, cabe la honra de presentarles, mientras invoco y pido al Dios de nuestros libertadores para que a todos nos guíe y defienda en esta nobilísima

empresa que debe ser vínculo de unión de todos los bolivarianos, vale decir, de todos los venezolanos.

Señores.



# Necesaria y fecunda perennidad supra-histórica de Bolívar\*

---

Al agradecer, señores, en la forma más franca, el honor de verme invitado a dirigiros hoy la palabra, debo a la vez manifestaros que caigo muy bien en la cuenta, y que he pesado hasta donde me es posible todo el grave compromiso por mí contraído al aceptar un encargo que es también muy placentero.

En manera alguna apelo a una consabida y rutinaria fórmula, cuando he dicho que es un grave compromiso —o mejor una grave responsabilidad— la que he aceptado, puesto que se trata de hablar del tema más noble y sagrado

---

[\*]\_ *Oraciones Bolivarianas*. — Bajo el título que encabeza estas líneas nos complace insertar dos de los recientes discursos de nuestro distinguido consocio Rvdo. P. Pedro Pablo Barnola, S. J. El primero, lo pronunció en Ciudad Bolívar, el pasado 4 de julio, como parte del ciclo de conferencias organizado por el fraterno Centro Bolivariano de dicha ciudad para conmemorar la clausura del Año Sesquicentenario de nuestra Independencia. El segundo, leído en el acto de la ofrenda floral ante la Estatua del Libertador, en Caracas, el 23 del citado mes, al cerrarse el año de la conmemoración del Tricentenario de las Misiones. Nos permitimos reproducir, con este último, el texto del correspondiente Decreto, no sin recordar a nuestros lectores interesados en el referido tema, que acerca del mismo existe otro Decreto del Libertador y un oficio del Secretario del Interior, fechadas ambos en Bogotá, el 10 y el 30 de junio de 1828, respectivamente. (Nota de la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, N.º 68, vol. XX, 28 de octubre de 1961).

que en el orden de lo natural puede ofrecerse a un venezolano: Bolívar, Padre de la Patria.

Si para hablar de Bolívar decía enardecido el héroe Martí que debía hacerse «con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos», bien hemos de aceptar que no a todos nos es dable atribuirnos credenciales que supongan o suplan, en alguna manera, aquellos símbolos de justificada e imponente excelstitud.

Empero la ocasión presente ofrece dos características que de manera positiva justifican y aun estimulan al orador —no importa nuestra pobreza— a tocar con su palabra tema tan sagrado.

Por una parte el ambiente patrio aparece ahora iluminado, si no con relámpagos y rayos, sí con fulgores de emoción ante el recuerdo viviente de una fecha gloriosísima. Porque estamos pisando ya los umbrales de un nuevo aniversario de aquel suceso inmortal de nuestra vida republicana; de aquel 5 de julio, cuando siete esforzadas provincias venezolanas, cual siete rutilantes estrellas sobre el firmamento de la Patria en gestación, brillaron a la faz del mundo, al proclamar con bravía decisión su soberanía e independencia, y constituir la primera república del Continente hispanoamericano. Pero éste ya inmediato 5 de julio refulge además, con inusitado esplendor, en el presente caso, cuando la Patria clausura los solemnes actos del año oficialmente consagrado a conmemorar el ciento cincuentésimo aniversario de aquella generosa y audaz proclamación. Ante circunstancia tan evocadora y tan nutrida de significación, podemos decir que el escenario se abre con luminosidad invitadora, para que al evocar luego la figura del Libertador, resulte este acto más cónsono ante el recuerdo de su gallarda personalidad.

Pero hay, además, otra circunstancia de no menor valía. Martí reclamaba una montaña por tribuna para quien se adelántala a disertar acerca de Bolívar. Semejante pedestal de grandeza lo hallará siempre —y difícilmente superior— quien tenga la honra y la suerte de hablar en una tierra como esta de Guayana, cuya capital no al acaso, sino muy justificada y orgullosamente,

lleva el nombre de Ciudad Bolívar. Pues este nombre no responde únicamente al solo hecho histórico de un feliz acuerdo, por el que en 1846 se cambió el antiguo nombre de Angostura. Pocas veces una ciudad pudo ostentar con más propiedad que ésta un nombre heroico. Porque por antonomasia y sobre el más legítimo fundamento histórico, cabe aseverarse que fue aquí donde quedó forjada en su cabal grandeza de héroe nacional —con proyección continental— la figura de Bolívar. Si Caracas tiene la gloria de haber sido su cuna natural, Angostura tiene la gloria en alguna manera superior—de haber sido la fragua donde se templó y forjó definitivamente aquel genio libertador y creador de naciones. Fue donde Bolívar, con clara y avisada conciencia de una responsabilidad que no podía rehuir, hizo frente y resolvió —con energía a la vez que con prudencia admirables— el más grave problema que comenzaba a carcomer la entraña misma de la Patria: el problema de la anarquía y rivalidad entre jefes militares, con la consiguiente desorientación de no pocos dirigentes políticos y zozobra de la opinión pública. Sobreponiéndose a sus más nobles e íntimos sentimientos de diverso orden, entre los cuales no era el menor el de compañerismo, aceptó aun el sacrificio cruento, pero necesario, que para su libertad y seguridad exigía la Patria en la hora más crucial de su independencia. Y con ello logra definitivamente la unificación y consolidación de las generosas voluntades de todos los jefes patriotas, y en torno a la causa sagrada de todos. Y casi por primera vez entonces, y siempre más de allí en adelante, la acción libertadora pudo desplegarse en todos los frentes, con la seguridad que ofrecía la al fin lograda unidad de su dirección. Ciertamente fue aquí donde empezó a ser realidad práctica y efectiva, como nunca antes, en toda la nación, el oficio de Capitán General de los Ejércitos confiado a Bolívar.

Es aquí, asimismo, donde el Libertador concibe, para llevarla a la práctica, la más osada y sorprendente de sus campañas —pasma de estrategias e historiadores— con la que iba a replantar la libertad en Nueva Granada, saltando sobre la barrera desafiante de los Andes, en gesto generoso que se dijera como de retribución al país hermano, por la campaña libertadora de Venezuela,

llevada a cabo en sentido casi inverso, el año 13, bajo los auspicios del gobierno neogranadino.

Y es aquí donde, presa de un ideal que desbordaba, en su grandeza, circunstancias particulares que creyó fácilmente superables, concibe también y se apresura a proponer y lograr la unificación de las tres grandes entidades políticas y territoriales que constituyen —bajo el nombre del inmortal descubridor de América— la nueva y grande nación que se llamará Colombia.

Y es aquí, a la vez, donde —cosa admirable— entre los más apremiantes y diarios afanes de la guerra que cubría más de dos tercios del territorio nacional, y exigía una constante movilización personal del Jefe de los ejércitos, el Libertador halla tiempo y serenidad de mente, y dominio garboso de la palabra, para redactar el más extenso, brillante y cabal de sus escritos: el Discurso que pronunció ante el Congreso de Angostura. Y aún le sobró visión y presteza para, entre unos y otros tremendos quehaceres, contratar imprenta y fundar, como era de urgencia, un periódico, *El Correo del Orinoco*, «el más conspicuo —dice el bibliógrafo Manuel S. Sánchez— de los periódicos de la Revolución», con el que hacer frente y contrarrestar las diatribas y calumnias de la realista *Gaceta de Caracas*.

En una palabra: Sin pecar de ditirámicos, y sin pizca alguna de exageración, podemos afirmar que en tres o cuatro momentos claves de su vida, y quizás los más trascendentales, en los que Bolívar con huella firme e indeleble, propia del genio, escaló la cumbre de su polifacética grandeza, fue precisamente aquí, en la vieja Angostura, donde su personalidad, entonces en el esplendor de los treinta y cinco años, demostró toda la madurez, entereza y decisión de que era capaz; y así avanzó sin posibles titubeos, a la realización total de su inigualable obra de Libertador y Padre de naciones. Fue aquí, diríamos, donde Bolívar acabó de hacerse Bolívar. Aquí comprobó ante sí mismo, como tal vez nunca antes, la realidad patente de la tremenda misión —a la postre gloriosísima, pero al presente retadora— para la que con incoercible impulso se sentía llamado y comprometido desde aquel lejano juramento en una colina de Roma.

Y también aquí quedó de manifiesto entonces, y de una vez para todas, que no se habían equivocado los pueblos que aquende y allende los Andes confiaron un día la suerte de sus mejores anhelos de libertad y de Patria, en las manos de aquel animoso caraqueño. Y que aun la misma Divina Providencia no iba a la zaga en proteger el destino de aquel hombre excepcional, se probó bien a las claras cuando fue dejando frustrados los repetidos lances alevosos que en Jamaica, en El Rincón de los Toros y aun en Casacoima parecieron jugar a mansalva con aquella vida tan denodada.

Cosa muy de admirar es en el Libertador aquella visión tan certera que a lo largo de su asendereada obra demostró siempre en lo que respecta a la escogencia, según los casos, del lugar estratégico para sede de las operaciones de su dificultosa empresa. Bien han estudiado y ponderado los críticos, las innegables cuanto atinadas razones que tuvo para centrar, durante los años 1817-1819, la reconquista de Venezuela, y como corolario también de la Nueva Granada, en el extremo oriental de nuestro territorio; concretamente en Guayana y su capital Angostura. El 6 de agosto de 1817, a los tres meses escasos de hallarse en tierras del Orinoco, en sendas cartas dirigidas al Marqués del Toro y a Martín Tovar Ponte, escribe el Libertador las siguientes precisas frases acerca de Guayana:

Esta provincia es un punto capital; muy propio para ser defendido y más aún para ofender. Tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santafé y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además, poseemos ganados y caballos; y como, en el día, la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor.

Tierra nueva, por ende desconocida, era ésta para Bolívar. Además, ha hecho antes su entrada previa por aquel oriente norte, hervidero de las rivalidades y disidencias de los jefes orientales. Se ha metido, pues, en la boca misma del lobo. Pero nada lo detiene en su necesaria resolución de asentar aquí en Guayana la base de su comando militar y político, para desarrollar, en toda

su extensión, hasta Santa Fe, por tercera vez —y esta será la de vencida— la reconquista de la Patria. Esta es su misión, y este su deber; y ante ello, aunque los obstáculos se presenten como invencibles, uno tras otro los irá domeñando, hasta el día en que con delirio arrebatado sobre la cima del Chimborazo, podrá exclamar, con toda verdad, que ha venido «envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas».

Con más que sobrada razón, pudo un día reclamar esta Guayana el derecho a que su territorio y su ciudad capital llevaran el nombre de Bolívar; ya que si éste es la expresión máxima de las glorias inmortales de la Patria, que en él se aúnan y concentran, fue precisamente en esta tierra donde en verdad cuajó con caracteres definitivos la obra tan larga y heroicamente iniciada, y dos veces inacabada, de la independencia. Como del oriente viene la luz que con pujante intensidad desgarrar las tinieblas, para que luzca el nuevo día; también del oriente de la Patria surgió esplendorosa la luz de la libertad, que a su vez hizo brillar hasta los más remotos confines el claro día de la independencia.

Señores: ¿qué otra tribuna más excelsa, preguntamos ahora; qué más enhiesta montaña que esta Ciudad Bolívar —macizo de sacrificios y de gloria— podía ofrecerse para que hasta el más bisoño orador se siente animado a balbucir sus mejores palabras con que exaltar al Padre de la Patria?

No olvida quien ahora disfruta de vuestra benévola atención, que habla como miembro de la Sociedad Bolivariana, y en un acto dispuesto por este hermano Centro, de la ciudad por antonomasia de Bolívar. Y tal circunstancia invítame a recordar, con palabras de nuestros Estatutos, en su Artículo 1°, que la Sociedad (y sus Centros) tienen por fin primario «fomentar, propagar y enaltecer el culto a la memoria del Libertador...».

Nada debía de parecer más digno y grato a todo verdadero venezolano, aun cuando no incorporado de hecho a las filas de la Sociedad Bolivariana, como esta labor, este deber, de fomentar, propagar y enaltecer el culto a la memoria de Bolívar. Solo un desconocimiento craso y vergonzoso de lo que representa para Venezuela, para América y para la historia universal la figura y la obra

del Libertador; y peor aún, sólo una perversión del sentido nacionalista, no menos que del más elemental sentido histórico, efecto ingrato de la siembra de doctrinas antipatrióticas, pueden ser la causa de que haya venezolanos que miran con fría indiferencia, o que —horroriza pensarlo— incluso rechazan y contradicen esa exaltación de la figura del Padre de la Patria.

Pero con pesar y preocupación hemos de aceptar, en toda su paladina e impresionante realidad, un hecho que en nuestros días no es ningún secreto. Este hecho es la actitud de aquellos venezolanos, que a pretexto de crítica histórica — crítica insincera, pues que obedece a consignas que ellos mismos no se atreven a confesar— pretenden someter la persona, los hechos y los escritos del Libertador a una interpretación que conduzca, porque sí, a bajar al Héroe de su pedestal de grandeza; o según una de las malévolas frases en boga, «a desinflar a Bolívar» de una gloria y de un culto que rechazan como contrarios a la verdad histórica.

¡Cómo ha de doler a los venezolanos genuinamente tales observar que con dineros del Estado, de esta Patria que debe su ser a Bolívar, se paga la publicación de revistas con artículos de ese jaez, y se subvenciona a profesores de universidades y liceos, sembradores de tan atentatorias enseñanzas en la mente de nuestras juventudes, hoy como nunca necesitadas del conocimiento y amor de los valores sustanciales de la nacionalidad!

Creemos —dicho sea con la debida modestia— guiados por nuestra experiencia docente de casi cinco lustros, que respecto de Bolívar, y lo mismo en su tanto con los demás héroes, debe muy cuidadosamente distinguirse al héroe y al hombre, aun cuando sustratos de una misma personalidad; y aun cuando esta última sea la raíz común tanto de los actos afines a todo hombre, como también de aquellos otros que, ante el consenso general de la historia, lo hayan elevado a la categoría de tal héroe.

Semejante dicotomía nada ofrece de peregrina. A diario la tenemos muy en cuenta; y sería fácil citar numerosos ejemplos de la historia de todos los tiempos, que prueban que tal distinción se acepta no sólo como justa, más aún como necesaria.

Sobrada verdad es, como antes lo recordamos, que Bolívar por su personalidad y obra excepcionales, pertenece a la historia universal. Y porque sus credenciales de primate nada tienen de espurio, bien pueden y deben ser estudiadas, sin cortapisas ni temores —que estarían fuera de lugar— a la luz serena y objetiva de la crítica histórica. Así se ha hecho, y se sigue haciendo, por grandes pensadores de todo el mundo. Y satisface en extremo advertir que ningún personaje de la historia universal tiene al presente una tan continuada, tan varia y tan ponderosa bibliografía como Bolívar. Y por eso, porque cada día se le estudia y se le admira más, se afianza también en su categoría de héroe; y de ahí ese movimiento mundial, como creciente floración, que se expresa con el homenaje de innumerables monumentos públicos, y con el otro homenaje, aún más valioso, de la creación de cátedras, tanto en América como en Europa, en las que se expone y valora su pensamiento político. Cuanto más y mejor se le conoce, más se le glorifica.

Nada de ello obsta, empero, para que actos y aspectos particulares de su doctrina y de su obra sufran no sólo la discusión, más aún diversidad de juicios, de aceptación o de rechazo, pues se trata de un ser humano, falible; no de un Dios. Pudo equivocarse y cometer errores; ¿qué héroe no los cometió?, y él mismo así lo reconoció en más de una ocasión.

Pero eso supuesto y admitido, en ningún caso cabe aceptar que hecho el balance final, la crítica más contundente y objetiva pueda poner en duda, ni menos negar, la densa y firme realidad de todo lo que es sustancial en su gloria de Libertador y en su título de Padre de la Patria.

Opínesse cuanto se quiera respecto de Bolívar, hombre militar hombre político, hombre estadista, hombre escritor; que por sobre todo eso se alzaré siempre la realidad del hombre héroe, que a punta de generosidad y de sacrificios, muy más que a punta de espada y de decretos, conquistó sin haberlo pretendido, aquellos timbres gloriosísimos y únicos, al dejar realizada una obra que a nadie más le fue dado realizar en esta porción de América; más aún una obra a la que imprimió tal sello de consistencia, fruto de su heroísmo, que no

obstante nuestros posteriores y múltiples errores políticos durante más de siglo y cuarto, ha conservado su esencial estructura y entereza.

Hecha, pues, esta necesaria distinción entre el Bolívar hombre de acción múltiple, y el Bolívar Héroe Máximo, creemos puesto en razón el título —en apariencia alardoso— de esta disertación: la perennidad supra-histórica de Bolívar. Porque el hombre que en tan bien ganada lid conquistó aquellos títulos de Libertador y Padre de la Patria pertenece, en tal respecto, y así hay que aceptarlo, a una categoría superior a todo encuadre rutinario; el rango y aceptación que tales títulos implican, salen fuera de los dominios falibles y fríos de la mera historia, pues al homenaje del razonamiento crítico, se añade el superior de la gratitud, del afecto y de la veneración; y por eso, su puesto propio está en el propileo sagrado, donde ha de recibir el culto natural de la glorificación patriótica, máxima expresión de nuestro amor.

Para mí, os lo confieso, antes que historiador sagaz, y antes que crítico orgulloso de su saber, todo venezolano debe gloriarse de ser el patriota que defiende y venera —por sobre todo otro motivo— aquello que es origen y base de nuestra nacionalidad; y esa base está —y no busquemos otra— en el pedestal de la estatua, no material, de mármol o de bronce, que aquí y allá hemos levantado a Bolívar; sino en la estatua viva, espiritual y trascendente que todos debemos llevar en la mente y en el corazón de hijos auténticos de esta Patria que él nos legó.

Y si para sostener ese pedestal que es insustituible en el origen de nuestra existencia como nación, fuere necesario —en hipótesis absurda— renunciar a la postura altiva del intelectual que cree su deber criticar y echar por tierra valores esenciales de la Patria, y por el contrario, fuere asimismo necesario profesar la actitud de admirador y exaltador rendido de la gloria del Libertador, de su heroísmo, su generosidad y su sacrificio; nada deberá impedirnos aquella renuncia; pero menos aún deberá nada ruborizarnos de esta actitud con que rendimos un culto que tiene por justificación la realidad misma, suprema y sagrada, de la Patria creada por Bolívar. ¡Cuán temible y

lamentable sería que los venezolanos tuviéramos vergüenza de rendir tributo de justificada y afectuosa veneración al Libertador!, nada más que —como decía Martí— «porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario».

Pero seamos sinceros, pues que la conmemoración sesquicentenaria y la hora actual del mundo exigen sinceridad. Es alarmante, y signo que debe inquietarnos, advertir cómo en nuestros días crece el número de venezolanos adictos a esa secta de los que o por burda ignorancia, o por intención descastada, siguen esgrimiendo contra la gloria de Bolívar los mismos viejos tópicos que, o nada valen porque ya la crítica los ha pulverizado, o si alguna dificultad ofrecen, ésta en nada afecta a lo sustancial de aquella gloria; y en cambio esas mismas personas fingen desconocer, o no valoran con la debida equidad, todo el rico conjunto de hechos esenciales e indiscutibles, que fueron la credencial limpiísima con que Bolívar conquistó sus más sagrados títulos.

Nadie ignora que en nuestros días esa secta antibolivanana, y por ende antipatriótica y antinacional, extiende su contagio por todas partes de la nación, se infiltra en la enseñanza y en centros culturales, goza de medios de difusión, y no deja de atentar en forma a veces solapada, a veces manifiesta, contra el nombre y las glorias del Padre de la Patria. Quienes siguen esa corriente, están en actitud suicida. Porque tales atentados socavan la piedra angular de nuestra tradición republicana y el símbolo máximo de las glorias nacionales. Quitemos a Bolívar, o reduzcámoslo a la categoría de un accidental personaje histórico, ¿y qué nos queda? Venezuela —y a su vez otras naciones hermanas— nos reducimos a una especie como de naciones hongos, carentes de estirpe y de gloria. ¿Y hay algo más glorioso que nuestro origen republicano, a través de la gesta magna que nos dio la independencia? ¿Y toda esta gesta, y su triunfo, logrados con tesón casi suprahumano, y sus acciones más heroicas a ambos lados de los Andes —no las enumeramos, pues son tantas— todo eso no fue empresa que descansó en los hombros incansables de Bolívar?

En la etapa presente de la historia del mundo, quizás como en ninguna anterior ocasión, la lucha que parece ser a muerte por la defensa de las nacionalidades, nos exige reavivar y templar más y más los ánimos, nutriéndolos sin titubeos cobardes, ni poses ambiguas, con el culto perenne, necesario y fecundo de esa realidad supra-histórica que tenemos en Bolívar Padre de la Patria.

¡Si a Bolívar lo llamamos Padre, porque lo fue; a quien es padre no se le estudia para criticarlo, sino para venerarlo y amarlo!

¡Si además de Padre, lo llamamos Libertador, porque lo fue; libertador es título sagrado que significa bienhechor supremo, pues quien liberta rescata y regala el don supremo del ser humano: la libertad! ¡Y a un semejante bienhechor insigne, antes que honrarlo con el estudio intelectual y frío de su persona, se le honra con el homenaje cálido del corazón, que es gratitud, y es afecto, y es exaltación de su nombre!

No de otra manera han procedido siempre los más grandes pueblos de todas las épocas de la historia con los héroes que un día les dieron ser, grandeza y renombre. Si la antigüedad nos ofrece ejemplos demasiado conocidos, cuya enseñanza jamás ha prescrito; también en los tiempos modernos los hallamos no menos significativos. Tal es el caso de Francia con Napoleón, o el de Estados Unidos con Washington, o el de Argentina con San Martín, y otros. Todo lo cual prueba —con la historia, maestra irrechazable— que semejante culto a los héroes de la Patria, lejos de ser un fanatismo equivocado, servil y anticrítico —como hoy alguien opine— constituye la necesaria defensa de aquellos valores sobre los cuales descansa todo verdadero patriotismo.

De lo dicho hasta aquí, ¿qué consideraciones podemos deducir? Creemos que dos, elementales y obvias. La primera, aun cuando implícita en parte de lo ya expuesto, requiere que por un momento más volvamos la vista sobre ella, para que impresionados de su gravedad, comprendamos nuestra obligación de contrastarla. Y es que, a la verdad, no puede menos de resultarnos muy amargo el hecho de que el patriotismo de algunos venezolanos esté minado precisamente en lo que es más sustancial: la veneración al Padre de la Patria.

Dijérase, a primera vista que estamos ante un brote de algo que recordaría lo ocurrido en Cariaco en 1817, pero con la diferencia esencial de que si entonces se trataba de turbulentos patriotas, que aun cuando equivocados, procedían a impulsos un sincero amor a la Patria, por cuya libertad iban resueltos a o mayores sacrificios; en cambio ahora se trata de venezolanos cuyo concepto de Patria y nacionalismo ha perdido su legítimo significado, al conjuro de enseñanzas y consignas exóticas que retrogradamos a un tipo de colonialismo, tan irrestricto y esclavizador, que en nada es comparable al trisecular que sufríamos cuando Bolívar nos libertó.

Sea cual fuere, al presente, el número de esos alucinados hijos de Venezuela, debemos reparar —sobre todo— en la adhesión y disciplinada actitud con que se entregan a la siembra de enseñanzas tan perversas, siempre so color de hacer historia crítica, libre de lo que ellos consideren prejuicios anticientíficos. Y como antes señalamos, ya han ido logrando, más de lo que la Patria puede sufrir, los valiosos medios de cátedras y publicaciones, aun oficiales, para sus dañinos propósitos.

De esta primera y grave consideración, brota como una necesidad imposter-gable esta otra: ¿qué hemos de hacer? De intento hemos evitado la fácil fórmula impersonal: ¿qué hay que hacer?, pues lo impersonal parece siempre no atañer a nadie; y estamos ante los intereses de la Patria que a todos nos conciernen.

La respuesta no puede ser sino una: volvamos a Bolívar. Ni pensemos que fórmula tan breve es sólo una manera de salir del paso. Volver a Bolívar, en absoluto, sin limitaciones ni ambigüedades que esta frase no expresa, es hoy y será siempre, el antídoto más eficaz para preservar la salud de la Patria. Volver a Bolívar, significa tenerlo como supremo ejemplar inspirador de los ideales patrióticos que él enseñó y practicó. ¡Cómo ha de resonar en nuestros oídos, y cómo debe avivar nuestro celo, escuchar en nuestros días, en boca de personalidades de otros países, no ya la frase «América necesita de Bolívar»! sino «Alemania necesita de Bolívar», «Europa necesita de Bolívar» ¡Y pensar que el Bolívar, así admirado y así buscado desde órbitas tan diversas; es para nosotros

no solamente el hombre de acción magnánima, el político y el pensador que en esas otras naciones exaltan, sino además el héroe supra-histórico que señorea el panteón de nuestras glorias!

El término que ya tocamos de este año Sesquicentenario, lejos de indicar un cierre temporal en nuestro entusiasmo bolivariano, debe más bien señalar un punto de partida para más amplias y tenaces realizaciones. La conmemoración de nuestros fastos no debería jamás quedarse en solo gestos de recuerdo transitorio; sino ser la ocasión para reavivar y reactivar en todos los venezolanos, y de manera especial en todos los que formamos la Sociedad Bolivariana, nuestro deber primordial de «fomentar, propagar y enaltecer el culto a la memoria del Libertador». Y en el presente caso recordemos que por desagradable paradoja ha ocurrido que precisamente a lo largo de este año conmemorativo de nuestras fechas máximas, es cuando con hiriente ligereza algunos venezolanos han propalado sus ideas antibolivarianas y antipatrióticas. Tal actitud, que pareciera un reto, y que habrá de continuar, reclama nuestra presencia en lo que es ya un frente de combate. Démosle el frente también nosotros. No es ésta la primera vez que tal cosa ocurre. Bien conocemos la historia del siglo pasado. Volvamos la vista a los que entonces nos precedieron, e imitemos el espíritu de los Juan Vicente González, y los Eduardo Blanco, y otros ardorosos bolivarianos, quienes restablecieron en la conciencia de los venezolanos aquel sentido salvador del culto al Padre de la Patria, hoy más necesario aún, si cabe, de lo que entonces fuera. Recordemos al viejo prócer Soubllette, desterrado en Bogotá, quien sintiéndose albacea de las glorias de Bolívar, al saber la muerte de O'Leary, el gran confidente del Héroe, le escribe a Restrepo, el otro sobreviviente de los probados amigos de Bolívar:

Ambos somos centinelas que todavía pasamos la palabra, que expirará pronto, porque los demás han muerto, y no responden. Mantengámonos firmes hasta el último momento.

He ahí la lección; he ahí nuestro deber: centinelas todos, que pasemos la palabra, firmes hasta el último momento. Del Oriente viene la luz. Del Oriente, de esta Guayana, de esta ciudad, vino en definitiva la independencia. La gloria que circunda, este pedazo de la Patria, que fue sede del Padre de nuestra libertad, es prenda que obliga y es esperanza que jamás podrá defezionar en esta nueva etapa de defensa y exaltación del Libertador.

—¿Qué falta —preguntaba Rodó— para que en la conciencia universalarezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria?

Nada que revele de él cosas no sabidas, ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros y que con nuestros hombros encumbrados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales y primeras que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Señores.

# Bolívar y las misiones

## Decreto dado en 1828

Simón Bolívar  
Libertador Presidente, &, &

### *Considerando*

1°— Que, a consecuencia de la dilatada guerra que ha sufrido Colombia para asegurar su Independencia, han sido destruidas las Misiones que había en las Provincias de Cumaná, Barcelona, Barinas, Maracaibo, Casanare, Guayana, y al sur de los Andes, de Popayán y de Quito;

2°— Que los indígenas que se hallaban reducidos a poblados por los cuidados constantes de los Misioneros, se han dispersado en gran parte, abandonando las poblaciones, y sumiéndose nuevamente en los bosques con mucho perjuicio para el Estado,

3°— Que es de absoluta necesidad restablecer cuanto antes los antiguos Misioneros de Colombia, para reedificar las poblaciones de indígenas, e instruirles en la religión, en la moral y en las artes necesarias para la vida;

4°— Que esto no puede hacerse sino por medio de las Ordenes regulares que es necesario conservar y aumentar para que haya Ministros que sirvan

las Misiones, y que también prediquen y enseñen a los demás pueblos la religión y la moral;

5°— Que para conseguirlo, opone un grande obstáculo la ley que dispuso que ninguno pudiera ser admitido en los conventos antes de la edad de 25 años cumplidos, con dictamen del Consejo de Gobierno, y en uso de las facultades extraordinarias que ejerzo,

*Decreto*

Artículo 1°— Se suspende la ley de 4 de marzo de 1826, respecto de todos los conventos de regulares. En consecuencia, podrá admitirse en los conventos de regulares a novicios, donados y devotos menores de 25 años, haciéndose las profesiones a la edad que hayan prescrito los cánones.

Artículo 2°— Quedará restringido el número de novicios, donados y devotos que puedan admitirse en cada uno de los noviciados de las diferentes Ordenes de religiosos. En las Provincias de regulares de la capital lo señalará el Gobierno Supremo, teniendo en consideración las rentas y, el número de religiosos que hay o necesita cada convento. En la Provincia de regulares de Venezuela lo hará el Intendente del Departamento, en la de Quito el Intendente del Ecuador, y en cualquiera otra, el Intendente respectivo.

Artículo 3°— En virtud de esta concesión, cada una de las Ordenes regulares, excluidos los hospitalarios, quedará comprometida a encargarse de las Misiones de indígenas que el Gobierno le asigne, y a emplear en ellas el número de religiosos que sea necesario, los que se ocuparán en instruir y reducir a poblado a los indígenas bajo las reglas prescritas o que se prescriban. Los nombrados contraerán en las Misiones un mérito muy distinguido, y en virtud de él obtendrán los correspondientes ascensos en su religión, para lo cual en caso necesario el Gobierno conseguirá los breves de la Silla Apostólica.

Artículo 4°— Todos los novicios que profesen desde la publicación de este decreto, contraerán al tiempo de profesar la obligación de emplearse por cinco años, luego que reciban las sagradas Ordenes en el servicio de las Misiones que se les hubieren asignado. Los Prelados pasarán anualmente a los Intendentes

una lista de los novicios que hayan profesado y ordenádose, contrayendo la expresada obligación, a fin de que sus nombres se asienten en un libro, y en todo tiempo consten los religiosos que deban emplearse en las Misiones.

Artículo 5°— El Secretario de Estado del Despacho del Interior queda encargado de la ejecución de este decreto.

Dado en Bogotá, a 11 de julio de 1828.

**SIMÓN BOLÍVAR**

El Secretario de Estado del Despacho del Interior,

**J. M. RESTREPO**

[Blanco y Azpúrua. Tomo XII, pp. 697-698].

### **El restaurador de la obra misionera**

Nada más respetable por su origen, ni más explícito por su contenido, como el Decreto que acaba de leerse.

Sin búsqueda retórica puede afirmarse que este Decreto es el verdadero eslabón de oro que engarza las dos etapas sustanciales de nuestra vida nacional, en lo que concierne a los intereses, temporales y espirituales de los primeros hijos y pobladores de esta «tierra de Gracia».

Este documento, dado al cerrarse el período de la dominación española, y abrirse el nuevo de la vida republicana, terminada la Independencia, tal vez no haya merecido por parte de muchos historiadores de los hechos civiles de nuestra Patria, toda la atención de que tan claramente es acreedor.

Lo dicta y promulga el propio Bolívar, en su carácter de Presidente de la gran República de Colombia. Pero no nos fijemos tanto en lo que tal cargo representa, ni tampoco en su título de Libertador, cuya gloria suprema pudiera como obligarnos a un acatamiento rendido a sus palabras, que para nosotros son siempre tan veneradas.

Pongamos a un lado aquellas prerrogativas, y entrémonos un poco en el fondo mismo del valor que tal Decreto tiene, por razón de la autoridad moral

de quien lo ha concebido y promulgado. Nadie en la Colombia de entonces, y por ende en Venezuela, tenía en aquellos momentos un conocimiento más claro y preciso de los problemas fundamentales que afrontaba la República. Durante más de quince años Bolívar ha sido el alma y motor de aquella revolución que él mismo ha conducido al triunfo, tras de azares y reveses de todo orden. En su condición de Jefe Supremo de la guerra, y de Presidente de la República establecida definitivamente en 1819 en el Congreso de Angostura, Bolívar ha tenido sobrada ocasión para conocer a fondo las necesidades políticas, sociales y espirituales del país. Lo ha recorrido, tal vez como nadie en aquel tiempo, en todas direcciones; ha llegado a los rincones más apartados; ha estado en contacto directo con toda clase de gentes; y ha demostrado siempre una visión objetiva y rápida de los problemas y una observación atinada de los hombres. En todo momento se ha distinguido por aquella su decidida prontitud para la acción; y sobre todo por su nunca desmentida voluntad de procurar el mayor bien y felicidad de la Patria, como largamente lo prueban sus desprendimientos y sacrificios de toda clase. Esto supuesto, cuando el Libertador en tiempo en que la República atravesaba tal vez el momento más crítico de su estabilidad interna, que reclamaba toda su atención y habilidad de gobernante, dicta el Decreto que acabamos de oír, por el cual se restablecen las misiones a su primitiva organización, no cabe pensar otra cosa, sino que tal medida la consideraba necesaria y urgente para el bien de la nación. Aquel mismo Bolívar que ya en el Perú, el año 1825, se había preocupado —mediante una serie de meritísimos decretos sociales— de establecer en el Cuzco un Colegio para la educación de las niñas y otro para el estudio de las ciencias, y un Convictorio para la educación de los hijos de los indígenas, y decreta asimismo el repartimiento de tierras de labranza para las familias indígenas; es el mismo Bolívar que ahora, en su Patria, piensa también —con gesto de gobernante previsivo y paternal— en el abandono en que han quedado aquí nuestros indígenas, y procede de inmediato a remediar aquella dolorosa situación, para bien de ellos y de la República.

No sabemos con qué fundamento objetivo algunos historiadores han querido interpretar el hecho de éste y algún otro documento de este período, como signos de ocaso y de debilidad de las eximias cualidades del Padre de la Patria. El mismo Bolívar que ha redactado por estos años documentos tan valiosos como los Mensajes a la Convención de Ocaña y el Congreso Constituyente de Bogotá —piezas que figuran en su antología de escritor político—; el mismo Bolívar que en estos mismos días escribe muchas de sus prudentes y admirables cartas, que lo muestran en plena madurez de su personalidad de estadista y de gobernante; ese mismo Bolívar, nutrido de densas experiencias y entregado con asiduo afán al estudio y remedio de las más apremiantes necesidades de la Patria, es quien, por eso mismo, ha juzgado su deber promulgar el Decreto que restablece el régimen misional en los territorios de población indígena aún por civilizar. Vistas estas circunstancias, bien creemos que cabe afirmar que también dicho Decreto venía a ratificar, una vez más, las innegables cualidades de buen patriota y de gobernante avisado que distinguían al Libertador. Dos años y medio escasos le quedaban de vida. Aún estaba a más de dos meses de distancia la conjuración asesina del 25 de septiembre, y todavía ahora su salud respondía sin novedad a los ajetreos de gobernante activísimo. Estaba, pues, en un momento excelente para añadir, a sus múltiples méritos, este acto de providente preocupación por la suerte de aquellos infelices moradores de nuestras regiones aún incultas. Bolívar no podía morir sin completar la independencia nacional. Todavía quedaban indígenas, que aun cuando habitantes de una nación libre, no gozaban de todos los beneficios de la libertad: eran esclavos del salvajismo primitivo, de la incultura y del paganismo, privados de la moral y de la fe cristianas. No habría jamás de decirse de Bolívar que se había preocupado de todo y de todos en su empresa libertadora, pero que se había olvidado del bienestar de los auténticos hijos de esta tierra, los indios. Y así como un día, con sobrada razón pudo el Episcopado de Venezuela y de Colombia apellidar a Bolívar: «Restaurador de la Jerarquía Eclesiástica en América», por sus sabias y prudentes gestiones, ante la Santa Sede, para la provisión

de los nuevos Pastores de las Diócesis huérfanas después de la Independencia; así también cabe darle el título de «Restaurador de la obra misionera entre nuestros indígenas», por este Decreto que vino —a ser aun que tardíamente a causa de nuestras posteriores contiendas políticas internas— el punto de partida y el fundamento histórico y legal para el restablecimiento de la necesaria y santa empresa de las misiones.

Pero hay algo aún más importante. Ese Decreto contiene dos afirmaciones que en la presente oportunidad merecen ponderarse en toda su valía. La una: que era de absoluta necesidad restablecer las misiones entre los núcleos indígenas de regiones como Guayana, Cumaná, Barcelona, Barinas, Maracaibo, etc., las cuales misiones a causa de la guerra habían quedado destruidas y sus habitantes en gran parte se habían dispersado y vuelto a los bosques, con grave perjuicio para el Estado.

La mera mención de hecho tan doloroso, y que exigía pronto remedio, lleva consigo, en la mente del Libertador, el reconocimiento implícito de que sólo la labor abnegada y «los cuidados constantes de los misioneros» (son palabras del Decreto) durante más de siglo y medio, hasta que sobrevino la guerra, habían logrado la incorporación gradual del indígena a la vida nacional. No ignoraba Bolívar —aun cuando historiadores modernos parece que no lo han advertido como él— que fue aquella labor misionera la que sin lugar a dudas transformó en poblaciones florecientes la mayor parte del extensísimo territorio nacional, aun en sus más apartadas zonas. Al ocurrir la Independencia, más de 300 pueblos, o sea la gran mayoría de los que formaban la nación —entre los cuales contamos hoy media docena de capitales de Estado, y otros muchos, eran centros de gran importancia-agrícola y pecuaria— fueron obra exclusiva de los misioneros. Todavía en 1784, al finalizar su famosa *Visita* el gran Obispo Martí, en su sola Diócesis de Caracas, que comprendía aproximadamente un tercio del territorio nacional —desde el río Unare como límite oriental, hasta la Goajira y Trujillo por el occidente, y hasta el río Meta por el sur— del total de 189 pueblos y ciudades que comprendía el Obispado, 107

—o sea más de la mitad— eran aún pueblos de «doctrina de indios» puros, no obstante la presencia en algunos de dichos pueblos de grandes contingentes de blancos, mestizos, mulatos y negros puros, cuyo número variaba según las regiones. Entre aquellos 107 pueblos de indios, 21 eran *misión viva* de más reciente fundación, en los que había solamente indios, en estado aún primitivo, pues todavía andaban desnudos; otros 47 pueblos eran doctrinas de población casi totalmente indígena pura; y en otros 11 los indios eran un tercio de los habitantes. Y el total de aquellos indios extraídos de la vida selvática y nómada, y reducidos a población estable y civil era de 60.000. Y adviértase que para aquella fecha la zona del Obispado de Caracas era la que comparativamente había logrado un mayor adelanto civil y tenía la preponderancia política de toda la Capitanía General de Venezuela. Más dificultosa, sin comparación, había resultado la labor misionera en el extremo oriente, y sobre todo en la extensa región de Guayana; y a lo largo de la tremenda cuenca del Orinoco y sus grandes afluentes por el sur. Y sin embargo, por informes de los propios Gobernadores de aquellas Provincias sabemos que en la segunda mitad del siglo XVIII los pueblos en plena marcha ascendente, fundados por misioneros Capuchinos, Franciscanos, Dominicos y Jesuitas, pasaban de cien. Y ¡qué decir del hecho —que hoy a muchos parecerá increíble— de la existencia nada menos que de diez pueblos fundados por los meritísimos Padres Capuchinos en el corazón mismo de la Goajira, entre los indios motilonés!

Así era, en rapidísimos rasgos que no nos es posible ampliar ahora, la labor gloriosa y patriótica de las misiones. Hecho tan contundente no podía pasar inadvertido al claro talento del Libertador. ¡Y acaso no había él mismo experimentado lo que eran aquellas misiones de Guayana, donde al reiniciar por tercera y definitiva vez la Independencia en 1817, desde Angostura, halló en los florecientes pueblos y hatos de las misiones Capuchinas un verdadero reservatorio de ganado vacuno y caballar, de donde proveer las fuertes demandas de su ejército!

Ante esta realidad tan palpable de la eficaz labor misionera, afirmada en primer término por Bolívar en su Decreto, viene la segunda afirmación razonada,

que no es sino una consecuencia lógica, y el gesto honrado de un gobernante que tiene plena conciencia de su deber. Declara paladinamente que aquellos misioneros formaban de pobres indios ignaros y montaraces, ciudadanos instruidos en Moral, en Religión y en las Artes necesarias para la vida. Y puesto que es necesario restablecer cuanto antes aquella empresa civilizadora, su convicción de gobernante es que tal cosa «no puede hacerse —son sus palabras— sino por medio de las Ordenes Regulares que es necesario conservar y aumentar»; y por consiguiente decreta que vuelvan los antiguos misioneros, y dispone lo necesario para que los conventos puedan de nuevo nutrirse de jóvenes con vocación para aquel santo ministerio.

Señores: ¡La sangre generosa de más de cincuenta misioneros, en una u otra forma martirizados en territorio venezolano durante tres siglos de labores apostólicas, había servido como de holocausto impetratorio, que atrajo las bendiciones del cielo, para la salud moral y espiritual de nuestros hermanos indígenas, aún sumidos en el paganismo!

Y para la historia, y para lección de futuros gobernantes, no quedaba ya duda —Bolívar lo había así ratificado con su autorizada palabra— la obra del misionero había sido meritoria y beneficios a en alto grado para la Patria, y no podría menos de seguir siéndolo mientras hubiese indígenas perdidos en nuestros bosques.

¡Loor, pues, y gratitud a quienes entonces, y a quienes hoy —igual que ayer— entregaron y entregan sus esfuerzos, sus sacrificios y sus vidas, con generosidad, que sería injusticia desconocer, por el bien de nuestros hermanos y de la Patria!

Esta conmemoración del Año Tricentenario de las misiones, que hoy concluye, tenía que destacar, con toda propiedad, como lo acaba de hacer, el nombre de Bolívar, tanto por el hecho de señalar y decretar la única forma eficaz de un verdadero indigenismo práctico, como porque con su palabra suprema y precisa ha rendido el más irrefragable y patriótico elogio a la abnegada labor de nuestros misioneros. ¡Ojalá que jamás se olvide testimonio tan valioso y tan sagrado!

Y que las flores de esta ofrenda sean ahora como el símbolo de las muchas flores de virtud, de trabajo, de civilización y de patriotismo que durante más de cuatro siglos han hecho florecer los sudores y la sangre de tantos misioneros, cuya huella santificadora queda marcada en todos los rincones de nuestro inmenso y querido territorio patrio.



## Tumba de prosapia\*

*Cuánto elevan a excelsos pensamientos los Sepulcros.*

**J. V. GONZÁLEZ: POEMA «1836».**

---

El 21 de febrero de 1804, en esta misma tierra sagrada y bajo la bóveda del altar de Nuestra Señora de la Concepción, del viejo templo parroquial, se dio cristiana sepultura «con entierro cantado, Vigilia y Misa de cuerpo presente» al cadáver de Doña Ana Juana Palacios y Sojo, vecina de la ciudad de Caracas

---

[\*]\_ Reinhumación de los restos de Doña Ana Juana Palacios y Sojo, tía del Libertador.

Un acto de especial significación patriótica y religiosa se realizó el sábado 2 de marzo próximo pasado en el Templo en construcción de la vecina población de Guatire. La Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana de Venezuela celebró allí sesión pública y solemne con el fin de reinhumar, en la nueva cripta de dicho templo, las cenizas de Doña Ana Juana Palacios y Sojo, tía del Libertador, así como también las de algunos ilustres personajes y meritorios sacerdotes de la época colonial, pertenecientes a la antigua Cofradía de la Inmaculada Concepción, que habían sido enterrados en el viejo Templo de Guatire, ya derruido.

Después del Himno Nacional, el Reverendo Padre Fray Mariano Marianchich, Párrroco de Guatire, pronunció palabras alusivas al acto, y, luego se procedió a descender el velo que cubría la placa funeraria conmemorativa, donada por nuestra Sociedad Bolivariana, ceremonia que estuvo a cargo de nuestro Presidente, doctor Cristóbal Mendoza. Seguidamente el Rvdo. Padre Pedro Pablo Barnola, S. J., Miembro de la Junta Directiva de la Institución, ofició una Misa de Difuntos y rezó el Responso. Al finalizar éste, procedió a bendecir solemnemente los nuevos nichos de la cripta donde se colocaron las diferentes urnas cinerarias.

El acto estuvo presidido por el doctor Cristóbal L. Mendoza, el Rvdo. Padre Mariano Marianchich, el Prefecto del Distrito Zamora, el Presidente del Ilustre Concejo Municipal, representantes de las demás autoridades civiles así como de las instituciones culturales y docentes de la ciudad.

Publicamos a continuación las palabras que el Reverendo Padre Pedro Pablo Barnola, S.J., pronunció en el mencionado acto, con que la Sociedad Bolivariana de Venezuela ha querido perpetuar este acontecimiento. [Nota de la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, N° 74, 19 de abril de 1963, Vol. XXII].

y residente en este valle [de Guatire], hija legítima y soltera de Don Feliciano de Palacios Sojo [primero de este nombre] y de su segunda esposa Doña Isabel María Gil de Arratia, abuelos de Doña María de la Concepción de Palacios Blanco de Herrera, madre del Libertador.

Fueron los sagrados restos de Doña Ana Juana a reunirse en cristiana hermandad con los otros fieles que los precedieron o que los seguirían, al amparo de la casa del Padre común, que según piadosa práctica era la iglesia parroquial; en este caso la de la Santa Cruz del valle de Pacairigua y Guatire.

Cuando en nuestros días, razones de seguridad para los fieles y de decoro para el culto sagrado, hicieron necesario derruir al ya inservible viejo templo, fue cosa providencial que al frente de esta Parroquia se encontrara un venerable Párroco como el R. P. Fray Mariano Marianchich, de la Orden Franciscana, sacerdote de sólida cultura, y quien tras largos años de residir entre nosotros se ha compenetrado íntimamente con los sentimientos de su pueblo, no menos que con la historia, tradiciones y glorias de esta su nueva Patria, a la que —nos es grato afirmarlo— ama con verdadero afecto.

Muy en cuenta estaba el P. Mariano de que en las bóvedas del ruinoso templo se encontraba la sepultura de una tía materna del Libertador; y también la de otro más lejano de sus parientes. Y por eso, al tratarse de los planos para la nueva iglesia, no solamente pensó al punto en la necesidad de destinar sitio propio y adecuado donde colocar los restos de las personas sepultadas en el sagrado recinto, sino juzgó además conveniente que dentro de la sobria dignidad y más práctica disposición del nuevo cementerio, se hiciera constar expresamente —para conocimiento del público— la presencia allí de los restos de un pariente directo del Padre de la Patria. De esta manera, al deber cristiano de honrar y venerar los sagrados despojos de quienes en la vida terrenal fueron —por virtud de los Sacramentos y de la gracia santificante templos vivos de Dios; se junta también el deber patriótico de conservar presente y exaltar la memoria de quienes guardan especial relación de sangre con nombres que son cimiento, grandeza y gloria de la Patria. ¿Si aun los objetos materiales que un

día fueron del uso de nuestro Libertador, nos inspiran respeto y los guardamos con orgullo en los museos, cuánta mayor veneración no han de exigirnos las cenizas de quienes fueron de la misma estirpe, carne y sangre de una misma fuente común de vida?

Y como además, por cristianos y por hijos de una misma madre, la Patria, todos los aquí enterrados son igualmente hermanos nuestros, miembros de la misma familia venezolana, por eso todos reunidos en esta cripta y sepulcro recibirán siempre el religioso tributo de nuestras preces cristianas y el fraternal homenaje de nuestros sentimientos patrióticos.

De hoy en adelante este pueblo, y cuantas personas lo visiten, tendrán aquí un lugar de especial veneración; un Panteón, no por pequeño menos estimable, puesto que es parte del gran Panteón de la Patria, por la prosapia de los huesos que guarda.

Lo bien diseñado de este salón, y los nobles fines a los que se le destina, lo harán centro regular de acceso y de reuniones para toda la población, y así, cuantas veces alguien acuda a su recinto, la presencia de esta lápida que aquí se ha colocado y su inscripción, servirán como de lección permanente de patriotismo; porque la evocación del más grande de nuestros héroes, en la persona de un miembro directo de su familia, no podrá menos de suscitar de inmediato el recuerdo de aquella obra única, de patriotismo generoso y sacrificado, por la que aquel Héroe ganó en buena lid su inalienable título de Libertador; obra y título que han de ser en la mente y en el corazón de todo verdadero venezolano de hoy, de mañana y de siempre, si herencia gloriosa, también compromiso ineludible, que estimulen nuestra conducta de ciudadanos responsables y de patriotas a toda prueba, cuya moral tenga como base indispensable —según frase expresa del propio Bolívar— «la conciencia de la religión».

La Sociedad Bolivariana de Venezuela, que según su Estatuto tiene el honroso encargo de promover y fomentar el culto a la memoria, a la obra y a las enseñanzas del Libertador y de los otros creadores de la nacionalidad, no podía menos de ofrecer toda posible colaboración —como gustosamente lo hizo

desde el principio— a la realización del plausible proyecto concebido y hoy felizmente realizado por el venerable Párroco de Guatire. La Sociedad agradece la participación con que se le ha honrado; y en prueba de ello acordó en pasada sesión hacer acto de presencia con su Junta Directiva encabezada por nuestro muy digno Presidente Dr. Cristóbal L. Mendoza.

Al agradecer al ciudadano Prefecto, al muy ilustre Concejo Municipal y demás autoridades públicas, el realce que con su asistencia han dado a este significativo acto, juzgamos un deber de justicia y de gratitud ciudadana encomiar el gesto tan patriótico y tan educativo del R. P. Mariano al procurar con tan decidido empeño la realización de esta obra que honra a Guatire, a la Iglesia y a la Patria. Venezuela, que nunca habrá dicho bastante en loanza de la obra de civilización que a manos llenas prodigaron en esta tierra, durante siglos pasados, los hijos de San Francisco, tiene hoy en este Párroco franciscano —como otros hermanos suyos— dignos continuadores del bien de esta Patria que aquéllos nos ayudaron a crear.

Vaya también una palabra de agradecimiento a los señores ingenieros y operarios de la empresa constructora de esta obra, por su eficaz colaboración, indispensable para el mejor resultado de este patriótico y cristiano proyecto.

A los fieles difuntos hoy solemnemente inhumados en esta cripta, que Dios les haya dado el descanso eterno; y que todo lo hecho sea para grandeza de la Patria y gloria del mismo Dios Todopoderoso y Señor de las naciones.

Guatire, 2 de marzo de 1963.

## El populismo del Libertador\*

---

Entre los diversos temas que ha parecido oportuno comentar en esta semana de charlas bolivarianas, aparece para el presente día el titulado: el *populismo* del Libertador.

Séanos permitido empezar por pedir la venia y aquiescencia de los distinguidos radioescuchas al oírnos emplear este vocablo *populismo*, que no existe en el Diccionario de la lengua castellana. Pero ya que su formación lingüística es legítima; y dado que el Diccionario sí registra el adjetivo *populista*, creemos una justificable licencia usar también ahora, como neologismo, el sustantivo *populismo*, que difícilmente podría sustituirse con otra palabra de igual y de tan expresivo significado.

Porque lo que con dicho vocablo queremos enunciar en la presente disertación, es aquel hecho tan singular en la obra del Libertador, de su conocimiento, de su contacto y de su preocupación persistente, respecto de lo que él consideraba como el alma de la nación: el pueblo.

Muchas veces en tiempos pasados y aun en los presentes, personas que han hablado y han escrito sobre la personalidad de Bolívar, la han presentado

---

[\*]\_ Charla dictada por la Radio Nacional en la Semana Bolivariana de 1960, el día 15 de diciembre.

—quizás por falta de suficiente estudio, quizás también por prejuicio o torcida intención— bajo el apelativo de aristócrata, o de mantuano, en oposición y como negación respecto de toda posible actitud o carácter popular en su vida y en sus realizaciones históricas.

Es cierto que Bolívar no podía, ni pretendió nunca negar su origen social. Era hijo de una familia distinguida, cuyo tronco arraigaba en Venezuela, y concretamente en Caracas, desde 1589 cuando llegó aquí el primer Don Simón Bolívar, llamado *el Viejo*, y llamado también *el Procurador*, puesto que en 1590 había sido enviado con ese importante cargo a España, para obtener, como lo hizo, una serie de beneficios que reclamaban los pueblos y ciudades de la Provincia de Caracas. Recordemos que cabalmente fue en esa ocasión cuando logró y trajo a su regreso el escudo de armas de esta ciudad de Caracas, el mismo que aún conservamos.

Por su origen, y por su educación, era pues Bolívar un hombre de distinción social. Pero precisamente resulta tanto más admirable comprobar cómo aquel joven distinguido y bien criado, por su entronque directo con familia de tanta prestancia; apenas alcanza su madurez juvenil, tuvo el talento y la comprensión necesaria para acercarse al alma de su pueblo, y para identificarse con sus aspiraciones de libertad y de justicia, y para entregarse sin descanso, de por vida, arriesgando hasta lo increíble su comodidad y reposo, su fortuna, su salud y aun su vida, por el logro de aquel ideal de redención política y social que tanto anhelaban las gentes de su pueblo patrio, y sus hermanos de otras muchas regiones americanas.

Si no nos constara por otras muchas razones cuán brillante era el talento de Bolívar, nos bastaría con reparar sólo en el hecho de lo que supuso en él aquella perspicacia y aquella ductilidad con que supo transformar su condición social y aun su psicología de mantuano y aristócrata de origen aburguesado, para identificarse con las necesidades primordiales de su pueblo, de aquella inmensa mayoría de gentes humildes y aun de esclavos, y entregarse sin reposo ni limitación a ser su bienhechor y su libertador.

Sin duda ninguna, cuando en los duros momentos de su repentina viudez, hace un segundo viaje a Europa, donde fue testigo de las aspiraciones populares en Francia, y cuando con más provecho leyó las obras de los pensadores y propagandistas de la revolución social de aquella nación, y oyó las exhortaciones de Don Simón Rodríguez, fue la ocasión decisiva en que se determinó y orientó hacia una vida nueva y más útil en beneficio de su Patria, y de su pueblo. De todo esto nos ha quedado constancia autobiográfica en las páginas íntimas del *Diario de Bucaramanga*, en la charla del día 10 de mayo (1828).

Pero no basta con que razonemos en teoría, acerca de esta transformación mental y afectiva que experimentara el joven Bolívar. Son los hechos tangibles los que se encargan de demostrarnos la realidad de aquella preocupación, y de aquel sentido esencialmente populista que en adelante marcará toda la vida del Libertador.

Y el hecho más resaltante e innegable que debe aducirse, y que indica cuán hondo y sincero fue aquel acercamiento a su pueblo, lo encontramos precisamente en la respuesta o correspondencia que en todo momento halló él en la masa de la población sencilla, tanto de Venezuela, su patria, como en todo el resto de las naciones que libertó. Aquel pueblo, aquellos campesinos, aquellas humildes gentes de todas partes, llamadas a formar filas de improvisados y mal tenidos soldados de una guerra dura, larga y sin descanso, siguen a Bolívar, se le pegan decididamente, lo acompañan a dondequiera que los lleve, le son fieles en todo momento, lo vitorean y aclaman, no obstante que en más de una ocasión no les sonriera la victoria. ¿Qué tenía aquel Jefe, a quien seguía su tropa? ¿Qué veían en aquel joven guerrero y político los incontables pueblos que lo recibían con indescriptibles y cada vez mayores muestras de regocijo? No era sólo —como a veces se ha pensado— el poder de su palabra electrizante; ni la gallardía de su gesto, o su ardor en los combates, o su intrepidez y decisión en las acciones; cosas todas que en un momento pasajero, pero no siempre, y menos con tanta constancia, logran arrastrar a la gente sencilla, a los humildes soldados que llevaban la peor parte. Era que veían en el Libertador

a un hombre que no obstante su extracción elevada y su categoría de Jefe, se allanaba y confundía con su pueblo, se preocupaba por todos, les llegaba al corazón, convivía con ellos, se hacía como uno de tantos, y les hablaba con palabra tan convencida y sincera que no dejaba dudas de la rectitud de sus intenciones. Y el pueblo sencillo nunca se engaña. Por rudo e ignorante que parezca, tiene siempre un íntimo sentido de la verdad de las cosas. Tiene un instinto muy fino —como lo tienen los niños— para pegarse a quien se hace su semejante, y para mantenerse fiel a quien le prueba que busca sólo su bien; en este caso el bien supremo de la libertad, sin mezcla alguna de otros intereses bastardos o egoístas.

Y que Bolívar no engañó a su pueblo fue cosa que quedó bien comprobada, hasta un límite máximo, cuando al final de su carrera —tan gloriosa como dolorosa— no sólo había conquistado la libertad de su pueblo, y la de otros pueblos hermanos, sino además había derrochado su salud, perdido sus bienes, y extenuado por la enfermedad y en la más increíble pobreza iba a buscar de prestado un rincón donde morir, en condición así casi inferior aun a la de muchos de sus hermanos del pueblo americano.

Ningún argumento más poderoso que éste, extraído de la realidad de los hechos, puede ofrecerse para demostrar cómo sintió Bolívar el amor a su pueblo, y cómo aquel mismo pueblo así lo reconoció, y refrendó con reciprocidad innegable el gesto generoso de su Libertador.

Pero si además del testimonio de los hechos, que es el que más cuenta, se quisiera el de las palabras, nada resultaría también más fehaciente que espigar en la abundosa selva de sus escritos, las incontables expresiones con que en documentos públicos y privados declaró Bolívar, sin reservas y como punto supremo de su ideología política y social, su elevado concepto de la soberanía del pueblo, de su dignidad, de su derecho a la libertad y a la justicia dentro de la ley; no menos que sus correspondientes deberes cívicos y morales, a fin de elevar la dignidad y el prestigio de la Patria. «No puede haber república donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades», escribió en

su bello mensaje a la Convención de Ocaña, en 1821. Frases y testimonios parecidos, y tan explícitos podrían citarse en abundancia.

Empero no debe pasarnos inadvertido que el Libertador, como hombre de pensamiento cabal, anhelaba el bienestar y grandeza de la nación integralmente, con mirada que abarcaba al conglomerado social como un todo único, pues tal es en realidad el pueblo que forma una nación; gobernantes y súbditos, trabajadores y dirigentes campesinos y profesionales, todos en unidad armónica, sin divisiones ni rivalidades suicidas, en mutua comprensión cívica, forman el verdadero pueblo, que amalgamado en ideal común debe constituir la grandeza y felicidad de la república. Repásense sus grandes piezas políticas, como el Discurso de Angostura, o el Mensaje al Congreso Constituyente de 1830, y otros, y en todos se tropezará a cada momento con frases que de manera inequívoca anteponen como norma de toda actividad de los poderes públicos, el respeto a la soberanía de la voluntad popular; y la necesidad de que se proteja la igualdad de los derechos políticos de toda la ciudadanía; pero además, consciente de que semejantes necesarias prerrogativas, comunes a todo el pueblo, sólo se podrán garantizar y podrán ser ejercidas provechosamente, en la medida en que la población esté preparada para las graves responsabilidades que tan justos derechos implican, también en esos documentos insiste el Libertador en la necesidad de formar y educar al pueblo en los hábitos del verdadero civismo, del respeto a las leyes, de la moralidad pública, del amor al trabajo honroso, para que así se logre la presencia de un pueblo —decía en Angostura— «que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso».

Tal fue, a grandes rasgos, en su innegable realidad el espíritu y la acción populistas del Padre de la Patria. Que recuerdo tan ejemplar nos sirva a todos en la hora presente y siempre, como lección y estímulo en la tarea común del engrandecimiento, dignidad y estabilidad de nuestra Patria.



# Primer Congreso Internacional de Sociedades Bolivarianas\*

---

Por muchos años las Sociedades Bolivarianas, extendidas como amplia red por numerosas naciones, acariciaban con sostenido empeño, el propósito de realizar un gran congreso internacional. Sentían la necesidad de una asamblea que acercara y aunara en forma más estable y eficaz las actividades de los diversos grupos de generosos bolivarianos, que en número cada día creciente, se esfuerzan por conservar y actualizar de la mejor manera, el pensamiento y la enseñanza ejemplar y múltiple del Libertador.

Circunstancias de diverso orden demoraron hasta fines del año próximo pasado la reunión de ese Congreso. Cuando al fin sonó la hora para su convocatoria, las Sociedades Bolivarianas de los más diversos países acogieron complacidas la idea de que la celebración de tan trascendental asamblea tuviese lugar en Caracas, cuna y sepulcro de su Héroe patronímico, y en el lapso del Año Sesquicentenario de la gesta independentista americana en la que se reveló en toda su grandeza la multiforme acción de Bolívar.

Inmensa satisfacción cupo en suerte a la Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, constituida en Comisión Preparatoria, al conocer la

---

[\*]\_ Celebrado en Caracas en 1960. Editorial publicado en la *Revista de la Sociedad Bolivariana*.

entusiástica acogida que daban las Sociedades Bolivarianas de todo el mundo a la invitación que se les cursó para que se hicieran presentes en Caracas, por medio de sus delegados, en los días 12 a 17 de diciembre de 1960.

No obstante dificultades imprevisibles que a última hora surgieron en los medios internacionales de transporte aéreo fue tan decidida la voluntad de todos los delegados, que llegada la fecha para la apertura del Congreso, éste pudo ya constituirse en pleno con la casi totalidad de sus distinguidos representantes.

Veintiocho delegados extranjeros, representantes de Sociedades Bolivarianas de veinte países y treinta de la de Venezuela con representación de sus Centros Correspondientes del interior, fueron gratamente recibidos en la nueva y acogedora sede de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, construida pared por medio de la Casa Natal de Bolívar, inaugurada hacía apenas nueve meses, al conmemorarse el Sesquicentenario del 19 de abril.

A partir del acto solemne de instalación del Congreso, y de la constitución tanto de la Junta Directiva del mismo, como de los cuatro Grupos o Comisiones de trabajo, puede afirmarse que durante los seis días siguientes los congresistas dieron pruebas inequívocas de haberse reunido para poner todos, individual y colectivamente, lo mejor de sus talentos y voluntades al servicio de la noble causa del bolivarianismo mundial. Mañana y tarde las animadas sesiones de los Cuatro Grupos de trabajo se prolongaban por tres y cuatro horas, con el estudio y discusión de ponencias, sin que jamás ni el cansancio, ni la falta de interés, hicieran acortar el tiempo de cada reunión. Entretanto el patio y corredores de la sede bolivariana se poblaba del nutrido rumor, como de colmenar en gran actividad primaveral, que refluía de los salones contiguos donde los congresistas, en tumo casi ininterrumpido exponían sus ideas con palabras a veces emocionada, a veces serena, y siempre luminosa, sobre los diversos puntos que se proponían o se suscitaban en torno a cada tema de estudio.

No había la menor duda: nos habíamos reunido a trabajar; y el Congreso trabajó de veras. Y fue nota exquisita, que dice mucho del buen espíritu que animaba a todos los delegados, y de la altura cultural que los distinguía, la

admirable cooperación y armoniosa concordia que reinó durante todos los actos del Congreso. Fue aquello una demostración práctica, impensada, de verdadero espíritu bolivariano, que es ante todo espíritu de confraternidad y de mutuo entendimiento y unión entre todos los pueblos de América y del mundo.

De un Congreso celebrado con tal ambiente de comprensión, y con tan generoso espíritu de trabajo, necesariamente tenían que derivarse consecuencias inmediatas de indudable trascendencia. De los muchos Acuerdos y Resoluciones que el lector podrá ver en otras páginas de esta revista, merece especial mención la que constituyó punto fundamental de este Congreso: la constitución de la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas, con la aprobación de su Estatuto, y la creación del Secretariado General permanente de la misma Federación con sede en Caracas. Todo esto ya es obra en marcha. La Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, que según el citado Estatuto será durante este bienio, la Junta Directiva de la Federación Internacional, consciente del honrosísimo privilegio que le ha tocado en suerte, de ser la primera en presidir los destinos de tan importante entidad internacional; pero también consciente de la grave responsabilidad que le incumbe en esta primera etapa tan decisiva, desea expresar su más firme voluntad de cumplir las serias obligaciones que le competen, con la firme seguridad, sobre todo, de que la colaboración de todas las Sociedades hermanas, puesta tan de relieve durante los días de este Primer Congreso, habrá de ser factor de imprescindible valía para el mejor desempeño de sus laboriosas actividades.

Fuera de las demás consecuencias particulares que habrán de resultar del gradual cumplimiento de los diversos Acuerdos y resoluciones, creemos no equivocarnos al esperar confiadamente que a partir de esta fecha magna del nacimiento de nuestra Federación, y de sentirnos por ello unificados fuertemente en un bloque compacto, bajo el estímulo de un mismo ideal, la labor de las Sociedades Bolivarianas en todo el mundo entrará en una etapa de vida

aún más intensa y más robusta, de su elevada finalidad, tanto en la firme defensa y dignificación del nombre y de la gloria y méritos del Libertador, como también en la siembra y actualización permanente de los ideales y enseñanzas que con visión tan certera y generosa se esforzó él por hacer realidad en la vida de las naciones; enseñanzas e ideales que, lejos de haber prescrito con los años, cobran cada día nueva e impresionante actualidad, como en espera de una inmediata aplicación.

Que sea, pues, desde ahora la Federación de Sociedades Bolivarianas, en la conciencia de cuantos nos acogemos bajo los pliegues de su bandera, entidad vigorosa que en el campo de las ideas y de la cultura irradie, en mancomunado esfuerzo, sobre el mundo todo, el tesoro de luz y de energía que para la actualidad encierra el nombre glorioso de Simón Bolívar.

## Afianzamiento del interamericanismo bolivariano\*

---

Suele decirse, con mucha verdad, que el tiempo es el más seguro aquilatador de los grandes pensamientos e ideales proclamados un día por esos hombres excepcionales y generosos que de siglo en siglo han hecho honor a la historia de la humanidad.

Y en ese correr depurador de los años, nos ha tocado en nuestros días la innegable satisfacción de ver, cómo en la etapa presente de la evolución política de las naciones de América, y concretamente en el desarrollo de sus relaciones internacionales, cada vez cobra mayor prestancia y actualidad, y ocupa puesto esencial, la doctrina americanista proclamada hace casi siglo y medio y por el verbo luminoso del Libertador.

El pensamiento político internacional de Bolívar respecto de América, ha venido conquistando gradualmente, cada vez más, y sobre todo en el presente siglo, la admiración y la aceptación práctica de notables estudiosos y estadistas. Una extensa y valiosísima bibliografía que va desde el discurso o el folleto divulgativo, hasta el ensayo denso y el tratado voluminoso y crítico de objetiva investigación, prueban claramente que los diversos documentos de Bolívar, especialmente aquellos de los años 1815, 1818 y 1824, hasta lograda en 1826

---

[\*]\_ Editorial en *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N.º 70, 19 de abril de 1962.

la reunión del Congreso de Panamá, encierran todo un cuerpo de acertada y eficaz doctrina, suficiente en su esencia para el logro de esa noble cuanto necesaria unión y alianza de todas las naciones americanas, y su mayor seguridad y prosperidad colectiva.

Nadie ignora que en realidad aquella doctrina, no obstante su importancia y su sentido práctico, había ido quedando durante muchos años casi nada más que en el plano de lo histórico y del interés intelectual.

Y entretanto, el proceso de las relaciones interamericanas —con alternativas de muy diversa índole— en el lapso de más de un siglo, se vio conformado por una semi-implícita aceptación, o como tolerancia, de otros principios y prácticas, que —a la verdad— no se asemejaban propiamente al ideal trazado por Bolívar.

Es cierto que la crisis política interna que atravesaron la mayor parte de nuestras naciones durante el pasado siglo, hubo de distraer por entonces la atención y el interés de sus estadistas, respecto de un tema tan trascendental, pero que necesariamente suponía una mayor madurez y estabilidad política en cada entidad nacional, y en el conjunto de todas ellas.

Sabemos también que hasta muy entrado el presente siglo, la alianza de los países americanos parecía entenderse, tácitamente al menos, como constituida por sólo aquéllos de características comunes por su común origen hispánico. El distinto origen histórico de los Estados Unidos, su superior poderío en el conjunto continental, y la posición adoptada por sus Delegados en el Congreso de Panamá, fueron sin duda factores que influyeron para que las repúblicas hispanoamericanas mirasen a la gran república del Norte con cierta explicable reserva, que fácilmente hubo de reducir, durante mucho tiempo, las posibilidades de un franco acercamiento y el logro de una verdadera alianza común entre todas las naciones del Continente. De ahí que tan fríamente fuesen acogidos los primeros movimientos de aproximación y posible alianza iniciados por la propia nación del Norte en 1881. Diversos antecedentes históricos, y las varias interpretaciones que a lo largo de muchas décadas sufriera, por parte

de algunos destacados estadistas norteamericanos, la así llamada «doctrina de Monroe», contribuyeron también para que aun la misma idea de las Conferencias Panamericanas, cuya primera reunión tuvo lugar en 1890, tardase bastante en conciliar plenamente las voluntades y el sentir público de las naciones hispanoamericanas, para la realización de una satisfactoria alianza continental.

¿Qué era, entretanto, de la doctrina panamericanista del Libertador? Había pasado un siglo de la reunión del Congreso de Panamá. Al conmemorarse aquel centenario en 1926, fue precisamente un norteamericano, Mr. Leo Rowe, Director General de la Unión Panamericana, con sede en Washington, quien con palabras precisas y terminantes, tuvo la valentía y el acierto de sacar como a nueva luz, y poner al día, como la más legítima y primera doctrina panamericana, aquella que «por primera vez —dijo Rowe— adquirió forma definitiva bajo la hábil dirección y guía del insigne Libertador Simón Bolívar». Y añadió en seguida, que Bolívar «vio con clarividencia profética la unidad esencial de intereses de las naciones del continente americano», que «trazó nuevas formas de relaciones internacionales» de la más alta significación no sólo para América, sino para el mundo; y que

[...] él vio con más claridad que cualquiera de sus contemporáneos que la América podía llenar mejor su misión fomentando unidad de política y unidad de propósitos [...] El hecho de que hubiese tenido esa visión y esa sabiduría para vislumbrar el porvenir, hace de Bolívar una de las figuras más sobresalientes entre los grandes patricios que registra la Historia.

Así se expresó Rowe.

Podemos decir que desde ese momento se reinicia, y empieza a avanzar, cada vez más claramente y con mayor pujanza, el Movimiento reinstaurador de la verdadera y original doctrina panamericana, que es la bolivariana. De ahí en adelante, la antaño repetida fórmula del «monroísmo» fue resultando tópico manido, hasta quedar al presente prácticamente reducido a un borroso recuerdo, cada día más archivado.

Porque en 1933 el Presidente F. D. Roosevelt, en pleno esplendor de su primera gestión de convencido demócrata con entereza y decisión que mucho lo honran, hizo vibrar su elocuente palabra en mensaje al Congreso Federal, y no dudó de proclamar que: «El ideal de la Unión Internacional de las Repúblicas americanas se originó en la mente de Simón Bolívar». Y luego de citar a ese respecto palabras textuales del Libertador, añadió que, en la reunión del Congreso de Panamá

[...] las naciones proclamaron el idea de una paz cooperativa; la paz de las naciones iguales y libres que acordaron espontáneamente arreglar sólo por medios pacíficos cualquier diferencia que pudiera suscitarse entre ellas, y resueltas a su vez a cooperar unas para mayor beneficio de todas. El sueño de Bolívar [concluía Roosevelt] no se realizó en el Congreso de Panamá. Pero continúa siendo una esperanza y una inspiración.

Quien así había hablado, no se quedó en meras palabras. Antes recogiendo esa inspiración eficaz de la doctrina de Bolívar, abrió cauce para un más franco acercamiento, al proclamar y poner en práctica —con aceptación general— la que él llamó doctrina de «el buen vecino». Fue aquello un viraje efectivo, que señalaba un rumbo nuevo en las relaciones interamericanas. Empezaba así a convertirse en realidad la unión de nuestras naciones, no en un plano de mayor a menor sino de mutuo entendimiento entre «buenos vecinos» que se reconocen todos con igual dignidad.

Aunque decisivo, el paso dado por Roosevelt no agotaba, sin embargo, todas las posibilidades. Aún podía y debía dar más de sí la doctrina bolivariana.

Bien lo ha comprendido y proclamado, enfática y repetidamente el actual Presidente norteamericano, Kennedy.

No basta con que las naciones americanas nos contentemos pasivamente con ser buenos vecinos. Hay que hacer de esa buena vecindad continental algo más efectivo y operante, algo que nos integre en una unidad de mutua y comprensiva cooperación. Por eso Kennedy avanza más, y proclama una nueva postura: la de la *alianza para el progreso*.

El anuncio lo hace en reunión solemne ante el Cuerpo Diplomático Latinoamericano, el 13 de marzo de 1961, al conmemorar la fecha aniversaria del reconocimiento por los Estados Unidos, en 1822, de la independencia de la Repúblicas latinoamericanas. Y sus primeras palabras fueron para recordar que había sido anhelo de Bolívar el

[...] ver a las Américas transformadas en la más grande región del mundo, la más grande no tanto por su extensión y riqueza como por su libertad y gloria.

Y luego Kennedy afirma que «Nunca en la larga historia de nuestro hemisferio, ha estado este sueño tan cerca de realizarse y nunca como ahora ha corrido mayor peligro».

En momento, pues, de tanta trascendencia para la seguridad y grandeza de toda América, el Presidente de la nación más poderosa reconoce y declara que es la doctrina de Bolívar la que debe ponerse en vigencia, con aquel mismo espíritu que en él alentaba al pensar en la grandeza y libertad de este Continente.

Pocos meses más tarde, en homenaje ante la estatua del Libertador en Washington, el 5 de julio, habla de nuevo Kennedy para destacar la viva actualidad que debe tener en nuestros días la doctrina bolivariana; y dice:

Bolívar, con su percepción y genio, procuró objetivos que nosotros nos esforzamos por lograr. Su sueño más grande fue el de una unión de defensa mutua de todas las repúblicas del hemisferio, contra la agresión de filósofos foráneos. Su alcance inspira la determinación de los estadistas de las Américas de hoy, de proteger de la usurpación extranjera su herencia de libertad, de elevar al máximo la grandeza espiritual y material de sus naciones; de extender a todos los americanos los beneficios de la libertad y de la justicia social; de hacer propia la guerra contra la pobreza, las enfermedades y la inhumanidad del hombre para con el hombre.

Y concluía su discurso con esta frase, que enarbola como airosa bandera de la nueva política interamericana, y síntesis del pensamiento de los hombres libres de este hemisferio:

Que las palabras de Bolívar los alumbren como un faro: La Libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo.

Posición tan acogedora y firme del actual Presidente norteamericano ante la actualidad y necesidad de la doctrina bolivariana, no podía menos de ponerse de relieve y hacerse aún más expresiva, si cabe, al pisar la tierra nativa de Bolívar, precisamente en la víspera del aniversario de la muerte del Libertador. En su discurso aquí, Kennedy proclamó a Bolívar, una vez más, como «el precursor del presente sistema interamericano, o sea una unión de todas las naciones de América formada para la protección mutua y para alcanzar metas comunes». A continuación recordó cómo su ilustre antecesor en la Presidencia, Roosevelt, había sido «uno de los que con más avidez bebieron en el manantial de las esperanzas y la visión de Bolívar». Y añadió en seguida, que al conjuro de ese espíritu y de la tradición de Bolívar, seguidos por Roosevelt, deseaba él también llevar adelante la obra empezada por el primero, e impulsada por el segundo; obra que consiste en «la consagración al interés y al propósito comunes que llamamos Sistema Interamericano».

Y como para que su pensamiento no dejase dudas, y quedase bien patente ante cuantos le escuchaban, Kennedy expresó lo siguiente:

Ciertamente a partir de hoy el Sistema Interamericano no sólo representa la unidad de gobierno, sino la unidad de pueblos; no sólo un enfoque común de metas políticas, sino un voto común para elevar el bienestar económico, social y político del hombre, no sencillamente en alianza de protección de todos nuestros tiempos, sino una Alianza para el Progreso del pueblo en todos nuestros países. Seremos más que buenos vecinos. Debemos ser, en efecto, socios en un hemisferio cuya historia nos ha formado, cuyos valores y principios nos vinculan ahora, y cuyas realizaciones han de dar forma al destino común de nuestros pueblos.

Y de nuevo recordando al Libertador, ya para concluir su discurso, añadió Kennedy:

En 1822 Simón Bolívar dijo que unido en el corazón, el espíritu y las aspiraciones, este Continente debe elevar la mirada y fijarla en los siglos venideros, y que entonces podrá contemplar con orgullo a las futuras generaciones de hombres, felices y libres, que gozarán de las bendiciones que el cielo otorga a la tierra y guardarán en su corazón el recuerdo de los protectores y libertadores de nuestros días.

Cuanto creemos en la perennidad y eficacia de las enseñanzas y del ideal de verdadera alianza americana proclamados por Bolívar; y sentimos la urgencia de verlos hechos definitiva realidad en la práctica, tenemos que mirar con el más vivo interés este gradual y acentuado reconocimiento que los estadistas americanos hacen de aquellas enseñanzas del Libertador, en esta etapa decisiva del porvenir de América.

Parece que ha llegado la hora en que, como nunca, suene a apotegma la frase —no por repetida menos subsistente— de Martí: «Bolívar aún tiene que hacer en América».

Para la Sociedad Bolivariana de Venezuela resulta un muy grato deber reseñar hechos tan significativos y trascendentales; aplaudir cuanto signifique el retorno y afianzamiento del más genuino panamericanismo, que es el bolivariano, y brindar a tan noble empresa todo el respaldo moral a que es acreedora.



## 1813/14 de octubre\*

---

Cumplióse el día 14 de octubre del presente año el CL aniversario de haberse conferido oficialmente a Bolívar el título antonomástico de Libertador.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela, para conmemorar fecha tan señalada, celebró una sesión especial, a la que asistieron numerosos miembros de este Centro principal de Caracas, y otros distinguidos invitados.

Nada podía ofrecerse de más elocuencia que dar lectura al Acta oficial redactada por el Cabildo caraqueño en la reunión con carácter de extraordinaria, tenida el 14 de octubre de 1813. Presentes en dicha histórica reunión se hallaron dieciocho respetables ciudadanos. Presidía el Gobernador Político del Estado Don Cristóbal Mendoza. Y lo acompañaban el Presidente de la Municipalidad, dos alguaciles mayores, seis de los miembros municipales, dos síndicos, el Director General de Rentas Nacionales, cuatro corregidores, el prior del Consulado y el Teniente Secretario de la Municipalidad. Algunos otros miembros municipales no pudieron concurrir por legítimo impedimento.

Esa memorable asamblea se mostró unánime en tratar y acordar que a Bolívar se le connominara con un título que «inmortalice su memoria en los anales

---

[\*]\_ Editorial en la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N.º 77 (17 de diciembre de 1963).

de la América libre». Y como resultado de sus deliberaciones, y en representación del pueblo de Venezuela, todos resolvieron aclamarlo con el sobrenombre de LIBERTADOR DE VENEZUELA, para que use de él como un don que consagra la Patria agradecida a un hijo benemérito.

Copia del acta de aquella sesión fue puesta en manos de Bolívar, por medio de dos comisionados de la Municipalidad encargados de llevársela a su residencia. De la respuesta escrita por el agraciado, cuatro días más tarde, ante la honrosísima distinción que se le había acordado, baste citar la frase en que califica así el nombre de LIBERTADOR: «título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra».

Comentando por aquellos días el periódico *Gaceta de Caracas*, lo actuado por la Municipalidad caraqueña, dice simplemente que «Jamás se ha dado tan espontáneo voto, jamás los sentimientos de una asamblea han sido tan universales» como en la que se acordó tributar aquel honor a quien en forma tan sorprendente y brillante había conducido la campaña que concluyó con el restablecimiento de la república.

Aun cuando la euforia por tantos triunfos del año 13 justificaba plenamente aquella demostración de gratitud de los venezolanos para con su Libertador, era difícil predecir aún cuál iba a ser la suerte de la Patria en los años inmediatos subsiguientes. Bien pronto la suerte se tornaría adversa. No muchos meses después de los heroísmos y victorias con que se abre el año 14, los cascos de las legiones llaneras que comanda el realista Boves, arrasan el territorio reconquistado por los patriotas. Y de nuevo la república se ahoga en un mar de sangre y todo parece perdido definitivamente.

Pero no era así. No en vano aquel ejemplar patricio neogranadino Don Camilo Torres había lanzado con imperturbable convicción aquella frase inmortal de que «Venezuela existía en el General Bolívar». Y Bolívar, salvado de la catástrofe del año 14, probaría bien pronto la verdad de lo que Torres profetizaba. Pero es satisfactorio imaginar que en los oídos de Bolívar conturbado, no cesaban de resonar las aclamaciones populares que por doquiera le

llamaban LIBERTADOR. Tal vez sin pensarlo ni pretenderlo así, la asamblea de la Municipalidad de Caracas al conferirle título tan glorioso a la par que tan obligante, había puesto en el corazón siempre noble y generoso de Bolívar, un aguijón permanente para su honor y su pundonor de militar y de patriota. En el texto del acta que le otorgó tal cognomento, se le había dicho que el mismo tenía por objeto inmortalizar su memoria en los anales de la América libre. Y Bolívar no podía defraudar las sublimes aspiraciones de sus compatriotas. Y ya para él no hubo sino esta alternativa: ¡o Libertador o muerto! Y esta palabra LIBERTADOR fue en adelante como la estrella de oriente que iba delante de todos sus caminos, felices o adversos, que durante quince años más hubo de recorrer. Y jamás aquella estrella hubo de sufrir eclipse. Y por eso, cuando en los desengaños de sus últimos días, veía las rivalidades e incomprensiones que destrozaban parte de su obra, no dudaba —en cambio— de proclamar con viva convicción que por encima de todo quedaba en pie lo más substancial de todos sus esfuerzos e ilusiones: la libertad de América. Había sido fiel al honor y a la confianza en él depositados el día que el pueblo lo aclamó y proclamó oficialmente LIBERTADOR. Y por eso también al firmar, con mano de moribundo, su última proclama, pudo con todo derecho encabezarla con el limpio título de: Simón Bolívar, LIBERTADOR...

Bien merecía, pues, fecha tan significativa como la del conferimiento de ese título ya inmortalizado por la historia en la persona de Bolívar, conmemorarse debidamente. Aquel acierto intuitivo de la Municipalidad de Caracas en 1813, se proyectó como un arco de gloria sobre toda la vida futura de Bolívar; y después de su muerte lo acompaña con esplendores que aún crecen y crecerán.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela registra complacida en sus anales esta conmemoración del Sesquicentenario del título de LIBERTADOR conferido a Bolívar el 14 de octubre de 1813.



## **Vigésimo quinto aniversario de la creación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela \***

---

No ha sido un vano deseo de ostentación lo que ha movido a la Junta Directiva de esta Sociedad a conmemorar en forma pública, y con la mayor solemnidad posible, el XXV aniversario de su creación oficial, según el Decreto promulgado el 23 de marzo de 1938 por el entonces Presidente Constitucional de la República, General Eleazar López Contreras.

Gloria inalienable en los anales del culto a la persona, ideales y enseñanzas del Libertador, es la del eximio patriota y prócer de nuestra Independencia General Rafael Urdaneta, por haber sido entre nosotros el primer sembrador de la semilla de una institución nacional que perpetuase aquel culto.

Al cumplir Venezuela en 1842 el deber de repatriar los sagrados restos del Libertador e inhumarlos en la ciudad que lo vio nacer, supo rendir un homenaje solemnísimo de reconocimiento y a la vez de desagravio a la memoria del Padre de la Patria. Sin duda aquellos actos, lúgubres a la vez que gozosos, despertaron en toda la nación un desbordado sentimiento de entusiasmo y de admiración bolivariana. Pero tal sentimiento no debería extinguirse. Era necesario fomentarlo y así transmitirlo a la posteridad. En el conocimiento y práctica de los ideales bolivarianos, se cifra la dignidad y grandeza de Venezuela

---

[\*]\_ Editorial de la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N.º 74, 19 de abril de 1963.

y de América. Así lo creía héroe tan distinguido como Urdaneta. Y por eso tuvo el acierto de encauzar aquel fervor patriótico manifestado en 1842. Decretadas las honras públicas con que la Patria recibió en su seno las cenizas del más preclaro de sus hijos, anuncia Urdaneta la fundación de una Sociedad que aureolada con el nombre inmortal de Bolívar, agruparía en Caracas y en las ciudades y pueblos de la república a todos los venezolanos, con el fin cultural y patriótico de conocer, divulgar y hacer realidad permanente los ideales y enseñanzas del Libertador y de los demás preclaros forjadores de nuestra nacionalidad.

Muy poco tiempo bastó para que desde fines de 1842 se pusiese en práctica en Caracas la idea de aquella Sociedad. Y luego a luego, acogida también con gran beneplácito en todo el país, vino a formarse, entre muchas ciudades y pueblos, una verdadera red nacional de Sociedades o Centros Bolivarianos, que por luengos años fueron como faros del más genuino espíritu patriótico.

Es cierto que las azarasas alternativas que sufre nuestra vida política durante la segunda mitad del pasado siglo y primer cuarto del presente, hicieron menos propicio, en muchos casos, el funcionamiento regular de la Sociedad y sus Centros provinciales. Más en ningún caso, a lo largo de nuestras dolorosas contiendas civiles, llegó a oscurecerse o a decaer el fervor nacional bolivariano, tan hondo y uniformemente arraigado en el alma de todo verdadero venezolano.

Al concluir el largo período de nuestra más prolongada dictadura, y apenas transcurridos pocos meses desde la nueva organización política del país, empieza a alborear una nueva etapa para la vida de la Sociedad Bolivariana. El 17 de marzo de 1936, un numeroso y distinguido grupo de ciudadanos, movidos del más patriótico anhelo, proceden a reinstalar el Centro Principal y matriz de la Sociedad, en Caracas. El viejo tronco ya casi secular del árbol plantado por Urdaneta, conservaba entera su savia, y al socaire de mejores tiempos, empezaba ahora a verdeguear con nueva fronda; y pronto también nuevas ramas extendían su sombra bienhechora en docenas de Centros por todo el interior de la Patria.

Y tan bien marchaban las cosas, y tan necesario se juzgó el empeño cultural y patriótico de aquella empresa bolivariana, que al cabo de dos años el propio Presidente de la República, consideró llegada la hora de estabilizar y consagrar, con carácter oficial, una institución que en un plano semejante al de otras entidades culturales (como las Academias) debía cumplir una misión específica y de esencial importancia en los destinos de vida nacional. Y así fue como el 23 de marzo de 1938 se promulgó el Decreto de creación oficial de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, por el cual a la vez que se auspiciaban su funcionamiento y labores, se la dejaba también en el pleno disfrute de su autonomía interna, de acuerdo con la organización y elevados fines patrióticos —ajenos a toda injerencia política— que ella misma se había atribuido según sus propios Estatutos.

Ni pudo darse hecho más natural y significativo que el de haberse dictado semejante decreto durante la Presidencia constitucional del General Eleazar López Contreras. Sus firmes convicciones bolivarianas, fruto de un serio estudio de la vida y obra del Padre de la Patria, están de manifiesto en las varias y bien acreditadas obras publicadas por el entonces Presidente de la República y hoy meritorio decano de nuestras Fuerzas Armadas. Su oportuno Decreto de 1938, vino a ratificar y asegurarle definitiva existencia, como institución nacional, a la misma Sociedad que noventa y cinco años antes había fundado el eximio prócer y ejemplar ciudadano General Rafael Urdaneta.

La conmemoración de estos veinticinco años esa para la Sociedad Bolivariana motivo de justificada satisfacción. Porque una mirada retrospectiva sobre ese lapso, comprueba que la labor realizada ha tenido en todo momento perfecta conformidad con los fines estatutarios. La constancia y entusiasmo con que tantos distinguidos bolivarianos de pasados lustros —algunas ya lamentablemente desaparecidos— sobre cuyos hombros descansó por mucho tiempo la responsabilidad de diversas e importantes labores, han ido dando a la Sociedad fisonomía propia, estabilidad y prestigio dentro y fuera de las fronteras nacionales. El ejemplo de aquellos distinguidos bolivarianos, y el legado de sus bien

cumplidas tareas, constituyen acicate y compromiso para quienes al presente, y en años venideros, hayan de ser los continuadores de tan digna empresa.

De ahí que, lejos de estacionarse ésta, en una limitada actividad rutinaria, año tras año haya venido ampliando sus perspectivas y realizaciones, dentro de un funcionamiento estrictamente regular.

Sería imposible, y además ajeno a la índole de una nota editorial, hacer ahora un recuento pormenorizado, o siquiera un índice general, de las variadas cuanto importantes labores de estos cinco lustros. Esperamos, que en el curso del presente año jubilar podremos ofrecer al público, en edición especial, una sencilla Historia de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, que contendrá la más completa información sobre sus diferentes actividades.

Igualmente satisfactorio es el hecho de que al cumplirse este primer cuarto de siglo de ininterrumpida labor, la Sociedad, lejos de dar muestras de cansancio, o de pensar hacer un alto en el camino, por lo contrario muestra que «*las juveniles fuerzas guarda enteras*».

Y como prueba de ello, baste consignar la muestra de confianza que recientemente le ha dado la nación, al poner bajo su dirección y ejecución la trascendental empresa de compilar y publicar, en edición crítica, los *Escritos del Libertador*, como el homenaje más significativo que la ciudad de Caracas ofrecerá en su próximo Cuatricentenario, al más ilustre y generoso de sus hijos.

## La casa natal del Libertador\*

---

Durante el mes de octubre aparecieron en la prensa caraqueña diversos escritos que llamaron la atención del público en torno al tema que nos sirve de epígrafe.

Por tratarse de algo tan íntimamente vinculado al nombre y a la memoria del Padre de la Patria, creemos oportuno —además de considerarlo un deber— que la Sociedad Bolivariana diga algunas palabras al respecto.

El tema se puso de actualidad cuando uno de los periódicos recogió el rumor circulante acerca de posibles reformas, y aun cambio del mobiliario, que se estudia llevar a cabo en la venerada casona de «San Jacinto».

Muy loable es, en principio, la actitud diligente de la prensa y su voz de alerta para cuanto contribuya a conservar con máximo respeto y cuidado los bienes del patrimonio histórico de la Patria, entre los cuales contamos, como pieza de invalorable veneración, la Casa Natal del Libertador. Sin embargo, nada se beneficia la causa de la conservación de tan preciado patrimonio, si por deficiencia o ligereza de información, se escriben y divulgan afirmaciones o comentarios, que —aun cuando nacidos de la mejor buena fe— adolecen de

---

[\*]\_ Editorial de la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*. Caracas, 17 de diciembre de 1960. Vol. XIX, N.º 65.

inexactitud; y que no sólo siembran confusión entre el común de los lectores, sino además dan lugar a juicios equivocados.

Como en algunos de los comentarios periodísticos a que hemos aludido se han deslizado afirmaciones no ajustadas del todo a la verdad histórica, y ellas implican cargos indebidos contra el nombre y méritos de insignes bolivarianos, consideramos que es un deber de justicia recordar algunos hechos importantes; y de esta manera esclarecer una vez más la verdad acerca de la acertada intervención que tales personas tuvieron en la patriótica y meritísima obra de restauración de la Casa Natal.

Aún quedan no pocos testigos abonados por su cultura y sentido patriótico, que conocieron muy bien cómo estaba la Casa de los Bolívar cuando ésta fue comprada para la Nación el 11 de octubre de 1912, propiedad hasta esa fecha de los sucesores del General Guzmán Blanco. Quien haya leído el interesantísimo folleto de 76 páginas, titulado *Historia de la Casa de Bolívar*, Caracas, 1924, escrito por los historiadores Dr. Vicente Lecuna y Don Julio Planchart, no puede menos de admirar y aplaudir el celo, la laboriosidad y la escrupulosidad con que trabajó el equipo de historiadores, arquitectos y anticuarios que en 1916, y bajo la dirección del propio Dr. Lecuna, procedieron a la restauración de la maltratada vivienda colonial de los Bolívar; la cual, según decreto del Ejecutivo, de fecha 19 de marzo de 1910 (dos años antes de ser adquirida para la Nación), debía restaurarse «con la fidelidad posible a la forma que tenía en 1783». Nótese los incisos «fidelidad posible» y «que tenía»; porque ellos indican claramente que, por una parte, ya para aquella fecha, además del aspecto deteriorado que presentaba, había sufrido tales modificaciones internas y aun en la fachada, que apenas si conservaba algo del primitivo carácter de la que fuera elegante mansión colonial; y por otra, esas mismas modificaciones y deterioro sólo dejan margen a los restauradores para hacer un trabajo de mera posible fidelidad. Baste recordar, como corroboración de aquella lamentable realidad, el dato que consigna expresamente Landaeta Rosales —y al que aluden Lecuna y Planchart— que para 1912,

por conveniencias de tipo comercial las tres ventanas del lado sur habían desaparecido, al ser rasgadas para convertirlas en puertas, y sólo quedaba la ventada del lado norte (véase: Landaeta Rosales, *La Casa donde nació el Libertador en 1783*, Caracas, 1912, p. 11).

Creemos sinceramente que si hoy los venezolanos mostramos gran celo por la conservación y la mayor exactitud posible de tan venerada Casa según hubiese sido ésta en los días del Libertador, igual y aún mayor celo tuvieron, amén del más decidido empeño en lograr la más posible y acertada restauración, las competentes personas que en 1916 fueron escogidas para que se encargaran de aquellos trabajos. Por lo tanto, no se hace ninguna concesión gratuita o interesada cuando se admite que dichos restauradores hicieron todo lo posible, dentro de las circunstancias, y después de diligente y exhaustivo estudio de las condiciones en que encontraron el edificio, para conservarlo, hasta donde fuera dable, lo más semejante y ambientado según fuera a fines del siglo XVIII. Por eso repetimos que la lectura del citado folleto de Lecuna y Planchart no deja duda de que en la restauración privó el más firme y diligente empeño por salvar todo lo que era salvable, tanto en lo que quedaba de la primitiva disposición y estructura, tan dañada por el terremoto de 1812 (y algo sin duda, también, por el de 1900), como por los usos comerciales a los que sirvió durante tantos años, y por el deterioro natural que el tiempo fue causando en el maderamen de techos, puertas, ventanas, etc. Información más completa, y en cuanto cabe exhaustiva, de cómo debía hacerse aquella reparación, creemos que nadie la pudo tener más a la mano que quienes dirigieron y ejecutaron aquellos trabajos. Y por ende, cuando algún pormenor accidental hubo de ser suprimido, o cambiado, ello no obedeció ni a capricho ni a ignorancia o descuido, sino a razones de peso que obligaban —en beneficio del conjunto— a proceder de aquella manera. Y por eso no dudaron los restauradores de consignar, con toda honradez, los más menudos detalles de su intervención. Como ejemplo de tan honrado proceder sirva, entre otros muchos datos, el referente al largo salón o galería del lado norte, de cuyas paredes

penden los lienzos (no son frescos como tan impropriadamente alguien ha dicho) de las principales batallas de Bolívar, pintados por Tito Salas. Esa larga galería existía ya así cuando la Nación adquirió la Casa. Los comerciantes de víveres que la habían ocupado fueron quienes derribaron las paredes divisorias con el fin de tener un local más cómodo para depósito de los sacos de frutos secos. Al emprenderse la restauración, mucho desearon los arquitectos restablecer aquellas paredes según fueran en su origen. Pero fue tal su escrupulosidad que por temor de no acertar, prefirieron dejar el largo salón como lo encontraron. Sin embargo, para que quedase constancia de algunos indicios de antiguas paredes que aparecían en el largo muro medianero, dejaron marcadas unas rayas verticales, que aún pueden verse, que señalan el sitio, ¿tal vez probable?, correspondiente a las desaparecidas paredes.

Hechas estas observaciones, bien sabemos que queda en pie la objeción siempre repetida, acerca del empleo de mármoles en la fachada, zaguán y corredor de entrada, como cosa en evidente desacuerdo con el estilo colonial de la mansión. Nadie niega que la objeción es legítima. Pero en realidad ella sólo afecta a algo que es accidental, puesto que tal revestimiento no destruye nada de la estructura y disposición del edificio. Creemos que una casona de tan amplias dimensiones, donde todo en su interior restauración ayuda a evocar la vida colonial de los días de Bolívar, poco pierde de su ambiente y atractivo por el hecho de haberse empleado, solamente en su fachada y vestíbulo, aquel material. Nadie negará que el público en general, que es quien más visita la Casa, una vez adentro, recibe la grata impresión de encontrar la Casa de Bolívar tal como ésta pudo ser en los días en que el Libertador la habitó. Y en cambio, al hacerse aquel revestimiento de mármol a la entrada, sin duda se tuvo en cuenta el valor psicológico que para el grueso público tendrá siempre esa primera impresión de seriedad y grandeza que causa un recinto cuya entrada es de severos mármoles oscuros. Bajo esa primera impresión la gente pasa al interior, no como a un lugar cualquiera, de simple curiosidad popular, sino como a un santuario cívico que pide respeto y veneración. Insistir, pues,

en lo de la impropiedad de esos mármoles, es como opinar que la rica arca de bronce que guarda los restos mortales del Libertador sea algo impropio, por el hecho de no ser un ataúd igual al que los guardó cuando fueron enterrados en Santa Marta.

Aun cuando con lo dicho respecto de aquella objeción, no tratamos de justificar un hecho que reconocemos puede ser discutido, no obstante nos parece oportuno añadir otra observación importante. La Casa de Bolívar, salvo lejanas excepciones personales y muy meritorias, propiamente empezó a ser querida y venerada por los venezolanos y por todas las gentes admiradoras del Libertador, desde el año 1916 y más concretamente desde 1921, fecha esta última de su total restauración y apertura al público como lugar sagrado de la Patria. Anteriormente, aun el propio Guzmán Blanco, quien tuvo el gesto de comprarla con su dinero personal y la poseyó durante veintitrés años, nada hizo para darle el culto cívico a que era acreedora. Por lo tanto, es en la forma y disposición que actualmente tiene, como desde hace casi cuarenta años venezolanos y extranjeros hemos aprendido a querer y venerar este lugar sagrado de la Patria, y a familiarizarnos con su ambiente y sus significación históricos. Es un hecho innegable que la idea que todos tenemos formada de la casa de Bolívar, es la que nos ha dado el edificio actual, restaurado, amueblado y embellecido desde 1921. Aun teniendo en cuenta las viejas alteraciones a que lamentable e inconsultamente fue sometido a fines del siglo pasado, y los detalles discutibles —por accidentales— de su refacción, sin embargo, hoy tal como está, es para todos y seguirá siendo siempre la Casa de Bolívar; y si siendo tal como hoy se conserva, es la única manera como la hemos conocido y venerado, ello forma ya como parte de nuestra historia contemporánea y aun de nuestra pequeña tradición; y por eso ha de merecer todo nuestro respeto y devoción.

De manera semejante a lo dicho respecto del edificio, hemos de opinar respecto del mobiliario. También de esto los diligentes restauradores nos dejaron información explícita del cuidado puesto en adquirir aquellos muebles que

estuvieran más a tono con el ambiente y calidad de una mansión colonial caraqueña de fines del siglo XVIII. Todos los auténticamente antiguos fueron obtenidos aquí en Venezuela. Tienen la pátina legítima de su vejez, la cual contribuye grandemente a darle al interior de la casa ambiente propio. Cuanto más viejos vayan siendo, tanto más crece su valor y sentido de propiedad para el fin porque están allí colocados. Nada sería hoy tan absurdo como pensar en sustituir tan adecuado mobiliario, con una colección, en serie, de muebles de estilo colonial (?), de fabricación moderna y pátina artificial.

Hechas las precedentes consideraciones, la Sociedad Bolivariana de Venezuela juzga oportuno y necesario pronunciarse paladinamente en el sentido de que debe respetarse y conservarse la Casa de Bolívar en todo lo sustancial, tal como está desde su restauración en 1921. Lo que entonces se pudo salvar de su estructura original, salvado está. Y en cambio, difícilmente se podría garantizar que reformas ideales que hoy se intentaran fueran a completar o mejorar nada de lo auténtico que aún nos queda de aquella veneranda reliquia de la Patria. Al expresar ahora este criterio creemos interpretar debidamente el sentir de la colectividad nacional.

## La Plaza Bolívar de Caracas\*

---

Hace ya algunos años que los venezolanos en general, y en especial los habitantes de Caracas, hemos hecho casi tema de preocupación, en conversaciones y aun en artículos de prensa, lo que en el lenguaje de nuestros días podría enunciarse como «el caso de la Plaza Bolívar».

Caracas, como capital de nuestra república, cuna del Libertador y ciudad que por voluntad testamentaria del propio Héroe guarda sus preciadísimos restos mortales, debe hacer gala, para propios y extraños, más que ninguna otra ciudad de nuestro continente, de una Plaza Bolívar que de la manera más fehaciente testimonie el amor y el culto cívico indefectible que todas las generaciones de venezolanos profesamos al Padre de la Patria.

Pero, infortunadamente, a la vista de todos está, y de manera tal vez demasiado patente este hecho que parecería probar lo contrario: al presente, y desde hace ya bastante años, la Plaza Bolívar caraqueña deja muchísimo que desear como expresión propia de aquel noble y exaltado sentimiento de orgullo nacional y de gratitud patriótica para con nuestro Libertador. Baste decir que hay ciudades del interior que pueden hoy ufanarse de poseer Plaza Bolívar de mejor apariencia y mejor cuidada, que la de Caracas. Y añadimos que, entre las pocas

---

[\*]\_ Editorial para la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela* (1960).

y nada extraordinarias plazas con que cuenta nuestra capital, la Bolívar no pasa de ser —en cuanto a su aspecto, y prescindiendo de su indeleble significación cívica e histórica— una más de las placitas capitalinas. Solamente la salva un poco de tan mezquina suerte el hecho de hallarse parcialmente encuadrada entre edificios de alguna significación, como la venerable Catedral y su tradicional Torre, la Casa Amarilla, la antigua Gobernación (luego Palacio de Justicia y hoy Prefectura), el vetusto Palacio Arzobispal y la moderna Gobernación.

A todo venezolano ha de resultarle inevitablemente penoso enterarse de las frases muy justificadas, de sorpresa y aun de desagrado, que viajeros de otras naciones —especialmente bolivarianas— y aun compatriotas del interior, han proferido al visitar por primera vez, llenos de ilusión, nuestra Plaza Bolívar capitalina. Su poca agradable impresión no ha podido menos de exteriorizarse en esta espontánea exclamación:

—Cómo, ¿pero esto es la Plaza Bolívar de Caracas?

Frente a tal estado de cosas, parece sin embargo llegada la hora de la reparación. Ni por las razones fundamentales que al principio hemos indicado, ni por la explicable curiosidad internacional con que hoy se habla en todas partes del adelanto material y urbanístico de nuestra capital, podría seguir tolerándose que la Plaza Bolívar continúe como hasta el presente. Se nos viene ya, a todo andar, la fecha magna conmemorativa del sesquicentenario de nuestras gestas inmortales del *19 de abril* y del *5 de julio*. Y es de inaplazable necesidad que para entonces, y ante la visita que nos harán tantas personalidades políticas e intelectuales de todo el mundo, podamos sin rubor mostrarles una Plaza Bolívar que por decoroso ambiente sirva como testimonio de nuestro viviente bolivarianismo. Tal vez más de uno de tan ilustres futuros visitantes traerá una ilusión parecida a la que se albergaba en el alma del gran héroe cubano Martí. Cuando éste arriba a nuestra capital a fines de 1880, pide a su guía que antes que a ninguna otra parte lo lleve a la Plaza Bolívar, para expresar con un saludo ante la efigie del Libertador de América su más rendida admiración. Martí se encontró entonces con una Plaza que, inaugurada hacía apenas seis años por

Guzmán (1874), aparecía en el centro de la pequeña y todavía semicolonial Caracas de la época, y ofrecía un hermoso golpe de vista con su entonces moderno embarandado, sus fuentes, su iluminación y su estupenda estatua ecuestre. Así se había transformado, con perfecta tradición heroica, el cuadrilátero de la trisecular Plaza Mayor —escenario del ajusticiamiento del proto-héroe José M. España—, en la Plaza Bolívar templo abierto de las glorias de la Venezuela republicana rendida de gratitud ante la efigie de su héroe supremo.

Han corrido ochenta y cinco años desde aquella atinada transformación. Con ella puede decirse que empezó una etapa nueva en lo que respecta a la imagen y aspecto que los habitantes de Caracas se formarían de la principal plaza capitalina. Esos años transcurridos desde 1874 han creado ya pátina y tradición consustanciadas con todos aquellos elementos materiales que en su totalidad subsisten desde aquella fecha inaugural. Y por esta razón aceptamos por muy atinado el parecer de quienes opinan que las mejoras y el embellecimiento que ahora se proyectan, con ocasión de los festejos sesquicentenarios, podrán y deberán ser todo lo rumbosos que se desea, pero solamente en lo accidental, de manera que se respete en su integridad todo lo que fueron elementos sustanciales de la Plaza Bolívar que viene existiendo desde su creación en 1874. Eso es ya parte de nuestra historia y de nuestra tradición; y sería de lamentar que un plausible afán de necesarias mejoras, cayese en la equivocación de destruir lo que con tanto orgullo nos legaron nuestros abuelos.

Hay amplio margen para esas mejoras en la renovación del material del piso, de las escalinatas, y aun del rodapié y soporte del embarandado, con la supresión, tal vez por antiestético en nuestros días, del asiento corrido paralelo al pedestal de la baranda por su lado interior. Pero el propio embarandado viejo, reparado en sus desperfectos, y raspadas las múltiples capas de pintura de tantos años, recobrados sus perfiles, debe conservarse con un color de tono acerado. Asimismo, las cuatro fuentes, hoy medio soterradas y convertidas en jardineras, deben limpiarse y ponérsele el surtidor de agua cantarina, que desbordando de la taza superior caía antaño en grácil cortina a la pila inferior

y refrescaba el ambiente de los jardines. También los grandes faroles del alumbrado han sufrido muchas capas de pintura, y deberían restablecerse a un color sobrio y elegante, a tono con su estructura.

Pero además de este embellecimiento material, y restauración de todo lo que es típico y tradicional de nuestra primera Plaza Bolívar, tal como ella empezó a existir, hay algo que nos parece aún de mayor importancia cívica y cultural. Hay, sobre todo, que dignificar el ambiente interior y periférico de ese templo abierto de nuestro patriotismo. Así como debe cuidarse bien la tradicional costumbre de que nadie cruce su ámbito en mangas de camisa, ni portando gruesos bultos, debe sobre todo impedirse la presencia de limpiabotas, la de buhoneros ambulantes, la de pedigüños ociosos, o de gente que va a dormir o a hacer sus comidas por los rincones, donde luego dejará suciedad y desperdicios.

Si para conservar este ambiente digno y limpio fuere necesario una vigilancia policial, o un cuerpo especial de cuidadores municipales que bien podían ser algunos beneméritos policías jubilados, creemos que la medida no sólo sería acertadísima, sino recibida con vivo aplauso por todos los ciudadanos. Desde ahora promete el suyo más fervoroso esta Sociedad Bolivariana.

## Bolívar en Antofagasta\*

---

Nada hay de exagerado en afirmar que rara vez una figura universal de los tiempos modernos ha despertado —como en nuestros días la de Simón Bolívar— tan repetidas manifestaciones de admiración y de glorificación en tan diversos lugares de la tierra.

Con una frecuencia conocida sólo en el caso de muy pocos grandes hombres de toda la América, y aun de otros continentes, cada día se levantan nuevos monumentos al Libertador, se conmemoran las fechas más sobresalientes de su vida, y se da su nombre a instituciones y obras de elevada finalidad pública.

Mas, dada esa frecuencia y casi continuidad con que tienen lugar tales actos, no habría de extrañarnos que éstos, aun cuando muy significativos, pudieran poco a poco —en fuerza de su repetición— perder un tanto de aquel interés y actualidad general que en los principios solían suscitar.

Empero, aun supuesto que esta última observación pudiera juzgarse como verdadera, podemos sin embargo afirmar que ha quedado totalmente desvirtuada ante lo ocurrido el pasado mes de abril en la norteña ciudad de Antofagasta, puerto importante de nuestra hermana república de Chile.

---

[\*]\_ Editorial para la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*.

Grande es, y cada día más sólido y general, el fervor bolivariano que reina en la Patria de O'Higgins. Bastaría, entre otros datos, citar la existencia de Sociedades Bolivarianas en la capital Santiago y en Antofagasta, y los conatos de iguales fundaciones en otras importantes ciudades.

Y sin que intentemos ni por un instante entablar comparaciones, que no vienen al caso ni de nada sirven, sobre la eficaz y generosa labor bolivariana que llevan a cabo unas y otras agrupaciones, es de justicia que quienes hemos estado presentes y en contacto con los hechos, y hemos respirado el denso aire bolivariano de la ciudad de Antofagasta, en la solemne ocasión de inaugurarse el Parque y Monumento erigidos a la gloria de Bolívar, reconozcamos y declaremos paladinamente que allí se ha dado un ejemplo extraordinario, y casi sorprendente, de entusiasmo bolivariano; y tal, que parece difícil que pudieran superarlo otras ciudades aun en los propios países nuestros que se glorían del honroso título de «bolivarianos» porque deben su libertad al esfuerzo del hijo insigne de Caracas.

Altamente satisfactorio, y por demás significativo, es el hecho de que una ciudad del sur de nuestro continente, y por ende de fuera del radio de la actividad directa del Libertador, se haya volcado íntegramente con la intervención entusiástica de todas las categorías ciudadanas, poderes públicos provincial y municipal, ejército, iglesia, universidades y liceos, centros de cultura, escuelas, industria y comercio, y la población toda sin distinción de clases, a los actos de inauguración del Parque y Monumento erigidos a la gloria del héroe máximo de los países hermanos del norte de Suramérica.

No es tanto el hecho en sí mismo, los que nos causa esta admiración, aun cuando la merezca sin reservas. Por encima de todo ese entusiasmo y como vibración unísona del pueblo antofagastino —pedazo generoso del corazón y del alma chilenos—, lo que más nos hace reflexionar, y hace enardecer nuestras manos para el aplauso expresivo y para el apretón sincero, es descubrir la raíz o razón última e inequívoca de esa manifestación de sentimiento bolivariano colectivo y tan elocuente. Y esta raíz no puede ser otra sino el convencimiento, cada día más claro, firme y universal, que van teniendo los pueblos de

América, y aun de otros continentes, de la actualidad viviente de la figura de Bolívar encuadrada en la grandeza y perennidad de su pensamiento.

Cada día podemos comprobar que Bolívar no es un mero nombre en las páginas de la historia. Podrá ser un personaje del pasado; pero ciertamente es un personaje que no ha pasado. Su figura no es, al presente, de las que sólo adquiere momentánea recordación al ocurrir ciertas fechas relacionadas con su lejana existencia. No. Bolívar es de hoy. Su pensamiento, proyectado como acción eficaz sin límite en el tiempo, tiene hoy tanta vigencia y actualidad —y aun quizás mayor— como en los días mismos de su vida temporal. Y ciertamente mucha más que en los primeros decenios inmediatos a su muerte. Nunca como en los años presentes se había estudiado con tanto interés, ni tan a fondo, sus ideas; ni se había difundido tan eficazmente, ni dádosele tanta vigencia a sus fecundas y prácticas enseñanzas, como a partir precisamente —y el hecho parecería paradójico— de la fecha del primer centenario de su muerte.

Y si tras estas reflexiones generales quisiéramos fijarnos en algo real y concreto que nos compruebe la actualidad y vigencia del pensamiento bolivariano, nos bastaría observar cómo sentimos y amamos todos, la idea luminosa y excelsa de la hermandad que debe unir a todas nuestras naciones americanas. Es cierto que aún distamos mucho de la práctica perfecta de tan bello ideal. Es cierto que aún hay casos en los que la actitud momentánea de ciertos estados o de sus gobernantes, reflejo de las suspicacias o incomprensiones humanas, parecen oponerse a la consolidación de esta necesaria y urgente hermandad.

Pero no es menos cierto, también, que en el alma de todo americano sincero, late muy vivo el sentimiento de esa fraternidad continental. Y por eso, aun en los momentos más difíciles logra sobreponerse, y acaba por triunfar dicho sentimiento de fraternal unidad americana, sin que podamos hacernos sordos a sus llamadas.

Y nadie podrá negar que la palabra y el pensamiento de Bolívar ha sido la cartilla que desde los bancos de la escuela hasta los días de la edad madura, ha

ido formándonos esta conciencia cívica, extranacional, americana, que cada vez se muestra más preponderante y decisiva en la integración del destino trascendental reservado a las naciones de aquende el Atlántico.

Y ésta es, entre otras, la lección práctica y ejemplar que vivimos en Antofagasta. En torno a la figura de Bolívar —no en el mero bronce frío del monumento—, al calor y a la luz de su espíritu allí viviente, cuantos allí nos reunimos, chilenos y venezolanos, colombianos y bolivianos, argentinos y ecuatorianos, y de tantas otras naciones, nos hallamos de pronto olvidados de los colores de nuestras banderas, y de las visas de pasaportes, y de los límites de fronteras..., y sólo tuvimos una misma alma y un mismo corazón de hermanos que se saludaban y abrazaban con la espontaneidad y el afecto de quienes se sentían hijos de una sola patria, América.

Y quede, asimismo, constancia de que ese espíritu bolivariano de hermandad americana ha prendido y ha dado tales frutos, bajo el cultivo afanoso y perseverante de la Sociedad Bolivariana de aquella ciudad. La admirable labor de su dinámico Presidente, con la colaboración tan valiosa de todos los demás celosos miembros de la Junta Directiva y de los socios en general, ha logrado que otra porción de América vea y sienta crecer lozano el árbol de la americanidad más fraternal, sembrado con semilla y regado con riego del más genuino bolivarianismo. Plácemes muy justos a tan nobles cultores de ese ideal hecho realidad; y loor a empresa tan lograda y que tanto significa para el porvenir unido y feliz de toda América.

# Bolivariano ilustre\*

*In memoriam*

MONSEÑOR NICOLÁS E. NAVARRO

---

Para la Sociedad Bolivariana de Venezuela es motivo de profundo pesar, como lo ha sido para toda la nación —que conmovidos registramos en esta sección— del fallecimiento, en la madrugada del día 6 de noviembre, del Excmo. y Rvdmo. Monseñor Dr. Nicolás E. Navarro, Arzobispo Titular de Cárpathos y Deán de la Santa Iglesia Catedral de Caracas.

En el recinto de nuestra sede pocas personas podrían nombrarse de méritos tan relevantes como Monseñor Navarro, quien se contaba entre los primeros venezolanos, de eximia cultura, que vinieron a incorporarse a las filas de esta Sociedad, al constituirse hace veintiún años; y fue de tanta eficacia su colaboración, que le mereció ser llevado alguna vez al alto cargo de Presidente.

Pero de ninguna manera podríamos limitar aquí las expresiones de viva condolencia al señalar solamente lo mucho que tal desaparición representa en el seno de nuestra Institución.

Este comentario debe extenderse a recordar y ponderar los motivos tan justificados que tienen tanto la Iglesia como la Patria, la educación y la cultura, la historia y las letras, y en una palabra, la sociedad entera, para deplorar la pérdida de quien durante una dilatada existencia de noventa y tres años fue decoro y

---

[\*]\_ Editorial de la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N.º 65, 17 de diciembre de 1960.

prestigio de la dignidad nacional, tanto en el ejercicio de las virtudes privadas y públicas, como en la presencia activa y contribución generosísima al servicio de los más elevados ideales de la Religión, de Patria y de cultura. A causas tan nobles consagró en todo momento su inteligencia nada vulgar, su voluntad decidida y tesonera, su preocupación universal por todos los problemas que con prudente criterio juzgaba de su incumbencia, y sobre todo —como manifestación típica de una vida laboriosa— su pluma, tajada en acero, fecunda e incansable, que sólo vino a detenerse cuando el golpe mortal para su vida lo sorprendió corrigiendo, y completando con añadiduras, las pruebas de imprenta de la última de sus obras históricas, que ahora habrá de aparecer como producción póstuma pero tibia aún por el calor de su mano de escritor diligentísimo.

Por su decidida e indefectible vocación sacerdotal, que en él privaba con manifiesta voluntad sobrenatural, e inmaculada conducta, sobre cualquier otro interés, siempre se halló presente y activo para todo lo que significara servicio de la Iglesia. Los muchos honores pontificios que acumuló en su larga carrera, bastan a demostrar en cuán alto grado sus superiores jerárquicos reconocían y daban público testimonio de los méritos eclesiásticos de Monseñor Navarro.

Todavía muy joven en la vida sacerdotal ya se le consideró tan bien formado en Ciencias Eclesiásticas, cuyo doctorado había obtenido en la Universidad Central, que se le destinó para Profesor del Seminario Metropolitano; y algún tiempo más tarde pasó a ocupar el cargo de Rector del mismo. Desde entonces, durante toda su vida, fue insigne su preocupación y su anhelo por ver a la iglesia venezolana dotada de sacerdotes que se destacaran por su virtud y también por su ciencia; y era éste uno de los temas que con más frecuencia brotaba en su conversación. Años adelante formaban meritoria aureola a su nombre de maestro los numerosos discípulos que alcanzaron las más altas dignidades eclesiásticas, entre ellos varios Obispos y un Cardenal.

Varias veces, antes de ser él mismo Obispo, se le confió el delicado cargo de Secretario de las Reuniones del Episcopado Nacional; y asimismo, por su

prudencia y conocimientos canónicos, formó parte de la comisión redactora de la *Instrucción Pastoral*, código nacional de disposiciones eclesiásticas para el ejercicio de las labores sacerdotales.

Su preocupación por la instrucción religiosa del pueblo lo impulsó a redactar un Catecismo popular, que declarado texto oficial para toda la república por el Episcopado, estuvo en uso durante varios lustros, y alcanzó ediciones de centenares de miles de ejemplares.

La educación nacional lo contó entre sus servidores más constantes. Fue muchas veces miembro del antiguo Consejo de Instrucción Pública; y miembro también del Consejo Académico de la Universidad Central, por razón de su cargo de Presidente de la hoy desaparecida Facultad de Ciencias Eclesiásticas de dicha Universidad. Sus méritos pedagógicos fueron públicamente ratificados por la nación, al honrarlo ésta con la Medalla de Instrucción.

Todavía no concluida su carrera sacerdotal, joven de veintidós años, ya se incorpora al grupo de eminentes sacerdotes que fundan el diario —hoy Decano de la prensa nacional— *La Religión*; y al correr de algunos años pasa al cargo de Director. La columna editorial le sirvió de palestra para modelar su pluma de escritor alerta, combativo y documentado, en numerosas páginas tan bien logradas que merecieron ser recogidas luego en volumen. Cuando tras de larga actuación al frente de ese diario hubo de dejar su Dirección, para entregarse a otras tareas, nunca más abandonó su vocación de periodista; y tanto *La Religión* como otros muchos diarios nacionales siempre acogieron con sumo agrado las colaboraciones de su autorizada pluma.

La personalidad de Monseñor Navarro, y su prestigio intelectual de pensador maduro, de escritor pulcro y de investigador sagaz en temas históricos, no podían pasar inadvertidos a los oídos de los institutos académicos de la capital. Resultó así cosa natural que se le eligiese para ocupar sillón de miembro de número, primero en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, y luego en la Nacional de la Historia y en la Venezolana de la Lengua.

Este público reconocimiento de sus méritos intelectuales, lejos de servirle de fácil complacencia que aminorase su actividad de escritor, vino a ser, por el contrario —pero sin que él lo necesitara— un como acicate poderoso que puso en actividad aún más persistente, si cabe, su brillante y bien acreditada pluma. De entonces en adelante datan, precisamente, la mayor parte de los más granados libros de su extensa y ponderosa bibliografía.

Dos fueron, entre otros, los asuntos que más celosamente ocuparon, con bien ordenado tiempo, su atención de investigador: todo lo referente a la historia eclesiástica venezolana; y los hechos y personajes de nuestra historia de la Independencia, en la que de manera particular lo atrajo, con devoto interés, la figura del Libertador, a la que dedicó diligentísimos estudios que vinieron a elucidar exhaustivamente determinados puntos de su compleja y heroica biografía.

A Monseñor Navarro se debe la edición crítica, definitiva — tan deseada por los historiadores— del asendereado *Diario de Bucaramanga*, con estudio completísimo que esclarece pasajes discutidos, y descubre datos ignorados. Tan bien acogido fue ese trabajo, que en el lapso de sólo catorce años salieron a la luz tres ediciones. En una monografía que es un primor como investigación acuciosa y perspicaz, dejó plenamente demostrado el nombre verdadero antes tan discutido— del «caballero» de Jamaica a quien Bolívar escribió la célebre carta de 1815. *La Cristiana Muerte del Libertador* es el título de otro bien conocido libro, a cuyas páginas dedicó Monseñor Navarro los más asiduos cuidados de historiador y de crítico. En una segunda edición incluyó nuevos documentos fehacientes, que ratificaban lo expuesto sobre aquel tema en la primera; y sabemos que posteriormente había logrado aun nuevos datos que pensaba utilizar para una tercera. En 1933 apareció su documentado ensayo sobre *La política religiosa del Libertador*. Y hace apenas cinco años, con la publicación y comentario de un irrecusable aunque olvidado expediente de 1795 puso en claro lo insostenible del antes tan repetido y aceptado invento de que Simón Rodríguez hubiera sido pedagogo de Bolívar en los años infantiles de éste.

En el campo de la historia eclesiástica no fue menos fecunda y acertada su labor. Obra indispensable para todo ulterior estudio de ese tema, son sus *Anales Eclesiásticos Venezolanos* (dos ediciones: 1929 y 1951; esta segunda, de 580 páginas). Aunque este libro se limita a historiar la obra de los Obispos y Arzobispos de la Sede caraqueña, reúne informaciones muy escrupulosamente averiguadas, que en buena parte atañen a la historia eclesiástica y político-religiosa de toda la nación. Complemento de ese trabajo fue la compilación comentada, y con muchas y atinadas notas, que editó de las páginas que sobre el mismo asunto escribió Monseñor Mariano de Talavera, y que estaban dispersas en los números de la revista *Crónica Eclesiástica* que éste editó entre los años 1855-1857. Mencionemos asimismo otros dos libros: *Disquisición sobre el Patronato Eclesiástico en Venezuela* (1931) y *La Catedral de Caracas y sus funciones de culto* (1931), que como todas sus obras, además de publicarse siempre en ocasión oportuna, según circunstancias del momento, no han perdido nada de su interés y actualidad.

En todos estos libros y otros que ahora nos es imposible enumerar, así como en sus numerosos discursos, sermones y conferencias, y en los graves prólogos que ilustran otras muchas obras, Monseñor Navarro aparece siempre como un escritor de inconfundible personalidad, por la madurez y claridad de su pensamiento, y por el espíritu de investigador culto y laborioso, que no se satisfacía hasta haber agotado todos los datos a su alcance, aun en lo que parecerían pormenores secundarios; tal era su honradez crítica. Cultivó un estilo pleno de originalidad, castizo y expresivo, rico en vocabulario —siempre a mano el epíteto o el adverbio oportunos— a veces con toques discretos de sana ironía, interesante hasta la última línea; en una palabra, un estilo propio como pocos entre nuestros modernos escritores, y por ende no confundible con ningún otro.

Pero por encima de todo lo intensa y provechosa que fue su labor en pro de la cultura nacional, y de los más sagrados intereses de la Iglesia y de la Patria, estuvo siempre el hombre: que vivió una vida de rectitud, que sin él pretenderlo se exteriorizaba sola en todos sus actos; el hombre de espíritu de

superación en todos sus ideales y realizaciones; el hombre de Dios de mirada trascendental en cuanto emprendía, siempre consciente del honor de la sotana sacerdotal que vestía; el amigo y colega que aun cuando en la corteza externa de su gesto y sus palabras diese la impresión natural de asperidad, para quienes lo conocieron y trataron íntimamente sabemos que tenía un corazón delicado y bondadoso; caballero cumplido a carta cabal, y dotado de tan buena retentiva y sentido práctico de observación, que nada le pasaba inadvertido, y por eso sorprendía con manifestaciones que se diría inopinadas, pues sabía y gustaba de hacer siempre y a todos el bien, pero sin melindres y sin salirse jamás una tilde de lo que consideraba su deber.

En medio del pesar que hoy nos causa a todos la desaparición de varón tan eximio, este pesar se atempera grandemente con el recuerdo —que sin duda tardará mucho en extinguirse, y ojalá perdurase siempre— de los ejemplos tan señalados que su vida generosa nos legó y con el tesoro viviente de enseñanzas y de cultura que como testamento invaluable encierran las numerosas obras de su pluma.

¡Descanse en paz!

#### La Sociedad Bolivariana de Venezuela

##### *Considerando:*

Que en la mañana de hoy ha fallecido en esta ciudad a la edad de 93 años, el Excmo. y Rvdmo. Monseñor Doctor Nicolás Eugenio Navarro Ortega, Arzobispo Titular de Cárpathos, Prelado Asistente al Solio Pontificio, Deán de la Santa Iglesia Catedral;

Que el Ilustre Prelado fallecido fue miembro activo de esta Sociedad, cuya Presidencia ejerció con lustre en varias ocasiones;

Que como historiador de alto prestigio escribió muy valiosas páginas que demuestran su intenso fervor venezolanista y su celo por las glorias del Padre de la Patria.

*Acuerda*

Expresar su profundo duelo por la desaparición de tan ilustre Bolivariano.

Asistir en cuerpo a sus solemnes exequias.

Colocar su retrato en la Sede de la Sociedad, como reconocimiento a sus méritos.

Dado, firmado y sellado en la Sala de Sesiones de esta Sociedad, a los seis días del mes de noviembre de mil novecientos sesenta.

(Fdo.) El Presidente,

Cristóbal L. Mendoza

(Fdo.) El Secretario,

J. A. Escalona-Escalona



## Don Tulio Febres Cordero, bolivariano ejemplar\*

A primera vista podría tildarse de presunción, o de inoportunidad, mi intento de recordar y bosquejar a grandes rasgos, precisamente aquí en Mérida, uno de los aspectos sobresalientes de la obra admirable del perillustre escritor Don Tulio Febres Cordero: su bolivarianismo.

Pues si figura tan benemérita de la historia y de las letras nacionales nos es a todos tan conocida y aun familiar, ¿qué puede decirse de miembro tan venerado de esta gran familia emeritense que no sea ya cosa muy sabida de todos sus coterráneos y especialmente cuando hace ahora apenas tres años se escucharon aquí tantas buenas disertaciones con motivo del Centenario del nacimiento de este amable patriarca de las letras merideñas?

No obstante estas ponderables reflexiones, y aun a sabiendas de no acertar a decir nada nuevo, pues no es ése nuestro intento, espero que se me perdone que con el fin de justificar un poco, en forma de ponencia, un proyecto de acuerdo que la Delegación del Centro Principal de Caracas me ha autorizado a presentar a esta honorable Asamblea, haga sucinta recordación de los destacados y personalísimos méritos de Don Tulio como escritor bolivariano.

---

[\*]\_ Páginas leídas en la Asamblea Nacional de la Sociedad Bolivariana celebrada en Mérida en mayo de 1963.

Con obras de características muy semejantes, y en perfecta línea de continuidad y empalme cronológico, aparece en las letras nacionales, después de las reconocidas figuras de Arístides Rojas —1826-1894—, y de Manuel Landaeta Rosales —1847-1920—, la de Tulio Febres Cordero —1860-1938—.

Por la fecha de su nacimiento y por sus nexos familiares, Febres Cordero alcanza a conocer a personas importantes que trataron muy de cerca y aun convivieron con el Libertador. Baste recordar, entre otros datos anecdóticos, aquel tan festivo que oyó de labios de su tía segunda, Doña Isabel Morlás, viuda del General León de Febres Cordero, la cual de joven soltera, residenciada en Guayaquil, a menudo formó pareja de baile con el Libertador; y luego en años muy posteriores contaba en Mérida con viva sencillez «que Bolívar bailaba dando una especie de brinco en cada paso del vals, por efecto del entusiasmo, pero con mucho garbo y al compás».

Si pues, un rasgo tan menudo como éste y otros, supo Don Tulio transmitirlos con fiel agrado, en sus amenas páginas, no es de extrañar que pusiera mayor empeño y acuciosidad en investigar, anotar y narrarnos cuanto de alguna importancia, mayor o menor, se refiriera al Libertador; cosa que también hizo respecto de otros héroes y temas de nuestra historia.

Ya desde muy joven empieza a manejar la pluma. Y pronto tuvo sus propios periódicos —el primero y de más fecunda historia, *El Lápiz*, de mínimo formato— en los que fueron apareciendo, como fruto de su búsqueda diligente por archivos, viejos impresos y tradiciones orales, tantas páginas que hoy son tesoro casi único de importantes y curiosas informaciones, a las que modestamente daba el título de apuntes o de datos históricos.

Admira cómo aquel hombre, desde el último cuarto del siglo pasado, aquí en su remota y casi aislada Mérida, seguía tan de cerca el movimiento bibliográfico y periodístico nacional y de otros países, atento siempre a aprovechar cuanto considerase de interés para los lectores que en número cada vez mayor estaban pendientes de sus escritos.

En modo semejante a como lo hizo Andrés Bello, también Febres Cordero no desdeñó —para ilustración del público y difusión de la cultura— hacerse muchas veces mero divulgador que transcribía o compendiaaba, con su presentación y anotaciones suyas, páginas de otros autores que él consideraba que debían darse a conocer entre nosotros, y de cuyo contenido la mayoría de las gentes no tendría otra manera de enterarse o de ponerle atención.

Pero además, su ojo avizor no dejaba escapar ningún escrito que contuviera apreciaciones inexactas por error o carencia de los verdaderos datos históricos. Dábase él a la averiguación de la verdad, y en seguida con diligencia y siempre discreta sencillez, escribía su artículo o su estudio con la necesaria rectificación.

Noticias y papeles manuscritos que para otros pasaban inadvertidos, parecían aguardar su mirada para revelarle algún dato importante, que luego él nos servía en páginas de provechosa y agradable lectura.

Con tal alerta actitud, como de ágil periodista o de cronista sagaz, manera modesta de hacer viva y actual su tarea de historiador cuidadoso, fue como brotaron de su pluma las valiosas páginas que nos lo muestran como un bolivariano de primera fila.

De entre los documentados cuantos amenos capítulos de los dos volúmenes que él mismo compiló bajo el nombre de *Archivo de Historia y Variedades*, pueden espigarse no menos de una treintena cuyo argumento se refiere al Libertador.

Las fechas de primera publicación de cada uno de esos artículos, nos van indicando que, durante toda su vida de escritor, Febres Cordero fue un constante cultor de la memoria de Bolívar. Y a este propósito es muy satisfactorio señalar que sus escritos de fecha más remota son precisamente de asunto bolivariano. Más aún: al revisar los tomos de sus *Obras Completas*, publicados por la ilustre Universidad de Los Andes en 1960, hemos visto que entre todo el diverso material histórico y literario reunido en esos tomos, los dos más antiguos trabajos están fechados en 1883, año del Centenario del nacimiento del Libertador. Bajo el título general de *Recuerdos Patrióticos* sobre la apoteosis de Bolívar en 1883, el autor inserta una pormenorizada crónica de los brillantes

festejos con que la ciudad de Mérida conmemoró aquel Centenario; crónica que fue publicada por entonces mismo en el periódico de esta ciudad, *La Semana*. El otro escrito aparecido en el mismo hebdomadario, se titulaba: *Asamblea de Próceres*. Es un artículo que nos revela cuán viva era la veneración que Don Tulio profesaba a los héroes de la Independencia, especialmente por la evocadora relación que sus vidas tuvieron con la de Bolívar. En ese escrito se proponía al Gobierno que invitara a todos 109 próceres sobrevivientes de la magna gesta, a reunirse como en patriótica asamblea en Caracas para la fecha del centenario del nacimiento del jefe de todos ellos, Bolívar. El escritor calculaba que aún vivían más de cincuenta de aquellos afortunados próceres bolivarianos, los cuales podrían formar, en el resto de sus días, como la más expresiva y digna corona de honor junto a las cenizas del Padre de la Patria. Infortunadamente, tan original proyecto no llegó a realizarse. Sin embargo, queda el hecho muy significativo de que aquella crónica y este artículo, ambos de tan íntimo bolivarianismo, aparecen como las primeras páginas impresas que conservamos del joven Febres Cordero, quien ya se perfilaba con las características de futuro gran escritor.

Pero hay algo más: entre los actos reseñados en la mencionada crónica, uno muy importante fue la restauración y reinauguración solemne de La Columna o primer monumento erigido en el mundo al Libertador, por decreto del gobierno provincial de Mérida en 1840. En esa ceremonia tuvo el discurso de orden el propio Don Tulio. Y aunque éste, como fiel cronista, modestamente menciona el hecho sin más comentario, al editor de *La Semana* le pareció un deber insertar, al pie de la crónica, una nota muy explícita en la que hace constar que el discurso del joven colaborador «estuvo digno del acto que lo motivaba», y que eso es todo lo que puede decirse tratándose de la apoteosis de Simón Bolívar, ya que la modestia nunca desmentida del orador le obligó a prescindir del elogio que merecían sus palabras. Fue, pues, también un asunto bolivariano el que puso en juego la oratoria de Febres Cordero, y le ganó en temprana edad, sin duda, los aplausos más gratos a su

corazón de patriota. Sólo hemos de lamentar que no haya llegado hasta nosotros el texto de dicho discurso, pronunciado cuando su autor apenas tenía veintitrés años. El habersele escogido para ocasión tan señalada, indica bien la estima que ya entonces se hacía del joven escritor, y el fervor bolivariano que lo distinguía.

Cuando el lector se adentra por las páginas de esos treinta capítulos, antes mencionados, en los que se habla de Bolívar, no puede menos de advertir lo bien informado que se muestra Febres Cordero en cada tema que trata. Conoce y maneja bien la mejor bibliografía de la época. Es acucioso sobre todo en la fijación de las fechas de los distintos sucesos. Documenta siempre sus afirmaciones. Es conciso en la exposición. A veces rectifica datos de O'Leary, de Landaeta Rosales, de Vicente Dávila y de otros historiadores nacionales o extranjeros.

Para él, nada referente a Bolívar carece de importancia, así sea una simple ocurrencia anecdótica, o hasta una leyenda popular. Todo lo toma en cuenta; y luego nos lo cuenta aderezado en ese estilo suyo, tan sencillo y ameno, al par que tan correcto, que hace de algunas de sus páginas verdaderos modelos del género narrativo, de las que el lector jamás llega a olvidarse. Tal —por citar un solo ejemplo— la tan conocida y bella tradición *El perro nevado*.

Más que un escritor que busca lucir sus conocimientos o habilidades estilísticas, Don Tulio es el maestro espontáneo, con verdadera vocación didáctica, que hace del menudeo de la historia cátedra de enseñanza popular, con el fin de crear admiración y cariño por Bolívar y los demás héroes.

Esta misma intención didáctica se manifiesta en esos fáciles y oportunos epifonemas con que a veces cierra sus artículos; como aquel en que a propósito de haber referido algunos rasgos del cuidado que ponía Bolívar en todo lo que importaba al buen mantenimiento del ejército, exclama:

¡Héroe incomparable, de quien habría dicho Solís que era de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia!

O aquel otro, cuando al resumir los viajes que el Libertador hizo por Mérida, concluye:

Tres veces, pues, estuvo Bolívar al pie de la Sierra Nevada: en mayo de 1813, en octubre de 1820 y en febrero de 1821, siempre victorioso y a la vanguardia del Ejército Libertador;

frases finales con las que impresiona vivamente al lector arte la grandeza invencible del héroe.

Estamos persuadidos de que para toda clase de lectores, pero de manera especial para la juventud y la gente sencilla, la lectura de estos escritos de Febres Cordero puede ser, en muchos aspectos, más práctica y recomendable que la de libros más graves y completos de nuestra historia. Esas páginas amenas, sencillas y ejemplares, son manjar de patriotismo que insensiblemente nutre nuestro espíritu, y crea sentimientos de entusiasmo y afecto hacia el Padre de la Patria. Y a la vez llega también a suscitar el interés por conocer mejor nuestra historia, con lo cual se abre el deseo para la lectura de otras obras más amplias.

Por eso creemos que es un deber de nuestra preocupación y actividad bolivariana hacer que tales escritos de Don Tulio Febres Cordero se divulguen profusamente; que no queden en serios volúmenes de las bibliotecas nada más que para consulta y erudición, de unos pocos lectores, sino que lleguen a las manos de todos, especialmente de nuestra juventud, hoy tan necesitada de sana orientación patriótica, dada la alarmante deficiencia que todos advertimos respecto de lo que saben y sienten de la Historia Patria muchos de nuestros estudiantes.

Como corolario de las precedentes consideraciones, síguese el presente proyecto de acuerdo que discretamente me permito someter al dictamen de esta distinguida Asamblea.

*Acuerda*

La Asamblea de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, reunida en la ciudad de Mérida en los días 18 al 23 de mayo de 1963, año Sesquicentenario de la Campaña Admirable.

*Considerando*

1° Que es un deber estatutario de esta Sociedad contribuir a la mayor divulgación de aquellos escritos que mejor ayuden al conocimiento de la vida y obra del Libertador, especialmente entre la niñez y juventud.

2° Que entre los escritores nacionales que con ejemplar dedicación, mayor acierto lograron al publicar numerosas páginas bolivarianas, en forma narrativa y amena, al par que bien documentada, especialmente apropiada para lectores jóvenes, se destaca el ilustre historiador Don Tulio Febres Cordero.

3° Que entre los escritos de este ejemplar y sabio merideño son de notar los que se refieren a los importantes hechos ocurridos en esta antigua Provincia de Mérida, primer territorio libertado por Bolívar al comenzar la gloriosa Campana Admirable, hace 150 años:

*Acuerda*

En homenaje al generoso y heroico patriotismo de esta Provincia de Mérida y a su máximo escritor Don Tulio Febres Cordero; y como recuerdo de la Asamblea Nacional de la Sociedad Bolivariana celebrada aquí en el año Sesquicentenario de la Campaña Admirable, esa Sociedad compilará y editará un volumen en el cual se reúnan los escritos bolivarianos del citado autor, con el fin de distribuirlo profusamente, de manera especial entre la juventud estudiantil. Y se designa al Centro Principal de Caracas, para que se encargue de todo lo relativo a la edición de dicho volumen.

Dado en la sede de la Asamblea Nacional de la Sociedad Bolivariana de Venezuela en la ciudad de Mérida, a los quince días del mes de mayo de 1963, Año Sesquicentenario de la Campaña Admirable.



## Un cantor latino de Bolívar\*

Hace pocos meses puso en nuestras manos el distinguido Académico de la Historia, nuestro apreciado amigo Mgr. Navarro, un interesante volumen que acababa de ser obsequiado a la Biblioteca Bolivariana de dicha ilustre Corporación por su Individuo de Número el Dr. Vicente Lecuna.

Se trata de un volumen en 4° menor (14 x 21 cm.) en el que se contienen dos obras completamente distintas, aunque de un mismo autor. La primera de éstas, que da el título general a todo el libro, muestra en su interior la siguiente carátula: «*Aloisi Chrysostomi Ferruci / Carmina / Finge legi, quodque est mirabile, finge placere.*— Ovid. de Ponto 1. 6 / Pisauri / Ex Officina Nobiliana / An. M.DCCC.XXXI». Siguen luego 90 páginas de texto latino.

El contenido del libro es una variada colección de poesía latinas, cuyos diferentes temas se encuentran en la página 2, donde dice: «*Ordo capitum quibus carmina continentur.* I Votiva. II Heroica. III Moralia. IV Erótica. V Lugubria. VI Officiosa. VII Ludiera».

La segunda parte, que ostenta paginación propia, está publicada siete años más tarde, y lleva esta carátula: «*Alois. Chrysostomi Ferruci / Patrie. Florentinor.*

---

[\*]\_ Publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N.º 71, tomo XVIII, julio-septiembre de 1935.

*Nob. / Apodixis Epistolaris / ad studia literarum et artium / moresque in primis iuvandos / Numquam aliud natura, aliud sapientia dixit/Juv. Sat. XIII. v. 320 / Lucí in AEmilia / Ex Officina Melandriana / A. M.DCCC.XXXVIII*». Una página de Licencias Eclesiásticas. Y a continuación de las epístolas que forman la propia «*Apodixis*», se insertan otros escritos de segundo orden, del mismo Ferruci, en italiano. Apenas nos detenemos en esta segunda parte del libro, por sernos de menos interés. Nuestra atención se la lleva toda una sola composición de la primera parte.

En efecto: todo el interés histórico y literario que para nosotros los venezolanos encierra el libro de Ferruci, está en la pág. 9, donde la primera composición de la serie de las «heroicas», nos sorprende gratamente con este título: «*Ad Simonem Bolivarum*». Dicha composición consta de doce estrofas alcaicas, correctamente construidas y de puro sabor latino.

No deja de despertar curiosidad, encontrarnos así, al acaso, con un desconocido autor italiano, humanista y decidido preceptor de humanidades — contemporáneo de Bolívar—, que allá en la remota Pésaro dedica uno de sus cantos a celebrar en lengua latina la vida y hazañas del Libertador.

Es muy probable que Ferruci fue natural de la pequeña ciudad de Lugo. Así parece revelarlo su íntima amistad con nuestro geógrafo Codazzi, a quien dedica también una de las composiciones de su libro.

En la Biblioteca Oliveriana de Pésaro, se encuentran veinticinco obras impresas de Ferruci, y treinta y dos cartas. De todos esos documentos se deducen algunos pocos biográficos. Por el año 1826 era Ferruci bibliotecario comunal en Lugo, donde obtuvo también por entonces un aplauso oficial por las lecciones que daba con su «*Método de enseñar a leer*».

En 1827 desempeña la cátedra de Elocuencia en el Gimnasio de Pésaro, hasta 1831. Durante este tiempo traba amistad con varios ilustres literatos de la ciudad, entre otros con el Conde Julio Perticari, con Julián Venzolini, con el Marqués Antoldi, y además con el insigne músico J. Rossini.

Hacia 1855 se halla en Florencia empleado en la Biblioteca Medicea Laurenziana. Años más tarde fue hecho Prefecto y Bibliotecario de la misma. Los últimos datos que se conocen de su vida son de 1875.

Ferruci fue un latinista insigne, reconocido como tal aun por sus mismos enemigos. Alguna vez obtuvo el aplauso de Vicente Monti, como al publicar su obra «*Scala di Vita-Memoriale*», especie de visión dantesca, dividida en tres partes.<sup>1</sup>

Rastreando además por diversas páginas del libro que tenemos entre manos, hemos obtenido otros datos referentes al poeta, que pueden ofrecernos alguna luz para entender mejor su obra.

De noble estirpe de patricios florentinos, fue un humanista fervoroso, del tipo de aquellos irreconciliables neo-clasicistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que se aferraron a los antiguos estudios clásicos y a quienes la ola pujante del romanticismo no pudo conmover lo más mínimo.<sup>2</sup>

Un conocimiento perfecto y práctico del latín y un no pequeño dominio del griego, son rasgos patentes en las páginas de su libro. Por otra composición (p. 70) que titula: «*Vates ad musam*», sabemos que se doctoró en ambos derechos, sagrado y civil. De sus aficiones clásicas él mismo nos dice en la composición XX (de la segunda parte) «*Autor de Ratione studiorum suorum*», que después de cursar por cuatro años la Retórica, y más tarde la Lógica, las Matemáticas y por fin el Derecho, con todo se decidió a entregarse en cuerpo y alma a las musas, para lo cual «*Hinc ego Virgilium et Flaccum, duo crura poetae — interius magno studui comprehendere amore*».

---

[1]\_ Los datos que hasta aquí se han leído débense al Sr. Luigi Michelini, actual Director de la Biblioteca Oliveriana de Pésaro. Su Excia. Mons. Cento, Nuncio de S.S. en Venezuela, se interesó amablemente en obtener algunos rasgos biográficos de Ferruci, y para ello escribió directamente al Sr. Michelini. De la respuesta de éste a Su Excelencia, en carta de 29 de abril ppdo., es, pues, de donde proviene lo antedicho.

[2]\_ Recuérdese el movimiento de la escuela que se llamó antigua o clásica, opuesta al romanticismo, y cuyo jefe era el ferrariense Monti.

Y cierto que ambos autores dejaron honda huella en los escritos de Ferruci. A veces el sabor virgiliano en comparaciones y descripciones se acentúan notablemente, como por ejemplo — por no citar sino un caso— en la composición XVIII «*De cura rei publicae*» (pp. 48-50), donde las comparaciones tomadas de la vida del campo recuerdan mucho al autor de las *Geórgicas*. En otros casos hallamos frases densas de sentido y de corte característicos, en donde al dominio total de la lengua se añaden ciertos rasgos horacianos inconfundibles. «*Quot sint linguae totidem insunt in pectore corda*», le dice a un amigo, hombre versadísimo en lenguas antiguas. A otro le indica prudentemente que: «*Pars non exigua est medicinae velle salutem*». Pero sobre todo se asimiló aquella mordaz ironía propia del Venusino, capaz de encerrar en un par de versos un tonel de veneno. Terrible en crudeza y concisión es el dístico que lanza a las mujeres: «*A mulis dictas quis neget mulieres? — Mulierum ut mulorum estpervicacia*» (p. 85). Así mismo es implacable en la sátira con que fustiga las costumbres y vicios de los jóvenes de su tiempo (págs. 12-14). En otros casos sabe jugar a maravilla con el lenguaje, como en este dístico que forma él solo una composición: «*Fallit amor tempus, fallit quoque tempus amorem: — Labendo humanum fallit uterque genus*» (p. 30). Alguna que otra vez, la imitación de los modelos clásicos, en cuanto a la forma externa, se manifiesta con demasiada claridad, como cuando nos dice en su composición «*De Luxu*»:

Est odor in rebus, sunt quaedam denique clause  
Quae servare decet luctantia pectore, ne mox...

versos estos que al punto nos recuerdan el conocidísimo efato:

*Est modus in rebus, sunt certi denique fines*  
*Quos ultra citraque nequit consistere rectum.*

Especial interés tienen para nuestro objeto varios rasgos dispersos en el libro, por lo que no es difícil deducir que Ferruci se había enterado bastante — en cuanto era dable entonces— de las cosas y sucesos de América. Los varios datos

tan precisos que contiene su poesía de la misma, son argumento suficiente en pro de nuestra afirmación.<sup>3</sup>

Por otra parte, el espíritu de Ferruci parece haber sido muy de su siglo, en lo que se refiere a ideas de libertad de pueblos y de supresión de tiranías. Así, no se nos hace nada extraño el entusiasmo grande que manifiesta por la figura de Bolívar. Entre sus varias composiciones «heroicas», abundan las de título y contenido enteramente conformes con esto que acabamos de decir. Véanse algunos títulos:

*«De Tipoo Saibio Indico ejusque dominatione a Britannis eversa», «Tumulus Eminiae—Tebelenio Epiri tyranno nuptae», «Nomina graecorum qui in Dacia pro libertate patriae perierunt», «Vasingthonio et Lafayetto—adsertoribus libertatis humanae», etc.*

Para terminar estas breves anotaciones, diremos de la composición *«Ad Simonem Bolivarum»*, que es sin duda una obra estimable. Ciertamente que las ideas que contiene no son ninguna novedad para quien esté algo familiarizado con la vida del Libertador. Alcanza especial relieve, por la insistencia con que se la presenta bajo distintas formas, la idea de la liberación de las cadenas de la esclavitud que nos trajo Bolívar.

En cuanto al estilo, es el mismo que antes hemos señalado en rasgos generales, en las obras de Ferruci. Hay que confesar que la composición peca, no obstante, de cierto rebuscamiento en la construcción de algunas frases; y se trasluce algo el afán de su autor por parecer horaciano, aun en el encabalgamiento de un verso con otro, y de una estrofa con la siguiente, como ocurre en casi toda la composición.

Hay además algunos pasajes de difícil inteligencia, en los que el traductor que no posee otro medio de información sino puramente el texto original,

---

[3] Ferruci, que —como antes apuntamos— era amigo íntimo de Codazzi, tuvo seguramente en el ilustre geógrafo y militar, una buena fuente de información americana. Recordemos además, que el año 1823 hizo Codazzi un viaje a Europa, y no es extraño que entonces Ferruci se informara con él de muchas cosas del Nuevo Mundo.

se ve y se desea para dar cabal interpretación al sentido de la frase. Así, por ejemplo, no se ve bien la relación lógica que guarda la segunda mitad de la estrofa séptima con lo que le precede, y de lo cual la separa el signo de los dos puntos. La estrofa final, a pesar del corte clásico de su forma, encierra en sus dos últimos versos una idea diríamos que intraducible, donde el elemento mitológico, —reminiscencia de los clásicos— aporta oscuridad a una frase aparentemente sencillísima.

Como el trabajo que hemos efectuado tiene más el carácter de aportación de un dato histórico para la vida de Bolívar, que no el de divulgación literaria de un autor latino, nos hemos limitado a dar sólo una traducción en prosa, de la composición de Ferruci al Libertador.

Hemos procurado el mayor rigorismo de interpretación. No hay por qué ponderar que nunca una traducción en verso podrá salvar del todo los lindes de Ferruci, sino de conocer sus ideas y sentimientos respecto de Bolívar, creemos bastará y aun será más exacta la traducción que a continuación ponemos.

### *Ad Simonem Bolivarum*

*Quod te latinis experiar modis  
Longe remotum sideribus ducem  
Inferre nostris, lux salusque  
Alterius, Bolivare, mundi;*

*Laudo pudorem gentis Americae,  
Fractumque longi servitii jugum,  
Cives et exemptos catenis  
Ense leves volitare nudo.*

*Non est ferentis missa quod impetus  
Sane recuses munera: prodeat  
Quocumque terrarum, per ora  
Vult celebris resonare virtus*

*Videre campi Condinamarchiae  
Pulsam cruento Marte tyrannidem,  
Oblitum et Europae per undas  
Quaerere iter trepidam carinis:*

*Me musa nullis blanditiis sequax,  
Et pura fido pectore veritas  
Ornare contentum merentes  
Esse facit, pretioque recti.*

*Gestire mo Bogotam Arcibus,  
Fruique pacis munere liberae,  
Te dante leges, te salutem,  
Atque novum Ligure ab Columbo*

*Fingente nomen gentibus in fidem  
Late receptis: sic tamen ut, viros  
Quae vexat insignes, minacem  
Invidiam patiaris auctor*

*Magnique vindex foederis.  
At tuae Splendore famae tutus inambulas  
Incerta rerum; nec paratis  
Insidiis, mediaque morte*

*Adesse parcis. Scilicet impios  
Qui terret ausus pervigilat Deus:  
Exceptus astu nec peribit  
Qui patriae luga solvit ultor;*

### **Ad Simonem Bolivarum**

Que yo intente, oh Bolívar, luz y salvación del nuevo mundo, con fases latinas traerte a nuestro cielo, a ti general de tan remotas tierras, motivo no ha de ser a que rehúses los dones que te envía la inspiración de quien te canta: desparrámese por todas partes la virtud que pronto fue famosa y que pugna por hallarse en labios de todos.

La musa, no amiga de adulaciones, y la verdad sin dobleces de un pecho sincero, hacen me complazca en cantar los méritos verdaderos y en dar la justa recompensa.

*Qui pro paternis juribus el domo  
Pugnavit audax; imrr.emor el sui  
Augere privatam negavit  
Rem, propria satis ipse dives*

*Virtute et armis et tenui dape.  
Ille obstinato non minor Hercules  
Utrique mundo clarus aequae  
Fulserit Hesperis et Indis*

*Comune sidus. Concolor est malis  
Oditque rectum qui placel omnibus:  
Post funus elutum natabit  
Tartarea leve corpus unda.*

Alabo el pundonor de los pueblos de América, y a los ciudadanos que libres ya de sus cadenas, veloces empuñan el desnudo acero y rompen el yugo de una larga esclavitud.

Los campos de Cundinamarca han visto cómo tras de sangrienta lucha era expulsado el tirano, como corría anheloso a buscar en sus naves, a través de los mares, el ya olvidado camino de Europa.

Al punto Bogotá saltó de gozo en sus elevadas fortalezas, y disfrutó el bien de una paz cumplida,

al darle tú las leyes y la salvación, y juntamente al bautizar con un nuevo nombre tomado del ligur Colón, a los muchos pueblos que has recibido a tu cuidado: no obstante que con ser, como eres, el autor y el vengador de una gran nación, has de sufrir la envidia insana, que ultraja a los varones esclarecidos.

Mas guiado por el esplendor de tu gloria, avanzas sin cuidado por medio de sucesos adversos; y ni siquiera los peligros que te acechan ni aun la misma muerte, logran retraerte.

Sin duda lo protege aquel mismo Dios que pone espanto a los malvados y temerarios: por eso, ni aun recibido con engaño, perderá el vengador que ha roto

el yugo que oprimía a la patria; el que peleando audazmente en defensa de su casa y los derechos de sus antepasados, se olvidó aun de sí propio, y ni siquiera pensó en aumentar sus bienes privados, sintiéndose bastantemente rico con su virtud, con sus armas y con una mesa frugal.

El, cual astro de bienandanza, en nada inferior al incommovible Hércules, pudo esplender con igual fulgor en el cielo de España que en el de las Indias.

Parecido se hace a los malos y aborrece lo perfecto, quien a todos quiere complacer. Purificado después de la muerte, el ágil cuerpo surcará las ondas tartáreas.

Caracas, julio 1935.

1. 17. *Condinamarchiae*. Nempe hoc Condinamarchiae praelio spes et fortuna omnis Hispánica illis deficiere visa est.

1.24. *Columbo*. Provinciae quae jugum Hispanicum detrectarunt in rempublicam coaluere cui ab Columno illo nostrate Columbia nomen est inditum.

1.33. *Adesse parcis*. Haud semel in Bolivari necem conjuratum est ab aemulis et hostibus; irritum tamen hucusque ausu.

# La lengua de Bolívar\*

---

La Universidad Central de Venezuela edita esta obra que forma parte de las publicaciones de su Instituto de Filología «Andrés Bello», en la Facultad de Humanidades y Educación.

El título general del libro abarca dos volúmenes. El presente comprende sólo el *Léxico* de los escritos de Bolívar. En el segundo volumen, en preparación, se estudiará la morfología, la sintaxis y el estilo.

La compilación, análisis y crítica de este léxico bolivariano es el resultado de una labor devota y acuciosa llevada a cabo durante siete años, por la doctora peruana Martha Hildebrandt, bajo la guía del profesor Ángel Rosenblat, Director del citado Instituto de Filología «Andrés Bello».

Como era lógico esperarlo, dada la categoría científica de aquel centro, y de las personas ya nombradas, estamos ante un libro que desde el primer momento atrae la atención y el gusto de todo lector amante de esta clase de estudios. El plan de la obra; la división del asunto y clasificación de los temas; el método y rigor técnico de las citas; la oportunidad y sobria erudición en las referencias filológicas e históricas ilustrativas, no dejan dudas respecto de la

---

[\*]\_ Marta Hildebrandt: *La Lengua de Bolívar*. I, Léxico. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1961. 525 páginas.

seriedad y empeño científicos que han sido norma fiel de la autora; no obstante la casi ímproba tarea —ineludible en estos casos— de acumular, seleccionar y manejar varios miles de fichas debidamente anotadas y severamente revisadas.

Parecería a primera vista que el trabajo inicial de reunir tantas citas, sólo ofrecía la dificultad material y rutinaria de copiarlas, dado que los escritos de Bolívar que hasta el presente se conocen, se hallan todos publicados y son de fácil consulta. Pero ya aquí encontramos una muestra bien clara de aquel rigor crítico antes mencionado; pues para la transcripción de las fichas la autora no se ha fiado de las fuentes impresas, sobre todo en lo que respecta a la puntuación. Tuvo buen cuidado de revisar los propios documentos, por haber notado que en las impresiones, aun en la de la edición de Lecuna, se han deslizado variantes que no concuerdan con la redacción original. De esta manera, además de darle a su estudio la mayor exactitud posible en cuanto a los textos utilizados, habrá contribuido a adelantar una labor valiosísima, que servirá para la próxima edición crítica de todos los escritos del Libertador (según se anuncia en otra parte de esta Revista).

Muy en cuenta tuvo Hildebrandt en este estudio global de cómo fue el habla de Bolívar, hacer una importante advertencia y aclaratoria respecto de aquellos escritos que con toda legitimidad han de considerarse expresión personal del lenguaje de quien los firma.

Bien sabido es que son relativamente pocos los documentos escritos de puño y letra de Bolívar. No pocos fueron dictados directamente a sus amanuenses; a veces más de los dos simultáneamente, según referencias de testigos. Pero la mayoría, aun cuando fueron expresión de sus ideas y de su manera peculiar de comunicarlas especialmente muchos documentos públicos—; y aun cuando revisados por su autor antes de que fueran despachados, sólo llevan su firma.

La labor de Hildebrandt se extendió uniformemente al estudio de todos los escritos firmados por Bolívar, pues ellos le proporcionaban —nos dice— «un campo de estudio más rico desde el punto de vista filológico». Más, al hacerlo así, deja constancia previa y expresa

[...] sobre el valor relativo con que ha de entenderse la expresión *lengua de Bolívar* que encabeza esta obra: ella es, más bien, un estudio de la lengua española en América a principios del siglo XIX a través de uno de sus más notables hablantes.

Es importante que el lector no olvide tal advertencia, para entender el exacto sentido de esta obra. No se trata, pues, de un estudio específico de las peculiaridades lingüística de los escritos personales de Bolívar; sino más bien de la vida y manifestaciones del lenguaje del siglo XIX en Hispanoamérica, tal como aparecen en los documentos —tan numerosos, tan diversos y palpitantes de interés— que formaron parte esencial de la actividad múltiple del Libertador en este Continente.

Y no cabe duda de que para aquella finalidad concretamente filológica, el personaje estuvo bien escogido. Puesto que Bolívar encarna, como pocos hombres de su tiempo, todo el espíritu, labores y afanes, de un período determinante y forjador de la fisonomía Hispanoamérica. La polifacética actividad de Bolívar casi no dejó asunto de alguna importancia que no entrara en el ámbito de sus escritos. Y por eso a nadie deja jamás de impresionar no sólo la cantidad de aquella producción escrita; sino sobre todo la densidad de su contenido en cuantas materias trata, no menos que su expresión de las más vivas realidades americanas. Con razón en una de sus meritísimas obras el ilustre Lecuna citaba a este propósito aquellas valiosas palabras del eminente escritor de Colombia Laureano Gómez:

[...] la colección de cartas del Libertador es la obra más prodigiosa que se ha escrito en el Continente y supera a los *Comentarios de César* por sus enseñanzas de política, de psicología, por la constante nobleza de sus pensamientos, por sus entusiasmos sobrehumanos, también por su amargura, por su abatimiento, por la desolación inenarrable de su inmerecido fracaso.

Estas palabras señalan el mundo de ideas y sentimientos que hubo de buscar vocabulario y formas de lenguaje variadísimo, a través de la pluma o de la

firma de Bolívar. Y por eso aquellas páginas resultan hoy fuente abundante para el estudio del habla hispanoamericana en aquellos años decisivos de la transformación total del Nuevo Mundo.

Tanto por la formación cultural del Libertador, fundamentalmente de fondo español dieciochesco, con recamado francés; como por su patente ambientación americana, criolla e indígena, del teatro de su acción, la lengua de sus escritos aparece bien impregnada de expresiones que son reflejo fiel de las circunstancias tan diversas, geográficas y cronológicas, en que hubo de servir de instrumento para la acción del Héroe.

De aquí que el plan general del presente estudio lexicográfico, lo divida la autora

[...] en diez capítulos de desigual extensión e importancia, en los cuales se tratan sucesivamente los galicismos, anglicismos, indigenismos viejos, peruanismos, venezolanismos, colombianismos y arcaísmos, y por último, un grupo de usos peculiares que escapan a la anterior catalogación.

Mas, en todo caso, y según ya se ha anotado, la guía esencial para la compilación y análisis de tan heterogéneo vocabulario, ha sido el interés filológico, más que el propiamente histórico, o el político y social. Y por esta razón no se ha pretendido hacer una catalogación exhaustiva e ilustrada de todas las voces que figuran en los papeles firmados por Bolívar.

Cada uno de los capítulos va precedido de una breve introducción para recordar las circunstancias de fondo histórico y cultural, que señalan el camino natural por donde determinadas palabras entraron al léxico usual del Libertador. Queda así de manifiesto la agilidad mental y lingüística de Bolívar, cuyos documentos, eminentemente claros, directos y concisos, se matizan a cada paso —con precisión y dignidad— con todos aquellos vocablos que mejor sirvieran, según los casos, para la expresión y la comprensión exacta de sus ideas o de sus órdenes.

No obstante el empleo habitual de secretarios y de amanuenses, Bolívar estaba siempre muy atento a que cada cosa se redactara con el estilo y lenguaje más propio y adecuado a las circunstancias. Conocemos algunas de

sus quejas cuando tal cosa no se cumplía según sus deseos. Y fue tan cuidadoso al respecto, que incluso llegó al caso de reconocer límites a su propia personal redacción. Como lo expresó en la oportunidad de tener que dirigirse personalmente al Papa León XII, cuando el asunto de la provisión de Obispos para las Sedes vacantes en Colombia. En los días 29 de abril y 25 de mayo de 1828, escribe en tono familiar, desde Bucaramanga, al Ministro de Relaciones Exteriores Vergara:

La carta para Su Santidad será bueno que ustedes la pongan allá y yo la firmaré acá, pues poco entiendo el lenguaje santísimo. Quizá no tendremos papel en que hacerlo aquí [...].

Así dice en la primera carta, y en la otra lo repite en parecidos términos:

Yo insisto en que ustedes me manden de allá la carta para Su Santidad. No es lo mismo hablar de Religión en general que dirigirme directamente al Papa; yo no conozco el lenguaje en que debe hablársele.

Muy atinadamente apunta Hildebrandt, en el capítulo de los *galicismos*, que no todos los que aparecen en los escritos de Bolívar fueron importación o asimilación suya al contacto con las frecuentes lecturas de autores franceses. No pocos de aquellos galicismos estaban ya introducidos en el lenguaje español de los tres primeros cuartos del siglo XVIII, y asimilados al mismo cuando Bolívar empezó a escribir. En cambio tienen más importancia los del último cuarto, y concretamente los provenientes del lenguaje de la Revolución Francesa; y sobre todo los que durante el primer tercio del siglo XIX adquirió el Libertador «como caudal reciente de la lengua y que usó sin purismo y con sano sentido del crecimiento y evolución del español».

Al citar entre muchos galicismos las palabras *Diplomático* y *Diplomacia*, tomados del francés *diplomarte*, *diplomatique*, se advierte que éstas a su vez son derivados cultos del latín. Pero no debe olvidarse que el origen primero es el griego, de la raíz *duplooo* (duplicar), como translaticio para significar documentos oficiales, pues se hacían por duplicado.

Con respecto a los *latinismos*, además de los de uso general, se señala acertadamente el contacto directo que pudo tener Bolívar con los autores latinos, dado su conocimiento de esta lengua por la enseñanza de Bello y de Rodríguez. Al referirse a este último, y a la frase del Libertador en que lo reconoce por su maestro de «primeras letras y gramática», Hildebrandt apunta que de ella «puede inferirse que le enseñó latín, tomando el término gramática en su acepción antonomástica de *gramática latina*». Indudablemente, en aquellos estudios *de gramática* entraba el latín, como materia básica, y para la prueba que la autora buscaba, basta la mención del vocablo *gramática*. Pero es oportuno recordar que tal vocablo, en la connotación que Bolívar le da —que era la fórmula usual— al decir «primeras letras y gramática», tenía no la acepción *antonomástica* y restringida de sola la *gramática* latina; pues bien sabido es que el llamado estudio de *Gramática* era un término corriente —diríamos, oficial— del que documentadamente nos da esta explicación el historiador C. Parra León, especialista en la materia:

Dentro de la Gramática, primera de las antiguas siete artes liberales, se estudiaba no sólo la parte técnica o metódica que trataba del idioma, sino también la exegética o histórica relacionada con el comentario de obras literarias, fuerte principal del curso; amén naturalmente de la aritmética y cuentas necesarias para la vida social, algo de geografía, un poco de historia profana y un mucho de historia sagrada y religión. Y no sería aventurado sostener que, no existiendo más que una cátedra global de Gramática, la cual se repetía por cursos indefinidamente sin distinción de mayores y menores, la enseñanza debió invadir, y no muy por encima, los dominios de la Retórica, y hasta llegar a las primeras nociones de Dialéctica, según el programa que era universalmente admitido entonces.

Y Mario Briceño-Iragorry recuerda asimismo: «que fue en la época de Erasmo cuando la enseñanza entre primaria y media, tomó, como consecuencia del auge de las Humanidades, el nombre de Gramática». Baste, además, recordar que hechos aquellos estudios del curso de Gramática, los alumnos

quedaban capacitados para ingresar a la Universidad, a seguir los cursos llamados de *Artes*, que suponían un dominio general del latín, y en los que se estudiaba Filosofía, Latín más avanzado, Física, Historia Natural, Álgebra, Griego y Retórica.

Entre los *peruanismos*, anotamos el caso de la palabra *chasqui*; pues sabemos que en manuscrito de Mérida, de fines del siglo XVII y buena parte del XVIII, se encuentran referencias expresas sobre llegadas o salidas de chasquis entre dicha ciudad y las de Pamplona, Tunja y Santa Fe, lo cual indica que ya entonces ese incaísmo se había corrido bastante hacia las tierras aquende los Andes peruanos.

En cuanto a la palabra *poncho*, cuyo equivalente en Colombia es *ruana*, bueno sería añadir que en Venezuela, además de los sinónimos que trae la autora, de *chamarra*, *manta* y *cobija* (estos últimos —recuérdese— con la diferencia específica entre ambos que apunta Alvarado), en nuestras regiones norte-centrales el término propio es *capote*; y como además de servir para andar a la intemperie, se usa también para abrigarse en la cama se le llama también *capote-cobija*.

Acerca de algunos venezolanismos, nos permitimos ofrecer algunos datos ligeramente complementarios. La palabra *arria*, por *reata* de animales de carga, no ha sido usada al menos en las regiones centrales, sino su equivalente *arreo*; y aun en Urbaneja Achelpohl aparece la forma *arrea*. El vocablo *panela* (azúcar morena, sin refinar), no es común en Venezuela, sino muy restringida a las regiones más occidentales. En papeles de archivo hemos visto usado en Venezuela, ya en el siglo XVII, la palabra *tocuyo* expresamente como nombre de la tela que desde la primera mitad del siglo XVI se fabricaba en El Tocuyo, en los primeros telares que se instalaron en América. Los frailes Franciscanos de Caracas, por ejemplo, encargaban a sus hermanos de El Tocuyo el envío de tantas o cuantas varas de *tocuyo*. La cita que a este respecto trae Hildebrandt, de carta dirigida al General Lara, nativo de Carora, parecería indicar que con la palabra *tocuyo*, aquél entendería bien qué clase de tela se le encargaba conseguir

para la tropa. En Venezuela la palabra *montaña* no significa simplemente bosque o selva; sino cuando éstas están en alturas, no en tierra llana. Y la palabra *monte* la usa el campesino para indicar tierra inculta llena de maleza y arbustos salvajes. En los potreros, o fincas de ganadería, planos o en monte, el vocablo *sabanero* se aplica, en buena parte de Venezuela, al peón o caballo que se ocupa de las labores con el ganado. El *conuco* venezolano es parcela pequeña para la siembra, pero en tierra de seco, o sea condicionada al mero beneficio del riego de lluvia.

Entre las acepciones castellanas del siglo XIX, convendría recordar que el verbo *beneficiar* (por elaborar, explotar, etc.) es aún de uso corriente en Venezuela; pues en las haciendas o empresas cafeteras se dice siempre «beneficiar» a la tarea de tratar y descascarillar aquel fruto; y en tales sitios suele verse un letrado que dice: «oficina de beneficiar café». De igual manera se emplea aún el mismo verbo en los mataderos, donde se habla de «beneficiar» tal número de reses. Todas son expresiones que no han prescrito. También la palabra *posma* conserva aún en nuestro medio el significado especial aplicado al agua: *agua posma*, se dice del agua estancada, fétida o corrompida. De ahí, creemos, vino la extensión más moderna del eufemismo aplicado a personas molestas o que nos desagradan.

Como en asuntos filológicos, cualquier pormenor que parecería indiferente, puede ser muy aprovechable, nos hemos permitido presentar las antecedentes anotaciones, con el único deseo de aportar un granito más, aunque insignificante, a la documentada y abundante información filológica que, con tanta objetividad nos ofrece Hildebrant en tomo a un léxico que, como toda la obra de Bolívar no sólo conserva viva actualidad para los estudiosos de su pensamiento y de su obra sino sigue despertando cada día nuevo interés en todo el mundo.

De todo el extenso y laborioso recorrido investigador por los escritos de Bolívar, la autora llega a calcular la riqueza de su vocabulario en un total de 16.000 voces. El dato es revelador de la cultura literaria de un hombre que sin haberse dedicado ex profeso a las letras, ofrece un ejemplo excelente de la cultura general adquirida por los hispanoamericanos instruidos de principios

del siglo XIX. El caso no debe pasar inadvertido, si se considera — nos dice Hildebrandt— que «el léxico de Cervantes se ha calculado entre 15.000 y 20.000 voces y que Shakespeare usó unas 15.000». Sobre aquel total aproximado, el actual estudio —de acuerdo con el interés filológico— abarca entre un 5% y un 15%.

Seleccionado y estudiado ese vocabulario, nutrido de varias afluencias lingüísticas que dieron fisonomía propia y muy expresiva a los escritos firmados por Bolívar, queda no obstante, como fondo sustancial, el léxico propio y tradicional del castellano. No podía ser de otra manera; pues como escribe Rosenblat, en *la Presentación* de la obra, Bolívar

[...] aun siendo sensible a todas las influencias del mundo, se mantuvo denodadamente fiel al genio de su lengua, y fue en ella, y sin duda en toda su obra, un español venezolano e hispanoamericano. Un español que luchó con el arma, tan eficaz, tan decisiva, de su lengua española por la liberación de América.

Ante este hecho así reconocido, en un trabajo tan diligente y tan amplio nos parece que, así como se ha puesto de relieve esa variada influencia lingüística, asimilada y hecha un todo uniforme en un estilo de sello tan personal; así también habría cabido —y quizás se echa de menos— un capítulo en el que se estudiara el léxico genuinamente español, no del vocabulario general, sino de aquellas voces que por lo castizas y bien usadas ofrecen como un aspecto más de la elevada cultura literaria de Bolívar. Casi tomadas al azar, nos atreveríamos a citar, como ejemplo, algunas de aquellas palabras de buen sabor castellano, usadas por Bolívar, propias de quien conoce bien la lengua que escribe: *acaudillados*, *alevosía*, *anonadados*, *beldades*, *breñas*, *descarrió*, *embarazo*, *fementido*, *felonía*, *fogosidad*, *lidiando*, *a la merced*, *regazo*, *regocijo*, *sonrojo*, etc.

Nos ocurre, sin embargo, pensar que quizás en el segundo volumen, aun cuando dedicado a estudiar la morfología, la sintaxis y el estilo, tendrá cabida oportuna cuanto contribuya a demostrar que fue genuinamente castellana la raíz que alimentó el árbol frondoso de los escritos del Libertador.

En todo caso debemos afirmar, complacidos, que la obra, tal como está, merece el más cálido y justo aplauso, por todos respectos. Desde ahora se impondrá como fuente segura de consulta para quienes deseen conocer con precisión la índole y los matices del lenguaje de Bolívar, y, por su medio, de Hispanoamérica en la época de aquél.

Hasta el presente varios escritores habían hecho, más que estudios, elogios generales al estilo literario del Héroe. Pero nadie había aplicado la técnica filológica moderna en un estudio objetivo. Muy meritorio, sin duda, y con observaciones que abrían un camino nuevo y más científico, es el ensayo de Cecilia Hz. de Mendoza, publicado en Bogotá, sin fecha (194...?), intitulado: *El estilo literario de Bolívar*, (150 pp.). Aun cuando el título apunta un contenido sólo literario, la obra estudia también aspectos lexicográficos y morfológicos; y por esta razón nos extraña no hallarla citada en la Bibliografía que trae Hildebrandt.

Como venezolano nos resulta especialmente grato que haya sido una hija del Perú —tan amado por Bolívar— quien dedique su voluntad y competencia a una obra cuya importancia no hay que encarecer. Nos toca ahora desear y esperar que pronto la doctora Hildebrandt entregue a las prensas el segundo volumen.

## Una biografía\*

---

La Editorial Planeta, de Barcelona (España), ha publicado una obra en cuatro gruesos volúmenes, intitulada *Forjadores del Mundo Contemporáneo*. Contiene «biografías de los personajes más representativos en las diferentes actividades: Historia, Arte, Literatura, Filosofía, Ciencias, etc., y que han participado en la evolución del mundo moderno». Director general de la obra es el distinguido escritor y catedrático de la Universidad de Madrid, Florentino Pérez Embid.

Dada la naturaleza y extensión acordada por los editores para esta colección, cada biografía es una síntesis con un promedio aproximado de doce páginas. Además, en la «Introducción General» se expresa lo siguiente:

Por tratarse de un trabajo destinado al gran público, estas biografías no se han escrito como resultado inmediato de una investigación directa, si bien en general la presuponen. Son más bien resultados, condensaciones de lectura y de investigación propia y en todo caso están hechas a conciencia y con plenas garantías respecto de la exactitud de datos y de juicios. Por esa misma razón se ha suprimido todo aparato crítico, que queda reducido a una escueta y esencial bibliografía orientadora.

---

[\*]\_ Octavio Gil Munilla: *Simón Bolívar (caudillo de la independencia sudamericana)*. Barcelona. España, 1959. 12 páginas.

El tomo I lo forman cincuenta y siete biografías «correspondientes a personajes nacidos entre 1724 y 1804». En ese total figuran cuatro hispanoamericanos. Dos de ellos venezolanos: Simón Bolívar y Andrés Bello.

Para las páginas de esta Revista nos interesa, por ahora, informar acerca de la biografía de Bolívar. Su autor es Octavio Gil Munilla, catedrático de Historia Universal en la Universidad de Sevilla y director de la revista *Estudios Americanos*, según lo apunta la lista de colaboradores de todo el volumen (p. 6).

La biografía de Bolívar, precedida de su retrato (buena reproducción del grabado por Bate), abarca escasamente doce páginas (de la 411 a la 422).

Causa inevitable extrañeza la brevísima bibliografía que se cita al final, reducida a tres libros: *Bolívar criollo*, por Olga Briceño; *Bolívar*, por Salvador de Madariaga; y, *Bolívar y la Emancipación de Sudamérica*, por O'Leary. Todo escritor un poco al tanto de la bibliografía bolivariana habrá de lamentar que, a estas alturas, «al gran público» lector de obras generales se le ofrezca en 1959 una vida de Bolívar avalada con información de una sola fuente importante, que en este caso es la *Narración* de O'Leary. Porque la obra de Olga Briceño es de divulgación meritoria, no propiamente fuente de información. Y el libro de Madariaga sólo puede servir para oponerlo como falsa crítica contradictoria de lo escrito por O'Leary.

Bien podemos suponer que tal vez Gil Munilla se atuvo a esos recursos bibliográficos, porque fueron los únicos que a mano tenía. Sabemos de la escasez, a veces muy acentuada, de libros americanos, que aún se da en muchas bibliotecas de Europa. Por eso no podría culparse al autor por la bibliografía utilizada en su trabajo, no obstante ser aquélla a todas luces muy deficiente.

Difícilmente puede pasar hoy inadvertido el hecho de la inmensa, y cada día creciente, producción bibliográfica y hemerográfica que se ocupa exclusivamente de Bolívar. Pocos personajes —tal vez ningún otro— hay en la historia, acerca del cual tanto se escriba hoy, como de Bolívar. Ello es prueba fehaciente de que si bien su vida y su obra libertadora son del pasado, su espíritu y sus enseñanzas resultan hoy tan actuales y útiles como hace siglo y medio. Este es el Bolívar que no ha muerto, y cuyo estudio y divulgación cada día atrae nuevos adeptos.

¿Cómo no los presenta Gil Munilla? Al nombre de Simón Bolívar, al empezar le añade —entre paréntesis— el título de: caudillo de la independencia sudamericana. Creemos que era más propio conservar el título antonomástico que la historia nunca le ha regateado. El título de EL LIBERTADOR.

Si bien la vida de Bolívar fue relativamente breve, y el lapso de su actividad como Libertador y creador de naciones comprende apenas dos decenios; sin embargo, causa viva admiración lo intensamente llenos de múltiple quehacer de esa vida consagrada sin reservas al triunfo de un ideal. De ahí que la biografía del Libertador, aun cuando corta en años, necesariamente resulta extensa en hechos y nutrida de sustancia histórica trascendental. Reducir a pocas páginas una vida así, tan densa y tan variada, clave de todo un nuevo devenir histórico en la estructura y vida de un continente, no es tarea fácil. Y menos si se tomara en cuenta la abundante y valiosa bibliografía histórico-crítica que hasta el presente se ha acumulado en torno a nuestro personaje.

Hemos de reconocer que Gil Munilla se ha esforzado en lograr una síntesis que abarcase todo lo más importante de tan difícil biografía. En veces sólo puede estampar una frase, o una alusión rápida, en temas de importancia sustancial. Aspectos hay que escapan totalmente a su visión. Por ejemplo, el tan valioso y fecundo de las relaciones diplomáticas de Bolívar con la Santa Sede, para el restablecimiento de la Jerarquía Católica en Hispanoamérica.

Además creemos que hay una notable desproporción en la forma como quedó distribuida toda la materia biográfica en ese reducido espacio de doce páginas. Pues la mitad de éstas nos presentan la juventud y primeras andanzas político-militares del futuro Libertador, hasta el año 13, con el restablecimiento de la Segunda República, luego de la *Campaña Admirable*.

Pero es precisamente del año 13 en adelante, cuando a lo largo de los diecisiete años restantes se destaca su arrolladora personalidad, en la que su faceta de militar es sólo una de las muchas que lo hacen cabeza del movimiento emancipador del continente. Dada la importancia de esos diecisiete años, no puede menos de resultar muy estrecho el espacio de menos de seis páginas

para la narración de los hechos de armas y políticos en lo que Bolívar desplegó tal actividad, que pareciera haber multiplicado el tiempo y su capacidad de movimiento y de ubicuidad.

Creemos que el autor ha querido ser sincero y objetivo; por lo menos hasta donde se la permitían los limitados medios de información de que pudo disponer. Nos gusta que su relato no incurra en loanzas, que no vienen a qué en esta clase de trabajos. Si el héroe tiene calidad de tal, y los hechos están presentados a su debida luz, el elogio está implícito, y brotará sin necesidad de escribirlo. No obstante este criterio, nos parece advertir en más de una ocasión que Gil Munilla ha caído bajo el influjo de la interpretación y presentación de escritor tan hábilmente resbaladizo como Madariaga. De ahí el tono generalmente opaco, menos positivo, a veces hasta levemente pesimista, en que se presentan los hechos. De ahí también que la impresión de conjunto, que saca el lector, no sea de plena satisfacción ante los méritos y grandezas del personaje; siendo así que el personaje sí es de talla extraordinaria.

Por otra parte, junto al Bolívar todo acción generosa consagrada a un ideal, en cuya tónica hay que ponerse, si se lo quiere interpretar debidamente; junto a ese Bolívar de lo biográfico, tiene tanta importancia —y para el presente, casi mayor— el Bolívar de la pluma, del pensamiento escrito, de las doctrinas tan profusamente sembradas con conocimiento clarísimo de la realidad americana. Pero este Bolívar no puede jamás conocerse ni interpretarse solamente a base de uno u otro de sus documentos escritos. Una cita aislada de una de sus cartas o discursos, podrá venirle bien a un escritor para explicar un hecho o ratificar su parecer particular en determinado momento. Pero si esa cita no tiene en cuenta el conjunto de los otros escritos, que contiene el pensamiento cabal y definitivo del Libertador, no se estará expresando debidamente la verdad. Tal le ocurre al autor, por ejemplo, al terminar su trabajo con la cita de la desconsolada carta de Bolívar a Flores, a raíz del asesinato de Sucre. (Carta que no fue escrita, como dice Gil Munilla, desde Santa Marta, sino un mes antes, desde Barranquilla).

## Útil monografía\*

---

*La Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina* reunió en los días 27 y 28 de junio de este año una Mesa Redonda para conocer y discutir los trabajos que durante un año se prepararon acerca del tema: «Enfermedad Causal de la muerte del Libertador desde el doble punto de vista, Médico e Histórico».

Diez médicos miembros de la Academia Nacional de Medicina y de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, estudiaron otros tantos aspectos del primer punto. Y paralelamente otros diez aspectos del segundo punto estuvieron a cargo de igual número de historiadores miembros de la Academia Nacional de la Historia y de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Con estos trabajos se tiene el intento de llegar a la redacción de la «Patobiografía del Libertador», según la oportuna sugerencia hecha por el acucioso historiador y académico de Medicina doctor Ricardo Archila.

Al autor del libro que ahora comentamos, doctor Beaujón, actual Secretario de la Academia de Medicina, le correspondió el estudio del tema: *Antecedentes patológicos personales. Reconstrucción e interpretación médica de las etapas nosológicas. Discusión sobre el papel del terreno biológico en la génesis de la enfermedad*

---

[\*]\_ Oscar Beaujón: *El Libertador Enfermo*. Caracas, 1963. 144 páginas.

*final*. Este trabajo aparece ahora publicado en forma de libro intitulado *El Libertador enfermo*.

En unos párrafos introductorios el autor nos indica el procedimiento que ha seguido en su investigación. No ha sido otro sino el que la medicina clásica y eterna ha enseñado siempre, a saber:

[...] toda exploración médica debe ser precedida del acto más importante del conocimiento de la enfermedad y del enfermo: de esa acción que orienta y dirige, el enfermo, el supremo suceso del INTERROGATORIO, el acto que humaniza la medicina y calibra la capacidad intelectual del médico. El saber preguntar y el saber escuchar, forman quizás, la parte más artística del hermoso arte de curar.

Y ciertamente el doctor Beaujón, a su competencia de médico explorador de una enfermedad en todos sus antecedentes, ha sabido unir con admirable sagacidad y soltura, la labor artística del interrogador, y nos ofrece luego, bien redactado, el historial de sus hallazgos.

Podría aquí preguntarse: ¿Tratándose de un paciente ya difunto, cómo pudo este médico hacer preguntas y llegar al diálogo con su enfermo, para así reconstruir e interpretar las etapas nosológicas? Aquí viene, precisamente, lo original de la forma escogida por Beaujón. Pues debiendo su labor de clínico basarse solamente en informaciones obtenidas bibliográficamente, o sea a través de documentos y libros, logra extraer de ellos multitud de datos, que debidamente estudiados y ordenados se nos presentan ahora en la forma de una ficha o historial médico, en todo semejante a los que escriben los médicos en sus consultorios al conversar con los pacientes.

Esta ficha o historial constituye, en realidad, la parte más extensa (casi ochenta páginas) del libro, como segundo capítulo, y lleva por título: *El Libertador relata*. El autor nos dice que ha logrado compilar ese expediente clínico de los antecedentes patológicos personales de Bolívar,

[...] a través de su inmensa producción epistolar, transmitiéndola en forma tal, que en el curso de las descripciones, diese la impresión de

ser el propio Libertador, que está refiriendo a un Médico Interrogador, todas las circunstancias, en que apreció o sufrió alteraciones de su salud, respaldando de inmediato, cada información con la referencia bibliográfica correspondiente.

Nos advierte, asimismo, que

Con el propósito de aumentar la claridad de los relatos, hemos acompañado en algunas ocasiones las versiones del Libertador con reseñas de personas de la época, que presenciaron los hechos, o por lo menos, los han tomado de fuentes históricamente aceptadas.

En esta forma se ofrece al lector un trabajo extraordinariamente interesante, que desde las primeras líneas empuja a una lectura corrida, en la que se hace presente con todos sus rasgos típicos la figura del Padre de la Patria. Aun despojado aquí de todo lo que fue grande, heroico y extraordinario en su vida de Libertador de medio Continente; y observado nada más que en este aspecto más común de los achaques y dolencias de la carne mortal, sin embargo, las circunstancias mismas de esos antecedentes patológicos, recogidas fielmente por el autor, y las palabras originales con que en la mayoría de los casos las ha referido el propio interrogado, dejan bien clara impresión de que aquél no era un paciente común, sino un ser de personalidad tan sobresaliente que ni aun en los accidentes de salud desaparecían los rasgos de su grandeza.

Digna de todo encomio, y prueba de honda fe bolivariana, es la dedicación con que el autor —en su doble oficio de médico y de historiador— se hubo de adentrar por esos miles de páginas del epistolario y otros documentos del Libertador, y de obras de otros autores para información complementaria del tema en estudio. De toda esa investigación totalmente crítica y objetiva, nos asegura Beaujón:

[...] cada frase del Libertador que hemos recogido en relación a su estado de salud, está sólidamente respaldada con la indicación exacta de la fuente donde ha sido lograda.

Y en efecto, para comprobación del lector, se da al fin del libro la bibliografía con cada una de las citas del texto. Son en total 241 notas, que en gran mayoría citan escritos personales de Bolívar.

Para mayor claridad y método, y como guía muy práctica para la biografía del Libertador, en el capítulo III se ofrece una pormenorizada *Cronología* de los antecedentes patológicos del héroe, por años, meses, y cuando es posible, aun días; y con referencia de los diversos lugares donde se encontraba éste en las fechas de tales antecedentes.

Un cuarto capítulo titulado *Nosología* de las enfermedades del Libertador, agrupa y clasifica en cinco secciones todos los datos ciertos e importantes analizados previamente en el estudio global del capítulo II. Ahí aparece en resumen, que Bolívar sufrió una sola vez, en 1807, el *Mal de Mar* o de *Navegación*. Que entre los años 1812 (final) y 1813 (principios), cuando la Campaña del Magdalena, sufrió lo que en 1880 la ciencia médica llamaría enfermedad del *Paludismo*. Que los síntomas de la enfermedad padecida en Pativilca el año 1824, indican que aquello fue una *Colitis aguda febril*, posiblemente amebiana. Que también la enfermedad sufrida en Guayaquil el año 1829, puede perfectamente asimilarse al *Cólera Morbo*; opinión ésta que Beaujón comparte plenamente con el Dr. Arturo Guevara, expresada por éste en su acreditada obra *Historia Clínica del Libertador* (Caracas, 1947).

Como al principio indicamos, este libro no es un mero trabajo escueto de profesional de la medicina, sino además narración ágil, viva y documentada, que ofrece lectura de interés histórico, social y humano. Dentro de lo objetivo y técnico de su investigación, Beaujón ha sabido ir dejando toques discretos de admiración y afecto hacia un paciente tan extraordinario como el Libertador.

Puede decirse que ya contamos con una compilación básica, y hasta el presente bastante completa, de muchos datos y referencias acerca de la salud y enfermedades de Bolívar. La documentación hasta hoy conocida y publicada queda así de no poco explorada, al menos en lo sustancial. Puede que al autor se le haya pasado alguna página contentiva de menores aportes. Todo es útil.

Y él será el primero en estar pendiente de seguir completando su trabajo. Y sin duda creemos que más de un dato importante habrá de salir a la luz en la actual búsqueda y acopio de papeles inéditos de Bolívar, que lleva a cabo la Comisión Editora de la futura gran colección de *Escritos de Bolívar*, dependiente de la Sociedad Bolivariana.

Historiadores y biógrafos del Libertador deberán agradecer al Dr. Beaujón este trabajo que desde hoy será de absoluta utilidad para referencias y consultas.



## Bolívar murió cristianamente

Este título no es una mera frase hecha. No es sólo un decir. Afirma un hecho históricamente comprobado. Que cuenta con más abundante y expresa documentación que muchos otros puntos de la vida del Libertador. Quien intentase negar o poner en duda tal hecho tendría que negar también que Bolívar hubiese sido bautizado. Porque la misma clase de fuente histórica que nos prueba un hecho, nos prueba el otro.

En el caso del bautismo, el Archivo Parroquial de la Catedral de Caracas nos muestra el libro con el *acta* correspondiente. En el caso de la muerte, el libro respectivo del Archivo de la Catedral de Santa Marta presenta asimismo el *acta*, debidamente certificada, del entierro cristiano —en lugar sagrado (el primero fue al pie del altar de San José, de dicha catedral, lado del Evangelio)— de quien no sólo había muerto como fiel cristiano, sino además —y expresamente lo dice dicha *acta*— recibidos todos los Santos Sacramentos. Si el Libertador hubiese muerto no cristianamente, no habría recibido sepultura en lugar sagrado. Porque las Constituciones Sinodales de las Diócesis de América prescribían que no se diese sepultura eclesiástica (en lugar sagrado) a «los que no confesaren y comulgaren cumpliendo con el precepto de nuestra Santa Madre Iglesia».

Pero conviene que precisemos bien los conceptos de este tema; porque la ambigüedad de expresiones podría llevar a lamentables confusiones.

## Murió cristianamente

Cristianamente muere todo aquél que nunca ha hecho renuncia expresa de su fe de cristiano; que ni de palabra o por escrito, o de otra manera voluntaria y manifiesta, haya hecho abjuración de su cristianismo. Aun cuando hubiese llevado una vida remisa u olvidada de sus deberes y sido, como todos, un pecador.

En nuestro caso, Bolívar jamás hizo abjuración de su fe. Antes bien, cuando le llegó el caso, la confesó paladinamente. Como humano pudo incurrir en explicables debilidades inherentes a nuestra naturaleza. Pero el fondo de su fe, si tuvo momentos de incertidumbre, nunca llegó a una quiebra grave, ni mucho menos a una quiebra absoluta. Tenemos testimonios bien expresivos de cómo reverdecía esa fe en las horas más decisivas. Uno es aquel tan conocido que narra en sus *Memorias* el General Posada Gutiérrez, referente a los últimos meses de la vida del Libertador, cuando ya enfermo y desalentado desiste de marcharse al extranjero. Y un día, en presencia de varios honorables testigos, entre los que Posada menciona expresamente a Montilla, a García del Río y a Juan de Dios Amador, con quienes dialogaba, Bolívar dijo aquellas conmovedoras frases: «Me siento morir, mi plazo se cumple. Dios me llama..., quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos». La historia ha conservado y aceptado el valor de diversas frases, muy significativas, en la vida de Bolívar, pero cuyo texto sólo lo conocemos por el relato de personas que oyeron aquellas palabras. Los ejemplos más conocidos son: el juramento en el Monte Sacro (referido por Simón Rodríguez) y la exclamación cuando el terremoto de 1812 (referida por J. D. Díaz); y otras. Si hemos dado por valedero el testimonio de quienes nos transmitieron el texto de estas frases, sin duda merece igual credibilidad lo narrado por Posada, cuyas palabras realmente tienen mucho del dejo propio del estilo de Bolívar.

Digamos, pues, que quien así se expresó en momento de íntima reflexión y de pesar no sólo hacía ratificación de su fe, más, aún manifestaba su sincera voluntad de morir confortado con los auxilios cristianos. Y tal vez el recuerdo de aquella escena y de las palabras de Bolívar se le debieron grabar bien al fiel acompañante Montilla. Y por eso, al agravarse la enfermedad, encontramos que es Montilla precisamente uno de los que más se preocupa de que se le traigan al Libertador los auxilios espirituales. Recordaba su deseo de morir acompañado de sacerdotes.

Pero el testimonio más elocuente e innegable de quien ha querido morir en el seno de la fe cristiana lo tenemos en el preámbulo y primer artículo de su testamento, que Bolívar hizo con «entero y cabal juicio, memoria y entendimiento natural»; testamento en el cual dice que:

[...] creyendo y confesando como firmemente creo y confieso el alto y soberano misterio de la beatísima y Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia católica, apostólica, romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte como católico y fiel cristiano para estar prevenido cuando la mía llegue, con disposición testamental, bajo la invocación divina, hago, otorgo y ordeno mi testamento en la forma siguiente: 1° Primeramente encomiendo mi alma a Dios nuestro Señor, que de la nada la crió y el cuerpo a la tierra de que fue formado, dejando a disposición de mis albaceas el funeral y entierro y el pago de las mandas que sean necesarias para obras pías y estén prevenidas por el Gobierno.<sup>1</sup>

No vale decir —para quitar fuerza a estas palabras del testamento— que en la redacción de tales documentos se usaban fórmulas que pueden parecer

---

[1]\_ A este otorgamiento del testamento y a la recepción de los Sacramentos el 10 de diciembre se refiere Reverend en el segundo Boletín del mismo día (el N.º 12): «Su Excelencia hizo sus disposiciones espirituales y temporales con la mayor serenidad y no le reparé la menor falta en el ejercicio de sus facultades intelectuales».

rutina de escribanía más que voluntad expresa del testador. No hay tal rutina de fórmulas, pues no eran compulsivas para quien no las quisiera emplear. El hecho de encontrarse repetidas frases semejantes en otros testamentos sí indica —en cambio— lo natural y habitual que era dejar constancia de la fe cristiana profesada hasta el fin por quien otorgaba documento tan importante. Pero en ningún caso una persona desvinculada de dicha fe, y que nada le importara, hacía falsa profesión de ella al testar.

Pero, a mayor abundamiento, todavía debe recordarse otro documento, y por cierto de la mayor significación en aquel trance final del Libertador: su última Proclama como despedida a sus conciudadanos. El escribano Noguera, en una larga nota protocolar en la que pone los nombres de los catorce testigos presentes a la lectura de dicha Proclama —entre los cuales se nombra en primer lugar al Obispo de Santa Marta, Monseñor Esteves— atestigua que el Libertador firmó aquel documento en su entero y cabal juicio, el mismo día 10 de diciembre, «después de haber recibido los auxilios espirituales». O sea: que el mismo escribano que nos garantiza la veracidad del texto de aquella Proclama, en el mismo documento y con igual aseveración hace constar que Bolívar había recibido los auxilios espirituales.

De nuevo, pues, un documento que así protocolizado ante escribano oficial da fe de actos reales, verificados ante testigos, y ratificados con la firma de éstos, nos asegura, con frase que no admite tergiversación, que el Libertador murió cristianamente. Si se pretendiere decir que aquella frase nada prueba ni significa, entonces habría que afirmar otro tanto del texto de la inmortal Proclama. Además, resultaría inadmisibles que Monseñor Esteves hubiese firmado como testigo, ante escribano, una afirmación directamente concerniente al ministerio sacerdotal, pero que hubiere sido totalmente falsa.

Lo que llevamos apuntando nos trae a concluir, sin la menor duda, que Bolívar murió cristianamente, a saber: en comunión con la Iglesia, de la cual jamás expresó que se quisiera separar, antes bien manifestó de la manera más expresiva y terminante su adhesión a ella en el momento más decisivo en que debía hacerlo.

## Murió sacramentadamente

No es lo mismo morir cristianamente que morir sacramentadamente. Un cristiano de quien no consta expresamente que ha renegado o separándose de su fe, si muere repentinamente o en un accidente, muere cristianamente como miembro de la Iglesia. Aun cuando no hubiese podido recibir los Santos Sacramentos.

En los casos de enfermedad grave, el cristiano fiel recibe los Sacramentos de la Confesión, la Comunión o Viático y la Santa Unción. La frase usual referida a un moribundo o difunto «recibió todos los Sacramentos» se refiere a los tres ya dichos. Al enfermo que lleva más de un año sin confesarse, y expresamente se niega a hacerlo, tampoco se le debe administrar el Viático. Y en este caso el sacerdote juzgará si en los últimos momentos deberá darle la Santa Unción. Pero, ciertamente, un enfermo a quien se da el Viático es un enfermo que estaba debidamente preparado con la confesión previa o reciente; o (en caso de no poderla hacer) debidamente arrepentido fue absuelto por el confesor. Y a quien oralmente confesado, o recibida la absolución sacramental, ha recibido también el Viático, siempre se le ha administrado luego la Santa Unción.

En el caso de Bolívar es importante hacer notar, ante todo, que no sólo murió cristianamente —como queda aprobado—, sino también sacramentadamente. Y notar también que ningún historiador o escritor documentado ha negado que Bolívar recibiera los Santos Sacramentos. Ni siquiera Gil Fortoul, quien a vista de los irrecusables testimonios, los cita y acepta los hechos; pero pretende interpretarlos y quitar importancia a tales hechos, poniendo en duda la sinceridad del Libertador al recibir aquellos auxilios espirituales, pues le considera como apenas cristiano.

Debe advertirse bien que lo que ha suscitado polémica en algunas ocasiones es precisamente el querer ajustar la narración exacta de unos hechos reales e indudables, según los diversos y fidedignos documentos de primera mano y de testigos; pero documentos entre los cuales hay ligeras variantes accidentales.

Tales hechos son todos los referentes a la administración de los diversos Sacramentos al Libertador.

Todos los historiadores parten de la verdad, repetidamente atestiguada, de que hubo administración de Sacramentos. Los documentos hablan de todos en general, o también hablan específicamente de Confesión, de Comuni3n o Viático y de Unci3n. Dan, además, los nombres de dos eclesiásticos presentes en San Pedro Alejandrino: Monseñor Esteves y el Pbro. Hermenegildo Barranco, Cura de Mamatoco, la parroquia más cercana.

Siendo tan diversos los documentos, los más de testigos presenciales de aquellos hechos, nada tiene de extraño que cada autor cuente las cosas a su manera; y que en el conjunto de la narraci3n de todos aparezca alguna diferencia meramente accidental, ya de tiempo o de orden, o de personas que intervinieron en la respectiva administraci3n de los tres distintos Sacramentos.

De todo ello escribieron expresamente: el médico Reverend, tan minucioso al consignar cuanto le ocurría a su venerado paciente; Femando Bolívar, sobrino y secretario privado, que no se separó un momento del lado de su tío; el Coronel Belford H. Wilson —el edecán preferido del Libertador—, cuyas dos cartas del 13 y del 14 de diciembre respectivamente, a distintos corresponsales ingleses hablan detenidamente del asunto Sacramento; el Coronel Miguel Sagarzazu, también presente y cuyo testimonio es bien explícito al respecto; y hasta la prensa de los meses inmediatos a la muerte, que en Jamaica, New York, Curacao, etc., al dar la noticia hace siempre expresa mención de los auxilios sacramentales recibidos por el ilustre fallecido.

La más elemental metodología histórica nos dice que aquí tenemos sólidas pruebas para afirmar un hecho que fue cierto. Cuando uno, y otro, y otro y más documentos repetidamente coinciden en relatar un mismo hecho esencial, y no hay ninguno que expresamente lo niegue, no hay duda de que aquel hecho ha ocurrido; aun cuando entre unos y otros testimonios haya diferencias accidentales que no afectan a la esencia del hecho mismo central.

## Deber pastoral

Cuando tantos testigos y documentos contemporáneos hablan sin rodeos de que Bolívar recibió los Sacramentos, y aun nombran esos Sacramentos, unos y otros por su nombre propio, la conclusión ineludible que hay que aceptar es —por lo menos— ésta: allí hubo conferimiento de Sacramentos. Y además, concretamente, se dan los nombres de los clérigos que estuvieron presentes para el ejercicio de sus funciones.

Que haya sido el Obispo Esteves, o el Pbro. Barranco, quien administró éste o el otro Sacramento; que ocurrieran las cosas a tal o cual hora, o en tal o cual circunstancia particular; que se ocuparan del caso éstas o las otras personas, son pormenores de importancia muy secundaria que sería muy grato poder precisar —y algunas se precisan—, pero que en ningún caso afectan a la verdad del hecho esencial.

Pero hay algo más. Puesto que Bolívar moría reconocidamente como cristiano, y así se declara él en su testamento, era evidente que sin más preámbulo se le podía y se le debía de dar, por lo menos la Santa Unción, sacramento que en el orden de administración es el último. Esto es un deber riguroso del sacerdote. Sería absurdo pensar que el Obispo Esteves en ninguna circunstancia se despreocupase de que tal deber pastoral se cumpliera; aun cuando no fuera él quien personalmente se le administrase, sino el párroco Barranco, a quien directamente, como consta por varios documentos. Cosa que nadie ha negado. Discútase, si se quiere, el caso de la Confesión, respecto de cuándo y con quién la hizo. Los textos ofrecen variantes; mas no parecen imposibles de compaginar. Pero, en cambio, hay otro hecho cierto: Bolívar recibió el Viático, o sea la Comunión. La escena de la traída del Santísimo Sacramento está descrita con muy interesante pormenores; tales que hasta algún buen pintor los ha llevado felizmente al lienzo. Ahora bien: si Bolívar recibió el Viático, es señal de que estaba debidamente preparado mediante la confesión, que es necesaria condición previa en muchos casos; o en su defecto tenía que haber recibido ya

la debida absolución (que para el caso sería lo mismo); y así estuvo en gracia para luego recibir —como consta que lo hizo— el Santo Viático o Comunión.

Pocos hechos de la vida del Libertador cuentan con tan abundante y fidedigna documentación histórica como éste de su muerte no solamente en el seno de la fe cristiana, sino también confortado con los auxilios sacramentales. Tantos y tan diversos testigos no iban a ponerse como de acuerdo todos para mentir o falsear la verdad, inventando cosas que no ocurrieron. Que Bolívar, según algún testimonio, expresase alguna extrañeza o inquietud cuando se le indicó que debía prepararse espiritualmente, nada tiene de extraño. Así ocurre con mucha frecuencia, en toda clase de enfermos, sobre todo en los de vida religiosa menos asidua. Que luego el Libertador aceptase que eso era conveniente para la buena memoria de su nombre ante sus conciudadanos y ante la historia, es una supuesta interpretación que se ha querido hacer de algo tan sagrado y secreto como la conciencia del sufrido enfermo.

### **Crítica objetiva**

Historiador moderno de tan reconocida solvencia intelectual como el americanista P. Pedro de Leturia, S. J., tan severo y morigerado en sus juicios y conclusiones históricas, luego de afirmar sin ambages: «recibió Bolívar todos los sacramentos de la Iglesia el 10 de diciembre de 1830», añade que de los documentos del caso

[...] resulta incontrovertible —pese a las tergiversaciones de ciertos autores recientes— que el Libertador recibió todos los sacramentos el 10 de diciembre y en plena lucidez. [Leturia, S. J., *Pedro de, Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, tomo III, p. 76, Roma-Caracas, 1960].

Además de los propios documentos de 1830, Leturia tiene en cuenta, y cita como valiosos, los estudios que acerca del tema escribieron los colombianos P. Joaquín E. Gómez, S. J. (en 1917) y José M. Restrepo Sáenz (en 1919) en

la revista *Horizonte*; así como también el P. Elías Botero, S. J., en *Juventud Bartolina* (agosto y septiembre de 1930). De igual manera pondera la monografía de 112 páginas por Monseñor Nicolás E. Navarro: *La cristiana muerte del Libertador*. Esta última cita de Leturia se refiere a la primera edición de dicho libro. Pero debemos advertir que en 1955 Navarro publicó una segunda edición (120 páginas), notablemente amplificada y enriquecida con nuevos documentos importantísimos, entre los cuales tienen especial significación los dos del Coronel Wilson, edecán del Libertador, a los cuales antes hicimos referencia. (El texto completo del segundo y más extenso de dichos documentos, con comentarios del mismo Navarro y nuestros, lo publicarnos en *SIC*, N.º 151, 1953, pp. 17-21).

Pasados casi cincuenta años de la muerte del Libertador, hubo entre algunos escritores diverso parecer respecto de la manera como ocurrieron los hechos que hemos comentado. Pero hay que tener en cuenta que en ningún caso se trataba de negar lo sucedido, ni de rechazar los testimonios en lo esencial de su contenido, sino solamente de precisar aquellos datos circunstanciales contados de distinta manera por uno y otro de los testigos.

Solamente en años recientes, en 1951, Salvador de Madariaga, tergiversando y mutilando los testimonios, niega que Bolívar se confesara. Pero no niega que recibiese el Viático. En lo cual se contradice, pues no habría habido Viático sin previa Confesión, como ya dejamos aclarado. Pocos libros hay, como el de Madariaga, más contaminados de expresa mala fe en el uso e interpretación de los documentos bolivarianos. Particularmente en lo respectivo al tema aquí tratado, nos da un ejemplo típico de su malintencionada manera de escribir acerca del Libertador; a quien, como dijo Navarro, «ni siquiera morir en paz con Dios» quiso permitirle. No debemos extrañar que quien se siguiere por lo que Madariaga ha escrito en esta materia, incurra en afirmaciones o dudas muy lamentables desde todo punto de vista histórico, y que sólo sirven para crear una innecesaria confusión. Resultaría poco comprensible que un venezolano, de la misma

fe cristiana que Bolívar afirmó profesar y en la que Dios le concedió morir, pusiese ese empeño —imitando a Madariaga— en no dejar morir en paz con Dios al Libertador.

# Apoteosis del Padre de la Patria en 1842\*

## Al pie del Ávila

Nunca ha vuelto Caracas a presenciar un espectáculo tan solemne y tan grave como el que al atardecer del día 16 de diciembre de 1842 tuvo lugar al norte de la ciudad. Una muchedumbre incontable había ido estacionándose y tomando posiciones, por lomas y vericuetos, desde el ruinoso templo de la Santísima Trinidad (hoy Panteón Nacional) hasta el pie mismo de las estribaciones del cerro por donde asciende el camino que va a La Guaira.

La ciudad capital se hallaba, para la fecha, repleta de gentes venidas de todas las Provincias de Venezuela. Los pueblos más cercanos se habían quedado vacíos, pues todas las clases sociales se han dado cita al pie del Ávila.

Al frente de la iglesia de la Santísima Trinidad arranca un camino que tuerce hacia el Oeste, y siguiendo por Las Dos Pilitas empalma con el viejo Puente de Carlos III, para de nuevo seguir en dirección Norte hacia la Puerta de Caracas. Por ahí va por momentos intensificándose el subir de animados grupos de a pie y de a caballo. Han pasado ya diversas Corporaciones de la ciudad,

---

[\*]\_ Crónica recordatoria en el Centenario de la traída de los restos del Padre de la Patria. Caracas, diciembre de 1942. Publicada en la *Revista SIC*.

con sus uniformes y signos distintivos. Hace unos momentos también que la Municipalidad de Caracas ha cruzado en igual dirección.

Por momentos crece la ansiedad entre los grupos en expectativa. De pronto notase como si una corriente eléctrica hubiese sacudido a toda aquella uniforme muchedumbre. Hay un murmullo que corre en oleadas. Todo el mundo está de pie. Todas las miradas están fijas en la cumbre del cerro por donde hace su primera curva de descenso a Caracas el camino que viene de La Guaira. Han comenzado a verse, recortadas sobre el límpido fondo del cielo, sobre la áspera corteza del monte, las puntas de lanzas y de fusiles, y los gallardetes tricolores que anuncian una guardia militar. El silencio se hace ahora imponente. Los ojos siguen fijos en la altura del camino guaireño. Ya van dibujándose siluetas de hombre en uniforme. Ya son pelotón que marcha como puede, en irregular formación, por entre piedras y baches, montando guardia otro pelotón más compacto que avanza lento allí cerca. Flamea una gran bandera tricolor; aparecen uniformes de altos oficiales del Ejército y de la Marina, y por fin, sobre aquel conjunto de armas, uniformes, banderas, tierras y montes venezolanos y cielo universal, aparece —llevada sobre hombros de robustos marinos de guerra nacionales—, la urna que encierra los restos del Padre de la Patria: Simón Bolívar.<sup>1</sup> El cortejo se mueve con paso lento. El camino de subida, y las horas de marcha que han corrido desde las seis de la mañana de este día, muestran ya su huella en los rostros de cuantos forman en la comitiva. El cañón ha empezado a disparar en Caracas sus salvas oficiales. Las guardias militares apostadas para el recibimiento en la bajada a Caracas, ya han recibido clarinadas de atención. De los pechos de la multitud, que ya casi no puede

---

[1]\_ La urna, regalo del Gobierno de Nueva Granada, construida en Bogotá, era de madera de rosa o palisandro, primorosamente embutida con otras bellas maderas. Tenía asimismo adornos embutidos de oro y marfil. Todo se había ejecutado con el mayor gusto y primor. La descripción pormenorizada de todo el adorno e inscripciones, puede verse hacia el final del largo escrito de Fermín Toro acerca de las Honras Fúnebres del Libertador el año 1842.

tenerse tranquila, se escapa un murmullo mitad sollozo y alegría, mitad plegaria y acción de gracias, al ver de nuevo —ahora definitivamente— en su ciudad natal al hijo generoso y sacrificado que hace doce años muriera en hospitalarias playas neogranadinas.

Serían cerca de las cinco de la tarde cuando ya en La Puerta de Caracas los recios y decididos marinos venezolanos sintieron muy a su pesar que otros hombros querían también cargar aquellos sagrados despojos. Los respetables ciudadanos del país, turnándose por trechos, conducían ahora, ciudad adentro, al hijo meritísimo de Caracas. El pueblo todo presenciaba aquel desfile, fijos los ojos sobre el preciado ataúd que ya llegaba al templo de la Santísima Trinidad. En aquellos momentos las múltiples campanas de todas las otras Iglesias capitalinas llenaron el ambiente con el litúrgico sonido de sus *dobles*. Entretanto, entraba la urna en la Trinidad donde quedaba en Capilla Ardiente y escoltada por numerosa guardia, durante toda aquella noche del 16 al 17 de diciembre. La Iglesia de la Santísima Trinidad, resquebrajada y ruinoso desde el terremoto de 1812, había sido preparada de tal manera —recubierta toda con telas negras y palmas y ramos de laurel—, que cierto formaba un recinto dignísimo donde custodiarse durante la noche la urna veneranda. ¡Andando los años aquel mismo recinto iba a ser el guardián definitivo de los restos mortales del Libertador!

## Justicia oficial

Terminaba el General José A. Páez su segundo período presidencial, 1839-1842. Y Páez, que a pesar de todas sus equivocadas actitudes y egoísmos y aun desplantes para con Bolívar, jamás llegó a perder la gran dosis de respeto, de admiración y aun de cariño sincero que profesaba al único a quien reconoció y acató siempre como Jefe, al Libertador; había empezado ya desde 1833 a reparar los agravios y deshacer las vergonzosas situaciones que contra éste habían tenido lugar en los momentos de ciega exaltación separatista el año 1830.

A fines del año 1840 las hermanas de Bolívar, María Antonia y Juana y su sobrino Fernando se habían dirigido al Gobierno de Nueva Granada, manifestándole sus deseos de dar cumplimiento a la cláusula del testamento del Libertador en la que éste ordenaba que sus cenizas fuesen enterradas en Caracas al lado de las de sus mayores.

El nombrado Gobierno no sólo atendió a tan justa solicitud y la resolvió favorablemente, sino que pasó a dictar las medidas conducentes a la exhumación de los restos.

Cuando estas noticias llegaron a conocimiento del Gobierno de Venezuela, comprendió éste y sus legisladores que en justicia aquel acto nobilísimo no podía quedar en el ambiente de lo privado, y que la última y definitiva entrada que el extraordinario hijo de Caracas iba a hacer a su ciudad natal tenía necesariamente que revestir caracteres de apoteosis nacional.

Había llegado la hora de la justicia y de la reparación. Mandatarios, Legisladores y pueblo sentían bullir en sus pechos, hacía ya tiempo, el sentimiento del deber por cumplir hacia aquel incansable y desinteresado joven que en gesto de inconcebible magnanimidad expuso y gastó sin miramientos ni tacañerías los veinte mejores años de su existencia, amén de sacrificar su fortuna y sus comodidades y su reposo y hasta su fama y su honor, a trueque de regalar a sus paisanos la independencia y la nacionalidad.

El Congreso de 1842 promulga el 30 de abril el solemne decreto de honores al Libertador, y el 12 de mayo del mismo año, Páez, Presidente de la República, en acatamiento a lo dispuesto por el Soberano Congreso Nacional, da asimismo un decreto, cuyo Artículo 2º decía así:

Se fija el día 17 de diciembre de 1842 para la celebración del aniversario fúnebre, tanto en la capital de la República como en las demás capitales de provincia, y desde ese día hasta el 24 de diciembre inclusive llevarán luto los empleados públicos.

El primer artículo ordenaba la traslación de los restos del Libertador al suelo patrio. Los demás artículos puntualizaban todo lo referente a tal disposición.

Pronto el ambiente nacional se caldeó de entusiasmo. Uno solo era el palpitar de todos los corazones venezolanos. Tal entusiasmo venía preparándose desde el año anterior, cuando en octubre la Universidad de Caracas había celebrado públicamente un acto dedicado «A la memoria siempre ilustre, siempre preciosa de Simón Bolívar». Fue aquella la ocasión en que el talento brioso y sagaz del joven Juan Vicente González, Profesor de la Universidad y bolivariano sin doblez, pudo libremente desahogarse tras de doce años de culto sincero y ardiente, pero callado, al nombre del Libertador. Después de sustentar la tesis de que «la Libertad es el alma del talento», exclama en el último párrafo de su discurso:

Hombre ilustre, mi voz se apaga ya, incapaz de expresar sentimientos. Y no he cesado de llorarte un día desde tu partida de la tierra. Este momento tan deseado, yo lo presagí mil veces en mi corazón. Puedes aún mucho, Señor: llenas de fuego el pecho de tus hijos. Eres el símbolo de la libertad y de la igualdad: el símbolo de Venezuela: el símbolo del orden. Escucha, Señor, a la juventud entusiasta que te consagra este acto de libertad, de reconocimiento, de amor y de concordia.<sup>2</sup>

La voz de Juan Vicente González, que en aquellos momentos hacía la más pública profesión de fe bolivariana, hablaba —sin él sospecharlo quizás—, en nombre de muchos miles de venezolanos de entonces, y en nombre de todos los actuales y por venir.

Pero ya los anhelos lejanos de 1841 se acababan de convertir en realidad. Ya la memoria de la vida admirable de Simón Bolívar tendría un motivo permanente de satisfacción. El Libertador acababa de llegar por última vez, a las afueras de su ciudad natal. Pronto iba a hacer su entrada triunfal, apoteótica; para luego quedarse definitivamente a nuestro lado, y con un silencio más elocuente que todas sus anteriores arengas y discursos inspirarnos el camino del deber.

---

[2]\_ *Documentos para los Anales de Venezuela*, Tercer Período, Tomo Primero, Caracas, 1909, página 35.

## Emoción en Santa Marta

¿Cómo habían llegado hasta Caracas las cenizas veneradas de Bolívar? Grande había sido la actividad desplegada en los círculos oficiales, a fin de dar el mayor esplendor posible a todos los actos que habían de tener lugar en los meses de noviembre y diciembre de 1842.

El día 13 de noviembre zarpaban del puerto de La Guaira dos buques nacionales, rumbo a Santa Marta, en busca de las cenizas del Libertador. Era la nave principal la goleta *Constitución*, al mando del Comandante José María Baptista. Acompañaba a ésta el bergantín mercante *Caracas*. Comandaba toda la expedición el Capitán de Navío, Sebastián Bogiuer. La *Constitución*, magníficamente engalanada y equipada con todo lo necesario, sería la que traería a bordo la urna. Iba asimismo en esta nave la comisión oficial nombrada por el Gobierno venezolano para presenciar en Santa Marta la exhumación del cadáver y recibirlo oficialmente de manos de los representantes del Gobierno neogranadino. Esta comisión la formaban: el Dr. José María Vargas, Presidente; el General José María Carreño, Mariano Ustáriz y el sacerdote Prebendado Manuel Cipriano Sánchez, nombrado Gran Capellán.

Cuando la expedición entró en aguas de Santa Marta, ya se habían sumado a su séquito otros tres barcos de guerra, el *Circé*, el *Albatross* y el *Venus*, que los respectivos gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda habían enviado para rendir honores.

Llegados felizmente a Santa Marta, convínose con la Comisión neogranadina la fecha y hora en que se procedería al acto de la exhumación y reconocimiento de los restos del Libertador. Señalóse el domingo 20 de noviembre, a las cinco de la tarde para la exhumación, el lunes siguiente a las nueve de la mañana para la Misa pontifical y exequias, y a las cuatro de la tarde para la conducción de la urna a la playa, para ser allí entregada y llevada luego a bordo de la *Constitución*.

El día 20 ya desde primeras horas de la tarde la Catedral de Santa Marta se encontraba rebosante de público. Tras de los actos litúrgicos, y en presencia

de las comisiones neogranadinas y venezolana, mientras la guardia de honor formaba fila, dejáronse oír en la ciudad tres disparos de cañón; era la señal convenida que indicaba que la losa que cubría la bóveda sepulcral empezaba en aquel momento a levantarse.

El acto era de profunda emoción. Al poco rato fue elevado el ataúd, y puesto sobre el pavimento, para ser inspeccionado. Junto a los miembros de ambas Comisiones, aparecía la venerable figura, risueña y barbada, del último y diligente médico de Bolívar, el Dr. Alejandro P. Reverend, quien después de asistirle con tanta asiduidad, había recogido su último suspiro y luego practicado la autopsia al cadáver y preparándolo para la sepultura.

La caja externa de madera apareció bastante deshecha en la tapa y otros puntos. Pero la caja interior de plomo estaba intacta. Al abrirse esta caja de plomo aparecieron los restos en la forma que nos describe el Acta Oficial:

El cráneo estaba aserrado horizontalmente y las costillas por ambos lados cortadas con oblicuidad como para examinar el pecho: los huesos de las piernas y pies estaban cubiertos con botas de campaña, la derecha todavía entera, la izquierda despedazada y sólo conservada en su parte inferior; pedazos de galón decaído se hallaban a los lados de los muslos y listas de color verde de cobre oxidado, formaban líneas paralelas a estos huesos.<sup>3</sup>

Otra de las personas que en estos momentos figuraba al lado de Reverend era el amigo de éste, Sr. Manuel de Ujueta, quien había sido testigo presencial tanto de la autopsia del cadáver de Bolívar como de su preparación y sepultura. Una vez abierta la caja, y vistos los restos que contenía, el señor Gobernador Joaquín Posada Gutiérrez, Presidente de la Comisión granadina, preguntó en alta voz a los nombrados señores Reverend y Ujueta,

[...] si por las marcas del esqueleto, su posición, los pocos restos del vestido y demás accesorios, estaban convencidos de ser aquel el mismo

---

[3]\_ *Ibidem*, página 116.

cadáver del Libertador: y ellos contestaron que sí lo estaban; y el doctor Reverend adujo en prueba de aserción, la división de la bóveda del cráneo que fue levantada para inspeccionar el cerebro, y la separación del escapulario anterior del pecho y de las extremidades de las costillas, que habían sido aserradas para el examen de esta cavidad.<sup>4</sup>

Hecho este reconocimiento y verificada la identidad, recortóse un tanto la tapa y los lados de la caja de plomo, para dar más estabilidad a los huesos que quedaban dentro, y colocóse luego en la magnífica urna de madera regalada por el Gobierno neogranadino.

Los instantes transcurridos durante este reconocimiento habían sido de sentimiento profundo y callado. La emoción del público que se veía frente a frente con el polvo mortal del más grande guerrero de América, se había mantenido discreta. Pero llegó un momento en que no se contuvo más. Y forcejeando e irrumpiendo frente a la fosa abierta, dejando de lado a las Comisiones presentes, el pueblo se arremolinó junto a los venerandos despojos para verlos bien de cerca, y para recoger fragmentos de madera del viejo ataúd y polvo de la fosa. ¡No podía pensarse en suprimir aquel tributo espontáneo y generoso del pueblo de Santa Marta: era la última vez que tenían junto a sí al Libertador, y la separación tenía que ser dolorosa!

En una urna pequeña quedaron colocados el corazón y demás entrañas del Libertador, y el Gobierno venezolano hizo donativo de tan preciosos restos a la Nueva Granada, para testimoniarle perpetua gratitud por la hospitalidad y honores que la nación hermana había prestado al más preclaro hijo de Caracas.

El día 21, a las cuatro de la tarde, púsose en marcha el imponente cortejo camino de la playa, donde esperaba una falúa que transportaría la urna a la nave *Constitución*. La urna salió del templo en hombros de oficiales de las naciones por Bolívar libertadas, y de otras naciones europeas que se habían sumado a las ceremonias. La marcha era lenta y dolorosa: el cañón de la ciudad

---

[4]\_ *Informe de la Comisión Venezolana al Ministro de lo Interior. Ibidem*, p. 99.

y de los buques fondeados en la bahía resonaba sin cesar; las campanas daban al aire sus dobles, y los tambores con su monótono golpear acompañaban el triste desfile. No había rostro sin lágrimas, ni mirada que no se alargase en trayectoria inacabable, hacia donde marchaba la preciosa urna. Al fin, la falúa con su tesoro a bordo, despegóse de la costa y flotando airosa sobre la bahía, fue a atracar a un lado de la *Constitución*. La nave venezolana recibió en salón ricamente adornado el tesoro patrio que se le confiaba. Al punto, de la fortaleza Santa Bárbara y de todos los otros buques anclados en la bahía, salió el estruendo del saludo oficial de quince cañonazos. Allá en la playa quedaba una multitud incontable, mezcla de Gobierno, Ejército, Clero y pueblo, que en silencio dejaba correr sus lágrimas. Era el 22 de noviembre, martes, cuando el convoy de cinco barcos se daba a la mar rumbo a La Guaira.

### **Para el Héroe, todo**

La suntuosa y regia preparación que la ciudad de Caracas lucía en la mañana del 17 de diciembre de 1842, demostraba que no se habían escatimado gastos ni trabajo por parte del Gobierno como de los particulares.

Las descripciones tan minuciosas que escritores contemporáneos de entonces nos han dejado, declaran bien el esplendor y magnificencia del aparato desplegado en plazas, calles y templos donde iba a desarrollarse el más grandioso homenaje fúnebre que ha visto Venezuela.

No podemos ni siquiera trazar a grandes líneas el cuadro del aspecto que ofrecía Caracas con su arco de triunfo frente a la Trinidad, con sus calles gallardamente engalanadas desde el Puente de La Trinidad hasta Sociedad y San Francisco, y con el Templo de este nombre enderezado de negro como nunca antes lo estuvo ni lo ha vuelto a estar.

Recojamos aquí solamente algunos datos que se conservan en escritos de aquella época, referente al decorado exterior. *La Gaceta de Venezuela*, en su número 621, anota:

Nada se ha omitido de cuanto pudiera contribuir a la mayor solemnidad. Se ha hecho venir de París el adorno del templo, el catafalco, un arco triunfal que debe ponerse en la carrera, y un magnífico carro en que deben atravesar las calles de Caracas los restos mortales de aquél que un día los paseara recibiendo homenajes de sus agradecidos compatriotas.<sup>5</sup>

Otro testigo nos cuenta esto:

Todas las decoraciones, divisas, trofeos, etc., vinieron de París y recuerdo muchos días placenteros en casa del amigo a quien había encargado el Gral. Páez la dirección e inspección de los diferentes objetos y la avidez con que se examinaba el contenido de cada caja; los rollos enormes de terciopelo, de paño y de crespones que habían de adornar la carrera de la procesión y los millares de exquisitas insignias y divisas cada uno con letreros adecuados a la ocasión y por muchos días bellas manos se ocuparon con hábil aguja formando según instrucciones los fragmentos innumerables en un grande y armonioso conjunto.<sup>6</sup>

Fermín Toro, que consignó con profusión de pormenores cuanto sus ávidos ojos vieron aquella mañana del 17 de diciembre de 1842, llega a decir, entusiasmado ante la magnificencia del espectáculo, que «el golpe de vista era indescriptible, y en vano el arte sobre la tela procuraría dar un remedo». Entresaquemos de su extensa y vivida descripción, siquiera dos fragmentos breves, referente el uno al carro donde era transportada la urna al templo de San Francisco, y el otro al aspecto que ofrecía el túmulo.

Atraía principalmente las miradas el carro con su hermoso cenotafio envuelto en grandes velos negros con estrellas de plata, y sus palias de terciopelo morado con arabescos de oro, y sus guirnaldas, rosetones y coronas

[5]\_ *Gaceta de Venezuela*, número 621. *Ibíd.*, p. 70.

[6]\_ Isabel S. Alderson: «Los Funerales de Bolívar». Cfr. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Venezuela, Tomo XI, p. 50.

de siempreviva, y el gran trofeo, cuyos pabellones elevándose a grande altura flotaban a merced del viento como sobre un monumento triunfal [...] Nada puede compararse con el aspecto grave, religioso y al mismo tiempo magnífico que ofrecía el presbiterio. Sobre el negro cortinaje que tapizaba los muros, resaltaban franjas, orlas y arabescos plateados. En el fondo, a la altura del catafalco, se veía una gran cruz escarchada, y a sus lados los escudos de armas de la Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia, haciendo pie a cuatro hermosos grupos formados con las banderas de las mismas Repúblicas. En el centro se levantaba sobre elevadas gradas majestuosamente el túmulo, cuya magnitud, forma y alegorías, correspondían dignamente al duelo de una Nación y a la memoria de un Héroe. En su ancha y decorada base se veían, al frente las cinco Repúblicas llorosas y desoladas, representadas bajo la forma de otras tantas bellezas indígenas, cuyas hermosas proporciones, ligeramente veladas, reunían toda la severidad del pudor a la sencillez de las gracias nativas. La urna o cenotafio se elevaba a una grande altura cubierta de festones y coronas de siemprevivas, y un inmenso velo de terciopelo negro regado con lágrimas de plata descendía en anchos pliegues arropando el catafalco, a cuyo pie se veía el trofeo más digno de Bolívar: los pendones de Pizarro. Cuatro grandes lámparas de uno y otro lado ardían sobre trípodes con llamas violadas, y al frente del túmulo estaba colocado el altar, rico y sencillo a un tiempo, pues no le adornaban sino un hermoso crucifijo y seis soberbios blandones, todo de plata [...].

Y concluye Toro su descripción total del templo:

Este era el templo: más vasto, más costoso puede hallarse fácilmente; más imponente, más bello, con más propiedad y gusto adornado, con trabajo la imaginación lo inventa.

### **Música, oratoria y sufragios**

Si por estos pocos rasgos que dejamos apuntados, se deduce algo de la suntuosidad de aquel fúnebre escenario, los actos que tuvieron lugar entre diez de

la mañana y cinco de la tarde fueron de tan excepcional magnificencia, que se hace tarea casi imposible el pretender reducirlos a síntesis.

El imponente cortejo bajaba en perfecta formación, a paso lento, desde la iglesia de la Santísima Trinidad. Gobierno, Diplomáticos, Militares, Clero, Corporaciones, veteranos de la Independencia, forman un abigarrado conjunto, matizado por el brillo y colores de los diferentes uniformes e insignias que cada cual ostenta. Allí pasa el bravo General Rafael Urdaneta, Jefe de todas las tropas, a caballo y espada en mano; su uniforme de gala hace aún más arrogante su figura de distinguido militar. A su lado va el General José Tadeo Monagas, también luciendo lujoso uniforme que realza su figura de militar aguerrido. Al otro lado cabalga un tercer personaje, seco de carnes, curtido del trabajo, uniformado con el mismo viejo y manchado uniforme con que asistiera a la batalla de Carabobo, y cubierta la cabeza con el alto morrión de Húsar, tal como había peleado al lado de su ídolo Bolívar: era el General Juan Uslar, el mismo que desde Valencia había salido a La Guaira a ver llegar las cenizas de su jefe Bolívar, y que no pudo entonces contener sus copiosas lágrimas; también ahora el lloro cubre sus mejillas, mientras desfila en séquito de honor junto a la urna del Libertador.

Aquel largo desfile llegaba a las puertas de San Francisco al mediodía. El templo quedó pronto rebosante de público, distribuido en perfecto orden, según dignidad y legítimas preferencias. La Misa Pontifical, «*de réquiem*», celebrada por el Ilmo. Arzobispo de Caracas, comenzó casi a la una de la tarde. Una excelente orquesta llenaba de armonías el espacio. Muy avanzada era ya la hora, cuando el orador designado, el Padre José Alberto Espinosa, Rector de la Universidad, subió a pronunciar su elocuente oración fúnebre. «Bella y patética fue la oración —dice Fermín Toro—, digna del Héroe y propia de la boca de un Ministro del Santuario».

Las cenizas de Bolívar, terminadas aquellas ceremonias, quedaron en Capilla Ardiente en el mismo templo de San Francisco, adonde el concurso de fieles no cesó de acudir, hasta el 23 de diciembre, día en que solemnemente fueron

llevadas a la Capilla de la Santísima Trinidad de la Catedral, para ser sepultadas al lado de los otros miembros de la familia Bolívar. Terminado aquel acto, el Presidente de la República, General Páez, en un brindis gratulatorio que pronunció en el palacio de Gobierno, dijo estas palabras, con las que cerramos el presente escrito:

Yo invito a ustedes ahora a que saludemos a Bolívar restituido a la Patria con todas sus glorias, con todos sus grandes hechos, con la memoria de sus inmortales servicios.



## Brillantes festejos centenarios\*

A partir del mes de mayo de 1842, el Gobierno que presidía el General Páez empezó a dictar decretos y a pasar oficios concernientes a los actos preparatorios para las solemnes honras fúnebres a los restos del Libertador.

En la ceremonia litúrgica que tendría lugar el 17 de diciembre en el templo de San Francisco, entraba como número indispensable, la Oración Fúnebre, en memoria del Héroe.

Para la fecha vivía en Angostura, consagrado de lleno a los ministerios apostólicos de la que en un tiempo fue su amada grey, el distinguido prócer de la Independencia, conocido con el meritorio título de «el mejor orador de la Gran Colombia»: Monseñor Mariano de Talavera y Garcés, Obispo titular de Tricala, y años antes, Obispo *in partibus* de Guayana. Contaba este celoso Prelado 65 años de edad. Hallábase encargado de nuevo de Administrar temporalmente la diócesis, por ausencia del Obispo propio. En estas edificantes labores vino a sorprenderlo un oficio de la Secretaría de lo Interior y Justicia, fechado en Caracas a 21 de julio. El documento le informaba que habiendo de pronunciarse una Oración fúnebre en las solemnes exequias que en honor

---

[\*]\_ Crónica de los actos conmemorativos del Centenario de la traída de los restos del Padre de la Patria a Caracas. Revista *SJC*, enero de 1943.

de los restos del Libertador iban a celebrarse en el templo de San Francisco de Caracas, el Gobierno

[...] considerando los antiguos y honrosos precedentes patrióticos de V. S. Revdma., su distinguido mérito literario y lo caracterizado de su posición social, ha creído que no podría hacer elección más a propósito [...]

que la de su Ilustrísima para encargarse de tan importante cometido.

En 18 de agosto respondió Monseñor Talavera, en carta dignísima, al Secretario de lo Interior, agradeciendo la invitación, pero declinando el honor, por las razones que en seguida enumera. Su salud continúa achacosa, razón por la cual había renunciado antes el cargo de Vicario Apostólico de Guayana y luego no había aceptado la mitra de Mérida que se le ofreciera; actualmente gobierna la diócesis por ruego del propio Obispo, quien no regresará a Angostura hasta noviembre o diciembre; sus ocupaciones son continuas y además no tiene Secretario; se halla empeñado en las obras en una casa adquirida para utilizarla como iglesia en las afueras de la ciudad, para que no se quede sin misa los domingos un gran núcleo de población, y si él faltase ahora un tiempo, dicha obra se paralizaría. Por otra parte, careciendo en Angostura de los documentos necesarios para escribir una oración fúnebre como aquella, tendría que trasladarse a Caracas; de otro modo no podría escribir «los hechos asombrosos del hombre extraordinario que llenó el antiguo mundo con su nombre y el nuevo con sus triunfos», tal como ansían conocerlos Venezuela, América y Europa. Por todas estas razones, siente no poder aceptar el encargo, pero está seguro de que en Caracas habrá quien lo sepa hacer bien.

Mucho debió sentirse en Caracas la justificada negativa del eximio orador Talavera. Dióse el Gobierno a la tarea de buscar otro orador sobre quien poner la difícil carga. El 19 de septiembre envía la Secretaría de lo Interior un oficio al Padre José Alberto Espinosa, Doctor, Rector de la Ilustre Universidad. En dicho oficio se le da a conocer la invitación hecho al Obispo Talavera y la negativa que éste ha dado. El Poder Ejecutivo espera del Padre Espinosa que

acepte el contribuir a solemnizar con su palabra aquel «acto grandioso» que se prepara para el 17 de diciembre. Espinosa contestó alegando incapacidad para salir airoso de la empresa; pero esto más parece haber sido una natural muestra de modestia. Mas a continuación expone también la

[...] impotencia física para llevar a efecto mis vehementes deseos en el particular, pues abrumado de ocupaciones todo el día y parte de la noche, no me queda momento alguno ni aun para el natural descanso. Bien sabido es lo dificultoso de este género de composiciones y lo necesario que es contraerse exclusivamente a ellas para alcanzar siquiera alguna regularidad en su desempeño; la mañana y la tarde las consagro a mi destino en la Metropolitana, cuyas funciones apenas dejan aptitud para algo mecánico y muy material, y no por cierto para ejercicios de entendimiento.

Y añade:

Es verdad que de mis otras atenciones soy árbitro de disponerlas, y llenar por otros recursos el vacío que en ellos pudiera yo dejar; pero no sucede lo mismo con respecto a la Asistencia de una prebenda [en la Catedral], por lo que me encuentro enteramente dependiente y sin poder disponer nada en el particular; esto es, quedar eximido de dicha asistencia absolutamente desde el lunes próximo hasta haber llenado el 17 de diciembre el arduo encargo que se me hace: pues sin contraerme a él exclusivamente no me es posible comprometerme: así lo demanda el honor de ministerio y también la dignidad de la Nación y del mismo Gobierno que me ha elegido, y que por supuesto desea el mayor lucimiento y decoro de la función.

Recibida esta respuesta del P. Espinosa, el Secretario de lo Interior, Dr. Ángel Quintero, hizo las gestiones respectivas ante el Arzobispo de Caracas y ante el Cabildo Metropolitano, a fin de que se concediera al orador la dispensa de su asistencia a las funciones catedralicias durante el tiempo que quedaba hasta el 17 de diciembre.

Tanto el Ilustrísimo Arzobispo como el Cabildo accedieron generosos a conceder la exención indicada.

Quedó, pues, el Padre Espinosa con amplia libertad para consagrarse de lleno a componer la Oración fúnebre.

Hasta ahora no hemos podido obtener datos muy precisos acerca de la formación y méritos literarios antecedentes del Padre Espinosa. Que fuera hombre de notable preparación cultural, se prueba bastantemente por el hecho de desempeñar a la sazón el cargo de Rector de la Universidad. En noviembre de 1814 había intervenido con una improvisación en el acto Universitario a la memoria de Bolívar, y en ella se manifiesta no sólo como bolivariano de cuerpo entero, sino además conocedor de la Historia y orador de pensamiento ágil y de dicción correcta y elevada.

\* \* \*

Fermín Toro, en la exquisita «descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador», hecha por orden expresa del Gobierno, consignó, sin lugar a duda, todos los datos ciertos referentes a los actos que tuvieron lugar en Caracas. Pero no hay que olvidar que el ropaje literario, la forma a veces recargada y desbordante de entusiasmo, con que Toro nos cuenta lo que él vio y sintió en aquellos días, puede tal vez hacer que su escrito se resienta de falta de exactitud. Añádase a esto el haber escrito por encargo oficial del Gobierno; con lo cual se veía precisado a describir todos los actos sin señalar en ellos ningún lunar o defecto.

Llegado el momento de la Oración Fúnebre, Toro nos traza estas pinceladas de retórica maestría:

Un sacerdote manso como el cordero, casto como la nieve, y tan lleno de fuego divino como la lámpara que arde en el santuario, debía pronunciar la oración fúnebre del Varón insigne, fuerte en la lid y fuerte en el consejo, inspirado y movido por el Dios de las batallas.

Y luego de condensar en unos párrafos las ideas centrales del discurso, añade estas frases:

La oración terminó; pero la mente del auditorio excitada por los recuerdos que tan elocuentemente había despertado el orador, continuó

transportada y esforzándose por alcanzar a esa región solitaria e inaccesible donde Bolívar domina como una gran figura de terrible majestad. Bella y patética fue la oración, digna del Héroe y propia en la boca de un Ministro del Santuario.

Bien se deja entender, que algo, por no decir mucho, hay que descontar en estas hiperbólicas frases del cronista oficial Fermín Toro.

A quien haya leído la Oración Fúnebre que compuso el Padre Espinosa, no le puede caber la menor duda de que el Rector de la Universidad era todo un gran orador que sabía manejar el lenguaje y los recursos artísticos en forma envidiable.

Pero las circunstancias del día, y sobre todo de la hora, hicieron que tan magnífica pieza oratoria, se pronunciara trunca y tal vez hasta maltrecha.

El periódico *El Venezolano* anunciaba en su edición del 17 de enero de 1843, que pronto sacaría de sus prensas, para la venta, un folleto que contenía completa la Oración Fúnebre que pronunciara Espinosa. Dice el periódico, que se publica porque su lectura reposada ha despertado gran interés. Y que el 17 de diciembre «la oímos abrumados de cansancio y de dolor».

Esta última frase se explica perfectamente. La función del 17 de diciembre había sido mal calculada, en cuanto al tiempo que iba a requerir. El desfile triunfal desde la iglesia de la Santísima Trinidad, trayendo la urna veneranda hacia San Francisco había empezado a las diez de la mañana. La Misa pontifical «*de réquiem*», con responso final a toda orquesta, no comenzó hasta pasado el mediodía, cerca de la una de la tarde. Cuando el orador subió a la cátedra sagrada, era ya muy entrada la tarde. Ya el citado periódico *El Venezolano* había advertido de esta dificultad de prolongar excesivamente la función, y había sugerido la idea de dividir en dos días los actos fúnebres, de modo que la propia ceremonia de San Francisco ocupase, sola, una mañana. No habiéndose hecho así, el público, a pesar de su entusiasmo y patriotismo, sufrió un cansancio agotador. El orador tuvo que mutilar su Oración, y «sufrir la pena que debió causarle el cansancio que para aquella hora sufríamos todos». (*El Venezolano*).

Tenemos un ejemplar del folleto de 1843 que contiene la Oración Fúnebre; léese en su primera página, esta nota destacada: «El Orador, al pronunciar este discurso, suprimió varios párrafos en consideración al auditorio, a quien suponía fatigado por la prolongación del acto; y ahora se publica íntegro».

Muy posiblemente, los cortes que el orador tuvo que dar a su trabajo al pronunciarlo, le restaron armonía y unidad; y seguramente los elementos oficiales del Ejecutivo, asistentes al funeral —entre quienes habría sin duda muchos poco habituados a funciones litúrgicas, y menos aún a oír largos sermones—, sufrieron un cansancio todavía mayor. No tuvo nada de extraño que sus comentarios y pareceres, en caliente, sobre el discurso, fueran poco favorables, y que hasta se señalase la idea del fracaso de Espinosa en la tarea que se le encomendara.

Sea de esto lo que fuere, la cosa no terminó bien en el ambiente oficial. El 2 de enero del año siguiente, 1843, recibió el Padre Espinosa una nota de la Secretaría del Interior, que decía:

El Poder Ejecutivo, testigo de los esfuerzos de V.S. para desempeñar dignamente la oración fúnebre en memoria del Libertador el 17 del mes pasado, da a V.E. las gracias por mi conducto y le manifiesta que la Tesorería General tiene orden de poner a su disposición la cantidad de trescientos pesos. Tengo el honor de participárselo a V.S. y de suscribirme su atento servidor [...]. [Firma del Dr. Quintero].

Los términos de esta nota debieron molestar harto al Padre Espinosa. No se le escapó la frase: «Testigo de los esfuerzos...», en la que se le reconocía sólo empeño, pero no éxito, en la labor cumplida.

El día 4 del mismo mes, contesta el orador al «Señor Ministro del Interior y Justicia» en estos términos corteses, pero secos:

En contestación a la respetable nota de Uds. marcada con el número 3 y fecha el 2 de los corrientes, me cabe la satisfacción de notificarle, que hice cuanto pude por llenar el encargo sobremanera honroso que se dignó hacerme el Supremo Poder Ejecutivo, de pronunciar la Oración

Fúnebre a los restos venerandos del primer hombre de la América; si pues en ella no se han encontrado más que esfuerzos, protesto a Uds. que éstos son ciertamente una recompensa muy limitada a la extensión de mis deseos, que fueron, y lo digo con mi conciencia, anunciar en armonía con el Santo Ministerio las glorias del Libertador y complacer sin medida el entusiasmo y dignidad del Gobierno en tan augusta función. Estos son mis sentimientos.— Acepto las gracias con el mayor respeto, y ofreciendo de nuevo mis servicios, suplico a Ud. se digne comunicarlo así al Supremo Poder Ejecutivo.

El Padre Espinosa rehusó, pues, aceptar ningún estipendio por lo que oficialmente se consideró sólo esfuerzos; aceptó con el mayor respeto las gracias del Ejecutivo, y se ofreció de nuevo a sus órdenes.

Así terminó el pequeño incidente. El Padre Espinosa murió en agosto de 1846. Al mes, la Universidad le dedicó solemnísimas honras fúnebres.

Como testamento de su talento oratorio nos ha quedado esa magnífica Oración Fúnebre en memoria del Libertador; una de las mejores de su género que se han pronunciado en nuestra América.



# El Padre José A. Espinosa

## Orador de las Honras Fúnebres de 1842\*

---

En el momento de redactar esta Crónica, aún está el ambiente nacional caldeado por el entusiasmo general y uniforme de la celebración del Centenario de la traída de los restos venerandos del Libertador a ésta su tierra y ciudad natal.

Es necesario que «SIC» deje consignada, siquiera en términos de ahogada brevedad, una reseña de los actos más salientes que han tenido lugar en la Capital durante los días 16, 17 y 18 de diciembre de 1949.

Explícitamente queremos advertir que las omisiones que pudieren cometerse en esta reseña, así como la referencia brevísima que hagamos de algunos actos, serán motivadas por el espacio limitado de que disponemos. Reseñaremos con especial preferencia aquellos actos que están más en consonancia con la índole de esta Revista.

\* \* \*

---

[\*]\_ Todos los documentos no impresos, utilizados en este escrito han sido consultados personalmente en el Archivo Nacional, Secretaria del Interior y Justicia, 1843, Tomo 266, Folio 16 y siguientes. Damos las gracias más expresivas a los apreciados amigos Dr. Mario Briceño Iragorry y Dr. Héctor García Chuecos por la amable y eficaz atención que nos han dispensado en nuestras visitas al Archivo. Publicóse este trabajo en la *Revista SIC*, enero de 1949.

El «Memorándum» oficial de los actos, publicado por el Ministerio de Relaciones Interiores, se abrió con la inauguración el día 16, de las obras de Pintura en el Panteón Nacional. Se trataba principalmente del plafón central de dicho edificio. Un lienzo de soberbias proporciones, que abarca todo el techo de la nave central, ha servido una vez más al exuberante pincel creador del genial Tito Salas, para volcar tesoros de composición, de color y de luz. «La Apoteosis del Libertador», que así se llama esta nueva gloria de la pintura americana, fue una difícil prueba de creación y de composición a la que tuvo que someterse el avezado pintor de Bolívar. Las dimensiones que se le ofrecían; la altura del techo y la posición violenta en que los espectadores tendrían que mirar el lienzo; todas estas fueron dificultades que el artista venció con sobrada maestría. Pero por sobre todo, lo que más admiramos es el haber logrado, en un cuadro que había de pintarse en su sentido de largura —totalmente desproporcionado del de su anchura— una insospechada unidad de conjunto. Es cierto que en el cuadro pueden distinguirse perfectamente tres partes principales, la colonia, la independencia y Bolívar arrebatando en triunfo en el carro de la gloria; pero las dos primeras están ejecutadas exactamente a manera de dos actos de un drama que terminará con la glorificación del héroe. De sentirse es que una obra de tan relevante méritos, y sin duda la más difícil que Tito Solas ha ejecutado, no haya recibido los aplausos que en justicia se le deben. Nosotros se los queremos tributar aquí sin tacañerías. Sólo lamentamos no poder consignar un estudio más detenido de tan magnífica «Apoteosis».

El Gobierno Nacional puso especial empeño en reproducir lo más fielmente posible, aun en muchos de sus pormenores los actos y hasta la decoración exterior, tal como habían sido en 1842. Dos dificultades principales impidieron que la decoración exterior de edificios y calles resultase idéntica a la de hace cien años: por una parte, el tiempo disponible —escasamente dos meses—, es insuficiente; y por otra, la escasez absoluta de las telas, cortinas, brocados, etc., que por razón de la guerra mundial no se consiguen en nuestros comercios, obligaba a utilizar de la manera más ingeniosa, lo poco que a mano se encontrase.

No obstante esas graves dificultades, la labor empeñosa del Ministerio del Interior y de las comisiones por éste designadas, dio por resultado un embellecimiento digno y un orden insospechado de Caracas durante los tres días conmemorativos. Desde la fachada misma del Panteón Nacional, bajando luego por la avenida Norte hasta empalmar con la Sur, para luego cruzar en la esquina de Sociedad hasta el templo de San Francisco, todo el trayecto era una doble e ininterrumpida fila de banderas y gallardetes tricolores, de estandartes morados con las iniciales S. B., y de escudos y trofeos. La calle central abierta expresamente en la plazuela que da frente al Panteón, ostentaba un tupido bosque ordenado de gallardetes con los colores nacionales de las seis repúblicas bolivarianas.

Especial trabajo reclamó el arreglo del histórico templo de San Francisco, donde tuvo lugar el acto central de los homenajes del día 17.

La Comisión de Arquitectos, compuesta por los doctores Luis Chataing y Luis Malaussena, desempeñó de la manera más airosa y eficaz su cometido. El primer acierto fue el proceder a descubrir el viejo techo coloniales que por más de cincuenta años se ocultaba tras la postiza e impropia bóveda de tablas que todos conocimos. El Ministro del Interior fue en persona al templo, observó por sí propio el viejo artesonado, y ordenó el derribo de la mencionada bóveda.

En el amplio presbiterio fue levantado un majestuoso y sobrio catafalco dorado, que remataba en una alargada pirámide trunca, cubierta por amplio manto de terciopelo negro. A ambos lados de este monumento, había cuatro grandes pebeteros. El techo del presbiterio veíase tapizado por anchas franjas de tela de los colores nacionales. El templo todo no recibía más luz natural que la que penetraba por las tres puertas de la fachada. El catafalco se alumbraba con luz indirecta de potentes reflectores ocultos entre el cortinaje. El altar para la Misa Pontifical ocupaba el resto del presbiterio, así como el trono para el Arzobispo oficiante.

Todo el interior de la iglesia lucía tapizado de telas moradas; las columnas recubiertas de negro, y sus capiteles remataban con banderolas recogidas sobre escudos.

Dos filas de hachones de gran calibre, sobre altos candelabros, formaban calle en la nave central. Al comienzo de esta nave, al lado del Evangelio, se alzaba el trono presidencial.

La vista de conjunto de San Francisco, así preparado, arrancaba de labios de todos los concurrentes, frases que debieron sonar muy agradablemente en los oídos de los diligentes planeadores y ejecutores del proyecto. El viejo templo colonial volvía a lucir, sobre todo, la esbeltez de su techo artesonado, y la correcta amplitud de su arco toral. Parecía como que una inyección de vida lo había hecho incorporarse — con agilidad insospechable—, sobre sus cimientos, para prestar su concurso en los honores a Bolívar, tal como lo hiciera por última vez justamente cien años antes.

Complemento de la adecuada ornamentación del templo, vino a ser la parte musical que de acuerdo con el ceremonial litúrgico de difuntos preparó y dirigió el Maestro Juan B. Plaza. La Orquesta y Coro de voces —conjunto de casi cincuenta profesores—, interpretó al principio la Tercera Lección del Oficio de Difuntos, obra compuesta expresamente por el Maestro Montero para los funerales del Libertador en 1842. Para la Pontifical, cantóse la Misa de réquiem del Maestro Plaza.

La música fue digna del acto. La interpretación y la dirección tuvo que ser de gran esfuerzo, para poder compensar la falta total de resonancia que ofrecía el coro de la iglesia a causa de las muchas telas que aun allí, como en todo el resto del templo, absorbían y amortiguaban notablemente los sonidos.

## **Desfile del 17**

Fue parte importantísima de la celebración fúnebre del día 17, el imponente desfile que partió desde el Panteón Nacional, a las 9 a.m., en dirección Sur, hasta la Iglesia de San Francisco. La carrera, adornada según se ha dicho más arriba, la acordonaban en toda su longitud dos filas de soldados.

Rompían y cerraban el desfile oficial dos pelotones del recién creado cuerpo de Guías de la Guardia, a caballo, trajeados con el vistosísimo uniforme

usado en tiempos del Libertador. En esta ocasión hacían su primera aparición pública; y ciertamente la admiración y aprobación pública fueron unánimes.

Seguían a continuación del primer pelotón de Guías, las Escuelas Nacionales: Naval, Militar, de Aviación, de Seguridad; todas en riguroso uniforme de gala. Delegaciones de los Estados, Arzobispos, Obispos y Clero cerraban esta primera mitad del cortejo; inmediatamente, colocada en rico cojín sobre un armón de artillería, venía la Espada del Libertador.<sup>1</sup> Seis cadetes de la Escuela Militar, tiraban del armón, al tiempo que cuatro Generales empuñaban sendos cordones de honor que salían de los lados del cojín.

Cerrando escolta alrededor de la Espada, iban los Estandartes de las Escuelas Militares de las Repúblicas bolivarianas. Delante del armón, pero separado de éste, Guías de la Guardia llevaban de la rienda dos caballos negros, cubiertos de ricas gualdrapas.

Tras de la Espada marchaba el Presidente de la República, en uniforme de General, seguido por su cuerpo de Edecanes. Y luego, por orden protocolario seguían los Poderes Legislativo, Judicial, Ejecutivo; Cuerpo Diplomático,

---

[1]\_ La Espada del Libertador, regalada a éste por el Perú el año 1825, después de la Batalla de Junín. Joya artística e histórica de incalculable valor. Solamente el total de brillantes en ella engastados llega a cuatrocientos treinta y tres. El significado de llevar procesionalmente dicha Espada en el desfile de este día, lo explicó hermosamente el Sr. Presidente de la República en su Discurso, con estas palabras: «Hemos llevado la espada de Bolívar en simbólica procesión, para tributarle la población del afecto y la gratitud inmortales a ese noble pedazo de acero que está iluminado del contacto de su mano. Hemos llevado su espada ocupando el lugar de sus restos en la procesión centenaria y lo hemos hecho con el ritual y el propósito de destacar un ideal afirmativo. En lugar del humano despojo traemos el instrumento poderoso de la acción, la alegórica espada bolivariana que armó el brazo, que ejecutó el pensamiento americano para transformar en realidad, a golpes de tenacidad heroica, los altos ideales colectivos que no habían todavía tenido la virtud de convertirse en hechos vivos. Hemos rendido homenaje a un instrumento de acción, al incomparable instrumento de la acción más grandiosa que recogen nuestros anales, que es la acción por medio de la cual la América tomó en sus manos su propio destino y empezó a trazar su arduo camino por la historia».

Especial y Ordinario; Misiones Militares; Concejo Municipal; Universidad Central; Academias, Institutos, etc.

Durante la hora y media que se tardó en el recorrido, el público que abarrotaba calles, ventanas y balcones, guardó la más correcta actitud, digna del ambiente fúnebre del momento. La marcha se hacía con rigurosa lentitud, acompañada por la música de varias bandas. Las 10:30 a.m. serían cuando el cortejo penetró en la nave central de San Francisco. Ya las naves laterales se veían colmadas del público que mediante invitación oficial del Ejecutivo había logrado acceso al interior del templo.

El armón de artillería detúvose a la puerta de la iglesia. Cadetes y Generales tomaron en sus brazos el cojín con la espada, y entrando procesionalmente, lo depositaron sobre la peana preparada en los escalones al pie del altar donde luego se celebró la Misa Pontifical.

Durante ésta, reinó una perfecta armonía entre el público y el ceremonial litúrgico. Poco más de dos horas duró el funeral. Tanto las ceremonias de la Misa, como la entusiasta Oración Fúnebre, y el Responso final solemne, merecieron tal atención e interés de parte del público, que no se observó la más leve nota de cansancio o de inquietud.

Eran pasadas las doce y media del día, cuando organizado de nuevo el desfile en la misma forma en que viniera, salía por la puerta mayor de San Francisco, en dirección Oeste, para entrar por la puerta del Palacio Legislativo —frente a la Universidad—, y atravesando los jardines del Capitolio, ir a reunirse bajo la gran cúpula del Salón Elíptico. Allí se colocó de nuevo o en puesto de honor la Espada del Libertador. Y se esperó los momentos que faltaban hasta la 1:07 p.m., hora en que murió Bolívar. Un toque de cometa anunció a toda Caracas este instante oficial. Y según orden del Ejecutivo, en todo el territorio de la República se guardó un minuto de silencio en memoria del Padre de la Patria. En ese momento las campanas de todos los templos ofrecieron a Dios el sacramental litúrgico de los dobles.

La nota cristiana de estas fúnebres campanadas, en todos los templos de Venezuela, cerró los actos oficiales de este día de luto y de recogimiento.

### **Otros actos importantes**

Dejaremos siquiera constancia, en esta Crónica, de la inauguración, en el Palacio de Justicia de Caracas, de la estatua en bronce del Licenciado Miguel José Sanz, padre de las Leyes en Venezuela. Dos importantes exposiciones quedaron inauguradas y abiertas al público el día 16: la *Exposición del Libro Bolivariano*, en la Biblioteca Nacional, y la *Exposición de Retratos del Libertador*, en el Museo de Bellas Artes. De la primera diremos que con ser de sumo interés por las riquezas bibliográficas que contiene, se resiente de falta de orden en la disposición de las distintas obras; defecto tanto más de sentir mientras no se haya publicado el Catálogo correspondiente, que no ha estado a tiempo. La exposición de Retratos da la impresión de conjunto un poco pobre. Pero todo visitante sale satisfecho de haber podido admirar obras de tanto valor como el Bolívar ecuestre de Michelena, traído expresamente de Valencia por especial diligencia del Ministro del Interior.

Especial mención haremos de la inauguración del *Museo de Arte Colonial*, que tuvo lugar el día 16, a las 12 m. Hacía mucho tiempo que Caracas necesitaba este Museo. El vandalismo modernizador venía destruyendo sistemáticamente cuanto de arquitectura y arte colonial quedaba por Caracas. Era la conclusión lógica a donde nos llevaban casi cien años de incesante prédica de tanto historiador y «hombre culto» que ha renegado de todo cuanto sepa a colonia. Pero no faltaba un selecto grupo de verdaderos amantes del arte y de la tradición que iba en privado manteniendo ese fuego sagrado. La señorial mansión dieciochesca, la casa de Llaguno, ha quedado convertida, por obra de manos peritas y afanosas, en Museo Permanente de Arte Colonial, digno de presentarse ante la vista del anticuario más exigente. La idea central de este Museo, ha sido reproducir aun en sus mínimos pormenores, una mansión caraqueña del siglo XVIII. Y podemos asegurar al lector, que el intento —supuestas mejoras accidentales que irán viniendo—, se ha logrado a cabalidad.

La noche del 17 tuvo lugar el concurridísimo *Desfile de antorchas*, desde la plaza de Los Caobos hasta el Panteón Nacional. El acto no logró todo el colorido y uniformidad que eran de esperarse.

La *Revista Escolar* en el Hipódromo Nacional con desfile, hasta el Panteón Nacional, de unos 20.000 estudiantes de Universidad, Colegios y Escuelas, fue uno de los actos más lúcidos y ordenados del Centenario. Ciertamente pareció un poco forzada la marcha a pie desde el Hipódromo hasta el Panteón, tras del largo rato de parada y ejercicios, y teniendo en cuenta la corta edad y fuerzas de muchos alumnos concurrentes. Pero no hubo percance alguno que lamentar; y tanto los ejercicios gimnásticos de conjunto como el desfile, merecieron el más franco elogio.

La apertura oficial de las *Exposiciones de la Producción Nacional, Industrial* la una y *Agro-Pecuaria* la otra, se verificó en la tarde del día 18. La brevedad de tiempo de que se dispuso para preparar estas Exposiciones hacía temer por su éxito. Pero a la hora en que escribimos esto, no hay visitante que no salga satisfecho de su recorrido por ambas Exposiciones. Personalmente opinamos que el despliegue y vida de la Agro-Pecuaria sacan alguna ventaja a la Industrial. En esta última merece especial mención la sala de trabajos del Instituto Nacional de Técnica Industrial. En la Agro-Pecuaria, la sección de Avicultura y de Ganadería, se destacan notablemente. Especial atractivo han dado a esta Exposición Agro-Pecuaria, las presentaciones costumbristas y artísticas que los diferentes Estados van teniendo en el Teatro al aire libre. Las orquestas y cantos regionales han despertado vivo interés en el público. Hasta ahora lleva conquistada muchas palmas el *Conjunto Barloventeño*. Creemos éste un magnífico acierto en pro del acercamiento de nuestros Estados entre sí, y de la Capital con todos ellos; acercamiento que no puede cimentarse si no a base de un conocimiento simpatizante y mutuo que todos tengamos.

Especial solemnidad revistió la *Sesión Solemne* de todas las *Academias Nacionales*, celebrada el día 17, a las 4:30 p.m. en el Teatro Municipal. Asistían a ella tanto los Poderes Nacionales, como las Embajadas, Misiones especiales, organismos

culturales, etc. Tras de las palabras de introducción pronunciadas por el señor Ministro de Educación Nacional, disertó el Dr. Cristóbal Mendoza sobre el tema «La Pasión de Bolívar hacia su tierra natal». El discurso de orden, por acuerdo mutuo de todas las Academias, le fue encomendado al Director de la Venezolana de la Lengua, Dr. J. M. Núñez Ponte. La parte musical del programa, a cargo de la Orquesta Sinfónica Venezuela, dirigida por el Maestro Vicente E. Sojo, fue de exquisito gusto, tanto por la selección de las piezas, como por la esmerada ejecución.

### **Oradores y discursos**

El día 16, en el Panteón Nacional se tributaron honras especiales a la memoria de un grupo de Próceres nacionales que acababan de ser inhumados en aquel lugar. Entre ellos, dos habían sido Obispos: Monseñor Méndez y Monseñor Unda. Encomendóse la oración fúnebre al brillante orador Monseñor Dr. José Humberto Quintero. Su discurso, filigrana de estilo, revelaba admirablemente serenidad y entusiasmo. La figura más destacada de todo el grupo de Próceres a quienes se estaba honrando, era sin duda la de Monseñor Méndez. Y el orador rindió sin regateos el más cumplido y valiente tributo, que de acuerdo con la rigurosa verdad histórica merece el esclarecido patricio, amigo del Libertador y Arzobispo de Caracas.

La oración fúnebre de San Francisco, dio ocasión a Monseñor Enrique Dubuc, Obispo de Barquisimeto, para hacernos gustar una vez más de las destacadas dotes de elocuencia que tantos admiradores le han granjeado, aun fuera de Venezuela. Nos presentó esta vez la figura del Padre de la Patria esbelta sobre el pedestal del triunfo en la adversidad.

El Dr. Núñez Ponte, orador de la Sesión Solemne de las Academias, no necesita presentación; es el último vástago de una pléyade de elocuentes tribunos que han honrado nuestras letras patrias. Su discurso vino a revelarnos un aspecto nuevo totalmente de la personalidad de Bolívar: la coincidencia

admirable del pensamiento de nuestro Héroe con las doctrinas del doctor Angélico. La parte final del discurso, fue una llamada encendida de entusiasmo bolivariano, hacia los ideales verdaderamente democráticos y nobles de nuestro Libertador.

Cerró oficialmente los actos públicos del Centenario el discurso que desde el Hipódromo Nacional radió a toda la Nación el Señor Presidente de la República. Su palabra entusiasta, patriótica y práctica, exhortó a todos a que

[...] pongamos a andar las enseñanzas del Libertador, pongamos a vivir sus ideas y que su recuerdo sea acicate y estímulo para la acción nueva y la nueva lucha.<sup>2</sup>

Mala fe y espíritu mezquino y sectario, por decir lo menos, muestra quien no reconozca como base de todos los discursos que en este Centenario se han pronunciado, una dosis colmada de justa admiración por el Libertador y por los otros héroes nacionales y un patriotismo a prueba de hechos, en cada uno de los oradores que los escribieron y pronunciaron. Por eso, los comentarios fuera de tono —indocumentados los más—, que salvo excepciones honrosísimas<sup>3</sup> ha hecho la prensa, aun la que se auto llama seria, no han servido a

---

[2]\_ Fuera de la Capital, entre otros discursos del Centenario, hemos leído con especial agrado la Oración Fúnebre que nuestro eximio orador sagrado, Dr. Rafael Peñalver, pronunció en la S. I. de San Juan de los Morros. En ella además de la corrección y entusiasmo del estilo, se respira el ambiente propio de las oraciones fúnebres pronunciadas en Iglesias, que ha de ser ante todo religioso y sobrenatural. Reciba nuestro apreciado amigo, Padre Peñalver, una calurosa felicitación.

[3]\_ Merece destacarse en lugar separado, la correcta y respetuosísima Carta abierta que el Dr. Héctor Cuenca, Ministro de Trabajo, dirigió al Dr. Núñez Ponte, en la que en tono mesurado propio del pensador digno, manifiesta no estar de acuerdo con algunas de las afirmaciones del orador del Municipal. (En *El Universal*, 24 de diciembre de 1942). Modelo exquisito de sensatez, vigor intelectual, y dignidad ha sido la respuesta del Dr. Núñez Ponte para el Dr. Cuenca. (En *La Esfera*, 27 de diciembre, 1942). Ambos escritores han mostrado cómo la caballerosidad y cortesía del hombre educado se compaginan bien con pareceres opuestos. Ha sido ésta una lección pública de dos Maestros; tal vez la de más práctica utilidad que el Centenario nos ha traído.

la postre sino para mostrar con realismo revulsivo tanto la falta de serenidad orientadora de un periodismo sincero, como la verdad incontrovertible de ciertas afirmaciones del Maestro de Juventudes, Dr. Núñez Ponte, en su discurso del Municipal. (Remitimos al lector a la Sección Vida Nacional, donde de espacio se trata este punto).



## Relieves Bolivarianos

La instalación del Centro de Estudios Bolivarianos  
del Colegio San Ignacio y un discurso del Padre Barnola\*

---

Uno de los actos de mayores proyecciones en el campo de las actividades culturales de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, ha sido el efectuado en el Colegio de San Ignacio de Loyola, de esta capital, el pasado 26 de octubre del año en curso, con motivo de la instalación del Centro de Estudios Bolivarianos de dicho plantel. Ante una concurrencia cercana al millar, compuesta en su gran mayoría por el alumnado de Secundaria del renombrado instituto, y con la presencia de la Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana, casi en pleno, se cumplió el programa elaborado al efecto, el cual asumió una brillantez verdaderamente inusitada por la calidad de las intervenciones, inflamadas todas por una cálida inspiración patriótica en que el espíritu bolivariano se puso de relieve como la manifestación más conspicua de aquella memorable asamblea.

En ese sentido merece destacarse el discurso improvisado por el Reverendo Padre Dr. Pedro Pablo Barnola, S. J., no sólo por la natural y fluida elocuencia que caracteriza a tan ilustrado orador, sino, de modo especial, por los conceptos que puntualizó en derredor del ideario bolivariano, como expresión de una

---

[\*]\_ Nos complace incorporar aquí este artículo de nuestro apreciado amigo y consocio bolivariano, Don Lino Iribarren-Celis. (En *Revista de la Sociedad Bolivariano de Venezuela*, N.º 77).

normatividad de la conciencia nacional en su significado de cultura y de firme orientación patriótica.

Con la buida mirada que le es propia, el Padre Barnola comenzó por señalar la paradoja que aparece en nuestra cultura histórica, fruto, según mi modesto parecer, de una deficiente orientación educacional en un país sometido a las corrientes, profundamente deformadoras, de exóticas influencias, y que apenas comienza a subsanarse gracias a las inspiraciones de grandes espíritus que aún aparecen en el seno de nuestra sociedad.

«Si cayéramos en la cuenta —dijo el orador— con cabal conocimiento, de lo que tenemos en Bolívar, de lo que Bolívar representa para América, y sobre todo para nosotros los venezolanos, no debería hacer falta que se establecieran Centros —como éste— donde un grupo de jóvenes preocupados se reunirán para conocer y estudiar la personalidad, la obra y enseñanzas del Libertador. Esto debía ser tarea de todo buen venezolano».

Luego destacó el orador la dualidad espiritual que encarnaba Bolívar, como simple figura histórica y como Padre de la Patria, dualidad mediante la cual se eleva la razón conceptual de su individualidad creadora que sigue siendo para la nación realidad viva y actuante, así como esencia perdurable que infunde fisonomía y carácter a su personalidad histórica.

«Si alguna figura pertenece de lleno —afirmó el Padre Barnola— y ya desde los mismos días de su vida, al dominio de la historia, es Bolívar. Como personaje de tan compleja e importante figuración, no puede menos de estar sometido al análisis y estudio que historiadores y críticos quieran hacerle. Bolívar fue un hombre público, y sus actos bien pueden ser objeto del interés público». Luego añadió:

Más para los venezolanos conscientes de su gentilicio, hay algo que jamás deberán olvidar, cuando se acercan a estudiar la vida de Bolívar. Para nosotros Bolívar no puede ser un mero personaje de la historia, como lo sería Napoleón o Washington. Por encima de sus actos como militar o político, como gobernante o estadista o escritor, Bolívar

tiene para nosotros dos títulos, los más sagrados y respetables que en el orden natural puede ostentar una persona. Esos títulos venerandos e intangibles, son: el de LIBERTADOR y el de PADRE DE LA PATRIA.

Nada hay en el orden natural, y de nuestros derechos humanos, que se anteponga al don de la libertad. El hombre se resigna a pasar hambre, o pobreza o enfermedad; pero jamás se resignará a carecer de libertad. Este es el don natural más sagrado. De ahí que nos merezca la más rendida veneración el autor de nuestra libertad nacional, de nuestra independencia. ¡Ese fue Bolívar!

Y nada hay en el orden político de nuestra ciudadanía más sagrado que la tierra madre que nos vio nacer y que llamamos Patria. De ahí que igual veneración nos ha de inspirar aquel por quien esa Patria existe como nación, al cual llamamos PADRE DE LA PATRIA. ¡Ese fue Bolívar!

Esos dos legítimos títulos colocan a Bolívar en un plano superior, suprahistórico, al que siempre nos debemos acercar los venezolanos con absoluto respeto y veneración. Esos títulos jamás pueden estar sometidos al vaivén de cualquier crítica. Sobre ellos descansa, sin posible contradicción, la realidad que disfrutamos de una PATRIA, y de una Patria Libre.

Podemos, pues, y debemos estudiar y conocer a Bolívar en todas las facetas de su personalidad; investigar sus actos, y someterlos a riguroso análisis. Y también — ¿por qué no?—reconocer y lamentar los errores que tuviera. Fue hombre, y por lo tanto tuvo que tener errores. Pero quien tiene muy presente que ese hombre es Padre de la Patria y Libertador, deberá proceder como buen hijo, que lejos de regodearse haciendo críticas irrespetuosas de su padre y bienhechor, buscará más bien exaltar sus virtudes y méritos tan sobresalientes y heroicos.

Pero es importante señalar que el fin propio de estos Centros de estudios bolivarianos es conocer y dar a conocer al Bolívar que es más que

un mero personaje histórico, del pasado; al Bolívar actual y viviente, que es alma de esta realidad también viviente llamada la PATRIA.

Todo lo de Bolívar tiene para nosotros gran interés. Precisar y conservar todos los datos y recuerdos de su vida, es labor encomiable, todo lo de los grandes hombres de la historia se tiene en grande aprecio. Un botón de la casaca de Napoleón es reliquia de museo, tan apreciada que no tiene valor comercial.

Pero todas esas cosas, y aun la biografía misma de los grandes personajes de la historia, hacen referencia al pasado, a algo que ya está muerto. Nosotros conservamos con veneración cosas tan sagradas como los restos mortales del Padre de la Patria en el Panteón Nacional, y la Casa Natal, y tantos objetos suyos en el Museo Bolivariano. Pero todo eso nos recuerda al Bolívar muerto.

Empero junto a ese Bolívar histórico y muerto, tenemos al Bolívar vivo y presente, que alienta y fulgura con su palabra y sus enseñanzas y doctrinas, en los miles de páginas salidas de su pluma. Desde esas páginas el Libertador nos habla y se hace presente en nuestra vida republicana, con el mismo espíritu que cuando andaba entre sus compatriotas. ¡Qué tesoros de enseñanzas de todo orden los que nos legó! ¡Cómo nos envidian naciones de todo el mundo, cuando conocen esos documentos, que al cabo de siglo y medio conservan viva actualidad práctica! No los escribió Bolívar como un teórico, que encerrado en su estudio dictara lecciones especulativas. Antes que la pluma rasgara sobre el papel aquellos escritos, su autor había rasgado con su espada los hechos heroicos que le dieron reconocimientos, y lo calificaron con autoridad moral, para dictar aquellas enseñanzas. Su fino sentido psicológico supo penetrar bien en el conocimiento de los pueblos y sus problemas; y su enorme voluntad preocupada por el destino de América, la empleó con infatigable tesón en inculcarles principios y normas de bienestar político y social. Todo esto está en sus escritos. Ese es el Bolívar que no ha muerto. El que hemos de conocer y estudiar con dedicación nunca excesiva.

A la viva voz de la palabra que fluía espontánea y libre de labios del sacerdote, la emoción hallaba un eco en el pecho de la juventud congregada en el amplio recinto escolar, pues ésta se manifestaba en nutridos aplausos que interrumpían con frecuencia al orador. La emoción, podría decirse, flotaba impalpable en el cálido ambiente, donde una juventud captaba con ardiente fervor el mensaje que le dirigía el sacerdote en el arrebato de su emotiva elocuencia. Se comprendía entonces que allí, frente a aquella sana y vigorosa juventud, se hallaba uno en presencia de lo que habrá de ser, para el porvenir de la Patria, el instrumento expresivo del nuevo espíritu que condicionará la estructura mental y psíquica de nuestro pueblo para que pueda responder a las exigencias de una nueva articulación del destino histórico. En presencia, repito, de una falange juvenil que animada por el aliento del espíritu bolivariano, marcará el rumbo de la sociedad venezolana bajo la bandera invicta y esclarecida, por entre la acechanzas de la historia. En presencia, en fin, del poderoso vehículo que llevará a Bolívar hasta su pueblo, para hacerlo vivir de nuevo con los hombres que tienen sembrados sus antecesores en un vasto espacio de América, desde Carabobo y La Puerta hasta los campos inmortales de Junín y Ayacucho.

El orador entró luego a puntualizar uno de los factores negativos que conspiran contra el espíritu de la nación, y expresó que el ideario bolivariano sería el más poderoso escudo para defender la integridad nacional frente al peligro de las influencias extrañas y disolventes. Se expresó de este modo:

Y si siempre deberíamos todos, incluida la juventud, formar nuestras mentes ciudadanas, nuestro espíritu nacional, con la doctrina de los escritos del Libertador, al presente esto es un deber que nos debe apremiar. Nuestra Patria, como todas las naciones del mundo sufre hoy el embate astuto y persistente de quienes imbuidos de doctrinas exóticas, de un internacionalismo esclavizador, materialista y ateo, tratan de sembrar entre nosotros esas mismas venenosas enseñanzas. Con ellas no hay nacionalidad, no hay bandera, ni escudo, ni himnos nacionales. Y como estas realidades y símbolos sagrados, deben su origen al Padre de la Paria y a los héroes que con él conquistaron la libertad, por eso los

sembradores de este antinacionalismo se esfuerzan por atacar, rebajar y aun destruir —si pudieran— la fama, la gloria y la veneración que los venezolanos de siempre hemos profesado a nuestros libertadores.

Ni con poses, ni con palabras vacías, debemos combatir tales ataques. Sino con el conocimiento directo del espíritu y enseñanzas de patriotismo bien probado, que a raudales brota de los escritos del Libertador, quien nos probó con la generosidad y sacrificio de su vida, la verdad y sinceridad de lo que nos enseñó por escrito.

Cuando con el estudio reposado, metódico y crítico, se empape nuestra mente de aquellas enseñanzas, nos sentiremos seguros y animosos para hacer frente a los propagadores de doctrinas subversivas y traidoras de la Patria. Seremos entonces auténticos bolivarianos. Y ser bolivariano, siempre pero sobre todo en nuestros días, es un deber de Patria y prueba de nuestra conciencia ciudadana.

La versión que he ofrecido en estas páginas, no es sino una parte de la enjundiosa exposición hecha por el Padre Barnola con motivo de haberse instalado, en el Colegio de San Ignacio de Loyola, como va dicho, el Centro de Estudios Bolivarianos del nombrado plantel. Ella contiene, sin embargo, elementos fundamentales del ideario bolivariano y constituye mensaje muy valioso para una juventud ansiosa de encontrarse a sí misma, en el tiempo y en el espacio que le son dados, dentro del rumbo de la nación, en un hora de dudas y amargas predicciones que ensombrecen los horizontes de la Patria. Pero, hay motivo para creer que esa juventud, insuflada de aliento bolivariano, será la clave de los destinos superiores de Venezuela.

Lino Iribarren-Celis





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-230-2

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2023001926

**CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2023**



La presente edición de  
**AL ENCUENTRO DE BOLÍVAR**  
se realizó  
durante el mes  
de diciembre de 2023,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Al encuentro de Bolívar** Bolívar ocupa un “punto de insustituible e indiscutida preeminencia en los destinos trascendentales de Venezuela y de América, no sólo de ayer sino también de hoy y del futuro”. Esta convicción inspiró en Pedro Pablo Barnola un intenso estudio de la vida y la obra del Libertador, que le permitió comprender su mentalidad y calibrar la verdadera dimensión de su proyecto inacabado. Ese conocimiento le dio elementos para analizar la biografía de Bolívar a la luz del complejo contexto sociopolítico en el que se fraguó la gesta independentista, que él explica como una extensión de la vida del héroe. En ese sentido, se puede decir que estas reflexiones –expresadas en forma de discursos– forman parte de la historia patria romántica, donde el protagonista es exaltado como un sujeto excepcional que encarna al genio universal. Pero no por eso deja de ser una aproximación crítica a la realidad espiritual de un país cuya clase política fue dándole la espalda a su principal forjador. Invocando a José Martí declara que hay que volver a Bolívar, recuperar sus escritos y examinar su doctrina porque aún queda mucho por hacer en Venezuela y Nuestra América.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

